



**EN**  
**ALGÚN**  
**LUGAR**

**EN EL**  
**CIELO**

**FERNANDO CABEZA**

# En algún lugar en el cielo

Fernando cabeza

A mi padre y a mi madre, por su lucha incansable.

En algún lugar en el cielo

Fernando Cabeza

SAFECREATIVE

Identificador: 1810308866722

Fecha: 30-oct-2018 21:40 UTC

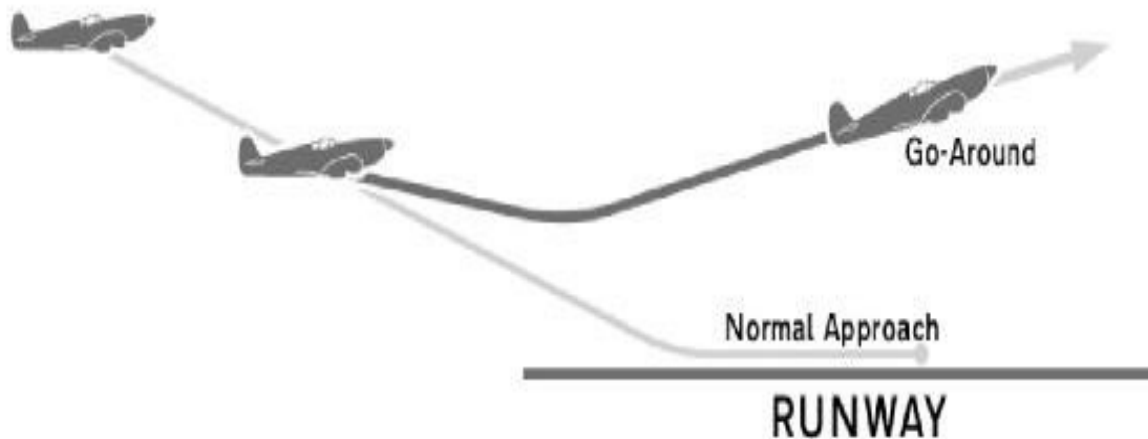
© Fernando Cabeza

Todos los derechos reservados

## Motor y al aire (Definición Wikipedia)

Una maniobra de motor y al aire o maniobra de aterrizaje frustrado, es un procedimiento aeronáutico que implica no terminar de realizar una aproximación (frustrar un aterrizaje o toma), por lo que se dice que se da motor y se vuelve al aire.

Generalmente, esta maniobra se realiza cuando no se dan las circunstancias necesarias para conseguir un aterrizaje seguro, como por ejemplo una mala aproximación que lleve a tocar la pista demasiado tarde y sin espacio para frenar, falta de alineamiento, escasa visibilidad o bien se detecte un tráfico no advertido antes, *etc.* Para realizar esta maniobra se requiere cierta experiencia por el piloto, quien deberá decidir en último momento si se aterriza o se aborta, ya que hay una altitud (altitud de decisión) bajo la cual resulta extremadamente peligroso abortar el aterrizaje, ya que se requiere una aplicación de máxima potencia y cabecear la aeronave hacia arriba, y esto podría provocar el impacto de la cola con el suelo. Tras frustrar el aterrizaje, el controlador da instrucciones para entrar en patrón de tráfico aéreo y realizar una nueva aproximación.



Esta maniobra es también conocida como escape, y es realizada en grandes aeropuertos de una forma predeterminada. El procedimiento de la maniobra en cada aeropuerto, se encuentra especificado en la carta de aproximación del mismo.

## **Índice**

**MOTOR Y AL AIRE (DEFINICIÓN WIKIPEDIA)**

**LA CAJA**

**EMBARQUE**

**00:15:01 HORAS A BORDO**

**01:58:30 HORAS A BORDO.**

**05:43:32 HORAS A BORDO.**

**10:35:09 HORAS A BORDO**

**2 DÍAS DESPUÉS, I PARTE**

**2 DÍAS DESPUÉS, II PARTE**

**2 DÍAS DESPUÉS, III PARTE**

**BOEING 737 – 800**

**GLOSARIO DE TÉRMINOS**

En igualdad de condiciones la solución más sencilla es probablemente la correcta.

Guillermo de Ockham

## La caja

La enorme caja de plástico negra yacía inerte sobre el suelo, mientras Francisco apuntaba los datos de destino en la hoja de control.

–Buenos días, Fran. Siento llegar tarde. ¿Cómo lo llevas? –dijo Tomás desde el otro lado de la sala de reparto.

Francisco se giró con lentitud robótica, lo miró a los ojos y contestó:

–Mal. Agobiado. La verdad es que ya teníamos bastantes repartos programados para hoy y se nos acaba de sumar un marrón de última hora.

Tomás caminó los pasos que le separaban de su compañero y de la extraña caja, se paró ante ella, la miró con desconfianza y preguntó:

–¿Esto es el marrón de última hora?

Francisco, todavía escribiendo sobre la hoja, contestó:

–Sí. Tenemos que posponer todo lo que teníamos pendiente y entregar este paquete cuanto antes.

–Qué raro... ¿Lo llevas tú y yo me quedo aquí? –preguntó Tomás.

–No. Pesa demasiado. Tenemos que ir los dos –contestó su compañero sin dar opción.

–Entonces, ¿dejamos la oficina de reparto sin atender? –añadió Tomás.

Francisco escribió las últimas palabras sobre la hoja, la pegó sobre la caja y contestó:

–Sí. Son órdenes del jefe. Me llamó un rato antes de entrar a trabajar. Me dijo que nos olvidásemos de todo lo que teníamos pendiente y que le diéramos prioridad absoluta a una caja de color negro que encontraríamos en el suelo de la sala de reparto.

–La forma recuerda a un tupper gigante ¿Qué raro todo, no? –replicó Tomás agachándose y acercando la cara a la caja para husmear.

No hay tiempo, tío. Son las 9:30 de la mañana y el paquete tiene que estar en el aeropuerto dentro de una hora. La furgoneta ya está preparada. Ayúdame a meterlo dentro –dijo Francisco.

–¡Joder! –exclamó Tomás, al mismo tiempo que alejaba su cara de forma repentina del bulto.

¿Qué te pasa? –preguntó Francisco.

–Dios. Huele fatal.

Francisco miró a su compañero extrañado durante un par de segundos, para después acercar su nariz al baúl.



–¡Mierda! Tienes razón. Huele fatal –dijo, separándose también de golpe de la extraña caja.

¿Qué habrá ahí dentro? –Tomás dudaba.

No lo sé. Seguro que es comida estropeada o algo por el estilo. Carguémosla de una vez en la furgoneta –Francisco trataba de restar importancia al olor.

Tomás obedeció y se colocó en uno de los extremos de la caja. Su compañero lo imitó posicionándose en el lado opuesto.

–Una, dos y tres... –se escuchó, justo antes de que, con gran esfuerzo, los dos consiguieran elevarla.

–¡Joder, cómo pesa esto! –dijo Tomás con la voz quebrada por el esfuerzo.

Los dos comenzaron a avanzar hacia la furgoneta de reparto, aparcada en frente de la puerta de la oficina, e introdujeron la caja en la parte trasera. Tras un par de segundos, lograron recuperarse del esfuerzo y se subieron al vehículo.

El sol brillaba con todo su esplendor sobre Santiago de Compostela aquella fría mañana otoñal, mientras Tomás conducía la furgoneta con gran destreza por el centro de la ciudad. Tras varios minutos recorriendo las calles abarrotadas de gente, el vehículo comenzó a dejar atrás la zona urbana, hasta que se incorporó a la autopista que los llevaría directos a su destino. Poco más de quince kilómetros después, ya habían alcanzado las inmediaciones del aeropuerto internacional de Santiago de Compostela.

–¿A cuál de las dos terminales tenemos que llevar el paquete? –preguntó Tomás, desde los mandos de la Citroën Jumper.

–A la terminal de carga –respondió Francisco, a la vez que apuntaba a uno de los edificios con el dedo índice.

La furgoneta abandonó a toda velocidad la rotonda de acceso, recorrió los escasos metros que la separaban de su destino final y se paró en frente de la garita de seguridad. De ella salió un hombre de unos cincuenta años, con semblante serio y andar parsimonioso. El tipo movía el cuerpo a cámara lenta y por encima tenía cara de pocos amigos. No está bien prejuizar a las personas por la manera de andar o por la jeta que tienen, pero, si para este caso hubiéramos hecho una excepción, estaríamos viendo al candidato perfecto para ganar el concurso de: “ese no es mi puto trabajo”. Se paró a la altura de la ventanilla, clavó los ojos en los de Tomás y con voz ronca, dijo:

–Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

–Traemos un paquete. Nos han dicho que lo entreguemos aquí, en la

terminal de carga –contestó Tomás.

–Eso no suele ser muy habitual –respondió el hombre sin pestañear.

Tomás frunció el ceño y aguantándole la mirada, dijo:

–Verá, caballero. No sé el trabajo que tiene usted, pero nosotros tenemos mucho y no podemos andarnos con gilipollices. Llame a su jefe, su supervisor o a quién quiera y pregunte, pero hágalo rápido.

El guarda de seguridad tomó una enorme bocanada de aire y justo cuando se intuía que de su boca saldría una retahíla de palabras ofensivas, el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar, haciéndole abortar su respuesta, antes de ni siquiera haber empezado a hablar. El hombre soltó el aire que acababa de insuflar, sacó el móvil de bolsillo y cogió la llamada.

–Sí

–De acuerdo

–De acuerdo

–Sí, una furgoneta Citroën.

–Vale... sí...

–Pero...

–Vale

–Sin problema. Yo se lo digo.

Colgó el teléfono y se dirigió de nuevo a Tomás, con el mismo tono arisco que la primera vez:

–Les abriré la barrera. Avancen veinte metros y párense justo en aquella línea amarilla que se ve desde aquí, en el lado derecho del parking. Una de las personas que se encarga de subir las maletas a los aviones recogerá el bulto en persona. En cuanto lo descarguen, den media vuelta y salgan por este mismo punto de control.

El hombre regresó a la garita de vigilancia a cámara lenta y, tras un par de segundos, la barrera se abrió de forma automática. Tomás engranó primera, levantó el pie del embrague y dejó que la furgoneta avanzará muy despacio sobre el asfalto. El vehículo se adentró en una especie parking. En el lado izquierdo había varios puertos de descarga para camiones y, en el derecho, justo al lado de la línea amarilla a donde se dirigían, se levantaba una valla metálica de dos metros, coronada por alambre de espino. La barrera era lo único que los separaba de las pistas auxiliares, por donde rodaban los aviones antes del despegue o después del aterrizaje.

–Es muy raro todo esto, ¿no? –dijo Tomás, mirando las pistas auxiliares a través de la valla, vacías en ese momento.– Primero esa extraña caja de

plástico negro que aparece por arte de magia en la oficina de reparto, luego las prisas para traerla. Cuando llegamos aquí, el tipo ese que dice que no es habitual que traigan paquetes al aeropuerto. Justo cuando estamos en la puerta alguien lo llama y le dice que nos estaban esperando y que un trabajador del aeropuerto recogerá el paquete en persona.

–Bah... Tomás, le das demasiada importancia a todo. Es un paquete más que hay que entregar y punto. ¿Me vas a decir ahora que no has ido a llevar cosas a sitios? ¿O que no has repartido paquetes con peor olor que este? –dijo Francisco, esbozando una pequeña sonrisa.

Tomás dejó escapar una carcajada, probablemente porque se estaba acordando de algún reparto cómico que había hecho en el pasado y contestó:

–Ya. Sí. Tienes razón. Si yo te contara...

Francisco entrecerró los ojos y señaló el horizonte con el dedo, a la vez que decía:

–Bueno. Por lo menos vamos a ver un aterrizaje en directo.

Un diminuto punto de luz se aproximaba por el suroeste hacia el aeropuerto. La luz del sol golpeaba el fuselaje del aparato y se reflectaba en dirección a la terminal de carga, haciendo que Tomás y Francisco vieran un simple destello acercándose a la pista.

**Transcripción de la caja negra<sup>1</sup>. Grabación de sonido del interior de la cabina de mando del vuelo AT 384**

**10:19:22**

Comandante José. P. Ramírez: Qué diazo para ser otoño, ¿verdad?

Oficial Andrés Pozo: Y tanto...

Oficial: **AT 384<sup>2</sup>** en aproximación a 11.000 **pies<sup>3</sup>**.

Controlador Santiago de Compostela: AT 384 en aproximación.

Controlador: Santiago, **Rumbo 140<sup>4</sup>**, prepare aproximación visual en pista 17

Oficial: AT 384 rumbo 140 para aproximación visual en pista 17

Controlador: Espere **ILS<sup>5</sup>** para pista 17

Oficial: AT 384 esperamos ILS para pista 17

Comandante: Era demasiado bonito para ser verdad.

[Alguien tose en la cabina]

**10:23:45**

Comandante [A través del micrófono para dirigirse a los pasajeros]: Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. En breves

instantes tomaremos tierra en el aeropuerto de Santiago de Compostela. La temperatura en el exterior es de 12° C y el cielo está totalmente despejado. La llegada estaba prevista para las 10:40, pero parece que llegaremos varios minutos antes de lo esperado. En nombre de toda la tripulación, les doy las gracias por haber elegido *Air Atlantic*.

Comandante: ¡Vaya vistas!

Controlador: AT 384, reduzca velocidad a 230 **Kn**<sup>6</sup>.

Oficial: AT 384, reduciendo.

Controlador: AT 384, reduzca velocidad a 180 Kn.

Oficial: AT 384, reduciendo.

Comandante: **Flaps**<sup>7</sup> 1

Oficial: Flaps 1

Controlador: AT 384, gire izquierda rumbo 100

Oficial: AT 384 Girando.

**10:25:53**

Controlador: AT 384, descienda a 4000 y gire izquierda, rumbo 010.

Oficial: AT 384 descendemos y giramos.

Comandante: Flaps 3.

Oficial: Flaps 3.

[Voz artificial]: *Autopilot*<sup>8</sup> off

Comandante: Descendemos a 3000 pies.

Comandante: Flaps full

Oficial: Flaps full

Controlador: Reduzca velocidad y contacte con torre en **128.50 MHz**<sup>9</sup>

Comandante: Comprobaciones para aterrizaje

Comandante: Flaps full

Oficial: ok

Comandante: **Tren**<sup>10</sup> abajo

Oficial: ok

Comandante: AT 384 en aproximación final a pista 17

Controlador: Permiso para aterrizar en pista 17. Viento 15 kn<sup>2</sup> de 210°.

Todo despejado.

**10:28:01**

Comandante: La pista esta despejada.

[Voz artificial]: **four hundred**<sup>11</sup>.

[Voz artificial]: three hundred.

[Voz artificial]: two hundred.

[Voz artificial]: fifty.

[Voz artificial]: twenty.

[Voz artificial]: ten.

[Voz artificial]: Retard.

[Voz artificial]: Retard.

Las ruedas traseras del Boeing 737–800 de la compañía *Air Atlantic* tocaron con suavidad el asfalto de la pista 17 del aeropuerto internacional de Santiago de Compostela a las 10:31:20, levantando tras de sí una ligera nube de humo. Menos de dos segundos después, los pilotos aplicaron propulsión invertida y los dos motores **CFM56**<sup>27</sup> situados debajo de las alas soltaron un bufido ensordecedor, que rompió el silencio reinante en el aeropuerto. La aeronave, con los *spoilers* desplegados, rodó de forma elegante sobre sus ruedas traseras, durante breves instantes, hasta que el tren delantero hizo lo propio y acarició con suma delicadeza la superficie de la pista. El avión deceleró de forma progresiva hasta llegar a velocidad de rodadura y abandonó la pista por una de las salidas, sin llegar a detenerse en ningún momento.

Tomás y Francisco acababan de presenciar como la aeronave había realizado un aterrizaje brillante a escasos metros de su posición. Tan solo una valla de alambre se interponía entre ellos y la pista de aterrizaje.

–Impresionante... –dijo Tomás, sin perder de vista al Boeing, mientras rodaba hacia la terminal a través de las pistas auxiliares.

–La verdad es que verlo en directo es mu...

Algo golpeando la ventanilla del copiloto interrumpió a Francisco en mitad de la frase. Casi sin tiempo a que pudieran reaccionar, el cristal volvió a recibir otro impacto, más potente que el anterior. Un hombre vestido con un mono azul y un chaleco reflectante golpeaba la ventanilla de Francisco una y otra vez, mientras gritaba como un auténtico chiflado:

–¡La caja!

–¡La caja!

–¡Rápido!

–¡No hay tiempo, necesito la puta caja de una vez!

Francisco era un tipo grande. Medía 1.90, pesaba 120 kg y rondaba los cuarenta años. Cualquiera que se hubiera cruzado con él por la calle, seguro que se lo hubiera pensado dos veces antes de darle una mala contestación. Pero aquel hombre no era consciente de la envergadura del mastodonte que se

sentaba a diez centímetros de la ventanilla que estaba aporreando con saña y mucho menos de la mala ostia que podía llegar a desempeñar, cuando le tocaban la moral. Fran, tras varios segundos mirando la cara desencajada de aquel individuo, por fin logró reaccionar y abrió la puerta de la furgoneta con tal violencia que parecía que había sido propulsada por un muelle. El hombre incluso tuvo que dar dos pasos atrás para evitar ser alcanzado.

–¿Qué cojones te pasa? –dijo Francisco con medio cuerpo aún dentro del vehículo.

El hombre, mucho más calmado, después de ver la reacción y el tamaño de Francisco, dijo con la voz entrecortada:

–Necesito... necesito la caja. Tiene que subir a ese avión.

–A eso venimos. A darte esa puta caja. No hace falta que le des hostias a la ventanilla de la furgoneta.

Francisco miró a los ojos del trabajador del aeropuerto durante cinco interminables segundos, hasta que al fin se giró y caminó hasta la parte trasera de la furgoneta. Abrió las dos puertas de par en par y dijo con tono despectivo:

–Eh, tú. Aquí está tu caja.

El individuo caminó a paso ligero hasta la parte trasera del vehículo y se asomó al interior. Su expresión y sus gestos se tornaron nerviosos cuando vio la misteriosa caja. De hecho, Francisco llegó a percibir su respiración agitada.

–¿Qué te pasa? ¿No es lo que esperabas?

El trabajador del aeropuerto, consciente de que Francisco había notado su estado de ansiedad, contestó tratando de poner voz firme:

–Sí, sí. Es esta. Necesito cargarla ahí –dijo, señalando un vehículo de transporte de maletas, aparcado e escasos metros de la furgoneta.

–Vale. Vamos allá. No sabes las ganas que tengo de deshacerme de ese paquete.

Entre los dos cambiaron de vehículo la pesada caja de color negro, ante la mirada desconfiada de Tomás, sentado todavía dentro de la *Citroën*. Una vez hecho el traslado, el hombre firmó una hoja y Francisco volvió de nuevo al interior de la furgoneta.

–Vaya historia con la caja esa, ¿eh? –dijo Tomás con una sonrisa.

–Vámonos de aquí de una puta vez, por Dios –contestó Francisco, mirando como aquel individuo accedía con el vehículo a las pistas auxiliares a través de un acceso en la valla metálica.

El trabajador del aeropuerto conducía el vehículo de transporte de maletas

a toda velocidad sobre un mar de líneas de colores. Alternaba de forma frenética la vista al frente con la vigilancia de la caja de plástico negro a través del retrovisor. Su cara denotaba ansiedad y su mirada estaba desinflada, partida. No tenía expresión en el rostro, nada, ni frío ni calor. Se hubiera podido inventar un nuevo estado de ánimo después de verla: ¿cómo estás hoy? –Bah, hoy estoy neutro–. Cada poco tiempo miraba su reloj de pulsera, como si cada segundo que pasase jugara en su contra. El traqueteo de las ruedas sobre la explanada de hormigón, la misma explanada por donde apenas unos minutos atrás había pasado un avión, hacían vibrar la caja sobre la superficie de metal en la que se apoyaba.

Cinco minutos después de que aquellos dos repartidores le hubieran entregado la caja en la terminal de carga, donde casi se gana un puñetazo en los morros, el hombre había llegado por fin a su destino. Miró el reloj, satisfecho esta vez. Estaba en la zona donde se reabastecían los aviones entre un viaje y otro y los pasajeros abandonaban los aparatos a su llegada para dejar sitio a los que partirían en el siguiente viaje. A su derecha estaba la figura del Boeing 737 de la compañía *Air Atlantic* con la pasarela de acceso a aeronaves enganchada en la puerta delantera. Impactaba. Daba igual ver aparatos como ese, día sí, día también. Desde allí, con aquella perspectiva, imponía y punto. Lo miró. Si sus cálculos no fallaban, en ese preciso instante estaban bajándose los pasajeros, procedentes del aeropuerto de *Gatwick*, Londres. Miró el reloj de pulsera de nuevo. Levantó la vista y la dirigió hacia una de las puertas de la terminal. De ella salió un vehículo exactamente igual al que acababa de conducir, pero equipado con un remolque vacío para llevar maletas. El transporte se paró en el lado izquierdo del avión y de él se aparearon dos hombres vestidos con el mismo mono azul. Se saludaron con frialdad. Se conocían.

Los dos individuos procedieron con la rutinaria descarga de maletas. Abrieron la compuerta de carga del avión en la parte inferior de la cola y le acoplaron una cinta transportadora. Uno de ellos entró en el compartimento y, con medio cuerpo dentro de la bodega, se encargó de poner las maletas en la cinta desde arriba. Su compañero las recogía una vez llegaban abajo y las colocaba de forma ordenada en el remolque del vehículo. Aquella gente curraba bien. Se les notaba eficientes y con ganas, a pesar de ser un lunes por la mañana. Diez minutos después, todas las maletas estaban dentro del estómago de la aeronave.

Con la faena concluida, uno de los dos hombres se subió de nuevo al

vehículo, pero el otro no lo imitó. Se quedó de pie durante unos instantes, clavando la mirada sobre el vehículo con la caja de plástico negro, custodiada por el individuo que la había llevado hasta allí. Tras varios segundos, le gritó:

–Alberto, ¿Por qué llevas diez minutos mirándonos? ¿Tienes que revisar algo? ¿Necesitas que te echemos una mano?

La cara de Alberto, que así parecía llamarse, abandonó la neutralidad. Le debió de costar Dios y ayuda pasar del semblante previo al nuevo, porque estaban a años luz uno del otro, pero, al final, sacó un simulacro de sonrisa y contestó, levantando el pulgar:

–No, no. Me han llamado porque parece que falla uno de los *leds* de dentro de la bodega. Me llevará menos de un minuto cambiarlo. Entre que descargáis esas maletas y traéis las del nuevo viaje, lo hago sin problema.

–Perfecto –dijo su compañero, subiéndose en el vehículo.

Alberto parecía un buen embaucador. La palabra “perfecto” había sonado a sinceridad plena. Aquel tipo no se había dado cuenta que lo habían timado con una sonrisa adulterada. El vehículo de transporte, repleto de maletas, arrancó con los dos trabajadores en el interior y recorrió el mismo camino que acababa de hacer, esta vez en dirección opuesta, hasta entrar otra vez en la terminal.

Miró el reloj por enésima vez y, con un movimiento nervioso, se subió de nuevo en el transporte. Condujo varios metros hasta detenerse a escasos centímetros de la rampa. Se bajó, miró en todas direcciones con ansiedad para comprobar que nadie lo observaba y, con gran esfuerzo, arrastró la caja de plástico y la colocó en la cinta transportadora. Estaba nervioso. En otra situación le hubiera costado un riñón y la mitad del otro mover aquel bártulo a él solo, aunque en este caso tenía pinta de que un chute certero de adrenalina fresca le había echado una mano. El bulto ascendió muy despacio hasta entrar en la bodega, donde ya lo esperaba Alberto. Sus ansias de liquidar la situación cuanto antes lo había transformado en “flash”. Con las dos manos lo arrastró hacia una de las esquinas del compartimento, lo más alejada posible de la puerta. Sacó un destornillador del bolsillo y golpeó con fuerza uno de los *leds* que iluminaban el interior. El plástico que recubría la bombilla era duro como una piedra. Se tuvo que emplear a fondo. Al tercer envite la lámpara no aguantó las violentas acometidas y estalló en cientos de pedazos.

La caja de plástico negro se quedó en la penumbra, apoyada en uno de los extremos de la bodega, imperceptible al ojo humano. Su misión había concluido. Lo que pasara de aquí en adelante ya no tendría que ver con él, o,



por lo menos, eso quería pensar.

## Embarque

¿Recuerdas esa inquietante sensación de despertarte en una cama ajena a la tuya? Ese primer momento, justo cuando abres los ojos y ves lo que hay en frente a ti. Quizás sea una lámpara colgando del techo o puede que hayas dormido de lado y veas un mueble sumido en la penumbra, que en ningún caso eres capaz de identificar. Dura, a lo sumo, tres o cuatro segundos, en los que tu mente intenta, sin éxito, esclarecer de forma frenética dónde estás, haciendo que una horrible impresión de indefensión te recorra el cuerpo de arriba a abajo. Dicen que esa turbadora percepción, que a ti solo te afecta durante un instante fugaz y que poco más de diez minutos después ya no te acordarás de ella, es la que acompaña a los enfermos de Alzheimer durante todo su padecimiento.

Eso fue justo lo que le pasó a David aquella fría mañana de otoño. Abrió los ojos, desconcertado, hasta que, varios segundos después, se percató de que estaba durmiendo en aquella barata habitación de hotel. La misma que había alquilado el día anterior, bajo sugerencia expresa de su empresa.

–Se adapta a la perfección a la franja de gastos y está bastante bien –le habían dicho.

Estaba claro que la persona que dijo esa frase nunca había dormido allí. Los primeros rayos de sol de la mañana se colaban a través de una persiana que en ningún momento había podido cerrar por completo, por más que lo había intentado. Hacía frío, tanto frío que le calaba hasta los huesos, a pesar de haberse tapado con dos mantas y un edredón, pero lo peor era aquel tufo. Aquel asqueroso olor, síntoma inequívoco de que alguna de las antiguas tuberías de plomo que recorrían el edificio tenía una fuga. Si todo aquello ya era suficiente para ponerle un cero sobre diez al puto hotel, había que sumar un estridente sonido que recordaba a la sala de máquinas de un petrolero cruzando el océano a toda máquina. Incluso el sonido de la alarma del móvil, que ahora vibraba sobre la mesa, era más agradable que aquel escándalo.

David estiró la mano con la vista fija aún en la lámpara y apagó la alarma. Se incorporó y se quedó sentado sobre la cama durante varios segundos con la mirada perdida en el infinito, pensando en lo que debería estar pasando por la cabeza de cualquier persona que estuviera en su misma situación en aquel preciso momento: ahora tendría que estar dándole vueltas a lo triste que era un trabajo que te mantenía alejado de casa durante más de seis meses al año, de

lo mucho que echaba de menos a su mujer, o de lo duro que era no darle un beso de buenas noches a tus hijos antes de acostarlos. De hecho, eso, más o menos, era lo que había pensado todos los días que se había levantado en un hotel a cientos de kilómetros de casa, hasta aquel fatídico cuatro de junio, el día en que su mujer lo abandonó con un simple mensaje de *whatsapp*. Desde aquel momento la vida de David había entrado en una espiral de decisiones equivocadas y de largas noches con el vodka como única compañía.

Cristina, que así se llamaba su mujer, se había largado sin avisar. Bueno, en realidad, el termino largado no era el más correcto en esta situación. A decir verdad, el mejor termino para definir lo que había pasado era justo el opuesto, se podría decir que Cristina se había “quedado”. Se había quedado con la casa, con los niños e incluso con el coche y al que había largado de allí había sido al bueno de David. –Por lo menos conservo mi trabajo –solía decirse a sí mismo para animarse, aunque sabía a la perfección que recorrer Europa, tratando de vender repuestos de coches, no era ningún consuelo.

Habían pasado poco más de cinco meses desde aquel día aciago. Ese periodo era muy poco tiempo para sobreponerse a un bache de ese calibre. Más allá de que su vida sentimental se hubiera desmoronado como un castillo de naipes de un día para otro, a la catastrófica ecuación, también había que sumar, que ahora David, además de estar pagando una hipoteca de una casa que nunca sería suya, tenía que enfrentarse todos los meses al alquiler del piso donde vivía. Eso, por no imaginarse que la vivienda conyugal la estuviera disfrutando algún otro hombre invitado por Cristina.

–Tiempo. Solo necesito tiempo –se dijo a sí mismo en voz alta.

Esos eran los peores momentos. Esas horas del día que te encuentras en la soledad más absoluta y tu mente no deja de divagar una y otra vez. Se pasó las dos manos por la cara y tomó una enorme bocanada de aire, obligándose a sí mismo a abandonar aquellos pensamientos derrotistas.

Sabía que el más mínimo contacto con otro ser humano, o el simple hecho de tener la cabeza ocupada en algo, le aliviaría aquella extraña sensación de angustia que se había apoderado de su estómago

Después de una ducha rápida, David se plantó en recepción con su pequeña maleta. Cruzarse varias palabras con el recepcionista y saber que en cuestión de segundos estaría abandonando, con muchas probabilidades de que fuera para siempre, aquel horrible hotel, le reconfortó. Pagó la cuenta y salió como una exhalación de allí.

Nada más cruzar la puerta, los rayos de sol le golpearon la cara,

obligándole a fruncir el ceño. El bullicio de una de las principales calles de Santiago de Compostela, un lunes a las nueve de la mañana, lo envolvió por completo. Comenzó a recorrer la amplia avenida a paso ligero, en busca de una parada de taxis. Recordaba haber visto una muy cerca de allí el día anterior, poco después de tener la reunión con aquel potencial cliente.

–¿Cómo habría salido? ¿Estaría interesado? –se preguntó a sí mismo.

–Ahora ya da igual. La suerte está echada –se contestó.

La parada de taxis apareció tras doblar una esquina, trayendo a David de vuelta de sus pensamientos. Avanzó hasta el primer vehículo y, sin saber siquiera que modelo de coche era, se subió en el asiento trasero.

–¿Prefiere llevarla en el maletero? –dijo el conductor.

–¿Perdone?

–Digo que si prefiere llevar la maleta en el maletero. Seguramente vaya más cómodo –añadió.

–Ah. No, no. Muchas Gracias. Voy al aeropuerto –contestó David.

–Muy bien. Allá vamos –dijo el taxista, a la vez que ponía en marcha el motor.

–David sacó su teléfono del bolsillo con la intención de revisar la agenda, pero una nueva pregunta del taxista lo impidió:

–¿Puedo hacerle un pregunta?

–Si claro –contestó David, buscando el rostro del conductor a través del espejo retrovisor.

–¿A dónde vuela?

–A Londres

–Usted no es de aquí, ¿verdad? –el conductor lanzó una nueva pregunta.

–No. En realidad, vivo en Madrid, pero viajo mucho –contestó.

–¿Negocios? ¿Qué negocios lo llevan de Santiago de Compostela a Londres? –el conductor disparaba pregunta tras pregunta al aire.

David había sido reacio a entablar la conversación en un primer momento, pero, poco a poco, debido al agradable tono de aquel taxista, comenzó a dejarse llevar:

–Si. Bueno. Soy vendedor de repuestos para coches. Mi trabajo es muy simple y no tiene nada de interesante: voy a una empresa e intento vender un producto. Fin.

El taxista sonrió a través del espejo retrovisor y dijo:

–Yo creo que el trabajo no es el problema. Más bien diría que el problema es la visión que usted tiene de él. Trate de verlo de otra forma. A muchas

personas les encantaría ir a Londres, pero no pueden hacerlo porque no tienen dinero. Sin embargo, usted va a hacerlo gratis.

David también sonrió y contestó:

–La verdad es que tiene usted un humor envidiable para ser un lunes a primera hora de la mañana. Lo siento, pero no estoy de acuerdo. No me gustan las grandes ciudades. No me gustan las aglomeraciones y, por más que lo hago, todavía me resulta desagradable volar.

El taxi recorrió los poco más de quince kilómetros que separaban el aeropuerto de la ciudad en menos de media hora, mientras en el interior David y aquel afable conductor conversaban de forma amigable. Una vez llegaron a su destino final, David pagó y se apeó del vehículo.

La moderna terminal de pasajeros se alzaba imponente ante él. El edificio, de reciente construcción, estaba hecho de vidrio y cristal, lo que le otorgaba un aspecto moderno y vanguardista. Cruzó las puertas automáticas y una suave bocanada de aire tibio lo envolvió. Recorrió el enorme vestíbulo con su pequeña maleta a cuestas en dirección a los paneles informativos. Se fijó en que el edificio se encontraba casi vacío. Estaba claro que se había proyectado y construido en los años en que España había gozado de bonanza económica. Era una más de las muchas construcciones que se hicieron pensando más en cazar votos, que para cumplir necesidades reales. David se detuvo frente al gran panel luminoso, donde se indicaban las salidas. Entrecerró los ojos y recorrió la lista de vuelos con la mirada. Entre ellos estaba el suyo.

### Salidas

Hora	Destino	Compañía	Vuelo	Mostrador	Embarque	Puerto
12:00	LONDRES GW	AAT	2031	2	11:30	B

Sacó su móvil del bolsillo y comprobó la hora. Eran las 11:20 y no tenía que facturar. Viajar solo con el equipaje de mano había sido una de las mejores decisiones que había tomado en su vida. Le había ahorrado cientos de horas de espera e innumerables quebraderos de cabeza en los mostradores de facturación de media Europa.

Dejó atrás el vestíbulo y caminó frente a los mostradores. Tan solo había uno abierto, justo el de *Air Atlantic*. Delante de él, una cola, de como mucho diez personas, esperaba de forma paciente.

–Que muerto está esto –pensó para sí mismo.

Alcanzó el control de seguridad. Estaba desierto, al igual que casi todo en

aquella enorme terminal. Comenzó el ritual: colocó la maleta en la cinta, sacó todo lo que tenía en los bolsillos. Lo hizo de forma instintiva, como si su mente estuviera puesta en piloto automático. Caminó hacia el detector de metales y lo cruzó. El dispositivo emitió un ruido grave.

–Señor, señor –dijo una joven, vestida con el uniforme de vigilante de seguridad, a la vez que lo señalaba.

El piloto automático que había guiado a David en el control de seguridad se desactivó, trayéndolo de vuelta al planeta tierra.

–Señor. En su mano –repitió la chica.

David había vuelto, sí, pero su mente, en vez de intentar descifrar lo que aquella guarda de seguridad estaba intentando decirle, trataba una y otra vez de imaginarse las sinuosas curvas que se intuían debajo de aquel uniforme de color caqui. Estaba claro que no había disfrutado de la compañía de muchas mujeres desde que Cristina lo dejó.

–Señor. En su mano. Lleva el móvil en su mano. Debe pasarlo por la cinta, por favor.

David por fin reaccionó. Llevaba el móvil en la mano desde que lo sacó para mirar la hora, poco después de acceder a la terminal. Volvió sobre sus pasos, puso el aparato en la cinta y pasó de nuevo por el detector, que esta vez no emitió ningún sonido. Recogió el teléfono y miró a la joven, dedicándole una sonrisa nerviosa. La chica, lejos de devolverle el gesto, lo miró con seriedad.

Nunca había sido un Don Juan, pero, unos quince años antes, cuando estudiaba organización de empresas en la universidad de Madrid, no tenía excesivas dificultades para llevarse mujeres a la cama. Además, lejos de ser un tipo de revista, tampoco se podría decir que no tenía cierto atractivo. A pesar de tener 41 años, conservaba una tupida cabellera, eso sí, salpicada de forma irregular por pequeños mechones de canas. Como todo hijo de vecino, había ganado varios kilos con respecto a cuando tenía veinticinco años, pero, aun así, seguía conservando una figura más que aceptable. Con todo, la reacción que causaba en las mujeres se podría definir a la perfección con lo que acababa de pasar en aquel control. El gesto de seriedad que aquella atractiva joven, ataviada con el traje de seguridad, le había dedicado era el patrón de respuesta común, cuando David trataba de realizar un acercamiento, por tímido y conservador que fuera. Cuando Cristina decidió darle la patada, David entró de nuevo en el mercado de los solteros de forma automática, para lo que, como era obvio, no estaba ni mucho menos preparado. Cada vez que

trataba de abordar a una mujer, el intento se quedaba en poco más que eso, en una mera tentativa infructuosa.

Sin darle demasiada importancia a aquel gesto, continuó su marcha a través de la terminal. Rebasó las tiendas *dutty free* sin prestarles la más mínima atención y alcanzó la puerta B. Debajo de dicha letra, estaba el acceso a la pasarela de embarque, donde dos trabajadores ultimaban los detalles para comenzar a embarcar al pasaje. Justo en frente a ellos, unas quince personas, esperaban de forma paciente, sentadas en los típicos bancos metálicos de los aeropuertos. Detrás de los asientos se levantaba una enorme pared de cristal, lo que permitía ver la inmensidad de las pistas. Estaban vacías, como todo en aquel aeropuerto. Tan solo la imponente figura del Boeing 737-800 de la compañía *Air Atlantic*, con la pasarela de acceso acoplada en su puerta delantera, salvaba a las pistas del vacío total.

David avanzó hacia la pared de cristal y se asomó para ver con más detalles la aeronave que lo llevaría a Londres esa mañana. El color imperante sobre el fuselaje era el blanco, que ocupaba el 90% de la superficie. Dos líneas paralelas, una azul oscura y otra más clara, de poco más de cincuenta centímetros de grosor, recorrían el aparato desde las ventanas de la cabina de pilotos hasta la propia cola, pasando por debajo de la línea de ventanillas de pasajeros. Bajo ellas se podía ver el logo de la compañía aérea, *Air Atlantic*, con el mismo tono azul claro de una de las franjas. A los pies del avión dos trabajadores del aeropuerto se afanaban en cargar las maletas previamente facturadas en la bodega del avión, mientras un camión cisterna, enganchado por una enorme manguera a una de las alas, inyectaba cientos de litros de JP1 en los tanques de combustible.

Todo parecía estar yendo sobre ruedas. Tanto que David, a pesar de que no le agradaba nada volar, se quedó satisfecho al ver aquellas imágenes que reflejaban la normalidad más absoluta. Volvió sobre sus pasos y, antes de tomar asiento, hizo un fugaz barrido visual de los presuntos pasajeros. La mayoría eran hombres de mediana edad, portando maletas muy parecidas a la que él llevaba. Estaba claro que la mayoría de las personas que se suben a un avión que va a Londres un lunes por la mañana lo hacen por negocios. Entre ellos también había una mujer bastante joven con una niña pequeña y en el banco más cercano a la puerta de embarque dos ancianos, hombre y mujer, charlaban entre ellos con frialdad.

Se sentó en uno de los bancos, dejando dos asientos de espacio con la persona más cercana. Ese escaso metro y medio que consideras tu espacio

vital y que te crees con derecho a él por el mero de hecho de haber nacido en el planeta Tierra. Si alguien vulnera ese pedazo de aire intangible sin tu consentimiento previo es muy probable que se desencadene un momento incómodo. Pero, repito, solo si es sin tu consentimiento, porque fue justo en aquel preciso momento cuando David vio a la persona a la que le daría tarifa plana para que mancillara su espacio vital, tantas veces como se le saliera de dentro.

El abrumador impacto visual fue precedido por un inconfundible estímulo sonoro, el sonido emitido por dos tacones de diez centímetros golpeando el suelo encerado de la terminal. La cadencia era tan regular y el golpe tan firme, que no dejaba lugar a ninguna duda de que la mujer que iba encima de ellos caminaba con una seguridad absoluta. David giró su cuello hacia el lugar de donde provenía el seductor sonido y la vio. Quizá su criterio estaba condicionado por la enorme cantidad de tiempo que llevaba sin acostarse con ninguna mujer, o, mejor dicho, sin tener contacto alguno con alguien del género femenino, pero su mente la definió como perfecta. Era mucho más joven que él. Veintiocho o veintinueve, treinta como muchísimo. Su figura estilizada dejaba claro que aquel cuerpo había sido machacado con horas y horas de gimnasio. Sus piernas parecían no tener fin y, a través de su arriesgado escote, podía apreciarse un canalillo que de seguro había causado esguinces de cuello a miles de hombres allá por donde hubiera pasado. Su rostro, de facciones suaves, parecía haber sido diseñado a propósito para rivalizar con el mismísimo *David* de *Michelangelo* y sus enormes ojos, verdes como un mar tropical, proyectaban una mirada tan profunda, que obligaba, fuera quien fuese el que se cruzara con ella, a dirigir su cabeza hacia el suelo. Y, como colofón final, aquella diminuta minifalda de cuero negro, hecha, ni más ni menos, para aquellos increíbles muslos.

David entreabrió la boca y se quedó mirándola como un autómata. No fue el único. Todos, absolutamente todos los hombres que esperaban en la puerta de embarque, hicieron lo mismo y miraban a aquella belleza como una manada de hienas a una presa moribunda.

Y fue llegar y triunfar, como si un aura de buena suerte y protección la acompañara. Tres metros antes de que alcanzase el mostrador, los dos trabajadores del aeropuerto comenzaron con el proceso de embarque.

–Pasajeros del vuelo 2031 de *Air Atlantic* con destino Londres *Gatwick*, por favor, embarquen por la puerta B –el sonido de la megafonía del aeropuerto hizo que David se recuperara del shock inicial, al menos lo



suficiente como para levantarse y ponerse a la cola.

La primera persona en embarcar fue aquella despampánate mujer, mientras los dos trabajadores que se encargaban del embarque se deshacían en dedicarle sonrisas y palabras amables. Después de ella, le tocó el turno a la pareja de ancianos, luego uno de los hombres que viajaba en solitario y, así, hasta que fue el turno de David. Le enseñó el billete y la documentación a los dos trabajadores, que parecían haber gastado todas las sonrisas con la joven, y accedió al interior. Recorrió la pasarela de acceso a paso ligero y alcanzó la puerta de la aeronave. Al entrar notó esa desagradable sensación de claustrofobia. Siempre que se subía en un avión la experimentaba, pero sabía como controlarla. Insufló una enorme bocanada de aire y, antes de comenzar a caminar a través del pasillo, busco el número de su asiento en el billete que llevaba en la mano.

### **Asiento 22B**

La disposición era: tres asientos, pasillo, tres asientos. Lo situó mentalmente a mitad de camino entre la cola y la parte delantera. Levantó la vista y trató de ubicarlo. Recorrió con la mirada la larga hilera de asientos y no se creyó lo que vio. No podía ser cierto. No había que echar las campanas al vuelo todavía, pero, si se cumplían sus conjeturas, iba a ser el mayor golpe de suerte que había tenido en mucho tiempo. Aquella joven, que casi lo deja sin aliento varios minutos antes, estaba sentada en el asiento 21C. Espera, ¿o estaba en el 22C? Quizás en el 23C. Su corazón comenzó a bombear sangre a toda velocidad, a medida que iba avanzando por el pasillo.

Fila 17, fila 18, fila 19...

David tenía la vista clavada en la chica, que miraba hacia abajo, seguro que toqueteando el teléfono móvil.

Fila 20, fila, 21, fila 22. ¡Bingo!

Allí estaba ella, sentada en el asiento que daba al pasillo. Justo a su derecha se encontraba su asiento.

David se topó con el primero obstáculo. Tendría que decirle a la mujer que le dejara pasar. Su mente estaba todavía pensando qué tono de voz poner, cuando la chica, alertada por la presencia de un hombre a escasos centímetros de su cara, levantó la mirada del móvil y la clavó en los ojos de David.

–Pued... puedo pas... –David balbuceó tres palabras inteligibles.

–¿Quieres pasar? –preguntó la chica con seguridad y dedicándole una gran sonrisa.

–Sí –contestó.

La mujer se levantó del asiento y se movió hacia el pasillo. Con aquellos tacones le sacaba, por lo menos, cinco centímetros a David.

—Él logró reaccionar. Abrió el compartimento para equipaje, introdujo su maleta y se sentó en su asiento. Incluso, en el proceso, logró devolverle la sonrisa sin que se notara lo que le imponía aquella esbelta figura femenina. Ella volvió a sentarse en su asiento y siguió toqueteando su teléfono móvil. El agradable olor de su perfume embriagó la fila de asientos, mientras que David le dedicaba tímidas miradas de reojo, contemplando como su larga melena de color castaño caía con delicadeza sobre sus hombros.

Los pasajeros fueron subiendo a bordo del aparato de forma progresiva y, para sorpresa de David, nadie ocupó el asiento a su izquierda, el que daba a ventanilla. De hecho, el avión iba vacío aquella mañana, algo muy inusual. Del total de 189 ocupantes que podía llevar una aeronave de ese tipo, tan solo se habían subido a bordo poco más de treinta personas, cuando el sobrecargo cerró la puerta.

Una vez que todos los pasajeros estaban en sus respectivos asientos, la tripulación inició el rutinario procedimiento de preparar al pasaje para el despegue. Una de las azafatas comenzó a recorrer el pasillo, recomendando a los viajeros que se abrocharan el cinturón de seguridad, mientras el ruido de los motores iba en crescendo. Cuando se cercioró que todos se lo habían puesto, se colocó en el centro de la cabina y comenzó a dar las explicaciones pertinentes en caso de accidente.

Sí. Esas mismas instrucciones que, salvo que sea tu primera vez en el aire, no les vas a prestar ni la más mínima atención. De hecho, no vas a ser tu solo. Cuando estés en un avión y las escuches, fijate en las caras del resto de pasajeros. Los ves, sí, pero sabes que sus mentes no están allí. Se han ido lejos. Los aviones no son peligrosos. A veces se cae uno, pero bah, sabes que las estadísticas están a tu favor. Esas estadísticas que dicen que tienes que coger dos aviones al día durante doscientos años, para que te toque uno que esté sentenciado a estrellarse.

De todos modos, es mejor así. No sabes la cantidad de eufemismos y datos que se omiten en las instrucciones que se escuchan, cuando la azafata está inflando el diminuto chaleco amarillo con una gran sonrisa. ¿Te imaginas intentando hinchar ese trozo de plástico con las gélidas aguas del océano golpeándote los pies, sabiendo que en cuestión de minutos todo lo que ves estará en el fondo del mar? Mejor que no lo hagas, porque la frase “atterrizar sobre el mar” es un eufemismo y es probable que nunca te tengas que enfrentar

a esa situación. Un avión de ese tipo no tiene capacidad de aterrizar sobre ningún otro sitio que no sea un aeropuerto y, mucho menos, puede hacerlo en mitad del océano. Un Boeing 737-800 vuela a una velocidad de 260 Km/h en el momento inmediatamente anterior a que sus ruedas toquen la pista durante un aterrizaje normal. Vale. Ahora ponte en situación. Vuelas sobre el océano a un par de cientos de kilómetros de tierra firme. De pronto se escucha un ruido extraño y el avión comienza a perder altura. El comandante se dirige al pasaje y con la voz quebrada dice que debido a un fallo mecánico tendrá que realizar un aterrizaje de emergencia en el mar. Aun en el supuesto optimista de que el fallo mecánico permitiera a los pilotos hacer un aterrizaje controlado, estarías viajando a 260 km/h a bordo de un cilindro metálico de 70.000 kg de peso en el momento de impactar contra la superficie del océano. Así que dejémos de eufemismos de una vez. La frase correcta es: “estrellarse contra el océano” y no “realizar un aterrizaje de emergencia sobre el mar”.

Seguro que también te sonara eso de: le solicitamos que durante el despegue y el aterrizaje mantengan el respaldo en posición vertical, ajusten sus cinturones de seguridad y se cercioren que las ventanillas están abiertas. Lo del cinturón tiene sentido, de acuerdo. Pero, ¿alguna vez te has preguntado por qué las ventanillas deben estar abiertas? Pues, la verdad, no es para que disfrutes del paisaje. El despegue y el aterrizaje son los momentos más críticos del vuelo y, por estadística, cuando más accidentes ocurren. Bien, pues la función de llevarlas abiertas no es otra que dar facilidades al equipo de rescate, para que sepan cómo está el tema dentro de la cabina, después de que la aeronave se haya estrellado a unos 300 km/h sobre la pista de aterrizaje. Parecía que lo de los cinturones sí tenía sentido, ¿verdad? Pues lo tiene, pero no para lo que tú piensas. ¿Te crees que en ese mismo impacto, a 300 Km/h, un cinturón de dos anclajes puede ayudarte en algo? Pues se podría decir que su función en ese momento es la de facilitar la identificación de los cuerpos, gracias a que todavía estarán amarrados a sus respectivos asientos.

De todas formas, David no solía pensar en esas cosas. Siempre había pasado olímpicamente de la charla de la azafata. A veces se entretenía con el móvil. En otras ocasiones miraba por la ventanilla, pensando en cómo venderle aquel mal producto a algún cliente estúpido. Pero hoy su mente estaba ocupada en algo mucho más importante. Pensaba, una y otra vez, en como iniciar una conversación con aquella chica espectacular. Qué decirle. Qué tono de voz poner. Esperar cinco minutos para hacerlo. Comenzar a hablarle en ese preciso momento.

Mientras todo aquello sucedía en la fila de asientos número 22, el Boeing había comenzado ya a carretear por la pista, para al fin posicionarse en cabecera de pista e iniciar la maniobra de despegue.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**11:54:32**

Comandante José. P. Ramírez: AT 2031, **carreteando**<sup>12</sup> hacia pista 17

Controlador Santiago de Compostela: AT 2031, carreee y espere en puerta **Foxtrot**<sup>13</sup> 3 a su izquierda.

Comandante: Foxtrot tres a la izquierda, bien.

Comandante [A través del micrófono para dirigirse a los pasajeros]: Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. Es un placer darles la bienvenida al vuelo 2031 de *Air Atlantic*. En breves momentos despegaremos del Aeropuerto de Santiago de Compostela. Volveré a comunicarme con ustedes una vez estemos en el aire.

Oficial Andrés Pozo: Último vuelo y a casa

Comandante: Sí. Ya era hora

Oficial: Veo Foxtrot 2 a la izquierda. Es la siguiente. La última como siempre.

Comandante: Sí.

Oficial: Ahí está.

Comandante: AT 2031 esperando en puerta Foxtrot 3.

Controlador: AT 2031 espere a que yo le avise. Tenemos a C 3122 en aproximación final a pista 17.

Comandante: Esperamos.

Oficial: ¿C 3122 es una avioneta?

Comandante: Sí, mírala. Es un **Cessna**<sup>14</sup> 172

**11:57:32**

Controlador: AT 2031, acceda a pista 17 a través de puerta Foxtrot 3 y espere autorización para despegar en cabecera de pista.

Comandante: **Roger**<sup>15</sup>, AT 2031.

**11:58:54**

Comandante: AT 2031 en cabecera de pista 17. Todo listo. Solicitamos autorización despegue.

Controlador: Bien AT 2031. Autorizado a despegar por pista 17. Ascienda a 4.000 pies, siga rumbo de pista y contacte con Santiago Salida en 103.4 MHz. Que tengan un buen viaje.

Comandante: Roger. Que tengan un buen día Santiago. Hasta pronto.

Oficial: Parámetros normales. Nos vamos.

[Sonido de motores que comienzan a acelerar]

## 00:15:01 Horas a bordo

David se había agarrado con todas sus fuerzas al reposabrazos, tanto que sus nudillos habían adquirido un desagradable color blanquecino. Sus ojos estaban cerrados a presión, lo que había tirado hacia abajo la piel de su frente, arrugándola como un guisante y su respiración agitada se podía escuchar en la fila anterior y posterior a la 22. Las ruedas del Boeing acababan de separarse de la pista 17 del aeropuerto de Santiago de Compostela, pero él había estado en aquella posición desde que los dos motores habían sido puestos a máxima potencia, veinte segundos antes de completar el despegue. Odiaba esa maniobra y siempre reaccionaba de la misma forma. Daba lo mismo quién estuviera a su lado. Ya podía ser su madre, el Papa Francisco I o aquel pibonazo en minifalda.

Varios segundos después, una vez el avión comenzó a ganar altura, pudo relajarse lo suficiente como para estirar la piel de la frente. Tratando de controlar la respiración, echó un vistazo por la ventanilla a su izquierda. El sol bañaba una espectacular Santiago de Compostela, rodeada de bosques y campos de cultivo. La vista era de postal. En otra situación, David la hubiera observado con detenimiento, pero, en aquel momento, su mente no podía pensar en otra cosa que no fuera aquella mujer y en cómo intentar abordarla verbalmente. Todavía no había vuelto la vista al frente, cuando aquella chica le dijo unas palabras:

–A mí también me da miedo volar.

David se giró muy despacio y la miró. Sus ojos verdes proyectaban una mirada penetrante, mientras su boca esbozaba una sonrisa espectacular, apta para participar en el mejor anuncio de clínicas dentales.

–Sí. La verdad es que el despegue y el aterrizaje me dan un poco de cosa – David, por fin, contestó con un tono de voz normal.

–¿No sueles volar? –preguntó ella manteniendo aquella abrumadora sonrisa.

–Pues, aunque no te lo creas, vuelo muy a menudo.

–Vaya. Yo apenas cojo aviones. De hecho, creo que esta es la cuarta o quinta vez que lo hago. Pensé que a medida que te subías a ellos se te iba pasando ese *yuyu* del principio, pero ya veo que no es lo habitual –el tono de voz de aquella mujer era agradable en extremo, tanto que incluso podría rivalizar con su belleza.

David, con su frente recuperada del despegue, por fin, logró esbozar una sonrisa natural, a la vez que decía con un tono cada vez más confiado:

–Bueno. Yo creo que lo habitual es que el miedo se vaya pasando contra más vuelos coges, pero cada uno reacciona de una manera diferente. Seguro que tú lo superas antes que yo.

La chica soltó una pequeña carcajada.

–Más me vale. Creo que a partir de ahora voy a coger muchos aviones.

David no se podía creer aquello. Había puesto su cabeza a trabajar de forma frenética para buscar un plan de ataque desde que se subió al avión y acababa de darse cuenta que el azar se había encargado de hacer su trabajo infinitas veces mejor que él.

–¿Ah, sí? ¿Y eso? –preguntó.

–Trabajo. Me han ofrecido un puesto en Londres que no he podido rechazar. Así que nada. Lo he comentado con mi familia, he hecho las maletas y aquí estoy, de camino a una nueva vida. La verdad es que estoy nerviosa y un poco asustada –contestó ella.

El avión seguía ascendiendo sobre los cielos de Galicia y casi había alcanzado ya la altura de crucero.

–¿No había nada que te atara aquí? –preguntó David, dándose cuenta en el acto de que se había arriesgado mucho con la pregunta.

–Pues, sinceramente, era el momento perfecto para que me saliera algo en otro lugar. Hace poco más de un mes que lo dejé con mi novio y llevo dos años de trabajo basura en trabajo basura. Necesitaba un cambio en mi vida.

¿Sabes esa sensación que te embarga de pequeño el seis de enero, cuando te levantas de la cama? Sí, me refiero a esa ilusión de saber que dos tipos blancos con barba y uno negro sin ella acaban de llenarte la casa de regalos, que llevas esperando más de un año. Pues David la notó multiplicada por 10.000. De hecho, solo faltó que alguno de los pasajeros del avión se hubiera levantando de su asiento, alzado un dedo al cielo y gritado: ¡BINGO!

–Vaya. Siento que estés pasando por una mala etapa. La verdad es que yo...

El sonido de los altavoces del avión interrumpió a David en mitad de la frase.

–Estimados Pasajeros. Mi nombre es José Pablo Ramírez y soy el comandante del vuelo 2031 de Air Atlantic. Ahora mismo volamos a una altura de 22.000 pies y a una velocidad de 704 Km/h. La temperatura exterior es de 22 grados bajo cero. En breves instantes dejaremos atrás las costas

gallegas, para volar sobre el océano, en concreto sobre el golfo de Vizcaya. La duración total del vuelo es de dos horas exactas, por lo que, si no experimentamos ningún contratiempo, aterrizaremos en Londres a las 13:00 horas hora local, 14:00 hora española. En cuanto alcancemos la velocidad de crucero, el personal del avión les ofrecerá una selección de bebidas calientes y frías, así como diferentes tipos de snacks. Muchas gracias por su atención.

David miró al techo durante el mensaje, incapaz de aguantarle la mirada, mientras la chica lo observaba sin sacarle ojo de encima.

–Te decía, que a mí me pasó algo parecido hace varios meses –cuando acabó el mensaje, David siguió hablando.

–Lo siento. Son momentos difíciles. Pero, ¡espera! Antes de nada, dime cómo te llamas –dijo ella acariciándose el pelo.

–David. Me llamo David. ¿Y tú? –contestó.

–Yo Natalia. Vale. Es un placer conocerte David. Ahora ya puedes seguir –dijo, soltando una gran carcajada.

David sonrió y, con el pecho hinchado de confianza, siguió hablando:

–Sí. Solamente era eso. Hace poco que salí de un divorcio muy turbulento.

–¿Me cuentas cómo fue? –preguntó Natalia, esbozando un gesto comprensivo.

–No hay mucho que contar. Cristina, que así se llama, me dejó de un día para otro. Al principio pensé que había sido un acto espontáneo, que se había cansado de la rutina y todo eso, pero no. A ver, no lo sé al cien por cien todavía, pero era como si lo hubiera calculado todo. Me dejó sin nada, en la puta calle. Ahora vive con otro hombre, pero estoy casi seguro de que ya estaba con él antes de mandarme a la mierda y que los tiros fueron en esa dirección.

Natalia ladeó su cabeza hacia la izquierda, en señal de comprensión y contestó:

–Creo que tú eres buena persona. Habría que escuchar las dos versiones, pero te creo. Estoy convencido de que ella fue la mala de la película.

–Oye. ¿Por qué dices eso? Es imposible que sepas si soy buena persona. Solo hace diez minutos que nos conocemos –dijo David con tono divertido.

–Soy psicóloga. Parte de mi trabajo es estudiar a la gente y sus comportamientos. No tengo dudas de que ella es la mala de la película. Seguro que tú tienes un corazón de oro –dijo, volviendo a sonreír.

David puso una sonrisa nerviosa ante todos aquellos halagos. Se mantuvo así, con cara de estúpido, al menos veinte segundos, hasta que reaccionó y



continuó con la conversación:

–Ese debe de ser un trabajo interesante. ¿A qué te vas a dedicar en Londres en concreto? ¿Evaluación de personal de una empresa o cosas así?

–No, no va de eso. Estoy especializada en peritaje caligráfico. ¿Te suena? –contestó Natalia.

–Pues algo relacionado con el análisis de la caligrafía. ¿Puede ser?

David lo intuía. La dulzura con la que le hablaba Natalia y aquellas interminables sonrisas tenían que significar algo, algo positivo. ¿Era eso posible? ¿Podría aquel cañón de mujer, con la capacidad de conseguir al hombre que le saliera de dentro con solo mover un dedo, haberse interesado por un divorciado diez años mayor que ella? ¿Y por qué no? Puede que la forma correcta era dejar que la aleatoriedad de la causalidad se encargara de crear el acercamiento, en vez de forzarlo de forma intencionada.

–Has acertado una parte, pero te falta otra –contestó Natalia divertida–. Se trata de analizar la caligrafía, pero sobre todo las firmas de las personas.

–¿Para analizar si están tristes, contentas, deprimidas? ¿Esas cosas? –David preguntó de nuevo.

–No exactamente. Me encargo de determinar que las firmas y los escritos sean auténticos. A lo que tú te refieres es a la grafología. No me dedico profesionalmente a eso, pero la verdad es que me gusta bastante. Siempre que veo una firma de alguien interesante la analizo para mí –la chica dejó escapar una suave carcajada después de decir la última frase.

–Es decir. Si yo te firmo ahora un trozo de papel, ¿me analizarías la firma? ¿Podrías decirme cosas sobre mí? –el David pequeñito que se había sentado al lado de Natalia escasos minutos antes, se había convertido en un gigante lleno de confianza.

–No sé. Me da un poco de vergüenza. Además, hay mucha gente que considera la grafología como una pseudociencia. Vamos, que no tiene una base científica real. Yo lo hago como un *hobby* –aunque pareciera mentira minutos atrás, la figura actual de David estaba amilando a la mismísima Natalia.

–Venga, va. Seguro que nos reímos los dos. ¿Tienes algo donde pueda firmar? –David insistió.

–No. No llevo bolígrafo encima. Espera –Natalia se inclinó hacia la izquierda, rebuscando en su bolso que descansaba sobre el suelo del avión y dejando a poco más de diez centímetros de la cara de David aquel abrumador canalillo. Tras un par de segundos sacó de dentro una Tablet y un lápiz digital.

–¿En la Tablet? –preguntó David.

–Sí. Así, si no me gusta lo que veo, te mandaré repetir –contestó la chica, guiñándole un ojo.

David cogió la Tablet y el lápiz digital e intentó hacer la mejor firma de su vida. Una vez acabó, la miró durante un par de segundos, orgulloso del resultado y le dio el aparato a Natalia. Ella comenzó a analizarla con minuciosidad, acompañando con su dedo índice las trazas que había dibujado David y alejando y acercando el aparato a su cara repetidas veces. Después de casi cinco minutos, la chica, volvió la mirada hacia él:

–Es increíble. Tu firma dice todo lo contrario a lo que pareces a primera vista. Cuando te sentaste aquí parecías una persona con una gran falta de confianza en ti mismo. Sin embargo, la firma dice que confías en ti y que eres muy estable emocionalmente. Puede que la diferencia tenga relación con que estás pasando por un momento difícil ahora mismo. Pero no hay dudas de que, ¿cómo dijiste que se llamaba tu ex?

–Cristina –añadió David.

–De que Cristina era mala. Si es verdad que la grafología sirve para algo, lo que aquí dice es que eres la persona perfecta para tener una convivencia.

La azafata pasaba en ese momento por el pasillo, ofreciendo bebidas a los pasajeros, pero lo que David necesitaba en ese instante era una palangana para recoger los litros de baba que le estaban cayendo de la boca.

Los dos siguieron con la conversación durante todo el vuelo, hablando cada vez de temas más profundos. Se inmiscuyeron tanto en la charla, que el murmullo que generaban se podía escuchar por encima del resto de pasajeros. De hecho, alguno de aquellos hombres que esperaba en la puerta de embarque y que se había quedado prendado de las espectaculares piernas de Natalia minutos antes, ahora miraba a David con envidia. Si hubiera habido un concurso donde se pudiera votar para tirar a uno de los pasajeros del avión en marcha, hubiera ganado por mayoría absoluta.

Los minutos se convirtieron en segundos y las horas en minutos. Casi sin que Natalia y David se dieran cuenta, el Boeing 737 de *Air Atlantic* sobrevolaba ya las inmediaciones de la capital británica.

–¿Cuánto tiempo vas a estar en Londres? –preguntó Natalia.

–Cuatro días –contestó David.

–Yo no conozco a nadie en la ciudad y, como tú conoces la zona, a lo mejor, he pensado, que... que podríamos quedar esta noche y... –la chica intentaba hacer la proposición con voz nerviosa.

El cambio de tornas había sido brutal. Era como si Natalia y David

hubieran intercambiado sus papeles iniciales.

–Sí, claro –contestó David, tratando de disimular el ataque nervioso que estaba a punto de producirle aquella inyección de felicidad.

La voz de uno de los pilotos volvió a sonar a través de los altavoces:

–Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. En breves instantes iniciaremos la maniobra de descenso. El tiempo en Londres es inmejorable para esta época del año. El cielo está completamente despejado, el viento en calma y la temperatura en el aeropuerto de Gatwick es de 9°C. La llegada estaba prevista para las 13:00 hora local, pero parece que llegaremos varios minutos antes de lo esperado. En nombre de toda la tripulación, les doy las gracias por haber elegido Air Atlantic.

El Boeing 737–800 comenzó a descender cada vez de forma más acentuada. David, como era habitual en ese tipo de maniobras, miró al frente, tomó una enorme bocanada de aire y se agarró con todas sus fuerzas al reposabrazos, al igual que había hecho durante el despegue. Natalia lo miró durante unos segundos, dirigió la vista al frente y le agarró con suavidad la mano con la que sujetaba el reposabrazos, a la vez que le susurraba:

–Tranquilo, David... Estás conmigo.

Odiaba los aterrizajes con todas sus fuerzas, pero hubiera vendido su alma al mismísimo diablo para que aquel avión nunca llegara a tocar tierra y la mano de Natalia lo acariciara durante días.

A través de la ventanilla podía verse Londres, agrandándose de forma progresiva. La aeronave comenzaba a ser cada vez más inestable, debido a ir a volando ya a baja altura. La presión fluctuaba de forma violenta, taponando los oídos de los pasajeros. Los típicos ruidos no identificados de la cabina se sucedían. Cuando escuchó uno de ellos, David dirigió su mirada hacia la ventanilla. Eran los *Flaps*, desplegándose bajo las alas. El estruendo causado por los motores se atenuó y un nuevo sonido volvió a escucharse en el interior, esta vez acompañado de una vibración: el tren de aterrizaje acababa de ser desplegado. David miró de nuevo a través de la ventanilla. Se podían ver los vehículos circulando por las calles y los edificios estaban ya a tiro de piedra. El avión se movía cada vez de forma más violenta, habitual en los momentos previos a tocar tierra. Las pistas auxiliares comenzaron a aparecer a ambos lados de la aeronave: eran los instantes finales del aterrizaje. David cerró los ojos a presión de nuevo y, su frente, como era habitual, se arrugó como una uva pasa. Pero, de pronto, algo no salió de la forma esperada. Cuando su cuerpo esperaba ya el golpe del tren de aterrizaje sobre el asfalto de la pista

de Gatwik, los motores del Boeing 737 volvieron a bufar de nuevo y a emitir el sonido característico de cuando están a máxima potencia. David abrió los ojos de golpe y vio como el suelo en vez de acercarse, se alejaba a marchas forzadas. El piloto había abortado la maniobra segundos antes de tomar tierra y ahora ascendía de nuevo a toda potencia.

–Estamos subiendo –dijo Natalia angustiada y cerrando los ojos también a presión.

El momento de angustia fue ratificado por todo el personal que viajaba en el avión, emitiendo un murmullo común de desconcierto.

## 01:58:30 horas a bordo.

El Boeing 737–800 ascendía de nuevo a marchas forzadas hacia los cielos de Gran Bretaña. El rugido de los dos motores CFM56 a toda potencia creaba un ambiente ensordecedor dentro de la cabina, a la vez que el tren de aterrizaje se recogía de nuevo.

Natalia y David, todavía agarrados de la mano, consiguieron recuperarse del shock inicial.

–¿Por qué hemos vuelto a subir? ¿Qué ha pasado? –Natalia parecía ahora mucho más asustada que David y lanzaba preguntas al aire de forma nerviosa.

David no contestó. Con la mano todavía agarrada con todas sus fuerzas al reposabrazos, se limitó a mirar por la ventanilla y ver como el suelo se alejaba a toda velocidad.

–No se preocupen. Es una maniobra muy habitual –una persona con acento inglés, contestó a Natalia desde otro asiento.

David y la chica se giraron casi de forma simultánea hacia el lugar de donde provenía aquella voz. Se trataba de la persona que ocupaba el asiento 22 D, en su misma fila, pero al otro lado del pasillo. Un hombre de poco más de cincuenta años, con una poblada barba de color blanco y vestido de traje, los miraba con seriedad.

–*Go Around* –dijo en inglés.

–¿Cómo dice? –preguntó Natalia, desconcertada

–*Go Around* es como se llama la maniobra que acaban de hacer los pilotos. En su idioma se dice: motor y al aire. Se hace muy a menudo. Suele ser debido a condiciones climáticas adversas o a que hay algo obstaculizando la pista de aterrizaje –el hombre hablaba en perfecto español, pero con un marcado acento inglés.

–Las condiciones meteorológicas son perfectas. Está claro que por eso no ha sido –replicó Natalia.

El hombre, manteniendo el semblante serio, contestó:

–Miren hacia el principio de la cabina. Fíjense en la azafata.

David y Natalia alzaron tímidamente la cabeza por encima de la fila de asientos anterior a ellos y vieron a la sobrecarga sentada en un asiento plegable, con el cinturón de seguridad puesto.

–¿Ven su cara, verdad? Es de aburrimiento absoluto. Eso es una buena señal. Es el mejor indicador de que todo es normal. Si el gesto de la azafata es

de miedo o de desconcierto, ahí sí que podríamos estar en peligro. Háganme caso, no hay porque preocuparse.

Las palabras de aquel hombre habían logrado calmar en cierta medida a Natalia y a David, sin embargo, el murmullo preocupado del resto del pasaje rivalizaba con el estruendo de los motores en el interior de la cabina.

–¿Es usted piloto, controlador aéreo o algo por el estilo? –pregunto la chica, con voz más tranquila

–No, me gustan los videos de *Youtube*, nada más –el hombre, que en todo momento había mantenido el semblante serio, se volvió al frente al terminar la frase.

Natalia se giró hacia David, se encogió de hombros e hizo un gesto de desconcierto con las cejas.

–Que tío más raro –le contestó David por lo bajo.

El avión había ganado ya una altura considerable y el estruendo de los motores comenzó a atenuarse. En ese momento, el comandante se dirigió de nuevo a los pasajeros a través de los altavoces:

–Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. Les pido disculpas en mi nombre y en el nombre de la compañía Air Atlantic. Hemos tenido que abortar la maniobra de aterrizaje durante los metros finales debido a que no era cien por cien seguro tomar tierra. Les pido que no se alarmen, porque esta es una maniobra muy habitual en aviación. Durante los próximos minutos volaremos alrededor del aeropuerto internacional de Gatwick y, cuando nos concedan permiso para aterrizar, iniciaremos la maniobra de nuevo. Aunque el problema es ajeno a la aeronave y a Air Atlantic, quiero volver a disculparme por los trastornos que le puedan causar los minutos de retraso que acumularemos. Aproveché también para comunicarles que durante los próximos minutos volaremos sobre la ciudad de Londres y, gracias a que los cielos están despejados, podrán disfrutar de una estupenda vista a través de las ventanillas. No se desabrochen el cinturón de seguridad y permanezcan en sus asientos hasta que hayamos tomando tierra definitivamente. Muchas gracias por su atención.

Justo en el momento posterior al final de la grabación, el murmullo que se había apoderado de la cabina desde que el Boeing había abortado el aterrizaje comenzó a difuminarse poco a poco, hasta convertirse en el tono habitual.

–Bueno, parece que el tipo ese tenía razón –le dijo Natalia a David con tono cómplice.

–Menos mal... ¡Vaya susto! –David le guiñó un ojo, mientras soltaba un

suspiro de alivio.

Natalia acercó su cabeza a David y apoyó su oreja izquierda sobre su pecho en un intento de acercarse a la ventanilla para ver Londres desde el aire, tal y como les había dicho el piloto, a la vez que decía:

–¡Mira! ¡Vaya vistas! ¡Es impresionante!

David, sorprendido, miró su hermosa melena castaña desde arriba, mientras aspiraba el embriagador aroma que desprendía su pelo. Varios segundos después miró hacia los lados, quería saber si alguien estaba viendo el gesto de Natalia. Aquel hombre con barba lo miraba fijamente con cara de loco. ¿Qué estaría pasando por la cabeza de aquel individuo? No lo sabía, pero le recordaba a una película de terror. Justo a los instantes previos a que el malo, lleno de ira homicida, se abalanza sobre su víctima y se ensaña con ella a puñaladas. Envidia. Seguro que era envidia por Natalia. No había dudas. David apartó su mirada y volvió su cabeza hacia la ventanilla.

Las vistas eran inmejorables. El avión sobrevolaba Londres a una altura bastante baja, lo que permitía apreciar de forma privilegiada los monumentos y lugares emblemáticos de la ciudad. El archifamoso *Big Ben*, el imponente arco del estadio de *Wembley*, el *London Eye*. La sensación de tranquilidad y normalidad absoluta volvió a apoderarse del pasaje, recuperado, por fin, del aterrizaje frustrado.

Diez minutos sobrevolando la ciudad... Veinte minutos... Los lugares emblemáticos que en un primero momento llamaron la atención de los pasajeros, aparecieron de nuevo a través de la ventanilla. La mayoría de la gente había vuelto la vista al frente. El paseo extra comenzaba a ser incómodo.

Poco más de veinticinco minutos después del intento de tomar tierra, uno de los pasajeros, en concreto el anciano que viajaba con su esposa, se levantó de su asiento y caminó hacia la sobrecarga más cercana. Desde la posición de David no se lograba escuchar lo que intentaba decirle, pero, por los gestos, quedaba claro que estaba pidiendo algo. La azafata, se desabrochó el cinturón, y con varios gestos nerviosos lo mandó de vuelta a su asiento. El hombre, aunque a regañadientes, obedeció.

–¿Has visto eso? –preguntó David, arqueando las cejas.

–No. ¿Qué ha pasa... –el comandante, hablando de nuevo a través de los altavoces, interrumpió a Natalia en mitad de la frase.

–Señores pasajeros, les habla el comandante. Me complace informármeles que ya estamos iniciando la maniobra de aterrizaje de nuevo. Me disculpo de nuevo en nombre de la compañía Air Atlantic, por las molestias que le pueda

causar el retraso del vuelo. Está previsto que tomemos tierra en el aeropuerto internacional de Gatwick a las 13:35, hora local. Por favor, permanezcan en sus asientos y no se desabrochen el cinturón de seguridad. Muchas gracias.

Dicho y hecho. El Boeing comenzó a descender de forma acusada y todas las vibraciones y los sonidos extraños se repitieron en la cabina. David volvió a su posición habitual durante el despegue y el aterrizaje y cerró los ojos a presión, arrugando su frente por tercera vez. Natalia también adoptó una posición incómoda, aunque mucho más relajada que la de su compañero, pero esta vez, para frustración de David, decidió no agarrarle la mano.

La mente de David solía evadirse de la realidad hasta que las ruedas tocaban la pista. A veces trataba de pensar en algún recuerdo bonito, en algo que le gustaría comprarse... Pero, por primera vez en su vida, había algo en la realidad del aterrizaje que le interesaba lo suficiente como para que su mente se quedara dentro del avión: Natalia. Con un esfuerzo titánico logró entreabrir los ojos, localizó la mano de la chica, apoyada sobre sus suaves muslos morenos, muy cerca de la minifalda, y la agarró. Permaneció con la vista al frente durante varios segundos, con miedo a una mala reacción de Natalia, que, por suerte, nunca llegó. La chica, al notar la mano de David tocando la suya, le devolvió una agradable caricia. Ante aquella cálida respuesta, notó como la piel se le erizaba y un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo.

Como cambian las tornas cuando de verdad tienes una motivación, ¿verdad? David había odiado durante toda su vida los aterrizajes y ahora deseaba que el avión donde viajaba nunca tocara tierra y repitiera aquella maniobra una y otra vez.

Con una media sonrisa en la cara y notando el cálido tacto de la piel de Natalia, David miró a su izquierda, a través de la ventanilla. Las pistas auxiliares volvieron a aparecer a escasos metros del aparato. El aterrizaje era inminente.

No. Aquello no estaba nada bien. Una vez era aceptable, pero dos no. El Boeing repitió la misma maniobra que en el anterior intento y, cuando todos los pasajeros esperaban el choque de las ruedas con el asfalto de la pista, los pilotos pusieron potencia máxima y la aeronave volvió a subir hacia los cielos a toda velocidad.

—¡No puede ser! —dijo Natalia, agarrando con fuerza la mano de David.

El pasaje hizo lo mismo, emitiendo un murmullo de desconcierto, aunque esta vez fue mucho más audible que el primero.

Natalia volvió la mirada hacia aquel hombre de barba, intentando buscar



una nueva explicación que la tranquilizara. Pero, lo que se encontró en el primero contacto visual, no fue algo que la calmara. El individuo estaba clavando sus ojos en ella, solo sabe Dios desde hacía cuanto tiempo. Natalia, como si hubieran instalado un resorte en su cuello, volvió la vista al frente, tratando de esquivar la mirada trastornada de aquel tipo.

–Ahora ya no puedo tranquilizarla, señorita –acto seguido a que la chica volviera la vista al frente, el hombre comenzó a hablarle con el característico acento inglés.

Natalia resopló y volvió a mirarlo de nuevo. David también se giró hacia el hombre, atraído por sus palabras.

–La maniobra *go around* solo se produce dos veces seguidas por motivos meteorológicos adversos y hoy no es el caso. Esta vez no puedo tranquilizarla. Algo raro está ocurriendo aquí –añadió el hombre, bajando un poco la mirada, para quedarse mirando fijamente los prominentes pechos de la joven.

Natalia y David se volvieron de forma simultánea y miraron a la sobrecarga sentada en la parte delantera de la cabina. Si era verdad que la cara de la azafata era un indicativo fiable de si estaba pasando algo raro en el avión, aquella maniobra estaba fuera de la normalidad. La tez maquillada de la sobrecarga, no indicaba miedo, pero, la mueca de desconcierto que se había apoderado de su cara, era indiscutible.

–Algo no va bien –dijo David, todavía agarrado a la mano de su nueva compañera.

–Tranquilo. Vamos a esperar a ver que dicen los pilotos. No te preocupes todavía –Natalia se hizo fuerte de nuevo y trató de tranquilizarlo.

El aparato ascendía hacia los cielos a toda potencia de nuevo y, tras varios minutos, comenzó a girar sobre su costado izquierdo, repitiendo otra vez la ruta anterior. Una vez más la grandeza de Londres era apreciable a través de las ventanillas, pero nadie le prestó atención en esta ocasión. Los murmullos sobre hipótesis de por qué el avión no había logrado tomar tierra se escuchaban aquí y allá a lo largo de toda la cabina y, muchas de ellas, tenían incluso tono catastrofista. La preocupación se había adueñado del aparato desde la nariz hasta la cola.

David y Natalia se habían quedado en silencio, agarrados de la mano y mirando al frente, esperando con ansia que los pilotos les comunicaran buenas noticias a través de los altavoces. De pronto, entre las cabezas de los pasajeros, vieron como el anciano que, poco antes de intentar tomar tierra por

segunda vez, había tratado de pedirle algo a la azafata, se levantó y lanzó una nueva tentativa. La sobrecarga se desabrochó el cinturón y de un salto se plantó delante de él, obligándolo a volver a su asiento, aunque esta vez de una manera mucho más brusca. Incluso llegó a agarrarlo del hombro con nerviosismo durante varios segundos. Aquella mujer, seguro que acostumbrada a tratar con cientos de pasajeros impertinentes, había reaccionado de una forma que no encajaba con la situación que se acababa de dar. Estaba claro que sabía o intuía algo más.

–Está muy nerviosa. Algo raro está pasando aquí –añadió el misterioso hombre de barba en voz alta.

David y Natalia no se movieron pese a sus palabras.

Por fin, los altavoces emitieron un sonido grave, prelude de que alguien iba a comenzar a hablar a través de ellos. De forma automática, el silencio total se hizo en la cabina.

–Señores pasajeros, les habla el com...

–Espera, parece que ah... –el otro piloto interrumpió al comandante.

Cortando una de las frases por la mitad, la comunicación se interrumpió de golpe. Y así, después de esperar más de diez minutos para escuchar el ansiado mensaje que los tranquilizara, los pasajeros pudieron oír como los dos pilotos se interrumpían entre ellos. Como era de esperar, el silencio que se había hecho en la cabina se esfumó de un plumazo y una ola de comentarios fatalistas se volvieron adueñar del avión.

–David. Esto no tiene buena pinta –dijo Natalia, agarrando con más fuerza la mano de su compañero de asiento.

David no contestó. Trataba de no mostrarlo, pero el pánico se había adueñado de su cuerpo por completo. Era cuestión de minutos que sus ojos volvieran a cerrarse a presión y que la piel de su frente los acompañara.

Habían pasado ya unos veinte minutos desde el segundo aterrizaje abortado y el Boeing daba vueltas en círculos sobre la ciudad de Londres. De nuevo se pudo escuchar el sonido previo a que los altavoces empezaran a sonar.

–Señores pasajeros, les habla el comandante una vez más. Ante todo, les pido disculpas en nombre de toda la tripulación y en nombre de la compañía Air Atlantic. Quiero comunicarles que no hay ningún motivo por el cual alarmarse, pero no me queda más remedio que trasladarles malas noticias. Los dos aterrizajes abortados no se han debido a condiciones meteorológicas adversas, como es obvio, ni a que la pista estuviera bloqueada por alguna

aeronave u otro obstáculo. Sin explicación aparente, la torre de control de Gatwik nos ha denegado el permiso de aterrizaje en los metros finales y nos ha obligado a hacer una maniobra go around en las dos ocasiones. Hemos intentado pedir explicaciones de por qué han hecho esto, pero en ningún momento nos lo han querido aclarar. De hecho, en este mismo momento, el copiloto, Andrés Pozo sigue tratando de preguntar a torre el motivo, sin éxito. A parte de todo este mal entendido, hay algo más que tenemos que decirles. Hemos intentado pedir autorización para aterrizar por tercera vez, pero nos la han denegado, está vez sin permitirnos, ni siquiera, iniciar la maniobra. A parte de esto, nos han comunicado que no podremos aterrizar en ningún otro aeropuerto, no solo de la ciudad de Londres, si no que no se nos permite tomar tierra en ninguna instalación de Reino Unido. Tampoco han añadido una explicación a esto y nos han invitado a que abandonemos el espacio aéreo del país. La decisión que he tomado es dirigir la aeronave al aeropuerto de Rotterdam–La Haya, en los Países Bajos, muy próximo a Londres y donde la compañía Air Atlantic tiene instalaciones.

Entendemos su preocupación y nos disculpamos por no poder darles una explicación al respecto a toda esta locura. Aun con todo este desconcierto, quiero transmitirles tranquilidad y calma. La hipótesis que barajamos en la cabina es que se haya dado un importante atentado terrorista en el país y que hayan cerrado el espacio aéreo. No es lo más habitual, pero, por motivos de seguridad, puede que no estén autorizados a comunicárnoslo. Sobre todo si el atentado ha implicado a otras aeronaves, impidiendo así la coordinación entre los atacantes. Está previsto que aterricemos en el aeropuerto de Rotterdam–La Haya en poco más de cuarenta minutos. Durante el vuelo, la tripulación les ofrecerá snacks y bebidas gratis a todos los pasajeros que quieran. Una vez lleguemos a Holanda, la compañía se encargará de reubicarlos en otros aviones que los llevaran a Londres, y, obviamente, asumirá todos los costes. Eso sí, en cuanto se haya aclarado todo este lío. Muchas gracias por su atención.

Esta vez no hubo un murmullo de protestas como podía haber sido previsible. Esta vez un silencio sepulcral se adueñó de la cabina por completo. Lo único que podía oírse a bordo eran los dos motores del Boeing a máxima potencia. La aeronave subía, buscando alcanzar de nuevo la altitud de crucero, rumbo al Canal de La Mancha. Por más que los pasajeros no manifestaran su enfado o su miedo en ese preciso momento, no había ninguna duda que sus mentes estaban conjeturando una y otra vez lo que podía estar

pasando, obligándose a ellos mismos a creer las esperanzadoras palabras del piloto acerca de tomar tierra sin contratiempos en Rotterdam.

David no había cerrado los ojos esta vez, pero no había dicho ni una palabra y sus músculos estaban inmóviles, atenazados por el pánico. Natalia giró su cabeza hacia él y vio su cara pálida, su tez había adoptado un desagradable tono blanquecino.

–David, David, tranquilo. Ya has oído al piloto. No pasa nada, seguro que es por un ataque terrorista y no tiene nada que ver con este avión –Natalia en un primer momento se había girado hacia él, buscando consuelo, pero, al ver aquella expresión de pavor que transmitía la cara de su compañero, decidió tranquilizarle.

Ante las palabras de la chica, David logró reaccionar y tomó una profunda bocanada de aire, volviendo de su estado catatónico.

Sí, no... no hay... no hay porque preocuparse –logró decir entre tartamudeos.

–El piloto ha mentido –de nuevo la voz de aquel misterioso hombre dijo unas palabras de forma tajante.

Natalia se giró hacia él por enésima vez, pero David no logró imitarla, debido a la horrible sensación de pánico que lo invadía.

–Ha mentido. Lo que ha dicho el piloto no es verdad. No es un problema general que implique a todo el espacio aéreo de Reino Unido. Cuando estábamos a punto de tocar tierra, durante los dos intentos, me he fijado en las instalaciones del aeropuerto y en las pistas auxiliares. Los otros aviones carreteaban por la pista con total normalidad. Varios de ellos avanzaban hacia la cabecera de pista para iniciar el despegue. Si cierran el espacio aéreo, como es lógico, lo primero que deniegan es el despegue de aeronaves que están en tierra. El problema no es general. Algo raro está pasando y, sea lo que sea, tiene que ver en exclusiva con este avión –el hombre dijo todas las palabras mirando al frente y en su tono de voz se podía apreciar miedo.

Natalia se quedó mirando para aquel tipo durante unos segundos, que ahora lucía una cara mucho más preocupada que la primera vez. Después, se volvió hacia David, que todavía no había recuperado su color original, y le dijo:

–David, tranquilo. Ya verás como dentro de unas horas estaremos tomándonos un café en Holanda y riéndonos de todo esto –Natalia estaba tan asustada como David, pero hacía de tripas corazón.

A través de las ventanillas se podía apreciar como el Boeing dejaba atrás

las costas de Gran Bretaña, sobrevolando la ciudad de Dover. En cualquier otro momento, y con aquel día espectacular, los pasajeros hubieran disfrutado del paisaje, pero ahora, lejos de eso, casi todos miraban al frente, guardando el más estricto de los silencios.

Con el avión volando ya a altura de crucero, las cinco azafatas que componían la totalidad del personal de cabina comenzaron a recorrer el pasillo con uno de los carros para repartir bebidas y comida. Poco a poco fueron avanzando, ofreciendo bebidas a todos los pasajeros, hasta alcanzar la fila 22. La cara de David había recuperado gran parte de su color habitual y su estado era mucho más relajado que diez minutos atrás. De hecho, había vuelto a hablar de forma tímida con Natalia en el momento que las dos azafatas se pararon a su altura. Una de ellas los miró fijamente, dedicándoles una enorme sonrisa. La sobrecarga estaba a años luz de la belleza de Natalia, pero, aun así, era guapa y su sonrisa, caracterizada por los labios pintados de rojo, la hacía agradable y cercana.

–¿Qué les apetece tomar? –dijo con tono de voz bajo.

–Me gustaría comer algo, tengo muchísima hambre –contestó Natalia, devolviéndole la sonrisa.

–Me da igual. Lo que sea... con... con tal de que tenga azúcar –David estaba más recuperado, pero los nervios todavía le impedían hablar con normalidad.

–Muy bien –contestó la chica, a la vez que comenzaba a rebuscar en el carro.

–Señorita, quiero hablar con el comandante –la voz del hombre de barba obligó a la azafata a detenerse y a levantar la cabeza hacia el asiento desde donde provenía el sonido.

–¿Cómo dice? –contestó, olvidándose por un momento de la sonrisa y poniendo un semblante serio.

–Digo que yo no quiero beber nada. Lo que quiero es hablar con el comandante –el hombre la miraba sin sacarle ojo de encima.

La chica volvió a sonreír de nuevo y contestó:

–Los siento, señor, pero mucho me temo que eso no va a ser posible. Las normas son muy estrictas en este tipo de situaciones. De todas formas, no tiene por qué preocuparse, en cuestión de minutos estaremos aterrizando en Rotterdam sin ningún contratiempo, ya verá. Además, el comandante se dirigirá a los pasaj...

–LE ESTOY DICIENDO QUE QUIERO HABLAR CON EL

COMANDANTE DE UNA PUTA VEZ –el hombre se levantó de su asiento y gritó a pulmón.

El berrido borró de un plumazo la sonrisa de la cara de la azafata. El pasaje, que había comenzado a hablar con poca decisión en el momento de recibir las bebidas, reaccionó, provocando de nuevo un silencio sepulcral en la cabina y girándose casi al unísono hacia a aquel señor.

El incómodo silencio duró veinte segundos en los que la azafata abría y cerraba la boca, intentando mascullar unas palabras que nunca llegaron.

–El piloto ha mentido y toda la tripulación tiene derecho a saberlo –el hombre comenzó a hablar para el resto de pasajeros, mientras la azafata seguía sin reaccionar.– El comandante ha mentido. No es verdad que hayan cerrado el espacio aéreo de Gran Bretaña. He visto varios aviones carreteando por la pista de Gatwick, listos para despegar. Además, en pleno vuelo nos hemos cruzado con varios aviones que entraban en el país como si nada.

–Señor, cálmese y siéntese –la azafata por fin logró decir unas palabras.

–No me voy a callar hasta que el comandante nos diga qué está pasando con este avión.

–Señor, si no se calla de una vez y se calma, me veré obligada a com...

–¿Se verá obligada a qué? ¿A aterrizar en el aeropuerto más cercano y entregarme a las autoridades? Pues le diré que eso no lo puede hacer, porque no nos dejan aterrizar en ningún puto aeropuerto.

De pronto, un hombre de poco más de treinta años y bastante corpulento se levantó de uno de los asientos cercanos y miró al individuo de barba, justo antes de decir:

–Me da igual que el piloto mienta o no. Está haciendo todo lo necesario para garantizar la seguridad dentro del avión e intentará aterrizar en cuanto sea posible. Así que, ya ha escuchado a la azafata. Relájese de una vez y no vuelva a gritar a nadie que vaya en este avión. ¿Me ha entendido?

El señor le devolvió la mirada con odio. Sus ojos estaban llenos de ira, tan llenos que nadie se hubiera sorprendido si aquel hombre hubiera saltado las dos filas de asientos para morderle la yugular, pero, a decir verdad, aquel tipo imponía. El individuo de barba tomó aire por la nariz y se volvió a sentar en su asiento.

La azafata tardó varios segundos en recuperarse del shock inicial y volvió de nuevo a rebuscar en el carro de forma nerviosa. Al poco tiempo alzó la cabeza hacia David y Natalia y les dijo:

–Perdonen. Me pueden repetir lo que habían pedido.

–Un par de coca colas y algo de comer estaría bien –dijo Natalia.

La sobrecargo cogió dos botes de coca cola y un par de sándwiches empaquetados y los depositó sobre la bandeja. Sus manos temblaban como un pedazo de gelatina recién sacado de la nevera. De hecho, a punto estuvo de tirar una de las latas al suelo.

–No te preocupes por él. Ese hombre también nos ha hablado a nosotros hace un rato y nos ha dicho cosas muy raras. Se nota que está tarado. Seguro que ha reaccionado así porque tiene miedo –dijo Natalia con un tono de voz muy agradable.

–Gracias. Tienes una novia muy valiente –dijo la azafata mirando hacia David y recuperando la sonrisa de nuevo.

David sonrió con cara de tonto y no contestó. El silencio que se creó en la fila 22 después del comentario de la sobrecargo fue muy incómodo. Ninguno de los dos sabía muy bien qué decir, así que dedicaron su atención a las bebidas y los sándwiches.

De pronto, Natalia pudo ver algo extraño. A través del rabillo del ojo derecho apreció como algo se movía con rapidez. Reaccionó por instinto y se echó hacia su izquierda, apoyando su hombro sobre David, aunque cuando vio de que se trataba se percató que aquello no implicaba ningún peligro, al menos por ahora. Era el misterioso pasajero de barba. El hombre se había levantado de su asiento a toda velocidad, como si lo hubiera propulsado un cohete a reacción. Comenzó a caminar por el pasillo con seguridad, avanzando hacia la parte delantera del avión.

Todo ocurrió muy rápido, tan rápido que ni las azafatas, ocupadas repartiendo bebidas, ni los pasajeros, sumidos en pensamientos catastrofistas, se dieron cuenta de las intenciones de aquel tipo hasta que comenzó a aporrear la puerta de la cabina de pilotos. En ese momento, fue cuando el pánico empezó a cundir entre los pasajeros de forma real. Sin que nadie lograra reaccionar más allá de mirar hacia aquel individuo con estupor e incredulidad, el energúmeno se ensañó con la puerta metálica, propinándole puñetazos y patadas con una cadencia descomunal, a la vez que voceaba:

–Abran.

–Hijos de puta.

–Queremos saber la verdad.

–Abran la puta puerta.

–Ábranla de una vez o la tiraré abajo

Unos quince segundos después del inicio de aquel brote psicótico, las tres

azafatas abandonaron, por fin, la parálisis generada por el shock inicial y avanzaron hacia el muy despacio con los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas, mientras decían entre balbuceos:

–Se... señ...

–Tiene usted que cal... seño...

El volumen de sus voces no podía rivalizar con los berridos de aquel energúmeno en estado de locura total. El problema es cómo controlar a un sujeto cuando está en ese estado y las condiciones del avión son extraordinarias, como era el caso del Boeing 737–800 de *Air Atlantic* en este preciso momento. Lo normal sería advertir al hombre de que su conducta está generando un problema de seguridad dentro de la aeronave y obligarlo a volver a su asiento y abrocharse el cinturón de seguridad. El personal de cabina lo estaba intentando, pero sin colaboración. En ese caso, las leyes de aviación internacional obligan a los pilotos a descender de inmediato y aterrizar en el aeropuerto más cercano. Una vez en tierra todos los pasajeros deben permanecer sentados, mientras la policía de seguridad aeroportuaria entra en el avión, reduce al pasajero y lo baja por la fuerza, si es necesario. Pero el vuelo AT 2031 parecía no poder aterrizar en ningún aeropuerto, por peligrosa y difícil que fuera la situación dentro de la cabina.

De esa guisa, con aquel tipo enloquecido y con la situación fuera de control, fue cuando aquel joven reaccionó. Sí, se dice que todos tenemos implicaciones éticas y que nuestro deber en ese tipo de situaciones, si nuestras capacidades físicas no nos lo impiden, es intervenir, pero no todos tenemos el suficiente valor. Por ejemplo, por corpulencia y edad, en un combate uno contra uno, David hubiera hecho morder el polvo a aquel tipo, pero el terror y la cobardía que lo invadían, atenazando sus músculos, lo mantenían anclado a su asiento. Sin embargo, no le pasaba lo mismo a aquel joven que ya había intervenido minutos antes. Cuando el tipo comenzó a gritarle a una de las azafatas, se levantó de su asiento y caminó por el pasillo hasta la puerta de la cabina de pilotos. Una vez allí, en vez de intentar calmar al hombre con palabras, lo rodeó desde atrás con sus dos brazos a la altura del pecho y tiró de él hacia atrás. Los dos se cayeron de espaldas, mientras el hombre de barba trataba de zafarse con movimientos espasmódicos, como un pez después de morder el anzuelo. Daba igual las veces que se retorciera. Los brazos de aquel tipo se cerraron como una tenaza de acero. Según fueron pasando los segundos, los movimientos del hombre se hicieron cada vez más débiles, hasta que se quedó casi parado. El resto del pasaje vio al detalle todo el proceso, la



mayoría de ellos se habían puesto de pie para observarlo con más detalle.

–Solo lo soltaré, si vuelve a su asiento y no se levanta de él hasta que hayamos aterrizado –dijo el joven con la voz quebrada por el esfuerzo que estaba haciendo.

El hombre no contestó.

–¿Me ha escuchado? Puedo estar así hasta Rotterdam.

–Está bi... está bien, vale –el hombre de barba, contestó entre jadeos.

Poco a poco, el joven fue abriendo los brazos y lo liberó. El hombre se levantó del suelo, se colocó la chaqueta que llevaba puesta y, con la respiración todavía agitada, volvió a su asiento. El joven también regresó a su sitio, mientras el resto de pasajeros asentían a su paso en señal de aprobación.

David y Natalia habían presenciado la escena y, al igual que el resto de pasajeros, se habían quedado satisfechos con la intervención del joven. Sí, estaba claro que aquel viejo no estaba bien y que, por la reacción psicótica que acababa de tener, cualquier tribunal médico lo hubiera ingresado en un psiquiátrico durante semanas, colgándole la etiqueta de individuo peligroso. Pero, más allá de todo eso, había algo en sus palabras que se había quedado dando vueltas dentro sus cabezas y, posiblemente, también en las mentes del resto de pasajeros cercanos a su asiento. Por muy loco que estuviera, su análisis de la situación tenía coherencia y, además, daba la sensación que sabía muy bien sobre lo que estaba hablando.

El piloto había tranquilizado al pasaje en varias ocasiones y sus explicaciones no sonaban todo lo sinceras que deberían. El pánico no había comenzado aún a cundir dentro de la aeronave, pero estaba claro que un gran sentimiento de temor se extendía a lo largo de toda la cabina de pasajeros.

El Boeing volaba a velocidad de crucero sobre el canal de la mancha, cuando David intentaba ver la superficie del mar a través de la ventanilla, pero una cada vez más tupida capa de nubes se lo impedía.

–¿Ves algo? –preguntó Natalia, imitando el gesto de su compañero y tratando de ver el mar.

–No, nada. Parece que se está nublando –contestó.

–Todavía queda un rato para llegar a Holanda. Vamos a intentar desconectar un poco de todo este tinglado y de ese tipo... –dijo Natalia, señalando con su cabeza al hombre de barba–. Cuéntame, por ejemplo, como conociste a tu ex mujer.

David, con la respiración todavía agitada por el incidente que había sucedido minutos atrás, intentó leer entre líneas. Natalia trataba de sacar el

tema amoroso cada vez que tenía la más mínima oportunidad. Desde que se había sentado a su lado, había dado muestras de interés hacia él y estaba claro que esta era una más.

–Bueno, la verdad, ocurrió hace bastante tiempo –el tono de voz que puso y el gesto de su cara eran un claro indicativo que su ego estaba por los cielos. De hecho, estaba tan arriba que, si hubiera sido tangible, habría chocado contra el techo del avión, abriendo la trampilla del compartimento porta equipajes y diseminando las maletas a lo largo del pasillo de cabina.

Natalia ladeó la cabeza en señal de interés.

–Aún con todo lo negativo que vino después, esos momentos, los iniciales, son muy difíciles de empañar. Cuando me vienen recuerdos sobre ella a la mente siempre suelen ser de las partes malas, nunca del principio, pero, si por algún motivo te trasladas a la fase inicial por algo en concreto, como tu pregunta, te invade una sensación contradictoria. Es como si Cristina hubieran sido dos personas diferentes. No sé si me explico

Natalia sonrió sin interrumpir a David.

–Una de ella es la Cristina de la que me enamoré y la otra es un bicho con una capacidad de hacer el mal fuera de lo común. Lo que creo es que, la primera, la buena, era una mentira, una especie de maquillaje sobre la mala, la real.

–Sí, supongo que es algo bastante común al principio, cuando conoces a las personas –añadió Natalia, sin dejar de sonreír.

–Estaba en el último año de carrera cuando ocurrió. Yo tenía unos veintitrés o veinticuatro años y ella un par menos –David hizo una pequeña pausa y dejó la mirada perdida–. Era una noche de finales de mayo y en Madrid ya hacía bastante calor. Nos vimos en un local y, bueno, me resulto atractiva.

–Supongo que tú a ella también –añadió Natalia.

–Eh... sí... supongo que sí –contestó David con risa nerviosa–. La verdad es que tengo un gran recuerdo de aquel día. Las horas pasaron como si fueran segundos y cuando nos dimos cuenta ya había amanecido. A partir de ahí, comenzamos a quedar cada vez con más frecuencia, supongo que como cualquier otra pareja que se está conociendo. Después de un mes estaba en pleno convencimiento de que había encontrado a la persona que encajaba a la perfección conmigo. El grado de compatibilidad que consideraba que teníamos era tal, que pensaba que habíamos sido hechos el uno para el otro y que alguna fuerza misteriosa del destino se había encargado de cruzar nuestros

caminos en el momento preciso, ni un día antes ni un día después.

–Vaya. ¿Sabes cómo se llama eso, no? –preguntó Natalia con gesto de comprensión.

–Enamorarse, supongo –respondió David, mientras asentía con la cabeza.

–Sí, exacto, le pasa a todo el mundo, así que no deberías de sentirte culpable por eso. De hecho, enamorarse es un mecanismo que tiene una función muy concreta y es algo exclusivo que solo se da en la especie humana. Cuando nos enamoramos nuestro cuerpo pasa por varios procesos químicos que nos hacen idealizar a la otra persona, justo lo que te pasó a ti. El fin es lograr que la pareja se mantenga junta durante un periodo de tiempo determinado: el necesario para que el bebé logre caminar y valerse por sí mismo en aspectos muy básicos. Esto viene de cuando habitábamos en las cavernas y en el mundo actual no es necesario, pero las costumbres cambian muchísimo más rápido de lo que evolucionamos. Por ejemplo, una leona no tiene ningún problema para proteger a sus cachorros ella sola, pero imagínate hace varios miles de años a una mamá con dos gemelos recién nacidos, sola en el medio de la jungla. No duraría ni dos días. Pues este mecanismo es justo lo que hacía que el macho se quedara junto a ella y protegiera a su prole en vez de irse a su aire.

–Vaya. Es increíble. ¿Cómo sabes todo eso? –pregunto David con la boca entre abierta.

–Bueno, ya te he dicho que soy psicóloga. En la carrera nos enseñan muchas cosas interesantes –respondió Natalia de nuevo con una sonrisa.

–Pues sí. Creía que había tenido mucha más suerte que el resto de parejas al encontrarme con Cristina. Luego comenzó a pasar el tiempo y todo fue cambiando muy, muy despacio. Tanto que no te das cuenta hasta que ya estás de barro hasta el cuello. No sabes exactamente como ha pasado, pero te levantas un día por la mañana y te das cuenta que tu pareja tiene todo el poder y tú no eres más que un pelele. Primero son pequeños reproches o sugerencias a los que cedes por no tener un enfrentamiento y, poco a poco, se va creando una bola de nieve de dimensiones descomunales que acaba pasándote por encima como una apisonadora. Luego ya tienes demasiadas cosas en común: niños, hipotecas, negocios, etc... que hacen que te digas a ti mismo que no merece la pena cambiar tu vida y enfrentarse a semejante panorama.

–Sí. Miedo a lo desconocido. A todos nos pasa –Natalia decía las palabras con un tono de voz dulce y compresivo, ayudando a David o no dejarse nada en el tintero.

–Y bueno, acostumbrado a esas expectativas, que está claro que no son las mejores del mundo, pero al fin y al cabo es tu día a día, una mañana me mandó a la mierda sin que le temblara el pulso. Yo creo que poco más te puedo contar. ¿Y tú? ¿Qué tal lo llevas? Un mes es muy poco para recuperarse totalmente de una ruptura.

–Pues la verdad que mi historia tiene muchas partes malas, pero supongo que se diferencia de la tuya en varios aspectos. Estuvimos juntos mucho menos tiempo y, por la edad que teníamos, las implicaciones de las que hablabas antes, que hacen difícil romper con otras personas: niños, hipotecas, etc... no se llegaron a materializar. Lo conocí poco antes de acabar la carrera, igual que tú, y los dos teníamos veinticinco años. Él era un tío muy atractivo, con un cuerpazo, hacía mogollón de deporte, se cuidaba mucho. De hecho, jugaba al fútbol en un equipo de Segunda B y era uno de los mejores. Estudiaba INEF, pero solo con el sueldo de jugador le daba para vivir muy bien. Vamos, que tenía mucha pasta.

David escuchaba las palabras de Natalia con atención.

–Y nada, como no podía ser de otra manera, al principio todo iba sobre ruedas. Los problemas comenzaron al año, más o menos. A partir de ahí, la relación se fue deteriorando poco a poco. El problema que tenía Nico, que así se llamaba, es que era muy celoso. Primero eran los típicos comentarios de con quién estuviste. Qué tarde es. ¿Con quién *whasapeas*?. Poco tiempo después empezó a cogerme el móvil, sin que yo me enterara. Consiguió mi contraseña de *Facebook* y revisaba los comentarios que hacía, los amigos que tenía. Luego fue cuando la cosa comenzó a desmadrarse de verdad. Empezó a decirme que si la ropa que llevaba no era la apropiada. Se ponía como un loco cada vez que algún hombre me miraba por la calle, incluso llegó a encararse con varios.

En ese preciso momento, aunque no quería, David, no pudo evitar que sus ojos se abrieran de par en par, en señal de sorpresa. Si el tío aquel se iba encarando con todos los que habían mirado a su chica por la calle, y Natalia era muy de poner minifaldas, era el enemigo número uno de medio mundo.

–Todo fue yendo a peor, hasta que llegó la gota que colmó el vaso. Hace poco más de un mes, una noche que salimos de copas me reencontré con un viejo amigo y estuvimos charlando un rato largo. Nico estaba por la zona con más gente y entró en el local de casualidad. Al vernos reaccionó como un auténtico loco. De un empujón tiró a mi amigo por los suelos y a mí me agarró por los brazos y me zarandeó como si fuera una muñeca de trapo, mientras

gritaba a pulmón. El personal de seguridad del local lo echó fuera, pero, aun así, no se calmó. Al final tuvo que venir la policía y... y yo...

Natalia se vino abajo y no puedo evitar que unas tímidas lágrimas brotaran de sus ojos. Un mes era muy poco tiempo para reponerse de cualquier ruptura, pero mucho más si el final había sido tan traumático como aquel. David empatizó con ella y le dio un cálido abrazo de consolación, obteniendo otro como respuesta. En esas estaba él, disfrutando con sutileza del tacto de la suave piel de Natalia, cuando levantó la mirada y lo vio. Aquel maldito hombre de barba lo observaba fijamente con odio desde su asiento, al igual que había hecho minutos atrás. Ante el desafío visual, David bajó la mirada y rehuyó del enfrentamiento virtual sin presentar batalla, como un perro que se escabulle con el rabo entre las piernas. ¿Por qué lo miraba así? –Envidia, tenía que ser envidia–. Se dijo a sí mismo para tranquilizarse. Además, aquel hombre no sabía si se conocían o no. Puede que pensara que eran pareja, con lo que la opción de los celos cobraba más verosimilitud.

Un segundo antes de que David hubiera dado por concluido el largo abrazo, la megafonía del avión sonó de nuevo:

–Señores pasajeros, les habla el comandante de nuevo. Hace varios minutos que hemos entrado en el espacio aéreo de Holanda y en breves momentos iniciaremos la maniobra de descenso hacia el aeropuerto de Rotterdam. Las condiciones meteorológicas han cambiado a peor con respecto a Reino Unido, por lo que se espera que durante el aterrizaje el cielo este muy nuboso con lluvias débiles y vientos moderados, aun así, este factor no será un problema para aterrizar ya que el viento soplará paralelo a la cabecera de pista, es decir, que soplará sobre nuestra cola en el momento de tocar la pista. Le pedimos, por favor, que permanezcan en sus asientos y con los cinturones abrochados en todo momento. Una vez hayamos tomado tierra, procederemos a explicarles como los trasladaremos a Londres. En nombre de la compañía Air Atlantic les vuelvo a pedir disculpas. Muchas gracias por su atención.

Durante el mensaje del comandante, David y Natalia se habían separado y ahora trataban de abrocharse los cinturones.

–Parece que al final todo se quedará en una anécdota –dijo Natalia, tratando de mitigar el nerviosismo que sin duda se había apoderado de su compañero.

–Eh... sí, sí –Exacto, con la inminente maniobra de aterrizaje que se aproximaba, el tono de las palabras de David no daba lugar a dudas de que su frente se pondría en modo uva pasa en cuestión de segundos.

Poco a poco la aeronave comenzó a descender sobre los cielos de Holanda y, como no podía ser de otra manera, David hizo lo mismo que en las veces anteriores. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y se agarró al reposabrazos hasta casi arrancarlo del suelo. Una vez más Natalia lo miró, ahora con una sonrisa, y le agarró la mano con delicadeza, a la vez que la acariciaba con suavidad. Era muy probable que después de aquel viaje David se replanteara si en realidad no le gustaban los aterrizajes.

El Boeing había descendido ya lo suficiente como para internarse en el compacto manto de nubes, provocando que la visión a través de las ventanillas fuera nula. Las sacudidas dentro de la aeronave se acrecentaron y los ruidos mecánicos se apoderaron de la cabina de pasajeros una vez más. Los movimientos que se notaban dentro del aparato eran mucho más bruscos que los mismos que lo habían afectado en su descenso sobre Gran Bretaña minutos atrás. El silencio se apoderó por enésima vez de la cabina, permitiendo cobrar protagonismo a los crujidos causados por los cambios de presión. Aquella desapacible calma duró varios minutos, los necesarios para cruzar el manto de nubes y poder ver tierra firme a través las ventanillas. La grandiosidad de las largas planicies de los países bajos se anteponía ante sus ojos, arrancando un tímido murmullo entre los pasajeros. Desde la altura a la que volaban el paisaje que se podía ver era espectacular. Recordaba a un gran mosaico multicolor, regado con suavidad por el agua de la lluvia. Era como si el suelo estuviera cubierto por una tupida alfombra pintada en diferentes tonos verdes. No se veía ningún accidente geográfico. Tan solo llanuras hasta donde alcanzaba la vista.

El avión descendía cada vez a mayor velocidad y la inestabilidad aumentaba de forma exponencial. El suelo, salpicado por casas y carreteras, se acercaba más y más rápido. Por fin, el aparato rebasó las torres del sistema ILS y las pistas auxiliares del aeropuerto aparecieron a ambos lados de las alas. El choque de las ruedas contra el asfalto mojado de la pista número 24 era cuestión de segundos. David agarró el reposabrazos férreamente, intentando hacerlo con más fuerza, si es que ya no estaba aplicando toda la que disponía en su brazo. Ansiaba con toda su alma que las ruedas tocarán el asfalto de una vez. Quería que todo aquello se quedara en un susto, en una simple anécdota de la que reírse con Natalia en una de las miles de citas que sin duda tendrían. Necesitaba notar el golpetazo, el sonido de la goma botar contra la superficie de la pista.

No fue así. Las ruedas no llegaron a tocar tierra firme en ningún momento.

David tenía un nudo dentro del estómago, listo para ser desecho por el inminente aterrizaje, pero con la maniobra abortada tendría que, muy a su pesar, quedarse con el nódulo estomacal. Bueno, él, los treinta y seis pasajeros restantes, los cinco sobrecargos y los dos pilotos. Así que, sin más, sin explicación y sin motivos conocidos, el vuelo AT 2031 hizo una maniobra *go-around* y remontó el vuelo, por tercera vez aquel fatídico lunes otoñal. El pasaje se manifestó de la única forma en la que se puede hacer si vas sentado y con el cinturón abrochado: emitiendo al unísono una suave pero desgarradora mezcla entre “ohhh” y “noo”. Está vez, contra toda lógica, con un tono de voz más bajo que en las ocasiones previas.

Un par de fracciones de segundo después de que los dos motores emitieran el característico rugido previo a remontar el vuelo, David recordó el valioso consejo que el hombre de barba le había dado. Abrió los ojos y miró la cara de la sobrecargo, que se sentaba en la parte delantera de la cabina. Aquel tipo con acento inglés estaba medio barrenado, sí, pero sus palabras tenían mucha razón. Aquel tercer *go-around* estuvo muy lejos de ser una maniobra normal o rutinaria. La cara de la mujer que rondaba los treinta años, parcialmente escondida debajo de tres manos de maquillaje, certificó lo evidente. Su mirada, enajenada, buscaba a su compañera de forma frenética. Los glóbulos oculares se movían a una velocidad de vértigo dentro de las cuencas orbitales, tratando de localizarla. Cuando, por fin, sus campos de visión se cruzaron, su mirada se quedó fija, anclada en el rostro de su homóloga de final de cabina, buscando una respuesta que ninguna de las dos tenía.

Toda la palabrería, las hipótesis y las esperanzas que el piloto les había dado se despedazaron de forma dramática, como un espejo rompiéndose en miles de pedazos, después de precipitarse contra el suelo. El Boeing ascendía una vez más y, según interponía metros entre él y el suelo, las perspectivas se iban tornando tan oscuras como el fondo de un pozo negro.

Veinte segundos después de la inesperada maniobra una voz grave y con inconfundible acento inglés perturbó la ilusoria calma de la cabina:

–Se lo dije, se lo dije a todos ustedes y me tomaron por loco. Hay un problema con este puto avión –gritó.

Al contrario de lo que había pasado durante las intervenciones previas de aquel tipo, en esta ocasión el resto del pasaje reaccionó de manera diferente. En vez de recriminarle su comportamiento con murmullos de desacuerdo y miradas inquisitivas, permanecieron en silencio. Las tornas habían cambiado, todo el mundo tenía la necesidad imperiosa de saber qué era lo que estaba

pasando y veían con buenos ojos que alguien se mojara por su causa, minimizando la posibilidad de salir salpicados. Si el hombre de barba seguía con aquella actitud, tarde o temprano uno de los pilotos tendría que dar la cara y explicar la siniestra situación del avión.

–¡No lo voy a repetir! ¡Quiero una respuesta! ¡Quiero una puta respuesta! – la voz del individuo estaba cada vez más alterada, intercalando sonoras inhalaciones de aire entre las palabras que salían de su boca.

El resto de viajeros permanecieron impasibles ante la intromisión, mirando al frente y con las bocas selladas. La sobrecarga de la parte delantera miraba de forma intermitente la cara del hombre que se había revelado y la del joven que intervino para apaciguar los ánimos minutos atrás. Aunque ella permanecía en el más estricto de los silencios, su mirada gritaba a pulmón pidiendo socorro. No había dudas de que sus ojos eran expresivos, porque funcionó tan bien como un engranaje recién engrasado. El joven se levantó de su asiento, se dio medio vuelta y, mirando al hombre de barba con una sonrisa, dijo:

–¿Cómo te llamas?

El hombre, sorprendido por aquella pregunta fuera de lugar, se calló al mismo tiempo que todas las cabezas de los viajeros se giraban hacia él, despreocupándose del ascenso vertiginoso del aparato.

–Sí, tu nombre, ¿cómo te llamas? –añadió el joven con tono amable.

Después de diez confusos segundos, contesto:

–Baker, Frank Baker

–Vale Frank, mi nombre es Antonio, pero todo el mundo me llama Toño. Siento haberte agarrado antes por la espalda, pero tienes que reconocer que tu reacción fue un poco desproporcionada. En cualquier caso, aunque no en las formas, tienes razón en lo que preguntas. Las palabras de los pilotos quizá eran válidas cuando intentamos aterrizar en Gran Bretaña, pero ahora estoy de acuerdo contigo –Toño se giró hacia la azafata que lo había mirado con ojos de pánico y preguntó sin dejar de sonreír–. ¿Y tú te llamas?

La chica forzó los músculos faciales para sacar la mueca de terror que se había adueñado de su cara desde el aterrizaje fallido y, con una sonrisa fraudulenta, respondió:

–Alie, me llamo Alie –sus palabras tenían un acento extraño.

–¿Y de dónde eres Alie? –preguntó Toño.

–Eindhoven, al sur de los Países Bajos –respondió con la voz entrecortada.



–Vale. Lo mejor para todos es que hagamos un trato. Alie se va a encargar de hablar con los pilotos y transmitirles nuestras preguntas, comprometiéndose a darnos una respuesta cuanto antes –Toño se giró para mirar a Baker de nuevo–. Frank, si Alie está de acuerdo, ¿te tranquilizarás?

El brazo tembloroso de Baker se agarraba al reposacabezas del asiento delantero con fuerza, tratando de mitigar las sacudidas que afectaban al Boeing en su escalada hacia las nubes. Su cara permaneció plana, inexpresiva durante unos instantes. Su mente, que parecía pensar de una forma muy diferente a la del resto de pasajeros, consideró la propuesta:

–Sí.

Así, con un “sí”, aunque soez y seco, dejó claro que la proposición de aquel joven jugaba a favor de sus intereses. Se tragó su orgullo y se sentó de nuevo en su asiento. La situación del aparato era incierta y soltaba un cierto tufo a tragedia, pero aquel hombre, con sus veintimuchos, metro noventa y una prosa y un temple que recordaba a un negociador tratando con un suicida a punto de tirarse de un puente, había logrado mitigar la sensación general de angustia y dar un balón de oxígeno a la tripulación. Varios de los pasajeros que viajaban cerca de él, rompieron el anonimato del que habían disfrutado hasta ese momento y se levantaron de sus asientos, tendiéndole la mano. Toño asintió orgulloso y les devolvió el apretón sobre actuando el gesto con su brazo.

Natalia había seguido cada movimiento de la escena muy de cerca, pero, a diferencia del resto de ocupantes del avión, no había sacado el ojo de encima a aquel joven en ningún momento. A medida que Toño se erigía como una especie de líder sindical de los pasajeros, tomando el cetro que le otorgaba el título de macho alfa, la cara de Natalia había ido adoptando de forma gradual una mueca de interés. David se había dado cuenta de que la mirada de su compañera, puesta sobre el esbelto cuerpo del nuevo líder, denotaba devoción. Aquella sensación había ayudado a apretar un poco más el nudo de angustia alojado en su estómago desde el primero aterrizaje abortado. En su mente se libraba una feroz refriega entre pensamientos contradictorios. Unos combatían por restar importancia al suceso, mientras el bando contrario intentaba advertir del peligro inminente. De lo que no había lugar a dudas era de que, en una comparativa objetiva, como rival al título de pareja sentimental de Natalia, David sería derrotado en un cuarto de asalto.

Un par de segundos después de que Toño soltara la mano del último de los pasajeros que le mostró su gratitud, Natalia se volvió hacia David y con una

ligera sonrisa de satisfacción le dijo:

–Ese tipo tiene huevos.

Si en ese momento la chica hubiera querido quedarse con uno de los dos y para ello se valiera de la comparación entre los movimientos corporales llenos de confianza de Toño con la mueca de terror que dibujaba la cara de su compañero de asiento, se habría celebrado una boda abordo con marcha nupcial incluida.

–Sí... sí –David solo contestó con dos simples monosílabos, pero aun así rezumaban recelo.

En realidad, la boda nunca se hubiera celebrado, porque un avión que no puede aterrizar por motivos desconocidos no es el lugar propicio para realizar ningún tipo de festejo. El Boeing alcanzaba ya una altura considerable, estabilizándose poco a poco. Las luces que obligaban a abrocharse los cinturones se apagaron y Alie saltó de su asiento. El pasaje la miraba receloso, reclamándole que cumpliera la parte del trato que acababa de sellar minutos atrás. Era una chica de palabra, o al menos eso pareció cuando se dirigió hacia uno de los interfonos desde donde podía comunicarse con la carlinga. Se mantuvo al habla durante un par de minutos. Por supuesto que era la principal fuente de atención en aquel momento, pero ya no solo para los pasajeros, sino también para sus otras cuatro compañeras. La miraban desde la distancia con las caras desencajas de miedo, pero sabiéndose dichas por considerarse las agraciadas en el sorteo de “quién da la cara”. Después de que Alie colgara el interfono y tomara una bocanada de aire inmensa, se digirió a los pasajeros, que permanecían en silencio:

–He hablado con los pilotos. En un par de minutos harán un comunicado a través de los altavoces explicando la situación. Me han dicho que les adelante que ya están iniciando conversaciones con torre para intentar aterrizar de nuevo.

–¿Y por qué cojones no hablan ahora? –la frase venía de la parte delantera del avión, en torno a la fila cuatro o cinco.

–Eso, ¿por qué? –otra voz masculina pudo escucharse desde otro punto incierto de la cabina.

En cierto modo era lógico que la gente comenzase a rebelarse en masa. Si las personas que tienen la responsabilidad sobre un avión con problemas no son francos o transparentes, la gente, tarde o temprano, comenzará a pensar que ocultan información o, incluso, a considerarlos cómplices. Pero hubo una protesta que sobresalió por encima del resto. El motivo por el cual eclipsó a

sus equivalentes no fue otro que la fuente de donde provenía.

–¡Nos quedaremos sin combustible! –aunque el tono era contundente, esta vez Baker no gritó como un desquiciado, respetando el compromiso que tenía con Toño.

Qué razón tenía aquel inglés. Los aviones no llevan combustible infinito, por supuesto. Por suerte, existe un protocolo de carga, dada la peligrosidad de quedarse seco, no como en otro tipo de vehículos. Si vas en autobús y te quedas sin gasoil, se para, te bajas y esperas a que la compañía mande otro, pero, si el depósito de un avión se queda a cero, date por jodido y dile a tus familiares que se compren un par de acciones de alguna funeraria. Antes de que un avión despegue, la cantidad que va a repostar se divide en tramos:

El “trip fuel” es el combustible necesario para hacer el viaje previsto, considerando las siguientes acciones:

Despegue→Aceleración→Subida→Crucero→Descenso→Aproximación.  
Contingency:

Es el combustible de contingencia, como un “as bajo la manga” para que no se quede corto de combustible el cálculo. Es un porcentaje del TRIP FUEL del 3%.

Alternate:

Es la cantidad de combustible necesaria para llegar al aeropuerto alternativo en caso de que no se puede aterrizar en el aeropuerto que se había planeado. Comprende todas las acciones necesarias para tal operación, como frustrar, aproximarse al aeropuerto alternativo, *etc.* Pero también dentro del ALTERNATE está el combustible “de espera”. Esta espera es cuando el avión no puede aterrizar en el aeropuerto de destino, pero puede quedarse dando vueltas en el circuito de espera hasta que las condiciones en el aeropuerto mejoren y pueda tomar tierra. Si no mejoraran debería aterrizar en el aeropuerto alternativo. Esta espera se calcula como media hora volando a una altura y a una velocidad determinadas.

Final Reserve:

Esta cantidad de combustible la decide el comandante. Es algo subjetivo y varía en función de lo que la persona que va al mando considere oportuno.

Taxi Fuel:

Este combustible es la cantidad extra que se carga y que será consumida mientras el avión permanece en tierra, desde el parking hasta cabecera de pista, haciendo el rodaje, y viceversa, al aterrizar.

Como era obvio, ni Baker ni ningún otro pasajero tenían ni idea de cuánto

combustible quedaba en realidad, pero, con estos datos en la mano, la cosa debía de estar muy cerca del desastre. Cuando el comandante decidió la cantidad de la “final reserve”, no sabía que se disponía a volar el primer avión de la historia que no podía aterrizar en ningún aeropuerto. De ser así, hubiera ordenado llenar JP1 hasta hacer reventar los tanques. El problema era que esos últimos minutos de combustible eran los que iban a decidir si el asunto acababa en susto o en bola de fuego sobre un campo de tulipanes. A todo esto, hay que sumar una nueva incógnita a la ya de por sí macabra ecuación: el terrorismo capitalista. Cuanto más cargado va un avión de combustible más pesa, y, por ende, más consume. Eso hace que los costes aumenten y que cada viaje salga un poco menos rentable. Hay muchas compañías que tiene una política de “ni un litro más de lo que dicta la ley”, no vaya a ser que perdamos doscientos “pavos” y algún directivo se mosquee. ¿Os imagináis al jefe del comandante Jose Pablo ofreciéndole una paga ganancial por ahorro de combustible? Bien, pues teniendo en cuenta esto, era necesario que alguien considerara la protesta de Baker.

La mente de Alie estaba en apuros. Si hubiese sido un dibujo animado, hubiera tenido dos ruedas dentadas girando a todo meter encima de su cabeza. Buscaba una respuesta genérica que calmase a los pasajeros enfurecidos, pero esta vez la ventura quiso echarle un cable y sacarla del atolladero. La puerta de la carlinga se abrió y de ella salió uno de los pilotos. Rondaba los cincuenta y muchos y tenía planta, en gran parte dada por la impoluta camisa blanca con las hombreras con rayas amarillas. En cualquier otra ocasión similar, cualquier pasajero medio se hubiera fijado en su barbilla afilada, en su cabeza rapada o en la nuez prominente. Pero no en aquel momento. Lo único que importaba era su mirada. Estaba rota, vacía. Por más que el sujeto intentara poner una sonrisilla fingida, no podría haber engañado ni a un miope que se sentase en la última fila. La cara del comandante, de la persona al mando de la aeronave, era de pavor. Levantó la mano derecha, con la palma abierta y los murmullos en la cabina cesaron.

–Soy el comandante Ramírez y estamos en apuros –así, sin transición, sin cremita, apretando un poquito más los nódulos estomacales de los oyentes.

–He salido para explicarles la situación del avión. Voy a hacerlo en persona para que vean que soy transparente y que no oculto nada. Desgraciadamente, estoy tan perdido como ustedes sobre los hechos que rodean esta situación y, al menos que yo sepa, nunca ha ocurrido algo parecido en toda la historia de la aviación. La imposibilidad de aterrizar no viene dada

por ningún fallo técnico, el aparato está en perfecto estado y todos los parámetros son normales. El problema que impide que aterricemos está en tierra. En los tres intentos hemos estado en manos de varios controladores diferentes y nos han dado las instrucciones de vuelo con total normalidad. Todas salvo una. Cuando la aeronave se encontraba en aproximación final, a unos diez segundos de tocar la pista, los controladores nos han obligado a abortar el aterrizaje, justificando problemas de seguridad. Hemos intentado preguntar el porqué en los tres casos y no nos han contestado. La primera vez seguimos instrucciones para intentarlo de nuevo sobre Gatwick y después de la segunda tentativa nos han obligado a abandonar el espacio aéreo británico, aduciendo problemas de seguridad y bajo amenaza. En Rotterdam ha pasado lo mismo. Poco después de la maniobra abortada, y cuando todavía estábamos remontando el vuelo, hemos pedido explicaciones y solicitado un nuevo aterrizaje, pero nos han denegado el permiso.

–¡Aterricemos sin permiso! –No, no fue Baker esta vez. Una mujer de unos cuarenta años se levantó de su asiento y con la voz quebrada interrumpió al comandante.

Había algo mucho peor a un comandante abandonando la cabina para contarle al pasaje que no tenía ni idea de por qué el avión no podía aterrizar: que un pasajero anónimo le lanzase una solución *made in* barra de bar de cómo salir del engorro y la tuviera que dar por buena.

–No nos va a quedar más remedio que aterrizar sin permiso, nos quedamos sin combustible. Solo tenemos suficiente para intentar tomar tierra una vez más. Ante la negativa de Rotterdam a aterrizar de nuevo, hemos declarado situación de emergencia. Hemos lanzado un *mayday* por falta de combustible. Cuando eso ocurre, el aparato que declara la emergencia tiene preferencia sobre el resto para aterrizar en el aeropuerto más cercano de forma inmediata. No sé si han querido o no, pero desde tierra no han tenido más remedio que dirigirnos de nuevo al aeropuerto de Rotterdam. Lo que no sabemos es si cuando estemos sobre la cabecera de pista nos obligarán a hacer una nueva maniobra *go-around*. En cualquier caso, no podremos hacerlo, así que aterrizaremos con permiso o sin él. Buena suerte a todos.

El comandante se dio media vuelta de forma apresurada, intentando evitar las posibles preguntas que los viajeros pudieran hacerle y volvió al interior de la carlinga. La maniobra evasiva fue innecesaria, nadie quería hacer ninguna pregunta. Incluso Baker se había quedado con la boca cerrada. De todas formas, ¿qué iba a preguntar? El piloto no se había dejado nada en el tintero.

Ahora solo se podía hacer una cosa: rezar si eras creyente o agarrarte al reposabrazos, como solía hacer David, si eras ateo. Para desgracia de los ocupantes del avión, las dos iban a ser igual de efectivas.

David se había quedado petrificado en su asiento, con la mirada clavada en el infinito. Cada persona reacciona de forma diferente ante situaciones complicadas, es lógico. Pero esto distaba mucho de los problemas habituales que surgen un martes cualquiera a las cuatro de la tarde. Es probable que todas las personas allí presentes estuvieran viviendo el momento más complicado de sus vidas. Muchos de los pasajeros abrazaron a sus seres queridos, otros se levantaron y recorrieron los pasillos, tratando de contener la respiración. Incluso, a uno le dio una especie de risa floja, pero el sistema nervioso de David parecía no existir: se convirtió en estatua.

–David, ¿estás bien? –Natalia intentaba llamar su atención, golpeando uno de sus hombros.

–¡David!, ¿qué te pasa? –nada. Una estatua. Un muñeco. Natalia hubiera podido meterle un dedo en el ojo, que ni se hubiera inmutado.

–¡Señorita Alie! ¡Señorita Alie! –de nuevo Baker y su inconfundible acento inglés.

La azafata estaba de pie, hablando por el interfono de nuevo. Seguro que las palabras que Frank había lanzado al aire desde su asiento se habían clavado en su cerebro, cortocircuitando la conversación que tenía con la carlinga. Después de varios segundos, la chica colgó el comunicador y se dio media vuelta muy despacio, sabiéndose observada por los ojos obsesivos del hombre de barba. Y como si de una obra teatral se tratase, el resto de pasajeros se callaron, expectantes, haciendo el papel de meros figurantes.

–Dígale al piloto que solo aterrizaremos si nos dejan. Si, por el motivo que sea, no quieren que lo hagamos, no solo nos denegaran el permiso, también lo harán físicamente.

–¿Cómo? –Alie también ansiaba saber. El loco decía verdades como puños.

–Si no quieren que aterricemos, solo tienen que obstaculizar la pista. Ni siquiera ha de ser algo grande. Un coche en medio de la trayectoria de rodaje del avión disuadiría de tomar tierra al mejor de los pilotos, si lo que quiere es vivir un día más.

–Ya ha oído al comandante Ramírez; han escuchado la comunicación *may day*. Saben que estamos en situación de emergencia y las normas internacionales les obligan a dejarnos aterrizar.

El resto de pasajeros movían las cabezas de forma sincronizada, dejando que su mirada se alternara entre los dos interlocutores, según el turno de palabra. En vez de un grupo de pasajeros en la cabina de un avión, recordaban a una peña de aficionados al tenis, viendo la final del Roland Garros.

–Justo por eso tiene lógica que vayan a obstaculizarla. Si el piloto hubiera cerrado el pico y hubiera decidido aterrizar sin más, los de ahí abajo no tendrían tiempo de reacción para pensar en algo. Sin embargo, ahora saben que estamos secos y que no nos queda más remedio que tomar tierra en su aeropuerto, si no queremos morir –pum. Impepinable. Frank había hecho juego, set y partido y se iba a llevar el trofeo del Roland Garros a la vidriera de su casa.

–Usted... no entiendo... –Alie balbuceó tres palabras inteligibles.

–El piloto ha tomado la decisión correcta y sabe mucho más que usted de esto –por fin llegó la ayuda.

Sus cuatro compañeras habían estado agazapadas en la cola del avión, dejando que la buena de Alie encajase las hostias, una detrás de otra, pero, ahora, una de las azafatas había empatizado con ella y había salido en su defensa. La chica, mucho más joven que su compañera la “para golpes”, caminó con seguridad por el pasillo hasta la mitad del habitáculo y le plantó cara a las palabras incendiarias de Baker.

El runrún de los pasajeros volvió a usurpar el silencio que había reinado durante la contienda verbal. La gente se debatía entre si las palabras del hombre tenían razón o si el comandante Ramírez había tomado la decisión correcta. Lo que las palabras de Frank sí habían causado en la cabina era recelo. El tipo parecía saber muchas cosas, demasiadas. Por el momento no eran más que conjeturas, castillos en el aire, pero, si el aparato se encontraba con un obstáculo en el medio de la pista de aterrizaje, el recelo inicial iba a tornarse en sospechas con fundamento.

Alie había aprovechado la intervención de su compañera y se había escabullido de la disputa. Ahora hablaba de nuevo por el interfono para zanjar la conversación que había dejado a medias minutos atrás. Muy a su pesar, volvería a ser la protagonista en cuestión de segundos. Lo había practicado en multitud de cursos de formación y le salían los pasos sin pensar, pero nunca creyó el verse en la tesitura de hacerlo durante un vuelo real.

–Por favor, présteme atención. Vamos a realizar un aterrizaje de emergencia y este es el protocolo a seguir –la voz estaba quebrada, vacía.

Todo es cuestión de perspectiva. Cuando Alie dio las instrucciones

rutinarias, poco antes de despegar, no le hizo caso ni el tato, pero ahora los pasajeros estaban más atentos a ella que una jauría de diputados a un billete de quinientos euros.

La azafata cogió el típico papelito plastificado que se encuentra en todos los asientos e invitó al pasaje a imitarla. Pues sí, el rebaño obedeció al pastor. Allí estaban las casi cuarenta personas que viajaban en el avión, sujetando un trozo de papel con dibujitos a todo color de señores con la cara inexpresiva sentados en posiciones inverosímiles con el fin de protegerse de un accidente durante el aterrizaje. Alie, después de decir varias frases fútiles de cómo actuar en caso de talemazo, imitó las posturas de los muñequitos dibujados en su asiento plegable para azafatas. Si Baker tenía razón, ¿de qué iba a valer encogerse detrás del respaldo del asiento anterior, si la rueda delantera del Boeing 737 se topaba con un obstáculo en medio de la pista, rodando a 240 kilómetros por hora? No había que ser un iluminado para saber la respuesta: de nada. Bueno, al menos, cuando los investigadores encontraran la caja negra, quedaría patente que se cumplieron los protocolos y la compañía podría cobrar el seguro. Vaya consuelo, ¿no?

David seguía inerte, su cuerpo estaba allí y sus pulmones respiraban, eso era todo lo que se podría decir de su persona. Natalia tampoco había hecho ningún intento más para llamar su atención. Era más valiente que él, sí, pero la situación la había superado también. Baker, Toño, la mujer y los dos hombres que habían protestado, incluso las compañeras de Alie, habían entrado en trance. Era como si el gesto de David de transformarse en piedra, fuera el preludio de lo que le iba a pasar al resto de pasajeros. Lo dicho: solo quedaba rezar o agarrarse al reposabrazos.

*Tininin.* Otra vez la melodía pre-mensaje de los pilotos. Al menos ahora la cosa ya no podría ir a peor. ¿Qué iban a decir? ¿Que aparte de sin combustible se habían quedado sin frenos?

—Les habla el comandante Ramírez. Hemos comenzado el descenso una vez más sobre el aeropuerto de Rotterdam. Más allá de la incierta situación que rodea el avión, en el aspecto técnico, en la aeronave todo es normal y tenemos combustible suficiente para aterrizar de forma rutinaria. Como ya les he adelantado, lo haremos con permiso o sin él. Si la suerte está de nuestra parte y no surge ningún problema más, en poco más de quince minutos toda esta locura habrá terminado. Por favor, desde ya, adopten la posición en el asiento que la sobrecargo les ha indicado hace unos minutos. Mucha suerte a todos.

Como si de un pasaje de la biblia se tratase, de nuevo el rebaño volvió a



obedecer al pastor. En realidad acatar era sensato. No estaba el horno para bollos, ni el negocio para libre pensadores. La situación hubiera hecho las delicias de cualquier déspota; una recua de personas coaccionadas por el miedo, dispuestas a obedecer cualquier orden, por ruin y mezquina que fuese. Menos mal que la persona que llevaba la batuta de la orquesta, el comandante, no tenía oscuras intenciones y estaba tan acojonado o más que el resto de la manada. Cualquiera hubiera querido escuchar un “seguro que todo sale bien” o “parece que la torre nos va a autorizar el aterrizaje” o “nos habíamos equivocado y tenemos más combustible del que creíamos, por lo que todavía podremos hacer un intento más”. Pero no. Todo de lo que disponían para no cagarse en los pantalones era un “Mucha suerte a todos”.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**16:57:32**

Comandante José. P. Ramírez: AT 2031 en situación de emergencia declarada. Solicitamos instrucciones para realizar aterrizaje de emergencia sobre pista 24

Oficial Andrés Pozo: AT 2031 en aproximación a 10.000 pies en emergencia declarada.

Controlador Rotterdam: Rotterdam, Rumbo 221. Espere ILS para pista 24

Oficial: AT 2031 rumbo 221. Esperamos ILS para pista 24

Comandante: Vamos cortos. Deberíamos llegar, pero por poco.

Oficial: ¿Por qué cojones no hay más aviones hablando con el controlador?

Comandante: Por favor, contesten. Debería de haber varios en circuito de espera.

[Silencio de cinco segundos. El controlador no contesta]

[Alguien resopla en la cabina]

**16:58:22**

Oficial: ¿Por qué no nos contestan?

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 230 Kn.

Comandante: Me cago en la puta. No... [ininteligible]

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 230 Kn. Confirme.

[Alguien resopla en la cabina]

Oficial: AT 2031 reduciendo.

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 180 Kn.

Oficial: AT 2031, reduciendo.

Comandante: Flaps 1

Oficial: Flaps 1

Controlador: AT 2031, gire izquierda rumbo 70

Oficial: AT 2031 Girando.

**17:01:10**

Controlador: AT 2031, descienda a 4000 y gire izquierda, rumbo 005.

Oficial: AT 2031 descendemos y giramos.

Comandante: Flaps 3.

Oficial: Flaps 3.

[Voz artificial]: *Autopilot off.*

Comandante: ¿Combustible?

Oficial: Dentro de la ventana prevista. Todo OK, por ahora.

Comandante: Ya estamos en rumbo de pista

Oficial: Sí. No se ve casi nada con esta puta lluvia.

Comandante: Atento, atento

Comandante: Descendemos a 3000 pies.

Comandante: *Flaps full*

Oficial: *Flaps full*

Controlador: Reduzca velocidad y contacte con torre en 118.50 MHz

Comandante: Comprobaciones para aterrizaje

Comandante: *Flaps full*

Oficial: ok

Comandante: Tren abajo

Oficial: ok

Comandante: AT 2031 en aproximación final a pista 24

Oficial: Joder

Comandante: Tranquilo. Va a ser como un aterrizaje normal.

**17:01:45**

Controlador: Permiso para aterrizar en pista 24 denegado. Repito DENEGADO. Peligro para la integridad de la aeronave. Riesgo grave de seguridad. Aborten maniobra y asciendan de inmediato, siguiendo rumbo de pista.

Oficial: Hijos de puta. Otra vez no

Comandante: Ni puto caso. Llévanos abajo. Llévanos abajo ya.

Oficial: Hay algo en los márgenes de la pista. ¿Qué cojones es? No está despejada.

Comandante: Mierda. No importa. No importa. No tenemos alternativa.

¡Abajo, abajo ya!

Oficial: Parecen vehículos. Muchos.

[Voz artificial]: *four hundred.*

Comandante: ¿Pero qué hostia es todo eso?

[Sonido de un motor que se apaga]

Oficial: Hemos perdido el uno, el uno, no tenemos combustible

Comandante: Joder. Tenemos que ponerlo en marcha de nuevo.

[Voz artificial]: *three hundred.*

[Sonido de golpes (presuntamente sobre los instrumentos)]

Oficial: Déjalo. Ya estamos muy abajo. Llegaremos de todos modos

[Voz artificial]: *two hundred.*

Comandante: Ya casi estamos. Ya casi... ¿Por qué están ahí? ¿Que pintan ahí? ¡Esto no tiene sentido!

[Voz artificial]: *fifty.*

[Voz artificial]: *twenty.*

Comandante: Pero que puta locura es esta.

[Voz artificial]: *ten.*

[Voz artificial]: *retard.*

[Voz artificial]: *retard.*

Si había muchos ateos entre el pasaje, alguien tendría que revisar los tornillos que sujetaban los reposabrazos al suelo del avión una vez que todo acabase. David había permanecido en modo efigie durante toda la maniobra. El resto de pasajeros tampoco se habían movido mucho. Algún que otro resoplido, muchos ojos cerrados y una mujer llorando. La situación los habría sobrepasado a todos, hasta el punto de dejarlos mudos. A todos menos a aquella mujer de la quinta fila. El pánico, la ansiedad y la desesperación la habían empujado a llorar durante todo el descenso. El llanto, ansioso, lúgubre e infinito envenenó el aire del habitáculo, acentuando un poquito más la atmósfera catastrófica que se respiraba. Con aquella colección de estatuas humanas amarradas a sus asientos por el cinturón, el Boeing descendió entre la suave lluvia de Rotterdam. Hubo que esperar a estar ya casi sobre la pista de aterrizaje para que el pasaje transmutase su conducta. Y no fue un sonido nuevo o no identificado. Al contrario. El cambio fue que el estruendo emitido por los motores se atenuó de golpe, sin avisar, sin síntomas previos. Y siguiendo el principio de “acción – reacción”, la calma ficticia de la cabina se transformó de golpe en un grito de pánico agudo. Fue tan homogéneo que

parecía que todos los emisores se habían reunido *a priori* y puesto de acuerdo en la tonalidad justa del alarido. Con el suelo a pocos metros de las ventanillas y tras el sonido de los motores en “off” después de consumir el último litro de combustible de los tanques, la catástrofe estaba servida en bandeja de plata. Los viajeros, encofrados detrás de los respaldos anteriores, esperaban ya el impacto certero y la consiguiente bola de fuego. Sí, hubo golpetazo. A decir verdad, fue bastante violento, pero no mucho más que en un aterrizaje rutinario con viento cruzado. Cuatro horas, cuarenta y tres minutos y veinticinco segundos después de despegar del aeropuerto de Santiago de Compostela, el vuelo AT 2031 de la compañía Air Atlantic había tocado tierra de forma definitiva. Además, salvo por el susto de ultimísima hora, que por poco no hizo que fenecieran un par de pasajeros por infarto al corazón, el aterrizaje había sido normal. Las ruedas del Boeing rodaban a todo trapo sobre el asfalto mojado de la pista 24, a la vez que uno de los motores, el que quedaba operativo, iniciaba propulsión invertida.

David, también conocido como “el hombre de hielo”, seguía en sus trece. Lo mismo le dio que se parara un motor, que el avión tocara tierra sano y salvo, que rodara por la pista de forma controlada, incluso que frenara hasta detenerse. Insistía en llevarse el reposabrazos para su casa, con independencia de la situación que lo rodeaba.

En el momento que la aeronave se detuvo, el pasaje abandonó la posición de defensa y se rompió en gritos de júbilo, aplausos festivos y abrazos emotivos. Solo faltaban bombas de confeti y luces de colores para que hubiera parecido la fiesta del amor. Lo que pasa es que la visión desde la cabina era bien diferente a la de la carlinga. De nuevo hay que atenerse a lo importante de la perspectiva. Mientras los pasajeros se deshacían en manifestar su lógica felicidad, la actitud de los pilotos era la opuesta. De todas maneras, a la fiesta le quedaban menos de dos abrazos para tocar a su fin, el tiempo necesario para que un incauto pasajero se le diese por mirar a través de una de las ventanillas.

Casi cuarenta individuos montando la juerga padre dentro de un espacio tan reducido no deja indiferente a nadie, ni siquiera a David el impassible. La tamaña algarabía lo despertó de su embolia celebrar transitoria. Reaccionó, de acuerdo, pero lo hizo de forma diferente al resto de borregos. Quizás por un capricho de la eventualidad, quizás porque intuía algo, o puede que fuera un golpe de chamba sin más. La cosa es que algo lo iluminó y, en vez de girarse en dirección al pasillo y fundirse en un candente abrazo con Natalia y, ya

metido en el ajo, aprovechar la situación, viró en dirección opuesta y su mirada atravesó el cristal de la ventanilla. Fue el primer no piloto que vio el fregado. En el margen de la pista, a pocos metros del avión, había alrededor de cincuenta soldados y una decena de vehículos militares. Aparte de camiones y vehículos ligeros, había dos carros blindados. Sí, dos tanques con cañones para disparar e igual de grandes a los que se usan en las guerras de verdad. El que tiene culo tiene miedo, eso es incuestionable. Pues, aplicando este refrán popular, si ves a medio ejército de los Países Bajos a un par de metros de un avión al que no dejan aterrizar en ningún sitio, lo impenable es que te entre el canguelo y lo exteriorices de alguna forma. Lo cuerdo sería haber dicho una frase con sentido y, ya de paso, con ella, avisar a tus compis de avión que dejen de parecerse a un hato de osos amorosos y paren de darse abrazos empalagosos. Pero bueno, ya se sabe que en situación de estrés límite uno no siempre es capaz de tomar decisiones de forma racional.

–Eeehhhhh –Un “Eh” de pánico entre los gritos de jolgorio no fue suficiente para aguar la fiesta.

–La.. la ven.. ventanilla. Es... estamos jodidos –más que una frase era un jeroglífico pendiente de descifrar, pero cumplió su cometido.

La única parte de la oración que no incluía ningún tartamudeo: “estamos jodidos”, bastó para que la juerga se trocara en infortunio en menos de lo que canta un gallo. Los viajeros se abalanzaron contra las ventanillas del lado izquierdo del avión, como un enjambre de mosquitos sobre una bombilla encendida.

–Pero, ¿Por qué? ¿Qué está pasando ahí fuera? –dijo un pasajero, tratando de nadar entre los asientos.

Qué buena pregunta, ¿verdad? Pues no había respuesta.

–Aquí también. ¡En este lado hay más! –dijo alguien desde el otro lado del aparato.

El hervidero de mosquitos abandonó su objetivo original, como si la bombilla se hubiera fundido y embistieron la línea de ventanillas opuesta, atraídos por un nuevo estímulo. El tema estaba peor. El señor que comandaba el contingente militar consideraba la línea de estribor del Boeing más peligrosa que la de babor. Si en la otra había cincuenta soldados, ocho vehículos ligeros y dos tanques, en esta, la cuantía de hombres y máquinas entrenados y diseñados para matar se multiplicaba por dos. Pero bueno, el nivel de angustia, ansiedad, pánico y desesperación de los pasajeros no era proporcional al número de hombres con fusiles de asalto en las manos que

rodeaban el avión. El grado de aflicción había alcanzado su cota máxima por el mero hecho de estar sitiados por el ejército, daba lo mismo si eran diez, treinta o doscientos mil.

En medio de la gresca que se había formado dentro de la cabina, entre que los pasajeros iban y venían para mirar por las ventanillas, David, se había olvidado de Natalia durante unos segundos. No es que se hubiera vuelto un valiente de un plumazo. Seguía siendo igual de pusilánime que minutos atrás, pero la seguridad que le daba estar en tierra firme, por mucho escuadrón de la muerte que lo rodease, no la tenía en las nubes y, eso, le permitía, al menos, no ser una estatua. Apartó la vista de una de las ventanillas de estribor y buscó a Natalia con la mirada entre el resto de pasajeros.

–Mierda –masculló por lo bajo.

La vio. Estaba al lado de Toño y hablaban, aunque desde donde estaba no podía oír la conversación. Alguien debería de haberle dicho en ese momento:

–Hola, David. Soy tu hada madrina. Estas en un avión que no podía aterrizar en ningún lado por motivos desconocidos. Al final ha acabado tomando tierra sin permiso, porque, de no hacerlo, se hubiera quedado sin combustible y habrías muerto en el acto. Deberías de pensar en el fregado en el que estás metido y en cómo salir de él, no en con quién habla el pibonazo que conociste hace un par de horas.

Lástima que su hada madrina no estuviera allí para darle una lección básica de supervivencia lógica.

–Sus caras. Hay algo raro en sus caras –Baker volvió a la carga.

Bueno. El tema se ponía cada vez más interesante. Tanto, que David postergó momentáneamente la investigación sobre la relación entre Toño y Natalia y acercó un poco más su cabeza a la ventanilla para elucidar lo que había visto Frank. De aquel lunes otoñal se podría haber sacado una conclusión: “cuando parece que ya nada puede ir peor, irá peor”. Sí, el nefasto día era la prueba perfecta de que el creador de la ley de Murphy sabía lo que se hacía. Cuando parecía que la situación había alcanzado la cumbre de las desdichas, los pasajeros tuvieron que encajar un golpe más. Los soldados que rodeaban el aparato iban equipados con máscaras de gas.

Son siniestras y dan mal rollo, mucho. Además, tienen un aura de atracción para las personas. Es una especie de morbo por lo macabro, que las hace protagonistas en alguna que otra película de terror. De todos modos, es muy distinto tener una máscara anti gas de la primera guerra mundial encima de la cómoda de tu habitación para fardar de tu viaje a Berlín, donde la compraste,

que ver a un grupo de soldados con ellas rodeando tu avión. Y claro, como era natural, la gente, cuando las ve en esa situación, se empieza a emparanoiar con virus mortales, armas biológicas en plan gas mostaza y otras cosas de la misma índole. Pues, si a eso sumamos que viajas en un avión que nadie deja aterrizar en ningún lado, tienes la situación perfecta para que se abra la ronda de las especulaciones. De hecho, lo primero que se notó dentro de la cabina es que la gente miraba menos hacia fuera. Era como si la atención recayera ahora en ellos mismos. Todavía desde la línea de ventanillas derecha se comenzaban a mirar entre sí con cautela y escepticismo. Nadie tenía el valor de lanzar la primera piedra y decir “¿alguien ha entrado en el avión con algo con lo que no se pueda volar?” o “¿puede que el problema sea uno de nosotros!”, pero, si algún insensato hubiera tosido un par de veces o soltado un inocente “me encuentro mal”, hubiera recibido el título de enemigo público número uno con diploma de infectado incluido. Eso por no hablar de desconfiar de individuos según el color de su piel, la religión que profesan, o la pasta que llevan dentro de su cartera, todo un clásico. La sensación de tensión dentro del aparato era tal que parecía que un par de pascales más de presión serían suficientes para hacer explotar el fuselaje.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**17:10:32**

Comandante José. P. Ramírez: AT 2031 detenido en pista 24, contesten.

Oficial Andrés Pozo: Joder. Son más de cien... Más de cien soldados

Comandante: Dígnanos por qué han organizado todo esto. ¿Qué es lo que le pasa a este puto avión?

[Silencio de casi un minuto. El controlador no contesta]

**17:11:28**

Oficial: ¡Tenemos que hacer algo, joder! ¡Abramos las puertas y dejemos a los pasajeros bajar por las rampas de emergencia!

Comandante: No, no podemos hacer eso. No... quizás si...

Oficial: ¡Contéstennos de una puta vez!

Comandante: A quién sea el que nos están escuchando. Vamos a esperar un minuto más. Sesenta segundos exactos. Si no recibimos respuesta por parte del controlador o de cualquiera otra persona en ese periodo, accionaremos el protocolo de evacuación de emergencia de la aeronave.

[Silencio de treinta segundos. Nadie contesta]

**17:11:59**

[El ruido del segundo motor se desvanece. Se apaga por falta de combustible]

Oficial: Se ha apagado el dos. Inmóviles. ¡Contesten, hijos de puta!

Comandante: Todavía no ha pasado un minuto.

Oficial: No lo harán, accionemos el protocolo de evacu...

Controlador Rotterdam: Rotterdam. No evacuen el avión bajo ningún concepto.

[Ininteligible (Se intuye que alguien murmulla en la cabina)]

Comandante: Por el amor de dios, ¿qué cojones están diciendo? ¿Por qué no podemos evacuar al pasaje? Esto no tiene sentido.

Controlador: Repito. No evacuen el avión bajo ningún concepto. Si alguien intenta abandonar la aeronave el ejército de los Países Bajos lo impedirá con el uso de la fuerza.

Oficial: Entonces díganos que es lo que les pasa a las personas que van a bordo de este avión para que no puedan bajarse de él.

Comandante: ¿Qué debemos hacer? Exigimos que se nos explique la situación de una puta vez.

[Silencio de diez segundos. Nadie contesta]

**17:12:12**

Controlador: Hemos enviado un camión cisterna, que ahora mismo está de camino. Les llenaremos los tanques de combustible.

Comandante: ¿Qué dice? Se ha vuelto loco. No queremos combustible. Lo único que queremos es que nos dejen bajar del avión y nos digan qué es toda esta locura.

Oficial: Esto se os está yendo de las manos. Necesitamos saber si estamos en peligro.

Controlador: Una vez tengan los tanques llenos, carreen hasta el final de la pista 24 y hagan un *backtrack*.

Oficial: No puede ser. Nos posicionan para despegar de nuevo.

Comandante: ¿Está usted insinuando que despeguemos de nuevo?

[Silencio de diez veinte segundos. Nadie contesta]

**17:12:33**

Comandante: Responda. Nos ha indicado *back-track*<sup>16</sup>. Es una maniobra previa a despegue. Nosotros no hemos solicitado despegar.

Controlador: AT2031. El camión cisterna está a punto de llegar a su posición. Una vez tengan los tanques llenos, carreen hasta final de pista y



hagan un *back-track*<sup>1</sup>. Cuando hayan completado la maniobra, despeguen sin solicitar autorización y durante la ascensión sigan rumbo de pista. Confirмен que han comprendido lo que les acabo de decir.

Oficial: Lo sabía. Quieren que nos larguemos.

Comandante: AT2031. Hemos comprendido el mensaje, pero no vamos a hacer lo que nos ha dicho. Además, es ilegal despegar sin recibir autorización ATC<sup>17</sup> para realizar la maniobra. Repito. No lo haremos.

[Silencio de cuarenta segundos. Nadie contesta]

**17:13:15**

Controlador: AT2031. Si no hace lo que le digo, el ejército de los Países Bajos hará uso de la fuerza. Debe realizar la maniobra para garantizar la seguridad de la aeronave y de todos sus pasajeros.

[Fin de la comunicación]

Los pasajeros todavía estaban ensimismados, mirándose entre sí y buscando al presunto responsable de desencadenar el despliegue militar, como un grupo de inquisidores en la edad media.

–Se acerca un vehículo. Parece un camión cisterna –un hombre que todavía miraba por las ventanillas arrojó un hilo de esperanza.

La cabina se despresurizó de golpe, pero no de aire, sino de tensión acumulada. Por primera vez, un suceso acaecido fuera del avión tuvo bagaje positivo en la sumatoria total de los acontecimientos que rodeaban al aparato. El conductor del camión cisterna no lo sabía, pero sin voluntad de hacerlo y siendo inconsciente de ello, acababa de evitar una caza de brujas dentro de la cabina.

–El conductor y el copiloto llevan un traje de esos que se usaron cuando fue lo del Ébola –añadió el hombre.

Nadie le hubiera dado un premio por el buen uso de la lengua española, de acuerdo, pero el mensaje era claro y conciso: más problemas. Los dos individuos iban metidos dentro de trajes NBQ y su presencia provocó una nueva estampida dentro del aparato. Todo el mundo quería un ticket de primera fila para ver a que se dedicaban los dos sujetos vestidos de astronauta. El camión se paró a un par de metros del lado izquierdo del Boeing y los dos trabajadores se apearon. Uno comenzó a desplegar una enorme manguera negra, que recordaba a una anaconda, mientras el otro, con una escalerilla metálica en mano, desapareció debajo del ala izquierda.

–Van a rellenar los tanques de combustible –Baker intervino de nuevo.

No es que Frank fuera un visionario. No había que ser un lince para saber las intenciones que tenía aquel camión. La única diferencia era que, mientras Baker escupía todo lo que le pasaba por la cabeza, el resto de pasajeros se callaban. Se había establecido una especie de ley dentro del Boeing. Algo estilo a: “da igual que los cuarenta que estamos aquí dentro sepamos de que va el asunto, hasta ahora siempre lo ha dicho Baker y estamos contentos con que así sea y siga siendo”.

–Eso no es bueno. Nos echan, quieren que nos larguemos. Por eso nos están llenando los tanques de combustible –otra vez Frank.

Seguro que ahora entendéis mejor el porqué de la ley “que lo diga Baker”. Aunque fuera una evidencia para todos, Frank era un tío perspicaz y sabía leer entre líneas. Bueno, eso, o sabía algo más que el resto de viajeros. A decir verdad, llegados a este punto, el grupo se dividía casi de forma homogénea entre los que pensaban de forma optimista y los desconfiados. Solo había que observar los gestos. Había dos patrones bien definidos: los asentimientos afirmativos de cabeza de unos y las miradas recelosas de otros, cada vez que decía una frase. Pero, bueno, la atención principal se centraba ahora en aquellos dos tipos del camión cisterna. Habían cambiado de ala para rellenar el tanque número dos, provocando la enésima desbandada entre los asientos.

Lo de David no había sido ningún espejismo. Si comparamos su comportamiento en tierra con el que había tenido en el aire, allí abajo parecía un tío valiente. No al nivel del prota de una peli de acción, ojo, pero sí como un pasajero medio más y, eso, para quien hubiera visto su frente minutos atrás, ya era un avance. El primer objetivo de su interés seguía siendo Natalia. La miraba con desconfianza. Había dejado de hablar con Toño, pero, para su opinión, muy subjetiva, por cierto, permanecía todavía muy cerca de él. Como segundo objetivo, cuando por lógica debía de ser el primero, pero la lógica y los sentimientos no acostumbran a llevarse bien, tenía a aquellos dos trabajadores disfrazados metiendo JP1 en las alas como dos poseídos. Pasado un buen rato, el suficiente para que todo el mundo presupusiera que habían cargado suficiente combustible como para cruzar el océano Atlántico, los trabajadores se subieron en el camión cisterna, que se fue por donde había venido. Y, así, sin tiempo a que los pasajeros pudieran auto preguntarse qué iba a pasar a continuación o que Baker comenzara a aporrear la puerta de los pilotos una vez más para pedir explicaciones, los motores arrancaron.

–Por favor, vuelvan a sus asientos y abróchense los cinturones –Alie reapareció en la cabina.

Desde que el Boeing tocó el asfalto y hasta ese momento había pasado desapercibida, como un pasajero anónimo más. Nadie sabía si había recibido órdenes desde la carlinga, o si se había sentido cómoda como representante de la tripulación durante el tiempo en que el avión estuvo en el aire y, por voluntad propia, quería volver a ejercer como tal. De todos modos, si volvemos a la evidencia de los hechos que todos acababan de presenciar, estaba claro que el avión despegaría de nuevo tarde o temprano. Contra lo que hubiera podido parecer en un principio, los pasajeros obedecieron cual siervo y volvieron a sus asientos. Acataron sin rechistar. Sin decir ni pío. Más vale malo conocido que bueno por conocer, y sobre todo si lo que vas a conocer una vez te bajas del avión en Rotterdam es a más de cien soldados con máscaras anti gas y fusiles de asalto. Así que, sin más dilación, el avión comenzó a carretear sobre la pista muy despacito, como un coche al ralentí. Los militares no se habían movido ni un segundo durante todo el repostaje y tampoco lo hacían ahora. Se quedaron inmóviles en su pequeña porción privada de asfalto mojado. No se podría haber dicho que había sido una misión difícil, ni mucho menos, pero era una misión, al fin y al cabo. De nombre en clave le podían haber puesto “pájaro herido” o más soez y sin eufemismos “pie en suelo, disparo en el pecho”. Lo importante es que la misión había sido un éxito rotundo y eso significaba que los soldaditos se habían ganado el pan, que al fin al cabo era para lo que estaban allí, para obedecer y cobrar, no para hacer preguntas o cuestionar cosas.

El aparato alcanzó el final de la pista y comenzó a girar de forma elegante sobre su rueda delantera. Un manejo de segundos le bastaron para hacer un *back-track* y virar en 180 grados, enfilando la línea blanca intermitente con el morro. Y gases a tope. Los motores rugieron como dos leones en medio de la sabana, empujando hacia delante sus más de setenta toneladas. Los soldados fueron testigos privilegiados de como el Boeing ganaba velocidad sobre la pista, levantaba el morro suavemente y dejaba atrás el aeropuerto de Rotterdam para dirigirse una vez hacia los cielos de los Países de Bajos.

**05:43:32 horas a bordo.**

La calma todavía seguía dominando la cabina. La aeronave ascendía con estruendo y se había adentrado ya en el compacto manto de nubes, inutilizando las ventanillas. Los pilotos tenían que tener la cabeza a punto de echar humo. A mayores de tener que enfrentarse con un desafío de dimensiones descomunales, sabían que su obligación era informar al pasaje de la situación. El problema es que no tenían ni idea de cuál era la famosa situación, pero aun así tendrían que dar la cara e inventarse algún cuento chino. En parte porque era su deber, en parte porque de no hacerlo se tendrían que enfrentar a un posible motín, seguramente capitaneando por Baker. Alie también tenía cara de circunstancia. Sobre todo, porque su mirada estaba muerta, rota, perdida. Los estímulos visuales que sus ojos le enviaban no importaban ahora. La actividad de su cerebro se centraba solo en como contener las más que probables acometidas de los pasajeros en su interminable ansia por saber más. No tenía respuestas, sabía lo mismo que los viajeros, pero iba a ser el blanco de su frustración, seguro. Igual que la operadora de la compañía de telecomunicaciones que te coge cuando llamas para cagarte en los muertos de los que te han estafado. Sabes que ella no tiene la culpa, que los codiciosos que te han robado están metidos en sus trincheras, ahijados por gobiernos corruptos, riéndose de mindundis como tú. No tienes elección. Ella es la primera línea de fuego y tú vas al asalto, cegado por la ira. Pues Alie estaba en esa misma primera línea de fuego, urdiendo un plan para que no le pasaran por encima a las primeras de cambio.

El voceo que se escuchaba en la cabina recordaba más a una feria en hora punta que al cuchicheo tímido que había regido el interior del aparato hasta el momento, pero tenía una razón concreta. Cuando una persona pierde a un ser querido o es consciente de que va a morir, entra en un proceso de adaptación emocional conocido como duelo. Es una sucesión de estados muy diferenciados entre sí y que siguen un patrón cronológico concreto. Vale, está claro, nadie les había dicho aún que tenían fecha de caducidad, pero la situación desprendía vibraciones muy macabras. Es probable que ciertos rescoldos de esperanza respecto a que todo saliera bien estuvieran aún encendidos, pero las mentes de los viajeros se preparaban para lo peor de forma inconsciente. De hecho, ya habían pasado la primera etapa, la fase de negación. Aquel runrún tímido del principio. Los “ohhhh” y los “noooo”

colectivos cada vez que un aterrizaje era abortado o en el momento que el piloto les comunicó que no eran bienvenidos en Gran Bretaña. Bien, pues esa fase había llegado a su fin y ahora los viajeros se enfrentaban a la segunda etapa, conocida como fase de enfado o ira. El alboroto recordaba a un patio de colegio, pero con una diferencia, había ciertos tipos de palabras que se escuchaban de forma aleatoria por encima del bullicio: algunas como “muerte”, “fuego”, combinadas con insultos estilo “hijos de puta”, “militares asesinos”. Solo faltaba saber en qué dirección iría canalizada toda aquella mala hostia acumulada. Allí estaba Alie convertida en muro de contención.

—¡Tenemos que hacer algo! Si no nos dejan aterrizar es porque hay algo en este avión que lo impide —gritó un hombre de unos cuarenta años.

Aunque parezca raro, no había sido Baker. Con Frank no van los razonamientos psicológicos ni los patrones de conducta humanos, él va a su bola, por libre. El sujeto al que se le había acabado la paciencia era un hombre de alrededor de cuarenta años. Estaba sentado en la segunda fila pasillo, y no había nadie en los asientos contiguos más próximos a la ventanilla. Vamos, que viajaba solo. Se había puesto de pie para soltar la frase, dejando a la vista su escasa altura, algo menos de metro setenta. Vestía un traje negro al menos una talla más grande de lo que debería, combinado con corbata roja y camisa blanca. Llevaba el pelo hacia atrás, cementado por un par de litros de gomina. Vaya pintas. Si te hubiera picado a la puerta un miércoles a las doce de la mañana, hubieras abierto diciendo:

—No gracias, ya tengo enciclopedia.

Aunque su presencia impusiera lo mismo que la de un gatito ronroneando, sus palabras tenían mucha lógica. Aun, por encima, el tipo tenía los testículos suficientes como para saltarse la norma establecida “que lo diga Baker”, lanzando un dardo envenenado a Alie. En realidad, no tenía nada personal en contra de ella, pero, ¿a quién se lo iba a arrojar si no?

—Señor. Creo que ese tipo de decisiones las deberían de tomar los pilotos, que son los responsables de la aeronave —respuesta evasiva de Alie al envite número uno.

—Y una mierda. Se trata de nuestras vidas y los aquí presentes tenemos derecho a luchar por ellas. No me venga con respuestas políticamente correctas. Todos hemos visto a esos soldados rodeando el avión. No querían que nos bajáramos en su puto país y eso solo significa una cosa: ¡Somos peligrosos para su puto país!

Que razón tenía. Y bueno. En cuando al tema de que tenía derecho a luchar

por sus vidas, ya lo dijo Maquiavelo en su día: El fin justifica los medios. La duda estaba en si los medios iban a servir para algo.

–Alie. El hombre tiene razón. Deberíamos registrar la cabina y ver que lleva cada pasajero dentro de su equipaje. Si nadie tiene nada que ocultar, seguro que todos estamos de acuerdo con la medida –la voz femenina provenía de la cola del avión.

¡Traidora! ¡Motín en la cabina! Era una de las cinco azafatas. Viajaban sentadas en los asientos finales y una de ellas se había levantado para soltar el dardo envenenado número dos y, a juzgar por la cara de Alie, el proyectil había impactado de pleno en su objetivo. La sobrecarga había cambiado de bando con la misma facilidad, que si lo hubiera hecho con el color de barra de labios. Bueno, a decir verdad, tampoco había trocado de facción, porque en ningún momento se posicionó. Simplemente se ocultó detrás del anonimato del que había disfrutado por azar y ahora no había dudado en vender al que se le pusiera por delante para salvar su culo. O al menos, para hacer lo que ella consideraba necesario para salvar su culo. A la pobre Alie se le venían todas encima. Había aguantado estoicamente todos los envites, traición incluida y, solo por eso, se merecía una recompensa económica por parte de Air Atlantic si el avión aterrizaba, o una estatua de bronce en el centro de Eindhoven en caso de final catastrófico.

Norah, ¿cómo dices algo así?! Eso debe ordenarlo el comandante. No tie... –Alie le contestó a su compañera Norah, pero no pudo acabar la frase debido a una interrupción.

–¡Registremos la cabina! –esta vez fue la voz de una pasajera.

Seguro que identificáis a personas que conocéis con la mujer de la fila ocho, que acaba de ser intervenida por el espíritu de Juana de Arco. Son cobardes y no se suelen posicionar, pero, cuando la gresca está montada, y saben que cuentan con el apoyo de la gran mayoría y la protección del pseudo anonimato que les da estar en medio de la estampida, saltan a la palestra como ratas a por un pedazo de queso.

Ya no había nada que pudiera hacer nadie. La decisión había sido tomada y no había vuelta atrás, como cuando un pueblo decide linchar a un vecino sin pasar por los juzgados. De todas formas, controlar a casi cuarenta personas con indicios sólidos de que van a morir en breves es muy complicado. Ni siquiera Alie, que sabía parar porrazos con destreza, había sido capaz de contenerlos ni treinta míseros segundos. El tema comenzó a salirse de tiesto a una velocidad de vértigo. En torno a la mitad de las personas que había en

cabina, unas veinte, saltaron de sus asientos simulando a una familia de canguros y comenzaron a rebuscar en el portamaletas de encima de sus cabezas. En principio, parecía que estaban más que de acuerdo con la idea de registrar el avión y que habían decidido secundar la idea de aquel tipo y su compinche sobrecargo a sangre y fuego, incluso, yendo más allá que los propios artífices del plan. Luego ya no estuvo tan claro, porque iban directos al portaequipaje inmediatamente superior a su asiento. O sea, iban a por sus maletas. La acción causó cierto estupor entre el resto de personas que observaban pacientes desde sus asientos. ¿Qué se supone que significaba aquello? ¿Que el vuelo AT 2031 era parte de una excursión organizada para narcos? Pues no. Lo que pasa es que a la gente no le mola que le toqueteen las bragas usadas. Si es un policía o militar y tiene pistola, pues te muerdes un labio y te aguantas, pero si un tipo con pinta de vendedor de biblias aliado con una sobrecargo traidora, cambia el asunto. Tampoco era que la ropa interior que llevaban matara gente en el momento de abrir la maleta, pero, por lo menos, querían una mínima consideración hacia esos enseres tan personales. La justa para que no acabaran ciscados por el suelo del avión, entremezclados con los del resto de viajeros, por voluntad de un tipo con corbata roja.

–¿Qué hacen? –El supuesto vendedor de biblias se indignó.

–Estoy de acuerdo con que registremos el avión, pero hagámoslo de una manera ordenada –como no, Toño le paró los pies al “Baker número dos”.

Aquel chico era una joya. Guapo, fuerte y con cabeza. Las mujeres del avión lo sabían. Además, sus palabras eran extremadamente acertadas. Lo que menos necesitaban ahora eran comisarios políticos elegidos arbitrariamente con ganas de cargarle el muerto a un pasajero despistado.

–Toño tiene razón. Vamos a organizar el registro –Norah no se había olvidado de su nombre. Normal.

Ella sí que era lista. La que más. Iba a salirse con la suya y, aun por encima, parecía que actuaba por el bien común. Había tomado el relevo de Alie, quien lo consideró más como una liberación que como un deshonor. Tenía lógica que así fuera, porque hacer de muro de contención sin sacar nada para uno mismo es un poco tontería.

–Bien. Iremos uno por uno. Seguiremos el orden de los asientos y cada pasajero se acercará a la parte posterior del avión y abrirá su maleta. Así, todos podremos ver el registro y que hay dentro de cada equipaje –Norah habló desde el fondo de cabina, sin abandonar su zona de confort.

Alie aprovechó para escurrirse, valiéndose de que todos los pasajeros

miraban ahora hacía su compañera en la cola, dejando la parte delantera sin observación. Se agarró al interfono, como si tuviera *loc-tite* en las manos. Estaba nerviosa, temblaba, pero, ¿y quién no en aquella situación? No había dudas de que estaba comunicando el follón a los pilotos. No eran conscientes de lo que pasaba en la cabina, cegados por el hermetismo de la carlinga. Era racional que no se enteraran. Vale que tengan la responsabilidad de la seguridad dentro de la aeronave, pero en aquella situación ya tenían más que suficiente con pilotar el avión. De hecho, el chivatazo no pareció servir de mucho. Alie colgó el telefonillo después de un par de minutos agarrada al aparato, pero no hubo ningún tipo de reacción por parte del comandante ni del oficial y eso que el primero de los pasajeros ya había recorrido el pasillo y abierto su maleta a los pies de Norah la detective.

El registro fue como la seda. La gente iba hasta la cola, ponía su equipaje en el suelo, lo habría y sacaba sus enseres personales. El resto de pasajeros, unos de pie y otros de rodillas sobre sus asientos, miraban expectantes con el mismo morbo que en un coliseo romano. Era como si aquella acción inquisitoria los hubiera abstraído del problema real, viajar en un avión que no podía aterrizar. Lo que estaba claro es que iba a llegar un momento que las cosas se iban a torcer. Es lo que tiene tomar decisiones despóticas sobre otras personas. Que, si no usas la violencia para reprimir a las masas, estas se rebelan cuando se sienten vapuleadas y humilladas a voluntad ajena. Los regímenes que suelen usar la violencia para reprimir, tales como dictaduras, ya sean azules o rojas, repúblicas religiosas y falsas democracias, tienen sus cuerpos represores bien armados y pagados, pero eso no pasaba dentro del avión. La dupla “Norah – vendedor de biblias” no contaba con el apoyo ni de un triste segurata armado con una porra, dispuesto a aplacar a las masas. ¿Y qué paso? Que a alguien no le salió de dentro que le obligasen a mostrar lo que llevaba en la maleta, y eso que las diez primeras filas ya habían pasado de forma obediente por caja.

–Yo no pienso mostrar mi maleta a nadie. Lo que estáis haciendo es una gilipollez. Si alguien ha subido algo prohibido al avión y va a haber un registro anunciado a voces, que aun por encima dura veinte minutos, ya lo habrá escondido –Baker, como no.

Perro viejo en estas lides hubieran dicho unos, viejo cascarrabias, dirían otros. No era una tontería lo que decía, tenía sentido. Pero, también podía ser la típica respuesta de alguien que llevara un frasco con gas mostaza dentro de la bolsa de mano, para que no lo cazaran. El resumen es que Frank había



echado una racha más al fuego, la enésima, y la hoguera se estaba haciendo cada vez más grande.

Norah no contestó. El hombre de la corbata roja lo miró con suspicacia, a lo Sherlock Holmes. De nuevo la cabina al borde del estallido por tensión ambiental, hasta que, de pronto: *tinini*. Sonido previo al comunicado de los pilotos otra vez. Golpe de suerte en el instante preciso. Bueno, espera. A lo mejor no. Podía haber sido un brote de fortuna azaroso, sí, pero también una estocada maestra de Alie.

–Buenas tardes a todos. Les habla el comandante de nuevo. Les voy a actualizar la situación del avión. Aunque las circunstancias que nos rodean siguen siendo muy delicadas, hay buenas noticias. Minutos después de despegar de Rotterdam hemos intentado contactar con tierra, con cualquier otra emisora que no fuera el aeropuerto, pero todos los intentos fueron en vano. No hemos recibido respuesta desde ningún punto de los Países Bajos. Sin embargo, nos han contestado desde otro país, Bélgica. Hemos intentado ser prudentes durante la conversación. Como no sabemos el porqué de que no podamos aterrizar, no hemos querido dar demasiados datos. Simplemente hemos dicho que no hemos podido aterrizar en Rotterdam, nuestro destino del plan de vuelo, por un problema de seguridad en el aeropuerto, que desconocemos. No han hecho más preguntas sobre el tema, así que hemos solicitado un nuevo plan de vuelo hasta el aeropuerto principal de la capital belga, Zaventem. No nos han puesto ninguna pega y presuntamente deberíamos poder aterrizar sin contratiempos. De todos modos, queremos ser prudentes. En la situación anterior, cuando nos dirigíamos a Rotterdam desde Reino Unido ha pasado exactamente lo mismo. Todo fue perfecto hasta que estábamos a pocos metros de la pista, a punto de aterrizar y, sin embargo, las cosas se torcieron. De lo que ha pasado una vez en tierra no voy a hablar porque ya lo hemos visto todos. Ahora mismo estamos entrando en el espacio aéreo belga y el avión vuela en condiciones de normalidad absoluta. Debemos ser prudentes, pero también tenemos que mantener la esperanza. Yo, el comandante y el oficial Andrés Pozo, queremos seguir una política de transparencia total sobre los extraños sucesos que rodean esta aeronave. Si tienen dudas o peticiones, por favor, díganse las a cualquiera de las sobrecargos. Ellas serán las encargadas de transmitirnoslas y desde aquí las resolveremos con la mayor brevedad posible. Estamos de acuerdo en que la toma de decisiones que no impliquen aspectos técnicos de la aeronave las hagamos entre todos, pero, por favor, no se tomen la justicia por su mano,

haciendo registros inútiles que además generan un clima hostil dentro de la cabina. En cuanto comencemos la maniobra de aproximación al aeropuerto de Bruselas, volveré a comunicarme con ustedes. Muchas gracias por su atención.

Ya era hora que alguien pusiera algo de mesura y seriedad. Los pasajeros estaban desquiciados por la situación, como era lógico, y el asunto se les estaba yendo de las manos. El comandante no se había posicionado. No había hecho verdugos a unos ni mártires a otros. Su discurso, sobrio y conciso, era de los que hacen equipo. De los que juntan a las personas y eso era precisamente lo que necesitaba el vuelo AT 2031. También necesitaba aterrizar, de acuerdo, pero partir de hacer el intento en Bruselas con la gente sentada en sus asientos y no rompiéndose la cara a puñetazos por ver que tenían unos u otros en las maletas ya era un principio. Tampoco había fracturado a la tripulación con sus palabras. No había dicho: “si tienen cualquier duda o petición díganse a Alie”. Hacerlo de esa manera había sido muy inteligente, porque en caso de que el plan de pacificación hubiera sido orquestado por la propia Alie, en colaboración con el comandante, nadie se daría cuenta. Lo que había logrado con su discurso era hacer creer a todos los que iban dentro del aparato que la tripulación en su totalidad remaba en la misma dirección. La jugada había generado un aura de protección en la cabina, algo así como un sentimiento general de “vale, estamos muy jodidos, pero por lo menos estamos en buenas manos”. También las buenas noticias, aunque sonarán a mentira cochina, arrojaron un chorrillo de esperanza sobre la hoguera, ayudando a contener las llamas, al menos por el momento. De acuerdo, los pasajeros no eran estúpidos y sabían que aterrizar sin contratiempos en Bruselas era improbable, pero como dice una frase muy popular “la esperanza es lo último que se pierde”. Mejor que así sea, porque muchas veces ese fino hilo de esperanza puede marcar la diferencia entre tirar la toalla y dar la batalla por perdida o bajar la cabeza y luchar hasta el final. En el caso que competía a los pasajeros, ese factor tampoco importaba mucho, porque con esperanza o sin ella, eran meros espectadores de lo que le aconteciera al avión. Pero bueno, ya se sabe como funcionan estas cosas. En situaciones de este tipo los seres humanos se aferran a un clavo ardiendo y el aeropuerto de Zaventem era el único tornillo a la vista al que agarrarse para no caer al precipicio.

La investigación de equipajes cesó de inmediato en la cabina. Las palabras del comandante fueron decisivas para frenar aquella vorágine exploradora. Cada cual recogió su bulto y lo volvió a introducir en el compartimento para

equipaje de mano. Sin que los organizadores del evento pidieran perdón, sin reacción o manifestación verbal de ningún tipo sobre el discurso del comandante, todos los pasajeros que aún estaban de pie volvieron a sus asientos y se abrocharon los cinturones de seguridad. Nadie les había obligado a sentarse, pero el anhelo del aterrizaje los empujó a hacerlo, como si cumplir el ritual pre-tomar tierra ayudara al avión a aterrizar.

Los destellos de valentía de David se habían apagado una vez las ruedas dejaron de tocar tierra firme. Había vuelto el cobarde de nuevo. Su rostro era un poema. Natalia tampoco tenía cara de muchos amigos. No se habían hablado desde que abandonaron los Países Bajos. Simplemente se dedicaron a mirar la lucha de poder entre azafatas, con posterior investigación de maletas.

–¿Qué crees que pasará ahora? –Natalia rompió el hielo.

David había hecho un esquema en su cabeza, pero no en relación a las posibilidades de salir sano y salvo del avión. Su mente seguía empecinada en la opción uno: Natalia. Lo que había estado proyectando era una especie de liguilla entre él y Toño. Si la hubiera dibujado en un papel, seguramente sería algo parecido a una clasificación de fútbol: puntos totales, partidos ganados, partidos perdidos, goles a favor y en contra, etc... Tenía que hacer algo ya, porque según sus cálculos iba a descender a segunda división en cuestión de micro segundos. El problema de este tipo de ralladuras de cabeza, en las que intentas deducir lo que piensa la otra persona, es que la percepción que tenemos de su realidad es subjetiva, tanto que debería de llamarse fantasía y no realidad. Lo que su instinto le decía era: se valiente, se como Toño, se el macho alfa. Finge si es necesario. Haz todo lo que necesites para ser como él. Natalia ya ha mostrado señales de interés hacia ti. Ve más allá para convencerla de que eres lo que busca.

Estaba empezando a desvariar. Mal rollo ¿verdad? Tenía toda la pinta de que David había empezado a generar feromonas a toda velocidad o, lo que es lo mismo, a enamorarse como un estúpido.

–No te preocupes. Seguro que aterrizamos en Bélgica sin problema – primer intento de imitar a Toño.

No se lo creía ni él. Pero bueno, Natalia tampoco. Cuando estás cagado y quieres decir una frase en plan película épica para hacer creer a los demás que eres más malote que Ranger Walker, la tonalidad tiene que ser consecuente con las palabras. No vale que digas “sayonara baby” y en vez de entonar como *Schwarzenegger* en *Terminator* lo hagas como Torrente.

A pesar de la voz de pito de David, Natalia se giró hacia él y le sonrió.

Era sensato pensar que lo hubiera hecho por lástima, pero no tenía pinta de que ese fuera el móvil de la sonrisa. El resultado no había sido bueno, pero la intención sí. Aunque normalmente lo que se valora es el desenlace, en este caso no fue así. Un par de segundos después lo agarró de la mano. La intención de David había sido brindarle protección y seguridad, pero daba la sensación de que lo que había conseguido era dar pena. De todas formas, Natalia le había agarrado la mano y le había sonreído, así que el resumen general había sido positivo para escalar puestos en la general.

David todavía estaba mirando sus hipnotizantes ojos verdes, cuando vio por el rabillo del ojo como un pasajero se levantaba de su asiento. El movimiento hizo que el resto de viajeros focalizaran su atención en él, Natalia incluida. Era Toño. Había abandonado su asiento y caminaba hacia la cola del avión. Todas las miradas estaban clavadas en su figura, sin sacarle ojo de encima. Más que un grupo de pasajeros moviendo sus cabezas de forma sincronizada para seguir su actividad, parecía un campo de girasoles en su diaria e incansable persecución al sol. Si tenía pánico escénico, seguro que ahora se estaba sintiendo incómodo. No es muy agradable tener a casi ochenta ojos clavados en tu nuca. Levantó expectación en general, bastante, a decir verdad. Pero si hubiéramos hecho una escala entre expectación general levantada la cosa se quedaría en un seis, que es una nota más que aceptable, si lo único que haces es levantarte de tu asiento. Sin embargo, el interés de David por las intenciones de Toño era mucho mayor. Pongamos que en esa misma escala del uno al diez estaríamos hablando de diez. De acuerdo que las feromonas amorosas le estaban empujando a pensar como un ser irracional, pero en este momento en concreto parecía que no todo era infundado. Toño viajaba en una de las filas delanteras y, desde que piso pasillo, hasta que rebasó la fila veintidós, clavó los ojos en Natalia, como un cazador sobre su presa. Vaya. Eso sí que era seguridad. La miró firme, serio, imperturbable, mientras caminaba con una confianza digna de *Pierce Brosnan*, en una película de James Bond. Y como vino se fue, dejando tras de sí una embriagadora fragancia a macho alfa. Haciendo cálculos rápidos aquel don Juan debía de haber salido de su casa hacía unas siete horas en el mejor de los casos, pero aun así su intensidad de olor rozaba la perfección. Bueno, también podía ser que se hubiera vaciado medio bote de colonia encima antes de salir de casa y, que, por un golpe de potra, había alcanzado la magnitud óptima de fragancia desprendida por litro de aire en el momento preciso. La expectación general se esfumó cuando Toño entró en el baño, pero la de David no. De hecho, lo

siguiente que hizo fue fijarse en Natalia. Deseaba ver como ella miraba a otro lado durante su paso, en plan, me importa un pimiento ese tío. Pues no. Miraba al frente, al infinito, con sonrisa de gilipollas, como una quinceañera después de ver a su cantante favorito.

–Oh. Que bien huele. Toño lleva Hugo Boss, mi colonia favorita –dijo Natalia después de aspirar profundamente por la nariz.

Trallazo. Toma ya. Así, sin anestesia, como un disparo a quemarropa en el pecho. Toño le acababa de meter trescientos puntos en la clasificación. Además, aquella mirada penetrante solo indicaba una cosa: “Hola, me llamo Toño y quiero conocerte, me da igual que vayas sentada con un maromo que tiene pinta de ser tu novio.” No era nada personal, simplemente estas cosas pasan. Por mucho David que hubiera al lado, aquel pedazo de pibón ligerito de ropa iba a ser la diana de las miradas de muchos hombres. La mayoría no tendrían ninguna posibilidad, pero algunos sí y no había que ser muy listo para saber que Toño tendría pase VIP en caso de que lo quisiera. La duda estaba ahí, en si la cosa se iba a quedar en una mirada destroza davices o si, por el contrario, no era más que un lanzamiento de cabo pre abordaje.

No hubo que esperar mucho para saberlo. Solo el tiempo necesario para que Toño acabara sus quehaceres dentro del baño y recorriera de vuelta el trozo de pasillo que lo separaba de la fila veintidós.

–Sabes que hace un rato, cuando el avión estaba en tierra, te comenté que me sonaba de algo tu cara y no sabía de qué –le dijo Toño a Natalia, después de pararse al lado de su asiento.

Sin más. Con total impunidad. Ni un “hola, perdona que te moleste” o “disculpa, pero...” Él era el puto amo, con derecho a hablar con quien quisiera y cuando quisiera.

–Sí. Lo recuerdo –respondió Natalia, dedicándole la misma sonrisa quinceañera que había puesto minutos atrás.

–Pues me he fijado en tu cara de camino al Baño y creo que he tenido una revelación.

David se había vuelto un enano, un gnomo. Su voz grave, la cadencia de las silabas, el tempo entre cada palabra, todo era sublime. Toño hubiera sido un fichaje perfecto para poner su voz a un anuncio de coches de gama alta.

–¿Sí? ¿Y cuál es? –preguntó Natalia.

Al igual que había hecho con su compañero de asiento poco tiempo antes, Natalia se dejaba hacer.

–Estudiabas en la facultad de psicología, ¿verdad? Juraría haberte visto

por allí más de una vez –respondió Toño.

Azar a favor incluido.

–Sí. Pues lo siento, pero no me suena verte por allí. ¿Estudiabas cerca?

–No. Tenía que ir por allí por otros temas. Me gustaría contártelo, pero es obvio que este no es el mejor momento. En cuanto aterricemos en Bruselas, estás invitada a un café –incluso le había guiñado un ojo el muy bribón, justo antes de volver a su asiento.

¿Pero qué pasaba dentro de aquel aparato? ¿La gente se había vuelto loca o qué? Encerrados en un avión que no podía aterrizar, con algo desconocido dentro, que bien podría ser un arma nuclear o un viajero infectado con Ébola y, a los pasajeros, en vez de cagarse en los pantalones y gritar como niños todo el tiempo, se les había dado por ponerse a ligar entre ellos. Además, sin disimular, allí en medio del pasillo y a toda voz. Con el resto de viajeros flipando en colores, mientras miraban para ellos con cara de tontos.

–Hay algo raro, algo que no encaja. Todo lo que le está pasando al avión tiene sentido salvo una cosa –Frank volvió a intervenir, pero esta vez por lo bajo, como al principio.

David, con la cabeza todavía dando vueltas sobre el inesperado abordaje de Toño, y Natalia probablemente también pensando en su nuevo pretendiente, se giraron hacia él de nuevo. Si Baker decía algo seguro que era interesante.

–¿El qué? –parece que Natalia había ganado confianza después de la conversación con Toño.

Baker la miró extrañado, como si lo que tuviera pensado fuera hacer un monólogo y no esperara que alguien le respondiera.

–Bien, señorita. Se lo explicaré a usted y a su novio. Quizás puedan darme su opinión al respecto.

Cuando una de las azafatas había dado por hecho que eran novios, horas atrás, los dos se habían ruborizado como una pareja de adolescentes, pero esta vez ni se inmutaron. Parecía que un rayo de cordura los había iluminado, haciendo que por una vez pensarán más en el berenjenal donde se habían metido, que en feromonas, celos y amores de verano.

–¿Ustedes creen que los pilotos dicen la verdad? –preguntó Frank.

Natalia y David asintieron afirmativamente, pero no dijeron nada.

–Bien. Al principio era escéptico, pero después de que el piloto abandonase la cabina para contar al pasaje en persona lo que ocurría, comencé a creerme sus palabras. Mis especulaciones tienen sentido solo si confiamos en que no mienten. Según han dicho no han notado ningún comportamiento

anormal por parte de los controladores aéreos. Es decir, mientras el avión está en el aire todo va bien, como un vuelo más. El problema surge cuando vamos a aterrizar, pero no cuando solicitan el permiso o inician la maniobra. Ni siquiera cuando ya estamos en aproximación final. El momento en que la normalidad desaparece y nos convertimos en una presunta amenaza para la seguridad del propio avión, del aeropuerto e, incluso del país, es cuando estamos a punto de tocar la pista. ¿Sacan alguna conclusión de todo esto? – Frank hablaba intercalando su mirada entre los rostros de David, Natalia y el techo.

–No. La verdad es que no tiene sentido. No sabría dar una hipótesis – contestó David

En su frase se vieron un par de destellos de valentía. Vale, solo un par. Poca cosa, pero algo era. Sobre todo, si lo comparamos con su comportamiento de los últimos veinte minutos. Al menos ahora hablaba como una persona normal y además sus palabras sonaban con cierta seguridad. Puede que estuviera desplegando una táctica para plantarle cara a los anzuelos de Toño. También podía ser que las palabras de Baker le hubieran hecho volver a la cruda realidad del avión.

–Yo he sacado una conclusión. Algo así como una hipótesis personal. Un porqué que explique lo que le pasa al avión durante los últimos metros. Obviamente es una conjetura que no he podido comprobar, aunque hay una forma de verificar si tengo razón o no. Si se la cuento, ¿me ayudarían? –Baker parece que buscaba aliados dentro del avión.

–Depende de si tiene sentido o no –David quería tomar el control.

Vaya si quería. Parecía un tipo con confianza y todo. Si te fijabas a fondo en su voz y conocías mucho a David, quizás sí te dieras cuenta de que estaba fingiendo, pero para el resto de mortales, daba el pego. No es que fuera un desequilibrado mental, que lo mismo se cagaba de miedo en los pantalones que se erigía como líder de una revuelta. Hasta ahora su estado de ánimo siempre había estado coqueteando con el miedo, un poco más unas veces, un poco menos otras, pero, según el momento que lo rodease, era capaz de disfrazar sus sentimientos.

–Vale. Se lo voy a contar. Hay algo en concreto en este avión que impide que aterrice. Partimos de la base de que no es un factor externo. Nada de ataques terroristas masivos o pandemias víricas globales. Tampoco algo más concreto, pero que aun así siga siendo general. Problemas de seguridad en aviones de este modelo o incluso algo que englobe a todos los aparatos de la

compañía *Air Atlantic*. El problema reside en esta aeronave y, por lo tanto, es posible averiguar cuál es. Además, no puede ser tan difícil de encontrar, esto no es un trasatlántico, el espacio aquí dentro es muy limitado ¿En eso estamos de acuerdo?

Como le galopaban las neuronas a aquel hombre. Por sus palabras se notaba que había analizado la situación al dedillo, barajando todas las posibilidades habidas y por haber. Aun así, daba por hecho muchas cosas, demasiadas con la cantidad de incógnitas que desconocía. De nuevo habría que valorar la posibilidad de que supiera algo más. Pero volviendo a lo que comentábamos antes sobre agarrarse a un clavo ardiendo, la hipótesis de Baker era uno de esos clavos. Al menos daba la posibilidad de no quedarse de manos cruzadas ante la adversidad.

–Sí, totalmente de acuerdo. ¿En qué estás pensando concretamente? – David seguía en su línea de tirar de galones y no buscar la aprobación de nadie.

–Creo que el problema no está en el interior del avión, sino fuera –Frank apretó los labios al acabar la frase.

–No entiendo. Acabas de decir que el problema estaba dentro, ¿no? – Natalia habló, rompiendo el monopolio David – Baker.

–Lo que acabo de decir es que el problema reside en este avión, no si está dentro o fuera. Creo que llevamos un mensaje que avisa a los aeropuertos de que somos una amenaza potencial.

–¿Algo relacionado con la instrumentación? ¿Un mensaje de radio o algo por el estilo? –Natalia volvió a preguntar.

–No. Si fuera de ese tipo, el avión avisaría a los controladores de que somos un peligro mucho antes de aterrizar. Solo hay un tipo de mensaje que avise a torre segundos antes de tocar tierra: un mensaje pintado sobre el fuselaje del avión.

Natalia y David abrieron la boca de par en par, como dos idiotas. Acababan de tener una revelación. Todo encajaba a la perfección. Palabra tras palabra, como si las frases dichas por Baker hubieran sido diseñadas a medida por un cirujano. Pero había un problema. No eran hechos consumados, sino una conjetura. Tenía mucho sentido, vale, pero no dejaría de ser una hipótesis hasta que alguien corroborará que era una realidad y eso pasaba por hacer un estudio empírico o, lo que es lo mismo, observar el fenómeno. *A priori* parecía pan comido, solo había que mirar el fuselaje del avión y ya, pero nada estaba más lejos de la realidad. Es lo que tienen los aviones en



pleno vuelo, que no se puede abrir una ventanilla y sacar la cabeza para echar un vistazo fuera. David incluso acercó su cabeza a la ventanilla tímidamente, aun sabiendo de lo inútil de su acción. Que paradojas de la vida, ¿eh?: estar a unos veinte centímetros de algo que, si presuntamente está allí puede desencadenar tu muerte y que no tengas ninguna posibilidad de verlo.

–Pero, no podemos saber si es verdad o no –Natalia había caído de la burra.

–Correcto. Por eso necesito su ayuda o, al menos, su apoyo –ahora tenía sentido la búsqueda de aliados de Frank.

–¿Cómo podemos verlo? ¿Qué tienes pensado y qué necesitas de nosotros? –añadió David.

Sacó pecho. Toño se acabaría llevando a la chica, vale, pero por los menos él moriría de pie y luchando, no arrodillado y rendido.

–Solo hay una forma. Contactar con los pilotos y que ellos lo hagan –dijo Baker.

–Pero en la cabina no hay ventanas que se puedan abrir –David protestó, tono irónico incluido.

–No, pero pueden pedírselo a alguien de fuera. A otra aeronave. No soy experto en esto. No sé hasta qué punto se pueden acercar dos aviones en pleno vuelo, pero es la única posibilidad que tenemos.

–Los controladores aéreos no nos han dejado aterrizar en ningún lado, ¿por qué iban a ayudarnos ahora con esto? –dijo David.

Se había inmiscuido tanto en la conversación que se olvidó de que estaba volando. Había dejado su cobardía atrás, al menos momentáneamente.

–Vuelvo a remitirme a las palabras de los pilotos. Han dicho que una vez que entramos en el espacio aéreo belga, contactaron con tierra y todo volvió a la normalidad. Es decir, lo que saco en conclusión es que las autoridades de Holanda no han avisado a las de Bélgica sobre el incidente en Rotterdam. El motivo por cual no lo han hecho es un misterio y no huele nada bien, pero, quizá podamos utilizarlo a nuestro favor. Por esa regla de tres, entiendo que los pilotos podrían solicitar a Bélgica una inspección visual del aparato. En teoría nadie sospecha nada de nosotros a este lado de la frontera. Vamos, que somos un aparato más. La idea sería algo como: “hemos chocado contra un pájaro en pleno vuelo, todo parece normal y no es necesario declarar emergencia en la aeronave, pero notamos algo raro en uno de los motores, como un ruido de rozamiento. Es muy ligero, pero está ahí. Nos gustaría que alguien le echara un ojo desde fuera”.

–¿Les engañamos? O, bueno... mejor dicho, ¿omitimos información? –dijo David.

Todo apuntaba a que David estaba con Baker y con su plan a muerte. Lo que estaba por ver era si tendría los testículos suficientes para aguantar el tipo y abordar el asunto de verdad, o si, por el contrario, todo lo que se estaba viendo eran palabras vacías para impresionar a Natalia.

–Sí. Además, es lo que ha dicho el piloto en el último comunicado y parece que ha colado. Es una decisión muy inteligente. Si les decimos a los de abajo que no hemos podido aterrizar en ningún caso, salvo cuando ya no teníamos combustible y que, cuando lo hemos hecho, nos han rodeado cien soldados con máscaras de gas, lo primero que harán es llamar a los Países Bajos. Está claro que se acabarán enterando tarde o temprano, por lo que cada segundo que pase sin aterrizar corre en nuestra contra.

–Pero, si envían a alguien a mirar el avión desde fuera. Que, por cierto, no sé cómo lo podrán hacer, y realmente hay algo pintado, avisarán a las autoridades belgas. Se repetirá lo de Rotterdam –buena observación de David.

–Es fácil, enviaran un caza del ejército. Estoy de acuerdo que puede ser un problema si lo ven, pero por lo menos sabremos con que cartas jugamos la partida. Además, hay varias opciones. Se supone que ese caza estará en comunicación con los pilotos. Pueden inventarse algo como: “Ah, sí. Esa pintada la hicieron un grupo de vándalos mientras la aeronave estaba en el aeropuerto esta noche y no hemos podido borrarla, porque tendríamos que cancelar el vuelo”. En cualquier caso, sabremos qué es lo que nos impide aterrizar, que es el primer paso para buscar una solución –contestó Frank.

Titubeó. Se notaba. Había empezado con un discurso de acero, como un dictador ante miles de personas, pero, poco a poco, sus credenciales se habían ido diluyendo. En el momento que David y Natalia plantearon varias dudas ante su plan, Baker no supo contrarrestarlas de forma eficaz con su dialéctica. Aun así, la hipótesis era firme y tenía sentido. El plan de ataque no entrañaba riesgos y debería ser fácil de ejecutar, solo pasaba por hablar con los pilotos. El resultado final era atractivo: saber que le pasaba al avión o, en el peor de los casos, descartar una hipótesis más. Solo había una pega, que implicaba precisamente a la resolución del asunto. Si en realidad había algo en el fuselaje y el supuesto piloto de caza lo veía, ¿tendría alguna consecuencia?

–Bien. Pero, ¿y si el caza lo ve, avisa a las autoridades belgas y estás no nos permiten aterrizar? –buena pregunta de David.

–Estaríamos en la misma situación que ahora. Piensen que si se repite el

mismo patrón que en los intentos de tomar tierra anteriores, lo cual no tengo ninguna duda que pasará, tampoco vamos a poder aterrizar. La única diferencia entre un caso u otro solo debería ser que nos denegaran el permiso antes o después, pero de cualquier manera no vamos a poder aterrizar en Bruselas –contestó Baker, con cara dramática.

Golpe de efecto de Frank. Había vacilado un poco en sus palabras previas, pero ahora, con su nueva intervención, enderezó el rumbo de la nave.

–Vale, estamos contigo. ¿Cómo logramos hablar con los pilotos? –David decidió por Natalia de nuevo.

–Yo lo intentaré –contestó Frank, mirando hacia la puerta de la carlinga.

–Señorita Alie. Señorita Alie.

La cabina del avión se transformó una vez más en un campo de girasoles. Las cabezas de todos los pasajeros se giraron y sus miradas se dirigieron a la chola de Baker. De nuevo, como no podía ser de otra manera, se hizo el mismo silencio que en misa de doce.

–¿Qué quiere? –preguntó Alie con gesto de resignación.

Me gustaría hablar con usted en privado, ¿cree que sería posible? Solo le tomará un par de minutos de su tiempo. Lo que le voy a decir creo que puede interesarle –Baker abogaba de nuevo a su dialéctica.

La cara de Alie era ácida. Sus últimas palabras habían sonado rancias, desganadas. No quería enfrentarse a ninguna situación más de ese tipo. Otra vez a dar la cara en un asunto que para nada le competía y que se encontraba muy lejos de su jurisdicción como sobrecargo de un avión comercial. Su vaso particular estaba a un par de gotas de que alguien lo colmara y Baker le estaba arrojando chorro tras chorro de agua. Esperó un par de segundos en silencio, mientras su cara pasaba de ácida a desagradable.

–Solo dos minutos. Le concederé dos minutos. En breve el avión comenzará la maniobra de descenso y nadie podrá andar por el pasillo, incluidos usted y yo –contestó Alie.

Fase uno del plan ejecutada con éxito. Eso sí, la sobrecargó no le había contestado. Por su entonación, más bien pudiera haberse dicho que lo había abroncado. Acto seguido de concluir su última palabra comenzó a caminar por el pasillo hacia la cola con paso firme.

–Venga conmigo. Hablaremos en la cola del avión –dijo al pasar a la altura de Frank.

Baker se levantó del asiento, asintió de forma muy disimulada hacia David y Natalia y persiguió a la azafata a través del pasillo. La expectación fue

máxima de nuevo, pero era lo evidente. Cualquier movimiento que hubiera dentro de la cabina era seguido de forma exhaustiva. Tanto daba que fuera Toño yendo al baño, un vendedor de enciclopedias liderando un motín o Baker reuniéndose en asamblea con Alie. A Norah no le gustó. O al menos eso denotaba la postura de sus cejas al paso de su compañera. Se podía adivinar algo así como: “¿Por qué Alie y no yo?” Los dos alcanzaron la cola del avión y se pararon justo delante de los hornos, neveras, etc... El espacio entre ellos y la última fila que llevaba personas era el suficiente como para no ser escuchados. De hecho, eso era lo que buscaban. Comenzaron a hablar con casi ochenta ojos encima. Se notaba que estaban intentando suavizar los gestos e incluso se taparon la boca con la mano en plan final de *champions league*. Dialogaron unos cuatro minutos aproximadamente. Los pasajeros tuvieron una percepción un tanto diferente. Hubieran jurado que fueron quince. Ya se sabe, cuando quieres que el tiempo pase rápido, parece que el reloj se entera y decide bajar las revoluciones por minuto de las agujas para joderte la paciencia. Cuando al fin acabaron, recorrieron el pasillo de nuevo, esta vez en sentido opuesto. Baker se frenó por la mitad y volvió a su asiento. Natalia y David lo miraron fijamente, como pidiendo explicaciones. Frank pasó de todo, miró al frente, clavando los ojos en Alie, que siguió su camino hasta casi alcanzar la puerta de la carlinga. Los girasoles hicieron lo mismo, se olvidaron del hombre de barba y centraron su atención en la sobrecargo.

Alie cogió el interfono y comenzó a hablar con los pilotos. David y Natalia volvieron de nuevo la vista hacia Frank. No los miró, pero sonrió. Tenía muy buena pinta. El gesto cómplice, indicaba algo positivo: fase dos del plan ejecutada con éxito.

—¿Que cojones habéis hablado ahí atrás? —el hombre de corbata roja intervino una vez más.

Era visto que pasaría. Más leña al fuego. La hoguera se aviva y algún pasajero se mosquea. Es normal cuando alguien toma una decisión que podría implicar si vives o mueres y no te quiere contar de que va.

—No se preocupe. Ahora lo sabrá —dijo Baker desde su asiento con tono agradable.

El hombre rebelde lo miró con cara fratricida, luego echó un vistazo al resto de pasajeros y al comprobar que ninguno lo apoyaba en su golpe de estado, se sentó de nuevo. Frank no había tenido que tirar de dialéctica esta vez, una frase sencilla había sido suficiente para aplacar a la fiera. Había sofocado el fuego, pero los rescoldos estaban muy calientes aún. Era cuestión

de tiempo de que la bomba estallase de nuevo. Una vez más, la pelota había caído en el tejado de Alie. Estaba de espaldas al gran público, hablando por el interfono. No tenía prisa por acabar la conversación, sabía muy bien que cuando colgara y se diera la vuela, una turba de espectadores enfervorizados querría saber de qué iba el asunto.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**18:01:23**

Comandante José. P. Ramírez [hablando por el interfono para dirigirse al personal de cabina]: De acuerdo Alie, muchas gracias. Lo consultaré con el oficial. Te digo algo cuando hayamos tomado una decisión.

Oficial Andrés Pozo: No sé qué decir. Antes comentaste la posibilidad de que llevemos algo oculto que envíe algún tipo de mensaje a tierra.

Comandante: Sí, barajaba posibilidades más complicadas, está es demasiado evidente. En cualquier ocasión normal sería una tontería pensar algo así. Además, la seguridad dentro de los aeropuertos es enorme. Sería casi imposible que alguien se colara para *grafitear* un avión.

Oficial: No sé. Por la noche no ha sido. El avión ha dormido en Gatwick y cuando nos hemos subido no tenía nada. La única posibilidad es que lo hayan pintado una vez aterrizamos en Santiago de Compostela.

Comandante: Bueno, si no descartamos nada hay muchas posibilidades. Incluso puede ser algún tipo de pintura que reaccione tras cierto tiempo o en unas condiciones de temperatura determinada. Pensar esto en un vuelo normal sería una soberana gilipollez, pero, después de ver lo que nos está pasando, ya me creo de todo.

Oficial: Como ha dicho Alie, ese tipo le explicó que no tenemos nada que perder y en eso tiene razón. Podemos avisar a tierra. Qué manden a alguien de las fuerzas aéreas y que eche un vistazo.

Comandante: De acuerdo. No vamos a decirles nada de lo que nos ha pasado. Simplemente que hemos abortado el aterrizaje en Rotterdam por motivos de seguridad, que era nuestro destino del último plan de vuelo. Les contaré una mentira. Eso sí, luego volveremos a hablar con Alie. Me da mala espina ese tipo de barba. Tendremos que atarlo en corto y vigilar sus movimientos.

Oficial: Si es verdad que tiene razón y llevamos un mensaje, comenzaré a preocuparme.

Comandante: ¿Más de lo que ya estamos?

[Silencio en la cabina durante varios minutos]

**18:03:28**

Comandante: AT 2031 a 28.000 pies y en rumbo 270.

Controlador Bélgica: Control de tierra. Buenas tardes AT 2031. Mantenga altura y siga rumbo 270.

Controlador: AT 2031 contacte con Amberes en 118,975.

Comandante: 118,975, Air Atlantic 2031, gracias, buenas tardes.

Controlador: Adiós.

Comandante: Control Amberes, Air Atlantic 2031, nivel de vuelo 18 370 sobre Amberes.

Controlador Amberes: Air Atlantic 2031, buenas tardes, contacto por radar.

Oficial: Nos ven en el radar.

Controlador Amberes: Air Atlantic 2031, siga rumbo 270 y mantenga nivel de vuelo 370.

Comandante: Air Atlantic 2031. No es nada serio, pero nos gustaría comentarle un detalle de seguridad.

Controlador: ¿Que ha pasado?

Comandante: Durante el despegue hemos escuchado un ruido extraño. Como algo chocando con la aeronave. No hemos visto lo que era. Presuponemos que sería algún pájaro, *drone* o algo así, no estamos seguros. Todo parece estar bien, pero notamos una ligera vibración en el timón de profundidad.

Controlador Amberes: ¿Desean declarar emergencia abordo y solicitar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Amberes?

[Silencio de treinta segundos en la cabina]

[Ruido de dos voces lejanas hablando. Ininteligible]

**18:05:01**

Comandante: Precisamente por la zona afectada de la aeronave, consideramos que sería arriesgado realizar un aterrizaje sin verificar el estado exterior del aparato. Si nos quedamos sin timón de profundidad en medio del descenso estaremos condenados.

Controlador Amberes: Explíquese.

Comandante: ¿Podría enviar a alguien a hacer una inspección de la aeronave?

Controlador Amberes: Ok, hablaré con control militar. Mantenga rumbo y *nivel de vuelo*.

Comandante: Gracias.

[Ruido de respiración agitada en la cabina durante cuatro minutos]

**18:09:03**

Controlador Amberes: Air Atlantic 2031. La fuerza aérea belga acaba de enviar un **Eurofighter Typhoon**<sup>19</sup>, que estaba de maniobras por la zona. Deberían tener contacto visual con él en unos dos minutos. En cuanto entre en mi espacio aéreo le diré al mando militar que lo transfiera a la misma frecuencia que la nuestra para que puedan hablar con él.

Comandante: Muchas gracias. Esperamos contacto.

**18:12:53**

Piloto Eurofighter Typhoon: 118,975, fuerza aérea belga 138, buenas tardes.

Comandante: Air Atlantic 2031, buenas tardes.

Controlador Amberes: Fuerza aérea 138, buenas tardes. He pedido a Air Atlantic que mantenga altura y rumbo. Me encargaré de mantener el espacio aéreo despejado para que nadie les moleste. Haga su trabajo. Buena suerte.

Piloto E.T: Muchas gracias.

Piloto E.T: Fuerza aérea belga 138. Air Atlantic 2031, tengo contacto visual con ustedes. Me pondré en su costado derecho y echaré un ojo a ver cómo está el asunto. Deberían de verme en unos quince segundos.

**18:13:15**

Oficial: Fuerza aérea belga 138. Todavía no le vemos.

Piloto E.T: Comienzo la inspección visual en 3... 2... 1...

[Ruido de propulsor de otra aeronave]

[Alguien respira de forma nerviosa en la cabina]

**18:13:23**

Comandante: Fuerza aérea belga 138. ¿Ve algo inusual?

[Silencio de diez segundos]

**18:13:33**

Comandante: Fuerza aérea belga 138. Le escuchamos, pero no le vemos, por favor, responda.

[Silencio de diez segundos]

**18:13:43**

Piloto E.T: Air Atlantic 2031. Estoy en su cola. Por favor, dígame exactamente que es lo que le pasa a esta aeronave.

[Silencio de cinco segundos]

[Respiración agitada en la cabina]

**18:13:53**

Comandante: Nota... Notamos un temblor en el **timón de profundidad**<sup>20</sup>. Hemos escuchado un pequeño golpe durante el despegue y tememos que pueda estar dañado. Repito: ¿ve algo raro ahí fuera?

Piloto E.T: Air Atlantic 2031. Repítame qué es lo debería revisar.

[Silencio de cinco segundos]

[Voces ininteligibles dentro de la cabina]

**18:14:12**

Comandante: El timón. El timón de profundidad. Notamos una pequeña vibración.

[Silencio de veinte segundos]

**18:14:42**

Comandante: Fuerza aérea 138. ¿Ve algo inusual? Responda por favor.

Piloto E.T: Air Atlantic 2031. Todo está perfecto. No sé qué habrá sido ese ruido, pero estoy casi seguro de que no ha sido algo impactando con el avión. Tienen el Boeing impoluto. Parece recién pintado. Que tengan un buen viaje.

Piloto E.T: Controlador Amberes. Paso a frecuencia militar. Adiós.

Controlador Amberes: Muchas gracias por la ayuda. Adiós.

Comandante: Muchas gracias. Adiós.

Controlador Amberes: Air Atlantic 2031. Siga rumbo 270 y *nivel de vuelo* 370.

En cuanto Alie colgó el interfono la masa enfervorecida se le echo encima. Unos se pusieron de pie y comenzaron a ladrar como perros, mientras otros se mantenían sentados y disfrutaban del espectáculo, como si estuvieran viendo una pelea de gallos. Diez minutos atrás, la cabina quería saber que maquinaba Baker y Alie, pero el interés pasado era mínimo si lo comparábamos con el actual. Mucha culpa de que la búsqueda de explicaciones de los pasajeros se hubiera convertido en objetivo número uno, la había tenido el avión militar que habían visto revolotear durante un par de minutos alrededor del Boeing. Además de la ya de por si dramática e inaudita situación que aquello había sido, había una sospecha coincidente entre todas las almas reunidas dentro de la aeronave: la presencia del avión militar estaba relacionada con el enigmático plan Baker–Ali. Si todo esto ya era suficiente para convertir a los pasajeros en revolucionarios convencidos, aun había que sumar una circunstancia más a la trama. Por el rato largo en el cual la sobrecargo había



hablado con la carlinga a través del interfono, justo minutos antes de que apareciera el nuevo compañero de vuelo, tenía mucho sentido pensar que los pilotos estaban metidos en el ajo. Ese hecho no molaba nada. No hacía mucho que habían jurado transparencia total y se lo habían pasado por el forro. Es el valor ético por antonomasia, lo primero que nos enseñan para que seamos personas de bien: nunca se debe faltar a la palabra. Nunca es nunca, pero si la situación es tan peliaguda como la del vuelo AT 2031 y rompes tu promesa de honestidad, el resultado, moralismos aparte, puede jugar en tu contra. De hecho, así había sido. Era necesario que alguno de los implicados en la trama hiciera algo, sino querían intentar aterrizar en Bruselas con una muchedumbre indignada, intentando linchar a alguno de los confabuladores.

Nadie había tomado el liderazgo de los irritados. No había organigrama jerárquico ni cabecilla visible entre los amotinados. Se había montado una algarabía, un griterío descompasado sin ton ni son, acompañado de gestos de acusación con los brazos hacia Baker y Alie. Las bocas de los dos conspiradores se movían en un intento infructuoso por defenderse de las acusaciones. Tan inútil era la tentativa que su voz no lograba sobrepasar a la del clamor popular, haciendo que sus palabras fueran inaudibles. En medio de la confusión general, Alie se dio medio vuelta y se agarró al interfono, como si tener aquel trozo de plástico en su mano le fuera a proporcionar inmunidad al ataque. Frank estaba más sereno, pero tenía miedo. Él no se había agarrado a ningún teléfono. Lo único que hacía era señalar la fila de asientos donde se sentaban David y Natalia, al mismo tiempo que decía palabras imperceptibles. En medio del jaleo nadie cayó de la burra, pero cualquier observador avezado que hubiera prestado un mínimo de atención se hubiera dado cuenta que estaba intentando expresar que contaba con el apoyo de sus vecinos de fila. David y Natalia no participaron en la refriega. Se quedaron calladitos y sentaditos, disfrutando de que el resto de pasajeros eran ajenos a su participación en la confabulación.

–Tinini –el ruido pre mensaje de nuevo.

Alie lo había vuelto a hacer. Una vez más había conseguido aplacar a la jauría descontrolada. Ni siquiera tuvo que decirle al comandante que la situación en la cabina se estaba tornando dramática. Bastó con descolgar el interfono y que los pilotos escucharan la feria que había montada a través del comunicador. Además, la reacción del comandante fue instantánea. Como mucho, se hubiera podido contar hasta veinte entre que la azafata descolgó y

los altavoces comenzaron a emitir.

–Hola. Les habla el comandante. Les voy a explicar por qué han visto un caza del ejercito belga a través de la ventanilla.

Vale que el *tinini* había hecho callarse a un nutrido número de pasajeros, pero fue el ofrecimiento del comandante lo que puso paz en la cabina de forma definitiva. Todos estaban muy enfadados, pero que uno de los pilotos comenzara a hablar por los altavoces solo significaba una cosa: información y noticias frescas, que, al fin y al cabo, era el motivo base que había iniciado la revuelta. Así que a sentarse en silencio sepulcral una vez más.

–No deben alarmarse en ningún momento. La visita del caza no tiene relación con que no podamos aterrizar. Uno de los pasajeros ha notado una extraña vibración en uno de los motores y se lo ha comunicado a una de las azafatas. La sobrecargo, a su vez, nos lo ha transmitido a nosotros. Repetimos que en referencia al aspecto técnico del avión todo es absolutamente normal. Aun así, nos ha parecido prudente comprobarlo y ya de paso aprovechar para verificar si Bélgica tiene noticias de lo ocurrido en los Países Bajos y nos considera una amenaza. Han mandado un caza de las fuerzas aéreas a hacer una inspección visual exterior del motor. El resultado ha sido óptimo. La aeronave esta perfecta y hemos podido constatar que, como les decía en el anterior comunicado, aquí, en Bélgica, somos un aparato más. El pasajero que nos ha alertado ha considerado oportuno no decir nada al resto del pasaje para no alarmarlos, de ahí que no hayan sido informados. Nos disculpamos por la nefasta decisión que ha tomado, aun a pesar de que lo ha hecho con la mejor de las intenciones. Es mucho peor callarse la situación y que los pasajeros vean que un caza intercepta el avión en el aire, que decirla y poner a la gente en preaviso. Les pido disculpas y les comunico que ya hemos comenzado la maniobra de descenso sobre el aeropuerto de Zaventem. Por favor, vuelvan a sus asientos y abróchense los cinturones. Los próximos minutos serán decisivos. Buena suerte a todos.

Mentira. Bellaco. Embaucador. El comandante había mentido desde la primera palabra hasta la última. Ahora bien, era uno de esos tipos que sabía leer los partidos. Un hombre de hielo. Sabía omitir información como nadie por el bien común. Se podría decir que había incurrido en una mentira piadosa. Le había echado un capote a Frank, encubriendo su plan genial y aboliendo su linchamiento. Incluso había ido más allá, convirtiendo a Baker en una especie de mártir. Un alma bondadosa que prefiere cargar el solo con la preocupación de creer volar con un motor tocado, que decírselo al resto de

pasajeros y compartir su dolor. Por supuesto que había sido una jugada inteligente. En el mundo eran necesarias personas con el mismo sentido común que el comandante José Pablo Ramírez. Ese punto de pausa, de temple que tenía era perfecto para detener conflictos o evitar que se desencadenaran. Tampoco nos confundamos, no estaba de acuerdo con aquello que dijo Jesucristo: “pon la otra mejilla”. Ningún extremo es bueno. Ya lo dice la frase: “en el equilibrio está la virtud”. Y precisamente en ese punto perfecto de equilibrio era donde estaba el comandante, como un funambulista caminando sobre la cuerda floja.

La tensión se había disipado gracias al discurso, pero el pasaje era escéptico en cuanto a creerse todo lo que había dicho. Nadie se levantó a darle la mano a Baker por su acción presuntamente altruista. De hecho, solo un pasajero se dirigió a él una vez los ánimos estuvieron calmados y no lo hizo precisamente para darle las gracias.

–Debería de habernos avisado a todos –le dijo con retintín.

El hombre se sentaba tres filas por delante de Frank. Sobre pasaría la cuarentena por muy poco e iba de traje y corbata, pero a diferencia del vendedor de enciclopedias, tenía cierta percha. Ante el comentario incendiario, Baker entrecerró los ojos, aguantándole la mirada durante un par de segundos. Quería dejarle claro que no bajaría la cabeza ante el desafío que le había lanzado.

–Ellos estaban conmigo –dijo Frank, señalando la fila de David y Natalia.

Bueno. Por fin nos enteramos porque Baker había buscado el apoyo de sus vecinos de asiento. Tener el apoyo de alguien cuando se te echan encima siempre es interesante. La soledad es muy mala socia de viaje, por eso es muy importante asegurarte compañeros en el camino.

–Hemos decidido hacerlo así y no decir nada a nadie, porque consideramos que era lo mejor –esto lo dijo David. Increíble, ¿verdad?

Para el público del avión no sonó raro, más que nada, porque nadie sabía quién era. Pero cualquiera que hubiera escuchado esas palabras salir de su boca y conociera a David, tendría que estar flipando en colores. Sin ir más allá, Natalia lo miraba con cara de: “hola, ¿eres tú David o me han dado el cambiazo? Su comportamiento chocaba, pero era necesario matizar una cosa. El comentario iba en la misma línea de sus últimas acciones. Si el asunto seguía en aquella escala ascendente, David acabaría siendo el héroe que salvó el vuelo de AT 2031 de la catástrofe y descendió la escalinata con el mayor pibón imaginable entre sus brazos, para comenzar la más idílica historia de

amor a lo largo de toda la existencia de la humanidad. Suena demasiado a peli americana palomitera, ya. Una cosa era lo que la mente fantasiosa de David imaginaba y quería y otro, muy deferente, como acabaría el asunto.

El hombre que se había encarado con Baker miró a David con cierto cabreo. No estaba de acuerdo con él. Cogió una bocanada de aire precontestación, pero una sacudida moderada del avión lo disuadió. Acto seguido miró en varias direcciones con cara de póker y se sentó de nuevo. Se notaba. Las turbulencias, síntoma inequívoco de que le Boeing empezaba a descender hacia el aeropuerto, se comenzaron a suceder. Por enésima vez, una ola de silencio recorrió la cabina. La prioridad absoluta era ahora aterrizar, ya habría tiempo para ajustar cuentas una vez en tierra. Todos reaccionaron de la misma forma. Ya lo habían hecho igual en los Países Bajos. Se sentaron correctamente, posicionando sus piernas y su tronco en un ángulo perfecto de noventa grados y sellaron sus bocas, como si aquel ritual fuera a ayudar al Boeing a aterrizar de una santísima vez. Por supuesto, era un comportamiento irracional y lo hacían de forma inconsciente. De hecho, si lo hubieran razonado, no se habrían colocado así. Según el método de “ensayo y error”, ya había quedado claro en Rotterdam que aquel ritual no funcionaba para ayudar al avión a tomar tierra.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**18:37:15**

Comandante José. P. Ramírez: De acuerdo Andrés. Como acordamos de aquí en adelante.

Oficial Andrés Pozo: Entendido comandante. Yo me encargo

Oficial: AT 2031 en aproximación a 11.000 pies.

Controlador Zaventem: AT 2031 en aproximación.

Controlador: Zaventem, Rumbo 135. Espere ILS para pista 25R.

Oficial: AT 2031 rumbo 135. Esperamos ILS para pista 25R.

Comandante: Todo va como la seda.

Oficial: Sigo sin escuchar más aviones en la frecuencia. Estamos en el aeropuerto más grande de Bélgica. ¿Por qué no hay nadie hablando?

Comandante: Lo que hablamos. A lo nuestro. Todo va perfecto.

[Silencio de cinco segundos]

[Alguien tose en la cabina]

**18:38:22**

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 230 Kn.

Oficial: AT 2031 reduciendo.

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 180 Kn.

Oficial: AT 2031, reduciendo.

Comandante: Flaps 1

Oficial: Flaps 1

Controlador: AT 2031, gire izquierda rumbo 120

Oficial: AT 2031 Girando.

**18:39:10**

Controlador: AT 2031, descienda a 4500 y gire izquierda, rumbo 015.

Oficial: AT 2031 descendemos y giramos.

Comandante: Flaps 3.

Oficial: Flaps 3.

[Voz artificial]: *Autopilot off.*

Comandante: Todo sigue perfecto

Oficial: Sí. Todo ok. Allí está la pista

Comandante: Vale. Solo tenemos que seguir el rumbo de pista. Ya casi estamos.

Oficial: Parece que la visibilidad es bastante buena

Comandante: Mejor

Comandante: Descendemos a 2500 pies.

Comandante: *Flaps full*

Oficial: *Flaps full*

Controlador: Reduzca velocidad y contacte con torre en 116.00 MHz

Comandante: Comprobaciones para aterrizaje

Comandante: *Flaps full*

Oficial: ok

Comandante: Tren abajo

Oficial: ok

Comandante: AT 2031 en aproximación final a pista 25R

Oficial: La pista está despejada

Comandante: Bien. Ya no queda nada. Ya casi estamos.

**18:40:45**

Controlador: Permiso para aterrizar en pista 25R denegado. Repito DENEGADO. Peligro para la integridad de la aeronave. Riesgo grave de seguridad. Aborten maniobra y asciendan de inmediato siguiendo rumbo de pista.

Oficial: Otra vez. Lo sabía. Sabía que iba a ocurrir

Comandante: Andrés, procede según lo que hemos hablado. Abajo, abajo.

Aterrizaremos de todos modos.

Oficial: ¡Un coche! ¡Un puto coche! En el margen derecho.

Comandante: Mierda. Joder. Avanza hacia la pista. Va a toda velocidad hacia la puta pista.

Oficial: La va a bloquear

[Voz artificial]: four hundred.

Comandante: Se tiene que detener. No puede acceder a la pista. ¡Chocaremos! Saquen a ese puto coche del medio

Oficial: No lo hace. No lo hace. Sigue. Va a acceder a la pista ya. No llegaremos a tiempo

Comandante: Ha entrado. Está en la pista. No podemos aterrizar. Nos estrellaremos.

[Voz artificial]: three hundred.

[Sonido de un golpe fuerte dentro de la cabina]

Oficial: Se ha parado. Ese hijo de puta se acaba de parar en el medio y medio de la pista.

[Voz artificial]: two hundred.

Comandante: Abortar, abortar aterrizaje. Sácanos de aquí.

[Voz artificial]: one hundred.

[Sonido de los motores poniéndose a potencia máxima]

Oficial: Gases al máximo. Timón atrás. Subimos.

Comandante: Ha ido por poco. Casi nos matamos

Comandante: Controlador Zaventem, ¿por qué cojones han hecho eso? Casi nos matan a todos

[Silencio de cinco segundos]

Comandante: Controlador Zaventem, aquí AT 2031, contesten.

[Silencio]

Así lo habían decidido. El comandante y el oficial habían mentido al pasaje respecto a que el aterrizaje en Bruselas sería rutinario. Bueno, a lo mejor puede que lo hubieran hecho a buena fe y tenían una mínima esperanza de que todo saliera bien. Obviamente no sabían a ciencia cierta lo que pasaría, porque no eran adivinos, pero eran conscientes de que la posibilidad de que les denegaran el permiso era muy real y la habían tenido en cuenta. Habían establecido un plan B en secreto entre ellos. Un protocolo a seguir si les negaban la autorización durante los metros finales, tal y como había pasado en todos los intentos anteriores. En realidad, no era un plan de elaboración meticulosa ni mucho menos. Simplemente apartaron los micrófonos de la boca

y se dijeron entre ellos: “aterrizaremos con permiso o sin él”. Ninguna de las partes tuvo que convencer a la otra. Activaron la radio e hicieron su papel, como dos actores de Hollywood. Cuando ya estaban en aproximación final, el controlador de Zaventem les dijo no hay tu tía, que allí no se aterrizaba, que pusieran motores a tope y se largasen por donde habían venido. Esa decisión activo el plan B o protocolo de emergencia dentro del Boeing, pero algo se torció. Lo que pasó fue que apareció una nueva variable en la ecuación, la cual no se había barajado en dicho proyecto. Alguien en Bruselas o, vete tú a saber en dónde, se adelantó a sus movimientos, presuponiendo que intentarían tomar tierra de todas formas. Fue muy fácil, obstaculizaron la pista y listo.

El aparato ascendía por enésima vez hacia los cielos. Lo que pasaba ahora es que la desesperanza comenzaba a hacer mella en los pilotos. El intento marrado de aterrizar en Bruselas era algo así como un punto de inflexión. A medida que el vuelo Air Atlantic 2031 era rechazado en todos los aeropuertos en los que intentaba aterrizar, su situación se iba tornando más misteriosa, pero siempre había quedado un resquicio para la esperanza. “Puede que haya sido culpa del país”, “puede que haya tenido que ver con algo concreto de aquel aeropuerto”. Sí, en cierto modo era engañarse a uno mismo, pero no poder aterrizar en dos aeropuertos no eran datos suficientes para hacer un estudio concluyente que indicase que pasaría lo mismo, se intentara dónde se intentara. La impresión en la carlinga y, seguramente también en la cabina, era que la tercera era la decisiva. El intentó en Zaventem inclinó la balanza del pensamiento general hacia el pesimismo. Los pilotos tenían claro que la situación se repetiría en cualquier lugar donde intentaran tomar tierra. Sus mentes, además de concentrarse en gobernar el avión, trataban de trenzar un plan para salir airosos de la situación.

El pasaje estaba abatido, extenuado. Claro que non se habían creído todas las palabras del comandante, pero volvemos a lo de siempre. Albergaban esperanza, mínima, sí, pero esperanza. El tercer intento la había sesgado. Había arrancado cualquier atisbo de optimismo que aún quedara allí dentro. Las caras largas, descompuestas, hablaban por sí mismas y, de fondo, aquel runrún lúgubre, que recordaba a un velatorio en hora punta. Ya no había líderes revolucionarios encorbatados, azafatas proactivas, ni héroes emergentes. Todo había cesado ya. Tan solo el ruido de los motores y aquel murmullo funesto.

Se hubiera podido decir que el pasaje acababa de pasar a la siguiente fase del proceso de duelo. Ya no había ira destructiva dentro de ellos, esa etapa se

había esfumado. Acababan de adentrarse en el periodo de negociación. Esta parte es un tanto peliaguda. En ella las personas tratan de negociar consigo mismo o con el entorno, entendiendo los pros y contras de la situación. Intentan buscar una solución al problema, a pesar de conocerse la imposibilidad de que suceda. Es decir, que aquellos cerca de cuarenta infelices estaban estrujándose los sesos de forma inútil, sabiendo que ninguna de las soluciones que sus mentes pudieran planear serviría para nada. Eso sí, las fases del proceso estarían bien definidas en caso de hacer un estudio generalista, pero eso no implicaba que todos y cada uno de los pasajeros fueran al mismo ritmo. He aquí una razón de peso por la cual nunca se puede generalizar. Por mucho que un colectivo reaccioné de una forma muy similar, siempre habrá ciertos individuos que vayan por libre.

David se había deshinchado como un globo de helio. Ya no quedaba nada de aquel hombre temerario que, minutos atrás, tomaba decisiones definitivas sin consultar con nadie. Se había diluido como un azucarillo en un café. No era el único. Toño, su supuesto archienemigo, también estaba amilanado. Era lógico que pasase, aquellas personas eran gente normal y los hechos que los rodeaban no. Y tanto que no, era muy probable que todos estuvieran enfrentándose a la situación más difícil de su existencia. Pero la vida es así. Todo puede pasar de blanco a negro en cuestión de minutos, sin más, sin transición. Un “pun” y todo se tuerce. Seguro que te sientes identificado. Días y días temiendo que pase esto o aquello y, de repente, esa llamada un miércoles a las cuatro y media de la tarde. Te habías preparado para tantas eventualidades adversas, pero para está no. Es la noticia más desgarradora que te han dado en toda tu vida y lo peor va a ser ahora, en cuanto cuelgues el teléfono, vas a tener que salir ahí afuera y enfrentarte a la situación. Pues lo mismo les había pasado a los pasajeros del vuelo Air Atlantic 2031. Ninguno de ellos pensó que aquel miércoles a las cuatro y media de la tarde, cuando compraron su billete para ir a Londres, se iban a subir a un avión que no podía aterrizar. No eran conscientes de que, si las cosas no cambiaban, era probable que hubieran firmado personalmente su propia sentencia de muerte.

Los minutos se sucedieron lentos durante el ascenso del Boeing. Hasta que “tinini”. De nuevo la melodía pre mensaje. Los pilotos tenían algo que decir:

–Les habla el comandante de nuevo. Este mensaje no tendrá florituras ni rodeos. Voy a ser transparente e iré al grano. Se imaginarán que, de nuevo, nos han denegado el permiso de aterrizaje durante los metros finales. Así ha sido, pero, además, en esta ocasión ha pasado algo más. Los responsables del



aeropuerto o, solo sabe dios quién, han bloqueado la pista con un vehículo. El oficial Andrés Pozo y yo nos los temíamos. Sabíamos que había muchas posibilidades de que se nos denegaran la autorización para tomar tierra de nuevo, como en todos los casos anteriores y estábamos preparados para ello. Habíamos decidido aterrizar de todas todas. Consideramos que no esperarían que lo hiciéramos. Queríamos aprovechar el factor sorpresa, quizás así nos dejarían desembarcar antes de que alguien ordenara lo contrario. No lo hemos logrado porque se nos han adelantado. Sabían o presuponían que intentaríamos aterrizar de todas formas y han usado un vehículo para bloquear la pista en el momento justo. Eso nos ha llevado a pensar que, mientras hablábamos por radio con el controlador, este sabía a la perfección que no nos dejaría aterrizar y, aun así, ha omitido esa información. Esta medida que han tomado tanto aquí, como en el resto de aeropuertos donde hemos intentado aterrizar previamente, carece de toda razón y, por más que intentamos buscarle el sentido, somos incapaces de encontrarlo. La única buena noticia, por llamarle de alguna manera, es que, a diferencia de en los Países Bajos, aquí no había presencia militar. Esto nos ha llevado a tomar una decisión de cómo actuar ahora. Vamos a declarar emergencia en el aire por falta de combustible. Es decir, haremos un mayday para que nos concedan preferencia de aterrizaje, aunque el motivo principal no es ese. Lo que queremos es obligarles a que nos dejen aterrizar. No les quedará otra que ceder, si no quieren ser responsables de provocar un accidente aéreo. Al no haber militares, quizás podamos negociar con ellos una vez sobre la pista. La mala noticia es que corremos el riesgo de que descubran la mentira, es decir, que sepan que acabamos de llenar los depósitos a tope y que es un truco para lograr aterrizar, por lo que iremos un paso más allá. Vamos a vaciar los tanques en vuelo y dejar el combustible justo para hacer un solo intento de aterrizaje. Después de hacerlo les enviaremos una prueba de que nos estamos quedando secos, para que sepan que no vamos de farol. Iniciaremos las conversaciones con tierra en cuanto acabemos este comunicado. Mucha suerte a todos

El comandante se había cabreado. Se había cansado de que jugaran con él en calidad de espectador y ahora se había apuntado a la partida. Aunque en un primer momento pareciera una medida desesperada, había un dicho popular que le venía como anillo al dedo: “Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas”. Así que nada. Se lo iba a jugar todo a una carta. Con solo un intento de aterrizaje, una sola bala en la recámara, no tendría opción a fallar. No se admitían errores de pilotaje, eso solo significaría una cosa: bola

de fuego. Tampoco podía perder el pulso que le echaría al controlador. Si este decidía poner un coche en medio y medio de la pista de nuevo, o Jose Pablo Ramírez era un as al timón y conseguía evitarlo o, mismo resultado: destrucción y muerte. Era una decisión osada, temeraria. Además, tampoco quedaba muy claro lo que podrían conseguir una vez en tierra, pero la situación requería que, tarde o temprano, alguien le echara cojones, así que, cuanto antes lo hiciesen, mejor.

El pasaje no protestó. Simplemente se resignó. Se incrementó ligeramente el murmullo lúgubre y los suspiros y las manos sobre la boca se sucedieron. Poco más que eso. La mayoría de las personas de la cabina pensaban parecido. Demasiado riesgo para una recompensa bastante incierta, pero, a pesar de las dudas, nadie se opuso, ni siquiera Baker. De hecho, su cara era como un cartón, con una expresión rancia y plana. David se quedó sin voz otra vez y su frente se iba arrugando al compás de las palabras del comandante. Natalia tampoco tenía ganas de hablar. La mano derecha sobre su boca y su mirada perdida lo decía todo. Seguramente en su mente se estaban conjeturando los diferentes resultados finales de la arriesgada operación que los pilotos iban a llevar cabo. Alie reaccionó de forma parecida, se quedó sentada en su asiento plegable, mirando fijamente para algún punto incierto de la cabina del avión. Mientras en la carlinga la actividad iba a ser frenética, la cabina de pasajeros sería un desierto inanimado, un lugar inerte, donde solo faltaría una planta rodadora pululando por el pasillo para generar un panorama de desolación total.

La práctica que el comandante iba a realizar para vaciar los depósitos de combustible es muy utilizada en aviación. Es conocida como “fuel dumping”. Las aeronaves tienen dos tipos de límites de peso: el peso máximo al despegue y el peso máximo estructural de aterrizaje. Como es lógico, el peso máximo de aterrizaje siempre es menor. El peso del combustible que el aparato lleva en los tanques se considera a la hora de calcular estos valores, lo que hace que el avión despegue con un peso, vaya consumiendo combustible durante el vuelo, vaciando los tanques, y aterrice mucho más ligero. El problema surge cuando la aeronave se tiene que enfrentar a un vuelo anormal. Es decir, si, por ejemplo, por algún motivo despegue y tiene que volver al aeropuerto de origen. Algo provocado por un problema mecánico o un pasajero con problemas médicos. Sin tiempo de consumir el combustible durante el vuelo previsto, el avión podría enfrentarse a tener que aterrizar con el peso máximo estructural de aterrizaje excedido, lo que implicaría la posibilidad de sufrir daños

estructurales o incluso desgajarse al tocar la pista. Lo que veníamos diciendo en varios casos: bola de fuego sobre la pista. Este dato depende mucho del modelo de avión del que estemos hablando, pero suele utilizarse la opción de “fuel dumping” para aligerar el peso. Conociendo toda esta información, hasta aquí todo normal dentro de la gravedad de la situación, ¿verdad? Pues nada estaba más lejos de la realidad. El piloto había dicho algo que no encajaba. Si lo dijéramos sin rodeos ni miramientos, sería algo así como: “El comandante ha mentado”

–David, David. El comandante ha mentado –como no podía ser de otra manera, fue Baker el que lo descubrió.

Frank esperó con la cara inexpresiva. Parecía estar en estado catatónico, inerte, pero no era así. Mientras su fachada externa recordaba a una estatua, su mente rumiaba las palabras que había dicho el piloto. En aquella ardua tarea mental se encontraba, cuando se le encendió la bombilla. Sabía que nadie le podría ayudar, pero le invadió esa sensación típica de querer compartir las malas noticias con el prójimo para atenuar la carga psicológica que supone saber tu solo que el grupo está en peligro. Levantó la barbilla y recorrió con la mirada los asientos más cercanos. David ya había sido su cómplice una vez y se había mostrado muy colaborativo, así que Frank buscó un nuevo acuerdo.

–David. Oye David –el primer intento de llamar su atención había resultado en vano.

Había lanzado su llamada en voz baja y con tono cómplice, pero, aun así, aunque no había contestado, no había dudas de que David lo había oído. De hecho, hasta Natalia miró primero, y eso que nadie la había nombrado.

–David. Es importante –Frank en ningún momento dejó de hablar por lo bajo. No quería que nadie más escuchara aquello.

Pues a la tercera fue la vencida. David se giró tan despacio, que hasta logró levantar expectación ante su interlocutor. El giro de cuello fue forzado, tanto que recordaba a un movimiento robótico. Cuando por fin sus miradas se alinearon, Baker se dio cuenta de porque había tardado tanto. El tío había cagado el kilo. Con aquella cara de pánico lo lógico habría sido que Frank hubiese cancelado el pacto y buscado un nuevo aliado. Incluso llegó a pensarlo durante unos instantes. Bah, el asunto principal era descargar y para eso hubiera servido tanto un hombre con la cara descompuesta, como el mismísimo Jhon Wayne.

–Por... por qué dices que ha mentado? –David tartamudeó, mientras trataba de estirar la piel de la frente sin mucho éxito.

Frank lo miró con cara de espanto durante unos instantes, como queriendo decir: “¿Qué mierda te está pasando en la frente, tío?”. Como más o menos intuía la respuesta, la frase, por el bien de todos, se quedó ahí, en su mente.

–Ha dicho que va a vaciar el combustible del avión de forma deliberada para poner entre la espada y la pared a la gente que nos impide aterrizar y de esa forma forzarlos a que nos permitan tomar tierra, ¿verdad? –Baker decía las palabras con semblante catastrofista.

–Eh... sí.

Una vez David respondió, Frank volvió la vista hacia Natalia para buscar su aprobación.

–Sí, ¿por qué dices que ha mentido? –Natalia tenía la voz temblorosa, pero aun con todo, estaba diez niveles por encima de David en el concurso: ¿quién es más valiente?

–No puede liberar el combustible. Es imposible hacer un “fuel dumping”, porque este modelo de avión no tiene esa opción. Los aviones de largo alcance, como son el Boeing 767 o el Airbus A330, van equipados con una manguera para soltar el combustible en pleno vuelo. El Boeing 737, en el que volamos, indiferentemente de la versión que sea, no tiene esa manguera. El comandante ha mentido. Además, no creo que haya sido una confusión. Ha mentido por un motivo, el cual desconozco.

No se le puede decir eso a una persona que está al borde del ataque de pánico. Al escuchar aquellas palabras, la frente retráctil de David comenzó a apretarse cada vez más rápido. Natalia puso una mueca de confusión y miedo. Esperó unos instantes a la respuesta de su compañero, pero está nunca llegó. Tras unos diez segundos sin señales de vida por parte de David, se giró hacia él. Allí estaba aquel pobre hombre. Parecía que, en vez de mirar a Baker a los ojos, estaba frente a frente al mismísimo diablo. Solo hubiera faltado que se cagara en los pantalones. Pero fue aquello lo que le hizo volver de su estado desidioso. Se había propuesto impresionar a Natalia y parecía que aquel fin le cambiaba la composición química del cerebro y le otorgaba poderes sobre naturales. En cuanto la chica se volvió hacia él todo cambió. Puede que hubiera sido su rostro angelical, quizás la culpa la tenían sus dulces ojos verdes o incluso la reacción pudiera haber sido motivada por su escote rompe cuellos, pero la frente retráctil de David volvió a posición original como si hubiera sido activado algún resorte.

–¿Estás seguro de lo que has dicho Frank? ¿Sabes con total certeza que este avión no tiene la opción de vaciar los tanques en pleno vuelo? –Jhon Wayne...

digo David, había vuelto a la carga.

Baker echó la cabeza hacia atrás y se quedó ojiplático durante un buen rato. No sabía si aquello era bueno o malo, pero estaba empezando a pensar que tenía ante él a una persona con trastorno afectivo bipolar.

–Sí. No tiene. Lo que no sé es por qué el piloto ha mentido –Frank recalcó sus dudas.

Cuando Baker acabó la frase volvió la vista al frente y apretó la mandíbula. Su presunto aliado estaba como una chota, pero, quizás, eso no fuera negativo después de todo.

Un par de minutos antes de que Frank recibiera la inspiración divina y se diera cuenta de que el comandante estaba mintiendo como un bellaco, había empezado a sonar aquel llanto. Primero tenue, suave, pero, poco a poco, había ido evolucionando. En intensidad primero y en estridencia después. Cuando Frank acabó de decirle la última frase a David y comenzó su reflexión sobre qué hacer con la locura de su aliado, el sonido era ya insoportable. Era tan retumbante y grave, que se metía en los oídos de los pasajeros hasta lo más profundo del cerebro. Algunas personas medio se levantaron de sus asientos y miraron hacia la fuente del sonido con los ojos entrecerrados. Sus caras lo decían: “qué alguien haga callarse a esa persona”. El asiento era fácil de identificar: fila ocho, lado izquierdo, pasillo, pero había algo curioso. No había nadie sentado, al menos nadie al que le sobresaliera la cabeza por encima del respaldo. Fue en ese momento cuando los lloros alcanzaron su punto álgido. Los pasajeros que no se había levantado y que tenían la suerte de viajar en pasillo asomaron su cabeza para ver si veían de que iba el tema. Nada. Un asiento fantasma. Parecía no haber nadie sentado allí. Sin embargo, a la derecha si había alguien. Una mujer con el pelo castaño y rizado y que, por la postura de su cabeza, estaba mirando al asiento espectral. Así, de golpe y porrazo, una cabecita se asomó desde dicho asiento al pasillo. Era una niña de unos seis o siete años y acababa de apoyar su cuello en el reposabrazos, dejando que su cara mirara hacia al suelo. Una mano adulta, la de la persona que viajaba a su lado, le acariciaba el pelo suavemente. Aquella niña de cara angelical no se encontraba muy bien que digamos. Paró de llorar durante un instante. Se creó una especie de calma efímera en la cabina. Un respiro auditivo fugaz. Acto seguido, su boca se abrió de par en par y, así, sin avisar, a traición, echó la mascada sobre el suelo enmoquetado del avión, ante la atenta mirada del resto de los pasajeros. La regurgitación fue súbita. Sin nauseas, tampoco arcadas ni nada por el estilo. La criatura abrió la boca y expulsó un

chorro de vómito repulsivo. Lo que había comido era un misterio, pero la cuantía no. Había expulsado tal cantidad, que parecía imposible que todo aquello cogiera en su pequeño estómago. El silencio que siguió al llanto se desvaneció por el sonido del líquido golpeando el suelo. La violencia con que lo hizo recordaba a un grifo abierto. El asunto tampoco se quedó ahí, porque la presión de salida fue tan fuerte, que la masa viscosa se dispersó. Tampoco es que fuera muchísimo, pero sí lo suficiente como para salpicar ligeramente a los pasajeros de los asientos más cercanos. Algo así como un liviano sulfato de potada sobre sus ropas.

Ahora sí que se había montado un buen percal. Recapitulemos. Avión que no puede aterrizar en ningún aeropuerto sin motivo. Nadie de tierra les informa de lo que sucede y una vez que logra tomar tierra de forma imperativa, porque se quedaba sin combustible, lo rodean más de cien soldados con máscaras de gas. Deducción lógica de todo esto: virus mortal a bordo. Si nadie está enfermo, quizás la cosa se pueda quedar en sospecha durante un tiempo, pero, cuando uno de los pasajeros expulsa dos litros de vómito por la boca, la cosa cambia. Lo que pasó en ese momento fue que aquella pobre e indefensa niña se convirtió, a ojos del resto de pasajeros, en el paciente cero de la pandemia que sin duda iba a diezmar a la humanidad. El problema es que también había el paciente uno, dos, tres, cuatro, etc... Sí, todos aquellos que habían sido salpicados, aunque solo fuera una triste micro gota, eran una amenaza en potencia. De hecho, reaccionaron de forma simultánea, casi como un equipo de natación sincronizada. Se levantaron de sus asientos y se sacaron los ropajes afectados. Típicas reacciones tan innatas como inútiles.

Nadie se atrevió a decir nada. Todos pensaban: “sí, alejémonos de los afectados, podrían contagiarnos”, pero eran conscientes de que estaban en la cabina de un avión y eso era una putada de las gordas, si contigo viajaba alguien con una enfermedad contagiosa. Efectivamente, con los aviones pasa algo así como con las aulas de los colegios o como con las oficinas. Al estar tanta gente junta, en un espacio tan reducido y durante tanto tiempo, es muy fácil que se transmitan enfermedades dentro de ellos. Y es que, en la convivencia estrecha o la permanencia durante un periodo de tiempo prolongado, una persona que tiene un virus constituye un riesgo para el resto de las personas que están a su alrededor. Para la mayoría de las infecciones el mayor peligro se encuentra en los individuos que están sentados en cualquiera de las dos filas de asientos próximos al pasajero afectado. De ahí que la OMS recomiende en su protocolo de actuación el aislamiento de los posibles

enfermos sentándolos solos en una fila y dejando las dos de delante y las dos de atrás libres. Pero esta distancia de seguridad no siempre es válida. Esta prevención no sirve en caso de ciertas enfermedades que se contagian por el aire. La explicación de la fácil propagación de estos virus está en el aire. Tiene mucho que ver la estanqueidad de este. El avión es un sistema cerrado en el cual el aire se remueve, pero no se cambia. De ahí que cualquier virus tenga altas probabilidades de quedarse flotando. Así que solo tienes que pasar por ese pedacito de aire y pegarle una buena calada al presunto virus.

Como el Boeing ya había comenzado a descender hacia Bruselas, la gente no se amotinó para comenzar una caza de brujas. La atención se centró de nuevo en visualizar el avión aterrizando y rezar cada uno a su dios, siendo las dos opciones igual de improductivas. La niña diabólica se iba a quedar en un segundo plano a la atención general, al menos hasta que se supiera que iba a pasar con el enésimo intento de aterrizaje. De lo que no había duda alguna era de que, una vez que el tema terminara, la preocupación principal de los pasajeros sería el paciente cero y sus socios más cercanos. Pues con esa tesitura, con un comandante mentiroso, una niña infectada con el peor de los virus imaginables, llorando como una desconsolada, el vuelo 2031 de Air Atlantic iba a intentar tomar tierra en el aeropuerto Zaventem, después de haber sido rechazado en todas sus tentativas previas.

A pesar de que el morro ya estaba bastante inclinado y que el descenso era evidente, Alie se levantó de su asiento. Con un par de pasos torpes, debido a la inestabilidad del avión, se acercó al interfono una vez más. Era una chivata. Les estaba contando a los pilotos lo que había pasado en la cabina. Intercalaba la vista al infinito con miradas fugaces al asiento de la niña. Algún que otro pasajero sí que se enteró de lo que estaba haciendo, pero la gran mayoría no. Estaban allí, en sus asientos, sí, pero sus mentes no. Sus mentes estaban visualizando el ansiado aterrizaje. Es esa odiosa capacidad que tenemos todos los seres humanos. La consciencia que nos hace únicos, también tiene su parte mala. Nos obliga a sufrir y mucho. Imaginaos por un momento que ese avión se fuera a estrellar sobre la pista del aeropuerto de Zaventem. Ahora sumad un perro al pasaje. Ponedlo en un asiento de la cabina, como si se tratase de una persona más. Calculad todo lo que ha sufrido el pobre animal desde que el Boeing abandonó Santiago de Compostela hasta este momento. Exacto, no ha sufrido absolutamente nada. Es más, probablemente se puso muy contento y movió el rabo cuando paso el carrito de las bebidas. Va a morir trágicamente en un accidente aéreo, pero no se va a enterar de nada. Feliz hasta el último

instante de su vida. Cambiemos ahora el enfoque. En el asiento de al lado va una persona. No hace falta decir la cantidad de sufrimiento a la que ha tenido que enfrentarse. Ha pasado por diferentes estados de ánimo a cada cual peor, creando una montaña rusa emocional dentro de su cabeza y cayendo poco a poco en una espiral fatalista. En realidad, sufrir antes de morir, si no puedes impedirlo, tampoco le va a servir de nada, pero, aun así, démosle un giro de tuerca más. El avión aterriza y todos se bajan sanos y salvos. El ser humano ha pasado por uno de los momentos más difícil de su vida, acumulando cantidades de sufrimiento descomunales y todo sin ningún motivo. Así es. Somos el único ser vivo de la creación que sufre *a priori*, es decir, por algo que todavía no ha ocurrido y que es probable que nunca llegue a ocurrir. Evidente que ahora te replantees si quieres ser persona o perro. Seguro que, aun con todo esto, elegirías ser persona, porque piensas que eso conlleva ser el amo y señor del universo, muy por encima de cualquier raza animal. Maldito ego humano.

El cielo era un batiburrillo de nubes pequeñas y dispersas y los últimos rayos de sol otoñales entraban por las ventanillas del avión. La maniobra de aproximación había comenzado. Alie dio la llamada por concluida, volvió a su asiento de nuevo y se abrochó el cinturón de seguridad. Con la mascada todavía sobre la moqueta, el hedor que desprendía y el llanto acuchillador de la niña, el espectáculo podía comenzar.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**19:10:11**

Comandante José. P. Ramírez: AT 2031 en situación de emergencia declarada por falta de combustible. Solicitamos instrucciones para realizar aterrizaje de emergencia.

Oficial Andrés Pozo: AT 2031 en aproximación a 12.000 pies en emergencia declarada.

Controlador Zaventem: Zaventem, Rumbo 101. Espere ILS para pista 25R

Oficial: AT 2031 rumbo 101. Esperamos ILS para pista 25R

Comandante: Tenemos poco combustible. Espero que lleguemos, pero vamos a ir bastante justos.

Oficial: Seguimos con lo de siempre. Ningún avión hablando en la misma frecuencia.

Comandante: Da igual. Da igual. Nosotros a lo nuestro

[Silencio de diez segundos. El controlador no contesta]

[Alguien tose en la cabina]



**19:12:15**

Oficial: Controlador. Conteste, por favor. ¿Por qué no hay más aviones?

Comandante: Déjalo. No nos contestarán. Llevemos el avión al suelo. Eso es lo importante ahora.

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 230 Kn.

[Silencio de cinco segundos en la cabina]

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 230 Kn. Confirme.

[Alguien resopla en la cabina]

Oficial: AT 2031 reduciendo.

Controlador: AT 2031, reduzca velocidad a 180 Kn.

Oficial: AT 2031, reduciendo.

Comandante: Flaps 1

Oficial: Flaps 1

Controlador: AT 2031, gire izquierda rumbo 65

Oficial: AT 2031 Girando.

**19:13:10**

Controlador: AT 2031, descienda a 4000 y gire izquierda, rumbo 25.

Oficial: AT 2031 descendemos y giramos.

Comandante: Flaps 3.

Oficial: Flaps 3.

[Voz artificial]: *Autopilot off.*

Comandante: ¿Cómo vamos de combustible?

Oficial: Justos, pero bien. Llegaremos, pero no tendremos opción para un nuevo intento.

Comandante: ¿Estás seguro?

Oficial: Totalmente seguro. Combustible justo para un solo intento. Ni un litro más.

Oficial: Viento bastante flojo. Casi en calma.

Comandante: Bien. Atento, atento

Comandante: Descendemos a 3000 pies.

Comandante: *Flaps full*

Oficial: *Flaps full*

Controlador: Reduzca velocidad y contacte con torre en 116.50 MHz

Comandante: Comprobaciones para aterrizaje

Comandante: *Flaps full*

Oficial: ok

Comandante: Tren abajo

Oficial: ok

Comandante: AT 2031 en aproximación final a pista 25R

Oficial: Se ve la pista. No, no, otra vez no.

Comandante: Hijos de puta. Lo han vuelto a hacer.

**19:15:45**

Controlador: Permiso para aterrizar en pista 25R denegado. Repito DENEGADO. Peligro para la integridad de la aeronave. Riesgo grave de seguridad. Aborten maniobra y asciendan de inmediato, siguiendo rumbo de pista.

Oficial: Es la misma puta frase de siempre. Es como si fuese un robot.

Comandante: Ni caso, ni caso. Llévanos abajo. Llévanos abajo, ya. Ignora lo que hay en la pista

Oficial: Están en los márgenes. Solo en los márgenes. Igual que en los Países Bajos.

Comandante: Joder. Mierda. No importa. No importa. No tenemos alternativa. ¡Abajo, abajo, ya!

Oficial: El puto ejercito belga entero está sobre esa pista.

[Voz artificial]: four hundred.

Comandante: Tenemos que tener muy en cuenta lo que nos ha dicho la sobrecargo. Tiene que tener relación con eso.

Oficial: No digas nada ahora sobre ese tema. Cállate. Cállate.

[Voz artificial]: three hundred.

[Sonido de golpes (presuntamente sobre los instrumentos)]

Comandante: Hijos de puta. Sois unos hijos de la gran puta.

[Voz artificial]: two hundred.

[Voz artificial]: fifty.

[Voz artificial]: twenty.

Oficial: Es una pesadilla. Esto no puede ser real.

[Voz artificial]: ten.

[Voz artificial]: Retard.

[Voz artificial]: Retard.

Los pasajeros sabían que esta vez no había posibilidad de intento fallido con posterior remontada de vuelo. Tocarían tierra de todas todas. Bien podía ser con las ruedas en un aterrizaje rutinario o, con cualquier otra parte del avión, desencadenando un trágico accidente aéreo. Para fortuna de todos los que iban dentro de la aeronave, esta realizó un aterrizaje de libro sobre la pista 25R del aeropuerto de Zaventem. Rodó con elegancia sobre el asfalto,

hasta detenerse completamente. No siguió carreteando hasta la puerta de desembarque, como lo hubiera hecho en un aterrizaje habitual. Sucedió exactamente lo mismo que en el aeropuerto de Rotterdam.

–Hay algo en los márgenes de la pista. Son militares. Muchos. ¡Es lo mismo que nos ha pasado en los Países Bajos! –una voz perturbó el silencio efímero de la cabina.

Efectivamente. Había pasado justo lo mismo. El avión había tomado tierra, alguien lo había obligado a detenerse en medio de la pista, la cual estaba asediada por los militares.

–Tienen máscaras de gas. Esos hijos de puta también llevan máscara de gas –de nuevo la misma voz.

Vaya. Pobre niña enferma y, por extensión, pobre madre de una niña enferma. E incluso, pobres pasajeros salpicados por esputo presuntamente infectado. El silencio que siguió a las palabras de aquella voz, solo significaba una cosa: “Todos estamos encerrados aquí por culpa de esa puta niña”.

–¡Todo esto está sucediendo por culpa de esa niña! –vamos allá. Tenemos un valiente en el avión. El hombre de corbata roja y con pinta de vendedor de enciclopedias no se pudo contener. –¿Es que no os dais cuenta? Esa niña está infectada por solo sabe dios qué virus y en tierra lo saben. Ningún país quiere cargar con semejante marrón y por eso no nos dejan aterrizar en ningún lado. Negociemos con ellos. Tenemos que decirle que sabemos quién es el pasajero afectado, que los demás estamos bien y que se la lleven. Entreguémosla.

Valiente hijo de puta. Había saltado a la palestra de nuevo. Era un traidor, un cerdo, una de las personas con menos moralidad sobre la faz de la Tierra. Pero no era de los que se calan con solo verlos, no me refiero ese tipo de personas que las ves y te cambias de acera. A esas las identificas fácil. Los jodidos son los tipos como estos. Los que llevan corbata roja y pelo engominado. Además, seguro que comparte vídeos de perritos maltratados en su Facebook, dejando patente su repulsa ante tamaño abuso e injusticia. Incluso podría estar metido en alguna asociación de “buenistas” a favor de salvar al pinzón azul de Gran Canaria y luego no va a visitar a su madre enferma al hospital. Sí, ese doble rasero moral tan de moda en la sociedad en la que vivimos. Lo peor es que seguramente él se considera una buena persona. Su conciencia está tranquila. Para que voy a cuidar a mi madre. Ya estoy poniendo entradas en mi facebook a favor de salvar pajarillos en peligro de extinción. Pues sí, sin culpa o con ella, primero le había tocado a su madre

y, ahora, su nueva víctima era aquella inocente niña de solo siete años. Estaba dispuesto a vendérsela al mejor postor para salvar su pellejo, aunque fuera por piezas.

–Alie. Quiero hablar con los pilotos. Tenemos que hacer algo. Estamos en tierra y esta es nuestra oportunidad. El problema es la niña. Todos los que están en este avión lo saben bien. –su voz se quebraba por momentos.

Solo le importaba su culo. Absolutamente nada más. Él, luego él y después él. Aunque se tuviera que llevar por delante al resto de viajeros.

–A mi hija no le pasa nada. Solo ha vomitado. No quiero que nadie le ponga una mano encima a mi hija. Si alguien la quiere tocar, aunque solo sea un pelo, primero tendrá que pasar por encima de mi cadáver –esa era la mujer de rizos del asiento de al lado, su madre.

La madre quería marcar el territorio. El vendedor de enciclopedias se había topado con un hueso duro de roer. Una madre acorralada que tiene que defender a su indefensa criatura.

–Les diré lo que vamos a hacer –la azafata intercedió en la disputa.

Como siempre, Alie justo a tiempo. Había intervenido en el momento exacto, instantes antes de que la sangre llegara al río. Los dos protagonistas de la contienda se quedaron mudos, otorgando la palabra a la sobrecarga. Parecía que los dos daban por bueno iniciar una negociación diplomática. Al fin y al cabo, nadie tenía nada que ganar, si se liaban a hostia limpia.

–Sentaremos a la niña en el último asiento y la separaremos, por lo menos, cuatro filas del resto de pasajeros. Su madre puede acompañarla. La niña no tiene porque tener ninguna enfermedad contagiosa, simplemente puede haberle sentado mal algo que ha comido. De todas maneras, la apartaremos como método preventivo. Les comunicaré a los pilotos la situación para que lo comente con la gente del aeropuerto. Si solo se trata de una indigestión, podría ser una baza a nuestro favor. Les pediremos que se la lleven al hospital y que le permitan bajarse –dijo Alie.

Movimiento estratégico muy inteligente en todos los aspectos. El discurso no era bueno, sino óptimo. Encajaba a la perfección con la situación, como un traje hecho a medida. Alie se dio media vuelta y cogió el interfono una vez más. El hombre de la corbata roja, aunque con cara de pocos amigos, se sentó de nuevo en su asiento, dando por válida la proposición. La madre abrazó a su hija con fuerza y la apretó contra su pecho, mientras derramaba unas tímidas lágrimas. Aquel gesto era el símbolo de la batalla ganada. Repito: la batalla, porque la guerra se antojaba muy larga. Un par de minutos después la

sobrecargo colgó y se dio media vuelta. Tomó una bocanada de aire, como si necesitara prepararse psicológicamente para la situación y dijo:

—Norah, tú y el resto de azafatas limpiareis la moqueta. Yo acompañaré a la niña y a su madre a los asientos traseros. Por favor, que ninguno de los pasajeros se levante de sus asientos durante el proceso.

Nadie se iba a levantar. Sabían bien como funcionaba el asunto. Ya les había pasado un par de horas atrás en los Países Bajos. ¿Por qué volverse loco de un lado a otro de la cabina para mirar que sucedía en la pista? No tenía sentido. El avión estaba rodeado de militares armados hasta los dientes, equipados con máscaras de gas y, eso, quisieras o no, implicaba que nadie se bajaría de ese avión en Bélgica, salvo que algo cambiara el dramático devenir de los acontecimientos. La única baza que tenían para ello era aquella niña, pero, sinceramente, no tenía mucha pinta de que fuera a funcionar. De hecho, daba más la sensación que podría ser contraproducente.

Norah dudó. Pero dudó un buen rato, tanto que Alie le tuvo que lanzar una mirada fulminante. Algo así como: “Yo soy la que mando aquí, obedece”. Surtió efecto, no sin que la chica mostrara su inconformidad con un extraño giro de cadera al levantarse. Le hizo un par de gestos a las otras tres azafatas y estas obedecieron. La verdad era que el personal de cabina estaba muy jerarquizado. Alie era algo así como la teniente, Norah sargento primero y el resto azafatas rasas. Alie caminó por el pasillo, sorteó con dificultad la potada, siguiendo su camino hacia la cola del avión. Cuando ya había recorrido la mitad de la cabina, dijo en voz alta:

—Por favor, venid. Os sentareis aquí.

La niña y su madre se levantaron y siguieron a Alie a través del pasillo. La reacción de los pasajeros fue unánime. Se apartaron todo lo que pudieron a su paso, arrimándose al asiento que tenían al lado. Como ejemplo claro podríamos tomar a Natalia. Por poco no se subió encima de David, para alegría y júbilo de este. Alie era valiente, pero también marcó las distancias. Primero ya había pasado por encima de la mascada con la barbilla levantada, como mirando al techo y no se detuvo al lado del asiento de la niña, sino que las llamó desde la cola. Una vez allí accedió a una fila de asientos y apoyó la espalda contra la ventanilla, dejando los máximos centímetros posibles entre ella y la pequeña. Eso ayudó a que sus cuatro compañeras caminaran en dirección opuesta sin obstáculos, hasta que se encontraron con el paciente cero y el paciente uno a mitad de su camino. La situación fue peliaguda. Los movimientos, al pasar hombro con hombro, para distanciarse todo lo posible

de la niña, fueron apoteósicos. Parecían una familia de contorsionistas actuando en un circo. Después de salvar el obstáculo, la niña y la madre se sentaron en la cola del avión, en los asientos que Alie les había indicado. Por su parte, la sargento y las tres azafatas rasas comenzaban a limpiar el suelo enmoquetado después de equiparse con utensilios de limpieza.

Durante todo el espectáculo, el resto de pasajeros, además de apartarse del pasillo, como si su vida dependiera de ello, se habían limitado a lanzar tímidas miradas a través de la ventanilla, alternadas de vez en cuando con la observación de los acontecimientos acaecidos en el interior de la cabina. La situación seguía siendo muy jodida allí dentro, pero las medidas que había tomado Alie habían aliviado ligeramente la presión. Ya no era necesario estar pendientes de lo que pasaba dentro, así que la atención general iba a centrarse ahora en el exterior.

–Un camión cisterna. Otra vez. Vienen a llenarnos el depósito –alguien de la parte izquierda habló.

No hubo estampida esta vez. Todos sabían perfectamente lo que iba a pasar. Parecía un *déjà vu*, pero no lo era. Los acontecimientos estaban yendo en la misma dirección que en Rotterdam, así que el asunto tenía muchas papeletas de acabar en despegue de nuevo, bajo amenaza de cañonazo al avión. El último cartucho que le quedaba al Boeing 2031 de Air Atlantic era que los pilotos jugasen bien sus cartas y, aun así, que lo hicieran, no era ninguna garantía de éxito.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**19:20:44**

Comandante José. P. Ramírez: AT 2031 detenido en pista 25R. Nos hemos cansado de este juego. Queremos que alguien nos dé explicaciones.

Oficial Andrés Pozo: Parece que hay más soldados que en Rotterdam. Es una locura, una pesadilla.

Comandante: Seguimos esperando su respuesta. En esta aeronave viajan cuarenta personas desesperadas. Por el amor de dios, denos alguna respuesta.

[Silencio de casi dos minutos. El controlador no contesta]

**19:22:28**

Oficial: Díselo. Es la única manera. Quizás haya alguna ley que les obligue a dejarla bajar.

Comandante: No dará resultado. Desde que despegamos de Santiago está mañana no se ha respetado ningún tipo de ley.

Oficial: Hazlo. No tenemos nada que perder. Inténtalo, por lo menos.

Comandante: No sé que... No se co...

Oficial: Vamos. Díselo. Ese hijo de puta no nos contesta. A lo mejor se apiada de ella. El controlador tiene que ser un ser humano, con sentimientos.

Comandante: Vale. Voy a acabar con este juego de una vez.

Comandante: Me da igual quién esté al otro lado del comunicador. Seas quién seas, tienes que ayudarnos. Tenemos un paciente enfermo. Una niña pequeña. Por los síntomas pensamos que podría tener una enfermedad grave. No hay ningún médico a bordo que lo haya diagnosticado, pero creemos que podría ser un ataque de apendicitis. Necesitamos evacuar a esa niña al hospital cuanto antes. No puede esperar más. El reloj está corriendo en su contra.

[Silencio de treinta segundos. Nadie contesta]

**19:22:58**

Oficial: Tú seguro que también tienes mujer e hijos. Imagínate que esa criatura es tu hija. Va a sufrir y morir por tu culpa.

Oficial: Cabrón. Hijo de puta. Dale al menos la oportunidad de vivir.

Comandante: Sabemos que estáis ahí, al otro lado. Contestad de una puta vez.

Oficial: No lo van a hacer. La van a dejar morir

Controlador Zaventem: Zaventem tierra. ¿Qué síntomas tiene la niña?

[Ininteligible (Se intuye que alguien murmulla en la cabina)]

Comandante: Eso no importa ahora. Déjenla bajar para que la vea un médico.

Controlador: Repito la pregunta. ¿Qué síntomas tiene la persona enferma?

[Ininteligible (Se intuye que alguien murmulla en la cabina de nuevo)]

Oficial: Dolor de estómago muy fuerte, hacía la zona derecha. También tiene fiebre.

[Silencio de diez segundos. Nadie contesta]

Comandante: Ya te hemos dicho los síntomas, dejadla bajar. Esto no tiene ningún sentido.

[Silencio de diez segundos. Nadie contesta]

**19:23:24**

Controlador: ¿El paciente afectado ha vomitado?

[Ininteligible (Se intuye que alguien murmulla en la cabina otra vez)]

Controlador: AT 2031, Le repito la pregunta. ¿El paciente afectado ha vomitado?

Comandante: N... No. El paciente no ha vomitado

Controlador: ¿Hay algún paciente más con los mismos síntomas que la niña?

Comandante: No. Nadie más. ¿A que vienen esas preguntas?

Controlador: Es necesario hacer una inspección visual de la niña.

Comandante: Dejádla bajar y podréis inspeccionar todo lo que queráis.

Controlador: Les voy a dar una serie de instrucciones. Tendrán que seguirlas al pie de la letra.

Comandante: Le escucho.

Controlador: Ustedes abrirán la puerta delantera del avión. No esperen a la escalera móvil porque no la habrá. No vamos a poner nada. Una vez esté abierta quiero que alguien se asome a ella con el paciente afectado en brazos. Justo a sus pies, sobre la pista, habrá un soldado que será el encargado de hacer una inspección visual del sujeto. Durante el proceso un camión cisterna le rellenará los tanques de combustible. No intenten ninguna tontería. Cualquier intento de bajarse del avión no autorizado será contenido por la fuerza

Comandante: Me parece una gilipollez total. Ponga la escalera, dejen bajar a la niña ya, una vez en ti...

Controlador: Se hará como le estoy diciendo. Ha entendido los pasos que tiene que seguir o necesita que se lo repita de nuevo.

[Silencio de diez segundos]

[Murmullo ininteligible]

**19:23:54**

Comandante: Afir... afirmativo. Hemos entendido el procedimiento a seguir.

Controlador: Bien. El camión cisterna está a punto de llegar a su posición. Una vez la manguera esté conectada, tendrán cinco minutos para abrir la puerta y enseñar a la persona afectada. Si en este lapso de tiempo no realizan ninguna acción y la puerta no se abre, consideraremos lo que nos han dicho como una mentira.

Oficial: No necesitamos combustible. Lo que necesitamos es bajar del avión y que alguien atienda a esa niña.

Controlador: Confirмен que han entendido todo

Oficial: Hijo de puta. Eres un ser humano o un puto robot. Dinos qué cojones le pasa a este avión. Tienes que decirn...

Comandante: AT 2031 recibido. Hemos escuchado y recibido las instrucciones.



Oficial: Comandante, no podemos hacerles caso. No lograremos nada con esto.

Comandante: Tranquilo, Andrés. No tenemos otra alternativa.

Comandante: Vemos el camión a punto de llegar. ¿Comenzamos las instrucciones?

[Silencio de diez veinte segundos. Nadie contesta]

**19:24:12**

Comandante: Responda. ¿Comenzamos las instrucciones que nos ha indicado?

Oficial: Es inútil. Ese tipo es un puto robot. No va a contestar.

Comandante: Aquí AT 2031, responda controlador Zaventem.

Oficial: Nada

Comandante: El camión cisterna ya ha llegado. Acaba de conectar la manguera. Tu quédate aquí e intenta comunicarte con control a ver si logras sacar algo de información, yo voy a la cabina de pasajeros para encargarme de este asunto.

Oficial: Dios... Vale, ok, mucha suerte ahí atrás.

[Fin de la comunicación]

La puerta de la carlinga se abrió de par en par, como si *James Stewart* hubiera entrado en un bareto de mala muerte del viejo oeste. Las cabezas de los pasajeros se asomaban a las ventanas con desconfianza, hasta que el sonido metálico de la puerta empotrándose contra la pared los disuadió de continuar con su tímido análisis de lo que pasaba en la pista. Fue el estímulo perfecto para que todos se giraran al unísono hacía la fuente de donde provenía el sonido, recreando una vez más un campo de girasoles. Pues sí. Allí estaba el comandante. En la cabina de pasajeros como un plebeyo más. Los girasoles dejaron escapar un apocado “ooohhh” de expectación mezclada con miedo al ver su cara. Estaba claro que las cosas iban mal, muy mal, pero, aun así, viendo el semblante desencajado de Jose Pablo Ramírez, sería necesario sumar un par de puntitos más a la escala de terror del vuelo AT 2031. Sus ojos abiertos de par en par, su boca ligeramente abierta y su pecho bajando y subiendo como un pistón lo certificaban. Movi6 los labios un par de veces, como intentando arrancar unas palabras de lo más profundo de sus adentros, pero no tuvo éxito. El ansia que carcomía a los pasajeros era tal, que incluso desplazaron sus cabezas hacia delante unos centímetros, mientras entrecerraban sus ojos para afinar el oído. Después de unos infernales tres o cuatro segundos logró arrancar:

–He hablado con control, solicitando que nos dejaran bajar del avión de inmediato. No han querido. Han... han denegado la petición.

Vaya momentos elegía el comandante para hacer pausas. Los pasajeros arrimaron sus cabezas un poquito más hacia adelante, casi hasta chocar con el asiento delantero, como si eso fuera a ayudar a que Jose Pablo cogiera un ritmo constante en su discurso y no arrancara y parara como un disco rayado.

–Como ya han visto la pista está tomada por los militares, al igual que pasó en Rotterdam, así que era muy probable que pasara esto. Ahora mismo están llenando los tanques de combustible, pero no es necesario. Les he mentido deliberadamente a ustedes sobre el “fuel dumping”, el asunto de vaciar el combustible en pleno vuelo y les voy a explicar el porqué. Yo y el oficial teníamos la sospecha de que alguien que viaja en este avión estuviera de alguna manera soplando información sobre las decisiones que estábamos tomando a tierra, anticipándose de esa manera a nuestros movimientos para intentar aterrizar. Con esta mentira creemos haber ratificado que nadie lo está haciendo. Suponemos que, si una persona a bordo daba información a tierra para evitar que aterrizáramos y, además, consiguió su cometido en tres países diferentes, tendría conocimientos técnicos sobre aviones. Hubiera sabido que íbamos de farol, dando información a Zaventem para que obstaculizara la pista, como han hecho en el primer intento. Por otro lado, Bruselas también se tragó la mentira, permitiendo que aterrizáramos para repostar. Con esto hemos confirmado que nadie del avión se comunica con tierra y que el aeropuerto previo, Rotterdam en este caso, tampoco ha dado información sobre el vuelo AT 2013, de lo contrario le hubieran dicho que llevábamos los tanques llenos.

Por fin había cogido ritmo constante en su alocución. El comandante le había dedicado una mirada furtiva a uno de los pasajeros durante un momento concreto de su discurso, en concreto durante la frase: “consiguió su cometido en tres países diferentes, tendría conocimientos técnicos sobre aviones”. Había mirado a Baker durante centésimas de segundo. El cruce de miradas había sido tan fugaz que probablemente ningún otro pasajero se hubiera enterado, pero Frank sí. El contacto visual había significado algo así como: “sé de que palo vas. Por ahora parece que no eres de los malos, pero te voy a atar en corto por si acaso”.

–¿Qué va a pasar ahora? –a uno de los pasajeros le pudo el ansia. Precisamente era lo que estaba contando el comandante: lo que iba a pasar ahora.

–Eso es a lo que he venido. A contarles lo que va a pasar ahora, siempre y

cuando me dejen acabar de hablar –no fue la contestación más ortodoxa, pero no estaba la cosa para frivolidades. El comandante Jose Pablo fue brusco, pero abortó cualquier otro intento de interrupción.

–Después que no nos autorizasen rodar hasta las puertas, e incluso no dejar bajar al pasaje, fuera donde fuese, hemos jugado una de las bazas que teníamos. Hemos hablado sobre la niña enferma. Les hemos mentido. Hemos dicho que tiene un posible ataque de apendicitis y que necesita atención inmediata, porque su salud corre un alto riesgo. Nuestro objetivo con esta acción era intentar que dejaran bajar al menos a algún pasajero, obviamente siendo la niña uno de ellos. En un primer momento nos han dicho que no, pero, al final, han accedido a observar a la persona afectada desde la puerta del avión. Entiendo que es una manera de determinar si mentimos o decimos la verdad. Lo que me han pedido es que abramos la puerta, alguien sujete a la niña en brazos y la mantenga así durante unos segundos para que un médico la observe desde tierra.

Las cabezas de todos los pasajeros se giraron hacia la niña y su madre, sentadas al final de cabina.

–¿Por qué no la coge usted en brazos y se la enseña? –una mujer que se sentaba en la novena fila lanzó la proposición.

Primero era el presunto vendedor de enciclopedias el que vendía a quién fuera con tal de salir de allí, pero ahora el asunto se estaba empezando desmadrar. La situación estaba provocando reacciones, “písale la cabeza si es necesario para salir de aquí”, en muchos de los pasajeros.

–Eh no... no... yo... yo... tengo que estar en la cabina de mando. Lo mejor es que la sujete su madre –dijo el comandante.

No era el típico héroe–comandante de las películas americanas, ¿eh? Una niña que vomita dentro de un avión rodeado de soldados con máscaras de gas suena mucho a paciente cero de virus mortal, y está claro que, aun siendo una hipótesis, contra más lejos de ella mejor. Los valores morales están muy bien, pero solo si estás seguro de que tu vida no depende de ellos. Los pasajeros no contestaron, pero sus cabezas se movieron arriba y abajo, algo así como expresando un sí colectivo ante la proposición de Jose Pablo.

–¿Tenemos que hacerlo ya? –la madre de la niña habló desde el final de la cabina. Había captado el mensaje de sus compañeros de viaje.

–Sí, ahora mismo. Alie, abra la puerta para que puedan asomarse.

La azafata obedeció y abrió la puerta. Lo hizo con movimientos rápidos y con cara rancia. A la vez que giraba las dos palancas para desbloquear la

puerta, intercalaba miradas con la niña y su madre, que ya habían comenzado a avanzar a través del pasillo. No había dudas de que Alie no quería estar allí cuando ellas llegasen, quedándose encajonada en el paso estrecho que daba a la puerta de salida. Dentro de la cabina se había instalado un ambiente de pánico colectivo a compartir los mismos metros cúbicos de aire que el presunto paciente cero. Así lo hicieron patente también el resto de pasajeros. Desplazaban sus cuerpos hacia el lado contrario del pasillo al paso de la niña y su madre, recordando a Moisés cuando levantó las aguas del Mar Rojo para lograr que su pueblo huyera, pero está vez en versión pandemia. Cuando pasaron a la altura de la fila 22, Natalia, como era lógico, reaccionó de la misma forma que el resto de viajeros. Se arrimó al lado izquierdo como alma que lleva el diablo y giró su cuello en la misma dirección, dejando que su cabeza se apoyara suavemente sobre el hombro derecho de su compañero. David tomó una bocanada de aire, dejando que el embriagador aroma de Natalia deleitara sus sentidos y olvidándose momentáneamente del percal en el que estaba metido. Estaba ido. Si había un lapso de tiempo en que cualquier individuo que se encontrase dentro de la cabina no hubiera respirado profundamente, hubiera sido precisamente aquel breve periodo de dos o tres segundos. Pero bueno, la escala de prioridades de David iba por libre. Por momentos parecía que le importaba más llevarse a Natalia consigo que contagiarse con un virus y morir tras una lenta agonía. De todos modos, de poco iba a valer apartarse unos centímetros del presunto portador, estando encerrado en un cilindro estanco con el sistema de aire acondicionado diseminando el virus por todas partes.

Cuando la niña y su madre llegaron a la fila uno, el comandante y Alie se habían semi escondido en la entrada a la carlinga. La situación era bastante ridícula. Se habían agazapado dentro del diminuto trozo de pasillo previo a la entrada a la cabina de mando, pegando la espalda a la puerta, que todavía estaba ligeramente entreabierta. Con aquel gesto habían canjeado un par de puntos de su honor y dignidad por varias docenas de centímetros adicionales de separación con la niña. La madre caminaba cabizbaja, con la vista fija en el suelo enmoquetado del avión. Daba la sensación de que sabía con todo detalle como estaban reaccionando el resto de personas y prefería no mirar para certificarlo.

La noche ya casi había caído cuando el procedimiento para examinar al paciente afectado llegó a su punto culmen. La madre cogió a la niña en brazos instantes antes de llegar a la puerta de salida y se asomó por el agujero. El

silencio, aquel puto silencio lo envolvía todo. Y luego las luces. Las que delimitaban la pista de aterrizaje y las de rodaje en primer plano y las de la terminal al fondo, indicando lo cerca que estaba la libertad. Los soldados a ambos lados de la pista, equipados con tétricas máscaras de gas ya casi eran imperceptibles al ojo humano, debido a la escasez de luz. Se podría haber dicho que la puerta del avión AT 2031 era algo parecido al balcón de los horrores. Alzó la niña ligeramente mientras miraba hacia abajo. Tuvo que forzar la vista, pero lo vio. Allí estaba el presunto médico. Era un soldado del ejército belga. Mirando con detalle se podía distinguir la cruz roja sobre su hombro izquierdo. El tipo se percató de que alguien se había asomado al balcón de los horrores y dio un par de pasos hacia delante. Fogonazo. El soldado tenía una linterna en sus manos y la encendió enfocando al supuesto paciente cero. Y vaya linterna. Debían de haber agotado todos los leds de Bélgica para fabricarla. El haz de luz era tan potente que cegó de un plumazo a madre e hija, obligándoles a cerrar los ojos y proyectando sombras fantasmagóricas dentro de la cabina.

Comenzaron a pasar los segundos. Los dos sujetos que estaban siendo inspeccionados estaban indefensos, sin ni siquiera poder ver lo que pasaba a los pies del avión. En la cabina el silencio era tan sepulcral como en la pista. Ni una frase, ni un susurro, nada. Tan solo algún cohibido movimiento de cuello para intentar mirar por la ventanilla. El tiempo que había pasado desde que el foco inquisitivo se encendió era ínfimo, puede que entre veinte o treinta segundos, pero la percepción de aquella madre y aquella hija tenía que ser muy diferente a la real. De pronto, algo rompió el absoluto silencio del exterior. El motor de un vehículo se encendió entre carraspeos, a la vez, que, de manera sincronizada, la linterna se apagaba. La madre miró de nuevo a los pies del avión. El tipo se había dado la vuelta, había alzado la mano derecha con los cinco dedos levantados, mientras que con el brazo izquierdo daba indicaciones hacia el lugar de donde provenía el ruido del motor.

—¡Comandante, comandante! El controlador ha vuelto a hablarnos. Ha dicho que cerremos la puerta de inmediato —El oficial, Andrés, había soltado un berrido nervioso desde la cabina.

—Vuelvan a sus asientos. Alie cierre la puerta ya —más que un comandante de avión parecía un general del ejército dando órdenes.

La madre y la niña comenzaron a recorrer de vuelta el pasillo y Alie saltó hacia la puerta como un canguro. Cuando consiguió cerrarla, el comandante ya se había esfumado y la puerta de la carlinga estaba cerrada a cal y canto.

Bueno. Nadie había tenido tiempo a pensar todavía y la incertidumbre les había dado un golpe maestro, pero era evidente que alguien en tierra había visto algo en la niña que no le había gustado mucho. Las miradas de los viajeros ahora se dirigieron a la puerta de la cabina, como si tuviera rayos X y pudieran ver lo que se cocía allí dentro.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**19:40:23**

[Ruido de una puerta cerrándose]

Comandante José. P. Ramírez: ¿Qué cojones ha pasado? ¿Qué te han dicho?

Oficial Andrés Pozo: Que nos vayamos. Que no vayamos ya. He dicho que no. Que no nos iremos bajo ningún concepto.

Comandante: Pero, ¿cuándo ha sido? ¿Cuándo se han comunicado por radio contigo?

Oficial: He intentado hablar con ellos cada dos minutos desde que te fuiste y nadie me ha contestado hasta hace veinte segundos. El controlador me ha amenazado con que nos vayamos de inmediato. ¿Ha pasado algo? ¿Qué estabais haciendo?

Comandante: La niña. Hemos hecho lo que nos dijo el controlador. Su madre la ha asomado a la puerta y alguien la ha examinado visualmente desde abajo. Justo en ese momento has gritado, diciendo que te hablaba el controlador.

Oficial: Mierda. Tiene que tener algo de relación. Han visto algo que no les ha gustado en esa niña. Empiezo a pensar que pueda estar infectada por algún virus peligroso.

Comandante: Pues si lo está, todos los que viajamos en este avión estamos muy jodidos. ¿Que le has dicho al controlador?

Oficial: Que nos daba igual lo que dijera. Que este avión no se movería de la pista hasta que nos dieran una explicación.

Comandante: Control de tierra Zaventem, sabemos que estás escuchando. No nos moveremos de la pista hasta que alguien nos dé una explicación. Hemos seguidos las instrucciones al pie de la letra. ¿Que cojones más quieres que hagamos?

Oficial: Se mueve, algo se mueve ahí adelante.

Comandante: No puede ser

Oficial: Es uno de los tanques. Está avanzando. Mierda ¿Tú crees que puede ser que...

Comandante: Se para. Solo ha avanzado unos metros. No ha obstaculizado la pista. ¿Qué está haciendo?

Oficial: Quiere que nos fijemos en él.

Comandante: ¡No! ¡No! ¡No! No puede estar haciendo eso. Está girando el cañón hacia nosotros. Control de tierra de Zaventem. Por el amor de dios, qué estáis intentando. Ese tanque nos está apuntando. Viajan cuarenta personas dentro de este avión. Estáis completamente locos.

Oficial: Hijos de puta. Estáis chalados. ¿Qué locura vais a hacer?

Controlador Zaventem: Vuelto AT 2031. Aquí control de tierra de Zaventem. Lo voy a repetir por segunda vez y esta será la última que lo haga. Carrete hasta el final de pista, haga un backtrack y despegue sin solicitar autorización. Una vez haya despegado siga rumbo de pista hasta que se le den nuevas directrices. Tienen treinta segundos para obedecer mis instrucciones, de lo contrario, el carro de combate del ejercito belga que acaba de avanzar sobre el margen izquierdo de la pista abrirá fuego contra el avión sin ningún tipo de miramiento. Ignoraremos cualquier comentario que hagan y no toleraremos ningún tipo de tontería.

[Silencio de diez segundos]

[Murmullo en la cabina]

[Ruido de los motores]

Comandante: Vuelo AT 2031 inicia...

[Murmullo en la cabina]

Comandante: Vuelo AT 2031 carreteando sobre pista 25R.

Oficial: El carro blindado ha dado marcha atrás.

Comandante: Comprueba que todo esté ok. Nos vamos de aquí.

Oficial: De acuerdo

19:41:05

Comandante: Vuelo AT 2031 en final de pista 25R, iniciamos maniobra backtrack

Oficial: Omitiré las comprobaciones de pre vuelo. He revisado y todo ok.

Comandante: Bien. Nos vamos

Oficial: Esto ya era jodido de día. En unos minutos ya no se verá nada. Va a ser una noche muy larga.

Comandante: AT 2031 iniciando despegue a través de pista 25R.

[Ruido de aumento de los gases hasta llegar a toda potencia]

19:42:10

Oficial: **V1**<sup>26</sup>.

Comandante: V1. Rotación

Oficial: Estamos en el aire.

Controlador Zaventem: AT 2031. Su avión es un serio peligro para la seguridad nacional de Bélgica y no permitiremos que intenten aterrizar en ninguno de nuestros aeropuertos. Además, han mentido. Han dicho que estaban sin combustible para que los dejáramos aterrizar. Hemos enviado el camión cisterna y apenas ha podido cargar JP1. Tenían los tanques de combustible al setenta por cien. Al tener conocimiento de esto hemos solicitado su plan de vuelo y sabemos que en Rotterdam le han llenado los depósitos hasta los topes. Las autoridades aéreas de los dos países han llegado a la conclusión de que el vuelo AT 2031 es una clara amenaza para todos los países miembros de la Unión Europea, por lo que van a ser expulsados del espacio aéreo comunitario de inmediato.

Comandante: ¿Queremos saber por qué cojones somos una amenaza? ¿Qué es lo que le pasa a este avión?

Oficial: ¡Contesta, contesta, contesta!

[Silencio de cinco segundos]

19:43:01

Controlador: AT 2031 ascienda a nivel de vuelo 340 y vire izquierda rumbo 271

Oficial: ¡Te he dicho que contestes!

Comandante: No lo harán. Es inútil.

Comandante: AT 2031 ascendiendo a nivel de vuelo 340. No viraremos. Nos negamos a obedecer esa instrucción. Mantendremos rumbo de pista de manera indefinida hasta que nos den una explicación.

[Silencio de veinte segundos]

19:43:29

Comandante: Controlador Zaventem. ¿Me has escuchado? No obedeceremos la instrucción de virar izquierda rumbo 271. Confirma que has escuchado el mensaje.

[Silencio de veinte segundos]

19:44:02

Oficial: Esos hijos de puta no van a contestar.

Comandante: Pues entonces no conseguirán que nos vayamos del espacio aéreo de la Unión Europea.

[Fin de la comunicación]

Los pasajeros no habían visto el carro blindado maniobrando sobre la



pista para obligar al Boeing a coger carretera, bajo amenaza de insertarle un proyectil de 120 mm en el fuselaje. Aun sumidos en esta dulce ignorancia, la perspectiva mental que tenían sobre lo que les había obligado a despegar de Bruselas era muy parecida a la de los pilotos. No era necesario ver la reacción de los individuos o vehículos que pululaban por la pista. El hecho de ver a la madre de la niña enferma asomar a esta por la ventana, dejando que la examinasen visualmente desde tierra, para que, acto seguido, alguien de los de allí abajo les dijeran que se tenían que largar cortando el viento, ponía las cartas sobre la mesa. Así lo demostró el gentío. Si en la ocasión previa, en la cual la madre y la niña había recorrido el pasillo, los pasajeros ya se habían arrimado al lado contrario, en el viaje de vuelta el gesto había sido mucho más exagerado. Hasta se pudo escuchar algún tímido murmullo, acompañando a los motores el avión, que ya carreteaba por la pista. La reacción, por ejemplo, de la fila veintidós fue un claro ejemplo de lo que pasó en la cabina del avión. Baker se tapó la boca con la mano, inclinó su tronco sobre el asiento de al lado, sobrepasando el apoya brazos con la mitad de su cuerpo y girando el cuello hacia la derecha hasta el tope máximo ofrecido por los tendones. Lo de Natalia fue de escándalo. Superó todas sus reacciones previas. Se levantó de su asiento y se sentó sobre las piernas de David, hundiendo su cabeza en el hombro izquierdo de su compañero y usando la mollera de él a modo de barrera física entre su cara y el pasillo. En ese momento David no podía pensar con claridad en el virus, la niña o la madre que la había parido. Y, en caso de lograrlo, tendría que idealizarlo como algo en cierto modo benévolo, al menos para él. El miedo a un patógeno que ni siquiera se había demostrado que existía, había logrado algo que David había intentado durante años sin éxito: que una mujer se sentara en encima de él. Además, había que matizar que ni había pagado por ello, ni se había conformado con alguien del montón. Si apartamos por un momento el camino hacía como se había dado aquella situación y destacamos solamente los hechos de la fracción temporal en la que nos encontrábamos, hubiéramos obtenido un titular digno del periódico más sensacionalista imaginable: Un hombre de treinta y tantos se cruza con el pibón más espectacular que ha visto en su vida y a las pocas horas ya la tiene sentada encima de él.

La feroz batalla que se libraba en la mente de David, entre preocuparse por el virus o disfrutar de tener a Natalia encima de él, cesó. Por supuesto ganó el bien sobre el mal. Aspiró profundamente su aroma embriagador, mientras notaba como los cabellos de su larga melena le acariciaban el rostro

y el cuello. Su respiración palpitaba sobre su oído izquierdo, humedeciéndole la piel con su cálido aliento. Y aquella visión. Madre del cielo. Sus largas piernas, reposando tranquilas en su regazo, con el bronceado ideal, como si alguien hubiera elegido la gama de color perfecta y las hubiera pintado durante días con calma y dedicación. Las recorrió sin omitir ni un centímetro cuadrado de piel. Desde sus pies, enfundados en aquellos altos tacones, hasta sus firmes muslos semi ocultos debajo de la diminuta falda de cuero negra.

El avión ya había puesto motores a toda potencia para despegar, causando el enésimo bisbiseo de ofuscación dentro de la cabina. Hay que ver lo relativo de los estados de ánimo. En cualquier despegue David estaría aferrado al reposabrazos, con la frente en acordeón y los ojos cerrados, incluso con algún síntoma a mayores de los habituales, causado por la niña diabólica, pero nada de eso pasaba ahora. Estaba disfrutando de lo más parecido a sexo que había tenido en muchos meses, olvidándose de si estaba volando, andando, nadando, boca arriba o boca abajo.

Frank ya había vuelto a su posición original y ahora miraba fijamente las piernas de Natalia. No es que Baker fuera un salido. Era el único hombre, además de David, que las tenía dentro de su ángulo de visión. De haberlas tenido a la vista alguno más, no cabe duda que ahora mismo estaría disfrutando visualmente de aquella obra maestra.

La niña y la madre se habían sentado de nuevo en los asientos de cola. La mujer tenía la cara rota, rancia, vacía. Parecía un maniquí, un muñeco asintomático al que se le hubiera podido clavar una aguja sin que se inmutara. La niña miraba al frente, pero su mirada denotaba un poco más de vida y calidez. La infinita inocencia infantil. Su corta edad no le permitía ser igual de consciente que su madre respecto a el embrollo en que, involuntariamente, se había embutido.

Alie volvió a su hábitat natural: el asiento plegable de la parte delantera de cabina, mientras, el equipo de azafatas de cola, liderado por su archienemiga Norah, hacía lo propio. Eso sí, dejando el máximo espacio entre el paciente cero, el paciente uno y sus asientos.

Nada más que destacar, al menos por el momento. El resto de pasajeros era una masa uniforme de seres humanos arreactivos y resignados. Era el momento de disfrutar de la efímera calma. Por las experiencias previas no tenía pinta de durar mucho, en cuanto el avión finalizara la maniobra de despegue y se estabilizara en el aire, la muchedumbre se iba a desmadrar.

Con la noche cayendo sobre la capital belga, el vuelo AT 2031, con los

depósitos hasta los topes de combustible, ascendía hacia los cielos a toda velocidad.

## 08:16:32 horas a bordo.

El Boeing comenzaba a estabilizarse y Alie había entrecerrado el ojo derecho, como tratando de protegerse de la marabunta que se le echaría encima en busca de explicaciones. No sucedió así. Los pasajeros se quedaron sentados en sus asientos, emitiendo un fúnebre runrún, acompañado puntualmente por un sutil llanto, que variaba entre diferentes lugares de la cabina. Daba la sensación de que había una especie de epidemia de llorera, que se iba extendiendo a lo largo del aparato. El pasaje había entrado en la siguiente etapa de la fase de duelo. El paso anterior había sido la etapa de negociación, esa en la que buscas una manera de gestionar un problema o situación aun sabiendo que no tienes la capacidad de solucionarlo. Habían entrado en la fase de dolor emocional. Todavía no te has resignado a aceptarlo, y tu consciencia se aboca a una fase de depresión y tristeza. Además de creer que vas a morir, tener a una niña infectada con un presunto virus mortal, echándote el aliento en la nuca dentro de un cilindro estanco, ayuda mucho a que te entren ganas de gimotear.

Pun. La puerta de la carlinga se abrió de nuevo con un golpe sordo. ¿Qué le pasaba al comandante en su brazo derecho? ¿No controlaba su fuerza o qué? Estaba claro que esa no era la intensidad con la que solía abrir la puerta todos los días, porque, de hacerlo de ese modo siempre, hubiera transformado la pared metálica contra la que chocaba en un boquete hacía siglos. Además, ese gesto no le ayudaba. Ya estaban los pasajeros cagando el kilo y llorando como un grupo de plañideras en un entierro, para andar dando semejantes señales de inseguridad y nerviosismo.

–La de última fila. ¿Cómo te llamas? –el comandante tuvo que lanzar un berrido, para hablar desde el inicio de cabina con la madre de la niña, que estaba sentada en la última fila.

–La madre de la niña enferma. ¿Me oyes? ¿Cómo te llamas? –Jose Pablo no encontró su respuesta y lo intentó de nuevo con otro berrido.

La distancia era tan grande y la mujer estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se enteró de que el asunto iba con ella. Tampoco el comandante se acercó, ojo. Contra más metros hubiera entre él y la última fila del avión, mejor. Varios segundos después del último grito, la mujer por fin reaccionó:

–Mi nombre es Paula –su voz sonaba como si estuviera a punto de echarse

a llorar.

El resto del pasaje y tripulación dejó en *pause* la fase de dolor emocional y giraron sus cabezas hacia la cola del avión. Jose Pablo avanzó por inercia a través el pasillo, tratando de escuchar mejor y se paró a la altura de la fila veintidós. Por suerte, Natalia ya se había bajado de las piernas de David.

–Y tú, ¿cómo te llamas guapa? –el comandante se dirigió a la niña, forzando un tono agradable.

La pequeña no contestó y se giró hacia su madre.

–¿No tienes unos cascos para escuchar un poco de música? –el tono de voz iba dirigido a la niña, pero la mirada cómplice era para la madre.

Paula pilló el mensaje alto y claro.

–No tenemos cascos –dijo ella, negando con la cabeza.

Alguien tenía mucho interés en escuchar las preguntas que el comandante quería hacerle, porque, fracciones de segundo después de decir la palabra “claro”, un cable blanco serpenteó los aires para ir a caer a la última fila del avión. Provenía de los asientos más cercanos, pero la persona que lo había lanzado lo hizo con una ligereza y agilidad tal que nadie se enteró de cuál había sido el punto de partida. No fue un gesto agradable, no. Las habían tratado de apestadas. Les habían arrojado los cascos, del mismo modo que se le da de comer a una piara de cerdos revolcándose en su cochiguera.

Paula los recogió con un gesto de sumisión, los conectó a su móvil y se los puso a la niña.

El comandante estaba ansioso, pero al menos tuvo un gesto cortés. Podía haber llegado allí y con cara de mala hostia encasquetarle un “tu hija está infectada”. Prefirió hacerlo de forma sutil y proteger la inocencia de la niña.

–Paula. Te voy a hacer un par de preguntas. No voy a ser hipócrita. Después de lo que ha pasado en Bélgica estoy seguro que todos los que viajamos en este avión sospechamos que tu hija está infectada con un virus contagioso y que eso tiene relación con lo que le está pasando al avión.

–Mi hija no está infectada con nada. Solo es...

–No he dicho que lo esté. Solo he dicho que sospechamos. Es por eso que quiero hacerte unas preguntas sobre la niña. ¿vale?

Paula tomó aire como para soltar una nueva frase defensiva sin sentido, pero en el último instante reuló:

–Vale... –dijo, claudicando.

–¿Esta mañana estaba bien?

–Sí, sí. Se empezó a encontrar mal diez minutos antes de vomitar.

–¿Le había pasado alguna vez algo parecido? ¿fiebre y vómitos repentinos?

–No

–¿Se ha hecho alguna prueba médica que pueda dar esa reacción?

–No

–¿Qué ha comido? ¿Algo que no suela comer habitualmente?

–No. Lo de siempre. Ha desayunado en su casa y luego ha comido algo en el avión, cuando pasaron las azafatas con el carro.

El comandante apretó los dientes ante las respuestas.

–Vale. Con estas preguntas he intentado saber si había algo que hiciera evidente que el malestar de la niña venía de algún factor en concreto. Como con esas respuestas no se puede llegar a una conclusión de ese tipo, vamos a continuar con el protocolo de cuarentena preventiva. Tendréis que permanecer en este asiento, sin moveros, hasta que hayamos aterrizado. Si necesitáis ir al servicio, tenéis hambre o sed, pedídselo a Norah –el comandante se giró hacia el principio de cabina, como si quisiera dirigirse al resto de pasajeros–. No quiero que esto se convierta en una caza de brujas. Estas dos personas están bajo mi protección. Cualquier tipo de agresión, aunque solo sea verbal, tendrá repercusiones muy serias.

Vaya con Jose Pablo. Transmitía algo que parecía un puntito de cobardía en ciertos momentos, pero cuando tenía que marcar líneas rojas o hacer una demostración de autoridad no había nadie que le tosiera. Además, era de los pocos individuos dentro de aquel avión que usaba el poder omnipotente que le confería ser la persona al mando del Boeing 737 por el bien común y no para salvar su culo. Desanduvo su camino hasta alcanzar el umbral de la puerta de la cabina de pilotos y se dio media vuelta. El rebaño estaba expectante. Todos los pasajeros habían clavado los ojos sobre él desde el momento que salió de la carlinga y no se habían perdido ni uno de sus movimientos. Jose Pablo resolló. Necesitaba energía para contar la última noticia de su alocución.

–Hay una cosa más. La gente de Bélgica nos ha dicho que no podemos permanecer más tiempo dentro del espacio aéreo de la Unión Europea. Se supone que todas las autoridades aéreas de los países miembros están al tanto y de acuerdo. Esto implica, como es lógico, que no se nos permitirá aterrizar en ningún aeropuerto de países de la unión. El controlador de Zaventem nos ha dicho que sigamos un rumbo determinado hasta abandonar el espacio aéreo comunitario. Yo y el oficial hemos hecho un cálculo rápido y nos envían hacia el sur de Europa, hacia el Mar Mediterráneo. De seguirlo, entraríamos en el espacio aéreo de Argelia, en África. Hemos barajado varias opciones y...

–Están jugando con nosotros. Yo digo que pasemos de ellos e intentemos aterrizar en el aeropuerto más cercano. Hagámoslo sin más. Sin decir nada a nadie. Simplemente descender enfilando la pista y aterrizar –el que habló fue Toño.

Era de esas personas que crean fascinación en los demás. Un líder innato. Lo que había dicho era una mala idea. Además, era más una conversación de barra de bar, que una solución al problema, entre otras cosas, porque no tenía ni idea de los aspectos técnicos de una maniobra como esa y mucho menos de si era viable tamaña empresa. Aún con todo esto en su contra, hubo una reacción positiva en la manada. Un gesto de cabeza afirmativo secundado por más de la mitad de los borregos. Menos mal que estaba el comandante José Pablo para dejar claro que él era el mejor capacitado para decidir ese tipo de cosas, a pesar de la obviedad de dicha premisa.

–No. No podemos hacer eso. La gente de ahí abajo va en serio. No habéis sido conscientes, pero hace unos minutos, cuando estábamos sobre la pista de Zaventem, el controlador nos obligó a despegar y nos negamos. Uno de los carros blindados del ejército avanzó unos metros y nos encañonó. Lo siguiente que nos dijo el controlador era que, o nos íbamos, o abrirían fuego. Si intentamos la maniobra que dices, aparte de poner en peligro la aeronave por el riesgo de encontrarnos tráfico que ignore nuestra presencia, ten por seguro que alguien en tierra nos estaría esperando con un cañón o algo parecido. No vamos a volar hacia el Mar Mediterráneo. Por ahora mantendremos el rumbo actual, que es el mismo desde que hemos despegado. Viajamos en dirección oeste, hacía la frontera con Francia. Lo que vamos a intentar es negociar. Les obligaremos a que nos den información sobre lo que le pasa al avión, a cambio de que volemos hacia donde ellos quieran.

Para adelante a toda velocidad. José Pablo se introdujo en la cabina como una exhalación. La puerta se cerró con tanta violencia como se había abierto cuando el comandante salió. El pasaje respondió lanzando una serie de preguntas al aire, que no iban a ser contestadas por nadie. No había nada más que contar. Tampoco era momento de preguntas. Las decisiones que había tomado el comandante eran las lógicas. El problema era que ahora no había un objetivo, un destino, una meta. Tocaba tirar de paciencia y esperar a no se sabía muy bien el qué.

Mirando hacia el oeste podía verse el horizonte todavía iluminado con los últimos rayos de sol de aquel fatídico día otoñal, disipándose poco a poco. La noche se antojaba muy larga allí arriba.

–Tiene que ser un virus. No hay ninguna duda de ello –Baker se dirigió a Natalia y David por lo bajo.

Los dos estaban en estado catatónico cuando les habló. Sus mentes intentaban asimilar aquella terrorífica sucesión de desdichas. David había vuelto a su estado de pánico e inacción. De querer ponerle un apodo después de su aventura sobre las nubes a bordo del Boeing 737, “el veletas” le hubiera ido como anillo al dedo. Natalia tampoco estaba allí, su cuerpo inerte reposaba en el asiento, pero su mente estaba de paseo por algún que otro universo paralelo. A diferencia de las de su compañero, sus reacciones solían seguir un patrón común, pero tampoco hubiera ganado el premio a la persona más estable. Era obvio que se había interesado por David y que había estado tonteando con él, pero la última acción había rebasado todo lo anterior. Al tirarse encima de él, como un lobo sobre su presa, había sobrepasado la línea del tonto. Todo apuntaba a que no era ella quien lo había hecho. El estrés y el pánico que la embargaba había quebrantado su voluntad, obligándola a arrojar a los brazos de su compañero de asiento en una innata búsqueda de protección. Tampoco había que tacharlos de cobardes. No al menos en aquel preciso momento. Si un individuo, por muy héroe o valiente que fuera, lo sentábamos en uno de los asientos del vuelo AT 2031, durante las últimas ocho horas, hubiera llorado como un niño, para que lo dejaran bajarse de allí.

–Sí. Está claro que tiene que ser eso. Tal vez, si nos libráramos de la niña nos dejarían aterrizar –respondió Natalia por lo bajo.

Bueno. La frase había sido una auténtica brutalidad en sí, pero, en realidad, Natalia no era un ogro. Se llama instinto de supervivencia humana y todos lo llevamos en nuestro interior. Todas las personas que volaban en el vuelo AT 2031 pensaban algo como aquella frase, pero se estaban calladitas, porque no era correcto decir tamaña barrabasada. Uno de los instintos más básicos de los seres humanos es sobrevivir a toda costa, y si eso pasa por lanzar a la niña por los aires desde más de diez mil pies de altura, pues se lanza. Lo único que se oponía entre que la pequeña fuera a realizar un vuelo sin motor a través de los cielos belgas eran esos principios morales que todos tenemos y que nos inculcan desde pequeños. Me refiero a: “diferenciar entre el bien y el mal”. La fina línea que separaba lo caballeresco de los instintos primarios básicos otorgados por la naturaleza se estaba yendo al tacho a la misma velocidad con la que el Boeing surcaba los cielos.

–No. Eso no valdría de nada. Si es verdad que la niña tiene un virus muy contagioso, estamos todos jodidos. El aire acondicionado nos ha condenado y



la gente de ahí abajo lo sabe. El problema es este vuelo y todos los que volamos en su interior. Nos quieren enviar a otro país, fuera de la Unión Europea. Una vez entremos en el espacio aéreo de Argelia o de cualquier otro país de África, estaremos bajo su control de tráfico y serán los que decidirán qué hacer con nosotros. No os confundáis, no soy racista ni xenófobo y tampoco me gustan los tópicos, pero si en Europa han amenazado con disparar al avión y matarnos a todos, no me quiero ni imaginar cómo podrían reaccionar las autoridades de esos países –Frank seguía hablando en bajo para que nadie más escuchara sus palabras.

Algo de mesura era necesaria. Si las palabras de Baker eran ciertas, que, por cierto, tenía mucho sentido que sí lo fueran, Natalia hubiera votado SÍ en lanzar a una de niña de siete años desde un avión en marcha sin certificar ni siquiera si eso hubiera valido para salvar su culo. Como el momento de la decisión sobre si llevar a cabo el homicidio o no, no había llegado aún, nunca sabremos si Natalia lo hubiera apoyado, así que no la podremos juzgar por aquella simple frase. La niña se había salvado de la quema, al menos por ahora. Solo sabe dios la cantidad de personas que no gozaron de su suerte y acabaron asesinadas de manera cruel y “por si acaso”. No hace mucho que quemábamos a brujas en la hoguera por comerse niños para cenar.

David no contestó. Giró su cuello hacía el lado opuesto a Frank y miró a través de la ventanilla. Fijó sus ojos en los tenues rayos de sol que se desvanecían con suavidad sobre el horizonte, preludio de la larga noche que se abalanzaba sobre el Boeing. Baker se quedó mirando para David, con el mentón levantado, intentando comprender por qué no había recibido respuesta alguna. Había desconectado del mundo real y vivía su momento zen particular. Su mente había entrado en trase momentáneo y ahora navegaba entre un mar de recuerdos. Después de desechar algún que otro mal momento pasado, aterrizó sobre un recuerdo que consideraba feliz. Para ser más precisos, iba mucho más allá de una simple reminiscencia boyante. A medida que la mente de David se inmiscuía en la visión, era cada vez más consciente de que estaba ante la piedra angular de su felicidad. Como no podía ser de otra manera, estaba relacionado con una mujer. Concretando un poco más, con su ex mujer. No era un recuerdo de un momento temporal concreto, sino una sensación, una atmósfera que lo rodeaba de lo que él consideraba la etapa más feliz de su vida, los últimos días antes de que empezara a notar comportamientos extraños en Cristina. Cosas banales del día a día, como las tardes de domingo en casa viendo una película, las barbacoas en el jardín, los paseos por la playa en

primavera o, aquella vez, cuando pincharon una rueda a la vuelta de un fin de semana en la montaña y tuvieron que cambiarla entre los dos. Pinchar una rueda y cambiarla no es ningún recuerdo feliz, pero todo esos detalles, buenos y no tan buenos, eran los que creaban aquella sensación de felicidad. Siempre que recordaba a Cristina y los buenos tiempos era consciente de que, en aquel momento, no hubiera dicho: –vaya, que feliz soy–. Fue cuando todo se esfumó cuando lo comprendió. Consiguió fijar un antes y un después en su mente, es decir, un suceso concreto que dividiera los buenos tiempos de los malos, pero no pudo hacerlo hasta meses después de que Cristina compartiera cama con otro hombre. Era consciente de que todo iba cambiando para peor, pero no fue hasta después de darse el golpe, con una visión retrospectiva, cuando lo ubicó con exactitud. Siempre que su mente vagaba por aquel tipo de recuerdos caía en aquel suceso, como si fuera un agujero negro, imposible escapar de su poder gravitatorio. Un viernes de verano, durante la comida, Cristina le dijo que se iría a pasar el fin de semana al campo. Era algo relacionado con la empresa donde trabajaba. Una especie de retiro espiritual para confraternizar con el resto de compañeros. Le sorprendió, porque ella llevaba más de diez años trabajando en la misma compañía y nunca había acudido ni hablado sobre un evento de ese tipo –¿y eso? ¿qué raro no? –. Fue lo único que David logró decirle, sin darle demasiada importancia. Cristina ni se molestó en buscar una excusa y trabajarse un poco la mentira, diciendo algo como –es que hay un nuevo jefe en recursos humanos y se la ha dado por ahí –. Nada de eso. Contestó con un simple –sí, pues no sé –. A partir de ese fin de semana David empezó a notar que Cristina tenía un comportamiento poco habitual, pero fue después del divorcio, con las cartas sobre la mesa, cuando ubicó aquellos dos días en su calendario mental como la primera vez que su mujer le puso los cuernos con la persona con la que ella vive hoy. No tenía dudas, pero tampoco existía ningún papel oficial que lo confirmara. En cualquier caso, de haberlo y ratificarlo, ya no valdría para nada.

David torció su cuello en dirección contraria a la ventanilla y miró a Natalia. Si un clavo saca otro clavo, quizá una piedra angular de la felicidad pueda ser substituida con otra. Tenía que ser ella. Los caprichos del destino se habían encargado de sentarlos juntos. La conversación fluyó y del acercamiento se pasó al tonto a una velocidad de vértigo. Además, no había lugar a dudas, Natalia estaba interesada. David la recorrió con la mirada una vez más. Tenía muchas papeletas para acostarse con el mayor cañón de mujer que había visto en su vida y, además, tal y como le había confesado ella,

consideraba que estaba en una buena etapa de su vida para comenzar una relación. La sangre dentro de las venas le empezó a hervir, según iba recorriendo su piel tersa y suave. Si ponía a Natalia como la causante de una atmósfera de felicidad como la que había vivido, tendría que ser infinitamente mejor que la anterior, sería alcanzar la máxima felicidad imaginable, su nirvana personal. Sin aquella atmósfera, su perspectiva de vida futura era tan funesta como morir en un dramático accidente aéreo. David no quería salir con vida de aquel avión, lo que quería era salir con su piedra angular, o sea, con Natalia y, para ello, estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para alcanzar su cometido. Ya había visto los ojitos que Natalia le ponía a Toño y a su comportamiento de macho alfa, así que, ese era el camino que debía tomar. Y, ¿qué hacen los machos alfa ante un problema o adversidad?, lideran al grupo con mano de hierro, pero sin despotismo o tiranía, con un punto de benevolencia y magnanimidad.

–Debemos priorizar nuestros objetivos. Este avión tiene que aterrizar, eso es lo primero que debemos pensar. Lo de la niña es una locura. Es normal que empecemos a pensar de forma drástica y, después de lo que ha pasado en Bélgica, el asunto no pinta nada bien, pero nadie ha ratificado que tenga ningún virus y, en caso de tenerlo, no tiene por qué ser contagioso. Joder, incluso no sabemos si eso es el motivo por el cual este avión no puede aterrizar –David fue cogiendo carrerilla según las palabras brotaban de su boca.

Aquel discurso interior había surtido efecto. David había vuelto a la carga con su intento de establecerse líder de la manada. Natalia se giró hacia él y lo miró con sorpresa y cierta admiración. Baker asintió con la cabeza. El discurso que David había dado no tenía mucho que ver con lo que pensaba Frank, pero el razonamiento y la contundencia de la narración lo había convencido.

David apretó los labios después de acabar su prédica, mientras miraba a Frank a los ojos. Permaneció así varios segundos esperando una réplica de su interlocutor. La tuvo, pero no en el formato que él esperaba. En vez de contestarle con palabras reaccionó de otra manera. Su boca empezó a abrirse de manera progresiva y sus ojos se entrecerraron, acompañando el gesto mandibular. Aquella era una cara de asombro de libro. De inicio, David pensó que su discurso de “pasajero líder” había calado tan hondo en Frank que lo había dejado sin palabras. Hasta se enorgulleció de su fina prosa. Si Baker estaba con la boca abierta de cómo había tomado las riendas, Natalia tenía que

estar visualizando el día de la boda. Con el paso del tiempo ya no tuvo tan claro que la reacción de Frank tuviera relación directa con su actitud dominante. Fue un sonido sordo y grave, acompañado de una marabunta de pasajeros girando sus cabezas hacia el lado de babor del Boeing 737 lo que lo ratificó. Había algo allí fuera y podía verse a través de las ventanillas. David tragó saliva con la idea de prepararse para girar ciento ochenta grados y mirar al exterior, pero abortó el movimiento antes incluso de haberlo comenzado. Dentro de su ángulo de visión, desviando la vista un par de centímetros a la izquierda del rostro de sorpresa de Baker, estaba una de las ventanillas del lado opuesto del avión y, sí, allí también había algo. De hecho, las cabezas de los pasajeros comenzaron a moverse a izquierda y derecha de forma caótica, entre sonoras expresiones de asombro. No importaba la banda de ventanillas que miraran. Lo que veían tanto en un lado como en el otro era lo mismo, dos siluetas de aviones, volando en paralelo al Boeing 737 de Air Atlántic.

—¡Son cazas!;Cazas del ejercito!;Nos van a derribar! —alguien gritó desde las filas delanteras.

Nunca llueve a gusto de todos y este era el momento perfecto para aplicar el refrán popular. La niña y su madre, el paciente cero y el paciente uno de la pandemia que diezmaría la humanidad dejó de ser el objetivo número uno de la atención y la ira de los pasajeros. Ahora, para felicidad de ellas dos y para amargura del resto del pasaje, el blanco de todas las miradas eran dos cazas del ejército.

—¡Madre de dios!;Llevan misiles!;Van a disparar al avión! —gritó un pasajero del lado derecho, por encima del embarullamiento general.

Pues claro que llevan misiles. Los aviones militares esta diseñados y fabricados explícitamente para matar seres humanos y destruir vehículos y construcciones. Para ello utilizan armas, entre ellas los misiles. Aunque era un razonamiento de perogrullo y no hacía falta que alguien lo gritara a los cuatro vientos, tenía cierta lógica comentarlo. Es producto del egoísmo humano. Es un argumento parecido a: —Me acabo de enterar de que el avión lleva misiles y eso acojona de narices, porque puede implicar que todos muramos. A lo mejor, el resto de personas no comparte la misma aflicción que yo, por lo que lo voy a gritar y así no sufriré yo solo. — Toma ya. Egoísmo en estado puro. Pero bueno, viene de serie. Es un sentimiento innato que traemos de fábrica. Aunque ahora lo vemos como algo mezquino y ruin, fue muy útil lo largo de toda la historia de la evolución para que el ser humano llegara a los días de hoy y no se quedara por el camino. Seguro que seguirá siendo provechoso de

aquí en adelante. La teoría de la evolución de Charles Darwin, la selección natural, así lo dice. Los aptos viven y tienen hijos y los no aptos mueren sin dejar descendencia y esto no entiende de sentimientos ni valores molares. Si la evolución decide que los aptos son los hijos de puta más fuertes, que se dedican a robarle la comida a los más débiles, no hay más vueltas que darle, el mal pasará por encima del bien como un rodillo y la naturaleza seguirá su camino.

David por fin ejecutó el giro de ciento ochenta grados que había planeado un par de minutos atrás y miró por la ventanilla. Un caza volaba paralelo al vuelo AT 2031 e, incluso, podía apreciarse con nitidez al piloto dentro del **cockpit**<sup>28</sup>. Natalia se acercó a él por atrás y apoyó la barbilla en su hombro derecho, tratando de mirar también por la ventanilla.

–No puede ser. ¿Por qué hay cazas? ¿Qué es lo que quieren? –su voz sonaba irregular, nerviosa.

El cerebro de David intentó buscar una respuesta cálida y firme para aplacar los miedos de su compañera y ganar un par de puntos de cara a llevarse su piedra angular, pero la agilidad de la oratoria no le acompañó, permitiendo que Baker se adelantara.

–No sé si sois conscientes, pero esto se está poniendo cada vez peor. Antes teníamos la ventaja de que solo los aeropuertos donde intentábamos aterrizar sabían de nuestra existencia, ahora, con los cazas encima, tenemos que estar saliendo en todas las noticias del planeta. No tendremos opción para intentar aterrizar en ningún sitio –el discurso de Frank fue muy pesimista esta vez.

–Esa es una visión muy fatalista. Te doy la razón en eso de que cada vez estamos más jodidos, pero no estoy tan seguro como tú de que se esté aireando el asunto. Quizás hay alguien que no quiera que sepa que un avión no puede aterrizar en ningún sitio –David habló, mientras miraba a través de la ventanilla.

No había mucho más que ver allí afuera. Un caza escoltando el Boeing. Para ver algo así bastaba con echar un vistazo rápido al exterior, no era necesario mirar durante diez minutos el espectáculo. Sin embargo, Natalia se había apoyado en su hombro y, ahora, su sedosa mejilla acariciaba la oreja derecha de David con mimo y dulzura. Ella tenía el poder para decidir cuánto tiempo iba a permanecer en aquella posición. Si le hubiera apetecido no moverse en ocho horas, condenaría a su compañero a transformarse en un muñeco inmóvil todo ese tiempo, solo con tal de no perder aquel exquisito

tacto en su oreja. Pero la suerte se alió en este caso con David. Debido a seguir mirando por la ventanilla para no perder el contacto físico con Natalia, pudo ver al piloto gesticular dentro de la cúpula transparente.

–El piloto está gesticulando. Hace señas –David lo dijo en un tono de voz no muy alto, intentando que solo Natalia y, en todo caso Baker, lo escucharan.

Natalia se acercó un poco más hacia adelante para intentar ver los gestos del piloto, apretando a su compañero contra la pared de la cabina. David notó el torso escultural de su piedra angular en potencia comprimirse con violencia contra su espalda. Lo había encartado contra la pared del avión con fuerza, confinando a David a un dulce y sumiso cautiverio. Su mente desconectó durante unos instantes del piloto, los gestos y el Boeing y su cerebro se focalizó con todas sus energías en hacer un mapa mental de las curvas femeninas de Natalia, gracias a la información que le llegaba a través de los receptores del tacto ubicados en su espalda. El gesto de la chica, connotaciones sexuales aparte, fue secundado por el resto del pasaje, tanto en un lado de la cabina como en el otro. Aunque David había intentado hablar en tono de voz bajo, no había logrado su objetivo.

–¿Nos están diciendo algo? Puede que quieran comunicarse con nosotros –dijo un anciano de las primeras filas.

Era el mismo hombre que durante las maniobras *go around* sobre Londres había intentado pedir un vaso de agua sin éxito. No había vuelto a decir ni pío hasta aquel momento.

–No. El piloto del caza mira hacia la cabina. Tienen que estar hablando con los pilotos –alguien del lado izquierdo contestó.

La última frase hizo saltar un resorte en muchos de los pasajeros, que miraron de forma automática hacia Alie. La azafata, que se había levantado para mirar por las ventanillas, se percató de la múltiple mirada inquisitiva, se la devolvió, acartonó la cara para hacer patente su mala hostia y gritó:

–¿Por qué cojones me miráis a mí? ¿Tengo cara de piloto? Si lo que queréis es saber si están hablando con ellos solo tenéis dos opciones: o esperáis a que salgan y nos lo cuenten o derribáis la puerta de la carlinga a patadas.

Según soltaba aquel poema iba mirando a los ojos de los diferentes pasajeros. Eran muy valientes en manada, pero cuando Alie los encaraba personalmente a cada uno, metían el rabo entre las piernas y bajaban la mirada como auténticos cobardes. Se veía venir. Tarde o temprano iba a pasar algo así. Todos tenemos un tope. Varía según las personas, pero es evidente que

siempre está ahí. Y no se podría decir que la azafata era de gatillo rápido, ni mucho menos. Su tope estaba muy arriba, pero aquello había sido la gota que colmó el vaso. La paciencia de Alie acababa de desaparecer. Lejos de ser contraproducente, la reacción que había tenido podía venirle bien, al menos para hacerse respetar un poco más de aquí en adelante. No es lo mismo atacar a una persona que sabes que va a mirar al suelo y rehuir el enfrentamiento, que a alguien que te va a soltar una contestación de ese tipo en el mejor de los casos y una hostia en el peor de ellos.

En cualquier otro momento los chillidos de Alie hubieran acallado hasta al más cojonero de los pasajeros, pero, en aquel instante, aunque hizo bajar muchas cabezas en señal de sumisión, no desencadenó un silencio general. El estímulo principal, el blanco de la atención y, por consiguiente, también de la reacción, estaba allí fuera, en forma de avión militar con varios misiles bajo las alas.

Sin aviso previo, el avión viró de forma brusca sobre su costado izquierdo, escoltado por los dos cazas. El fragor que reinaba en la cabina aumento varios decibelios en intensidad, a la vez que los pasajeros que estaban medio de pie o mal sentados, mirando por las ventanillas, se desequilibraban. El viraje fue tan acusado que provocó un par de tastabillamientos torpes y cómicos, aparte de ayudar a Natalia a apretar y subyugar a David un poquito más contra la pared del Boeing.

El viraje estándar de un avión civil es de 15 grados de inclinación. El viraje pronunciado se inicia más o menos a los 45 grado y el límite en aviación comercial llega a los 60. 90 grados de inclinación corresponde a tener las alas del avión en disposición perpendicular a la superficie terreno. Es decir, todo lo que sea virar a más de 60 grados está reservado solo para vuelos militares o acrobáticos. El pasaje no podía calcular con exactitud los grados. Es más, muchos de ellos no tenían ni idea de los datos técnicos relativos a los giros de las aeronaves, pero si les hubiéramos hecho una ronda de preguntas, hubieran contestado que el lateral izquierdo se había convertido en el nuevo suelo.

Casi sin que los viajeros tuvieran tiempo a sacar las manos para no romperse la crisma en el viraje, el Boeing 737 volvió a poner las alas paralelas a la superficie del terreno o, lo que es lo mismo, adoptó de nuevo la posición original.

–¡Nos han desviado! ¡Nos obligan a ir a otro lugar! –de nuevo Baker, pero esta vez sus palabras, detonaban cierto temor.

–Puede que nos estén llevando a una zona poco poblada para derribar el avión sin dejar testigos –el presunto vendedor de enciclopedias habló.

Su tono de voz estaba desgarrado, al igual que el rostro de la mayoría de pasajeros. Sus palabras fueron duras, directas, sin miramientos. No era ninguna locura lo que decía. Si el problema era la niña y el virus, solo era necesario derribar el avión para solucionar el asunto. Muerto el perro, se acabó la rabia.

–En cuestión de minutos ya no se verá nada. Nos derribarán en medio de la noche –una mujer secundó la opinión del vendedor de enciclopedias.

–Dejad de decir gilipolleces –era un tono tan sólido, consistente y varonil, Toño se había levantado de su asiento y comenzado a hablar.

No hubo réplica. Ni palabras, ni malos gestos. Le habían otorgado la palabra. Querían que los convenciese de que su premisa era cierta.

–No nos van a derribar. Eso es una locura. No tenemos ni idea de lo que le está pasando al avión y todo lo que hemos hecho desde que despegamos hasta ahora mismo es especular. Especular con cosas que estoy seguro que no son ciertas –a medida que iba hablando, varios pasajeros comenzaron a asentir con la cabeza–. Además, lo que ha dicho esa mujer sobre que nos van a derribar durante la noche no tiene ni pies ni cabeza. Es mejor que nos derriben de día para que nadie lo vea. ¿Os imagináis una bola de fuego en los cielos de Bélgica un lunes a las ocho de la tarde? Eso se tiene que ver en cientos de kilómetros a la redonda, por no decir miles. Os estáis dejando arrastrar por el pesimismo y asociáis cualquier cosa que suceda con vuestros pensamientos fatalistas. Estamos jodidos, eso ya lo sé, pero tenemos que esperar a que el piloto nos diga porque nos desvían. Hasta ahora nos ha contado todo lo que ha ido pasando y eso no tiene porque cambiar.

Toño era un crack. Estaba en la misma situación que el resto de pasajeros, que gritaban y lloraban como niños y, aun así, le sobraban bemoles para montarse un discurso de aquel calibre. Además, ya no solo eran las palabras en sí, sino la firmeza, paz y tranquilidad que transmitía. Su alocución había sido un bálsamo para el pasaje. Un balón de aire, para ver un poco más de luz en el horizonte. Ni que decir tiene que los viajeros lo veían como un líder natural. Quizás la única pega era que no interviniera más. Alie le sonrió e incluso Frank, con quien había tenido una agarrada horas atrás, alabó sus palabras con un enérgico asentimiento de cabeza. David se giró hacia Natalia para ver su rostro y analizar su reacción. De nuevo, sonreía como una preadolescente viendo a su cantante favorito.



## **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031 (10 minutos antes)**

**20:00:23**

Control de tierra Bélgica: AT 2031 continúe ascenso a nivel de vuelo 340 y vire izquierda rumbo 271

[Silencio en la cabina]

**20:01:35**

Controlador: AT 2031, aquí control de tierra, sabemos que nos están escuchando. Les voy a repetir de nuevo la orden. Continúen ascenso a nivel de vuelo 340 hasta estabilizarse y vire izquierda rumbo 271. Es muy importante que obedezcan para garantizar la seguridad de la aeronave. Confirmen.

[Silencio en la cabina durante dos minutos]

**20:03:40**

Controlador: AT 2031. No se lo volveré a repetir. Conteste de inmediato o tomaremos las medidas necesarias para que se cumpla la orden.

[Murmullo dentro de Cabina]

[Ininteligible]

Oficial Andrés Pozo: Aquí AT 2031. No vamos a ir a ningún puto lado hasta que alguien nos diga un porqué. La única manera que tienen de que variemos el rumbo es llegar hasta esta cabina y mover el timón. Aquí les espero.

Comandante José. P. Ramírez: Han oído ¿verdad? Nos negamos a obedecer ninguna orden más hasta que se nos dé una explicación.

[Silencio de dos minutos]

**20:05:43**

Controlador: AT 2031. Están a punto de entrar en el espacio aéreo francés. Este es mi último aviso. Viren rumbo 271 ya.

Oficial: Creo que no me habéis odio bien antes. No vamos a virar. ¿Quieres que te lo vuelva a repetir o eres corto?

Comandante: Relájate Andrés.

Comandante: Aquí AT 2031. Pues yo vuelvo a repetirle que no, que este avión no obedecerá ninguna orden más hasta que nos den una explicación.

**20:07:55**

Controlador: Aquí control de tierra Bélgica. Fox 111 y Fox 112, bienvenidos a la frecuencia civil. Tienen el espacio aéreo despejado y permiso para entrar en el espacio aéreo francés. El vuelo AT 2031 ha hecho caso omiso de las órdenes que les hemos dado. Pueden proceder

Fox 111: Fox 111, recibido control. Allá vamos.

Fox 112: Aquí 112, ok.

Oficial: Esos números de vuelo no son civiles.

Comandante: Mandan a los cazas. Estamos jodidos.

Oficial: Me cago en su puta madre. Están locos.

Comandante: Aquí AT 2031. Fox 111 y Fox 112, identifíquense, por favor.

[Silencio de dos minutos]

**20:09:56**

Fox 111: Treinta segundos para intercepción

Controlador: Recibido Fox 111. Buena suerte ahí arriba.

Comandante: Vienen a por nosotros.

[Ruido tenue de varios motores]

Oficial: Están aquí. Han llegado. Están ambos lados.

Fox 111: AT 2031, estoy en su costado izquierdo y Fox 112 en el derecho. Le estoy viendo a través de la ventana comandante. Soy el coronel del ejército del aire belga Lucas Slosse. Viren izquierda rumbo 271 ya.

Comandante: ¿Pero por qué hemos de virar? Eso es todo lo que queremos saber. Díganoslo y viraremos

Fox 111: Eso no me compete a mí. Tengo órdenes de usar todos los medios disponibles para que viren. Una vez lo hagan, seguirán dicho rumbo hasta que abandonen la Unión Europea. Les escoltaremos en todo momento para asegurarnos de que así ocurre.

Oficial: ¿Qué harán si nos negamos?

Fox 111: Seguiremos el procedimiento para aviones sin plan de vuelo. Tres advertencias verbales desde tierra que ya han rechazado. Intercepción de los cazas, con tres advertencias tanto verbales como visuales, que ahora mismo les estoy haciendo. Si aun así ustedes se niegan, lo siguiente serán disparos de advertencia dirigidos hacia la dirección que tienen que tomar y, por último, abriremos fuego contra su avión y lo derribaremos.

Oficial: Hijos de puta. Viajan cuarenta personas aquí dentro. Les da igual acabar con todos ellos.

Fox 111: Obedezco órdenes.

[Silencio de treinta segundos]

**20:10:06**

Fox 111: No tienen otra opción. Han de obedecer, sí o sí. Cuanto antes comencemos antes acabaremos.

Comandante: Adelante Andrés. No nos queda otra opción.

Oficial: No... no pue... no debe...

Comandante: He dicho que adelante, joder.

Oficial: Aquí AT 2031. Viramos izquierda rumbo 271

Comandante: Si contemplaciones. Vira rápido. Hazlo de una puta vez.

[Fin de la comunicación]

Las palabras de Toño habían dado cierta esperanza al pasaje. Pero no esperanzas de que aquella locura estuviera cerca de finalizar, ni mucho menos. Más bien, iba sobre saber el porqué del giro brusco. Es decir, que el comandante volviera a la cabina para explicar un poco la situación. No serviría de mucho, pero dadas las circunstancias, si llegaba a suceder, los pasajeros lo darían por bueno.

La noche ya había caído por completo. Los pasajeros ya no podían ver a los cazas escoltándolos. Tampoco las siluetas de los pilotos gesticulando con intensidad. Pero estaban allí. Las luces de navegación los delataban, como un espectro, un espíritu, algo que sabes que está ahí, pero que no puedes ver.

–Alie, ¿puede decirle al comandante que salga y nos cuente de que va todo esto? –Toño había abogado a la calma, pero no se iba a quedar de brazos cruzados, sin saber por qué el avión iba escoltado por dos cazas.

Quizás si se lo hubiera dicho otro pasajero, la azafata, hubiera tenido una reacción parecida a la vez inmediatamente anterior, cagándose en los antepasados de la persona que había osado exigirle algo como aquello. Pero no fue así. De hecho, su rostro se había quedado ácido desde la maniobra defensiva anterior, pero, según iba escuchando las palabras y la voz varonil de Toño, el semblante de su cara se transformó en una especie de sonrisa cómplice. Tampoco tenía visos de ser porque el chico le gustaba, que atractivo era un rato, si no, por su manera de ser. Como ya había pasado en ocasiones previas, tenía esa capacidad innata de crear simpatía en otras personas. Sin pensarlo mucho Alie se giró sobre sí misma y comenzó a andar hacia el interfono. No consiguió llegar. La puerta de la carlinga se abrió de nuevo, con la misma potencia que la vez anterior, yéndose a estampar con violencia contra la pared del pasillo de nuevo. El golpe sonó con fuerza en toda la cabina. Una de dos, o el comandante quería derribar el avión el mismo a portazos, o tenía tanto miedo que no era capaz de controlar la fuerza de su brazo derecho. En cualquier caso, que la persona a cargo del avión abriera la puerta de aquella manera repetidas veces no ayudaba en nada a tranquilizar a los pasajeros.

Alie se dio cuenta y, aprovechando que estaba a escasos centímetros de José Pablo, le comentó algo por lo bajo. Como era más que obvio, los viajeros no pudieron escuchar las palabras de la azafata, pero hubo algo que la delató. El gesto de su mano derecha. La había puesto entre ella y el comandante y la agitaba arriba y abajo de forma tímida, con el dorso hacia arriba. No había que ser un especialista en lenguaje no verbal para entender que significaba. Esa era la señal internacional de: “CALMA”.

Que una de las sobrecargos tratara de calmar al comandante delante de todos los pasajeros era una carta de presentación funesta a las palabras que estaba a punto de decir. Una vez Alie hubo acabado con su advertencia, José Pablo dio un paso adelante y soltó su discurso, frente a un público entregado:

—Estoy aquí para contarles lo que ha pasado. Ya sé que están confundidos y asustados por la presencia de los cazas. No les voy a decir que todo va bien, porque estaría mintiendo. Seré franco con ustedes, como lo he sido hasta ahora. Yo también estoy asustado, pero, dentro de la situación carente de todo sentido en la que nos encontramos, el hecho de que nos hayan interceptado dos aviones militares no pone en riesgo nuestras vidas, como sería lógico pensar. Como ya les he contado antes, las autoridades belgas nos han obligado a abandonar el espacio aéreo de la Unión Europea. Hemos ignorado la orden y hemos seguido un rumbo fijo, que nos haría entrar en el espacio aéreo francés. No íbamos en esa dirección por nada en particular, de hecho, íbamos hacia Francia de forma aleatoria, mientras decidíamos qué hacer. Ante nuestra negativa, Bélgica ha mandado dos cazas para obligarnos a tomar el rumbo que previamente nos habían dicho, con el fin de abandonar la unión. Han amenazado con derribarnos, si no obedecíamos de inmediato, por lo que no nos ha quedado otra opción que hacerlo. Vamos hacia el sur. Hemos hecho un cálculo rápido y volaremos sobre el Mar Mediterráneo hasta entrar en el espacio aéreo de Argelia, lo que ocurrirá, si no hay ningún contratiempo, en unas dos horas y media, más o menos. No se preocupen si durante este tiempo siguen viendo las luces de los cazas. Según nos ha dicho uno de los pilotos, tienen orden de escoltarnos hasta abandonar la Unión Europea. No tenemos ni la más remota idea de si avisarán a las autoridades argelinas y, en caso de que lo hagan, que le dirán sobre este avión. Lo que trataremos de hacer, una vez los cazas nos dejen tranquilos y estemos en espacio aéreo de Argelia, es intentar buscar un aeropuerto para aterrizar, por las buenas o por las malas. No perdamos la esperanza todavía, quizás llegar a un país no europeo no tenga porque ser negativo. Se podría dar la posibilidad de que no tengan noticias de

este avión y nos permitan aterrizar como si nada hubiera ocurrido.

El comandante, al igual que había hecho después del discurso anterior, se dio media vuelta para entrar en la carlinga como alma que lleva el diablo, pero una voz se lo impidió.

–Espere, comandante. Permítame hablar con usted un minuto –la voz de Toño sonaba comprensiva.

El público, que primero había estado entregado a la alocución de José Pablo, cambió de chaqueta y encauzó su atención hacia Toño, ahora levantado de su asiento. Caminó con firmeza a través del pasillo hasta pararse delante del comandante, que lo miró con cierto recelo. Le extendió la mano y José Pablo se la estrechó, no sin antes titubear un poco. Una vez el ritual de cortesía llegó a su fin, comenzaron a hablar en bajo, sin que ninguna otra persona lograra escucharlos, ni siquiera Alie, de pie muy cerca de ellos. Nadie había hablado durante el discurso previo y ese mismo silencio, solo roto por el ruido de los motores, permaneció vigente con el fin de escuchar la conversación mística entre Toño y el comandante.

Baker los miró con suspicacia escrutadora, a la vez que intercalaba miradas furtivas hacia David. Natalia clavó los ojos sobre ellos, pero esta vez no tenía sonrisa alguna en su rostro. Y ahí fue cuando David vio su oportunidad. Era el momento de actuar. Se levantó de su asiento por primera vez en más de ocho horas, apartó las piernas de Natalia, deslizando la mano sobre sus rodillas y accedió al pasillo. Comenzó a avanzar hacia el principio de cabina, tratando de imitar el paso robusto de Toño, pero no lo logró. Más que un macho alfa caminando, recordaba a un lisiado dando pasos erráticos sobre el suelo enmoquetado. Por suerte, entre que el movimiento del avión enmascaró su torpeza y que al pasaje le tiraba de un pie como andaba o dejaba de andar David, nadie se percató.

Rebasó a Alie y se paró al lado de Toño y José Pablo, que cesaron la conversación de inmediato, para dirigirle una mirada turbia. La expresión de sus caras hablaba por sí sola. Decía algo así como –Pero tú, ¿qué cojones haces aquí? –.

–Necesito hablar contigo –dijo David, mirando a los ojos del comandante. José Pablo levantó el mentón, invitando a David a hablar.

–Creo que estamos focalizando mal el problema –dijo con contundencia. Incluso el rostro de Toño mostró expectación.

–Sí. Me explico. Creo que deberíamos probar un cambio de dirección en las decisiones que tomamos. Hasta ahora hemos reaccionado de forma

negativa a todo lo que nos han dicho. No me malinterpretéis, no digo que no haya sido lo correcto, pero está claro que no ha funcionado. Hagámosles la pelota. Lloremos si es necesario. Subordinémonos a sus deseos. Va a ser una gran mentira. Un teatro para conseguir nuestro objetivo.

Bueno. A estas alturas, no había dudas de que David era un fracasado en la gran mayoría de aspectos de su vida, pero, aun así, es casi imposible que un individuo, por inútil que sea, no tenga una o dos virtudes. Al fin habíamos encontrado una de ellas. Era un vendedor nato, que no dudaba en embaucar al cliente con cualquier artimaña a su alcance con el fin de venderle su producto, o, en este caso, sus ideas. Además, si su jefe lo enviaba a vender piezas de coche por toda Europa, seguro que sus números eran exitosos. De hecho, toda su vida se había desmoronado, menos la laboral, que, a juzgar por los hechos, seguía en boga.

El semblante de Toño fue variando a medida que David iba soltando las palabras. Comenzó con un gesto escéptico y acabó apretando los dientes. La imagen que tenía de él en su cerebro estaba cambiando. Lo decía su rostro, sus gestos. Hasta el momento había sido un mindundi, sentado por fortuna al lado de un pibón, pero ahora comenzaba a verlo como un rival real. No es que hubiera una competición declarada dentro de la cabina, ni mucho menos, sencillamente era un tema químico. La testosterona masculina. Un sentimiento innato de competición, de saber quién es el mejor, que todos los machos llevan integrado en su receta genética.

—No creo que eso sea una buena idea. Precisamente me he levantado para decirle al comandante que teníamos que echarle cojones. Debemos forzar la situación—Toño lanzó el primer dardo envenenado.

—Te entiendo Toño—le dijo David, apoyando la mano derecha sobre su hombro—. De hecho, yo también me muero de ganas de vengarme de esa gente que no nos deja aterrizar, y creo que, aunque parezca que hablamos de soluciones opuestas, es exactamente el mismo discurso.

Maniobra evasiva digna del mejor trapeceista. Toño lo había desafiado y David le había devuelto un ramo de rosas, desmontando su hostilidad.

—¿Cómo el mismo discurso?—Toño pasó de la rivalidad a la confusión con una frase y un tocamiento de hombro.

—Sí. Vamos a hacer justo lo que tu propones. Echarle cojones, no obedecer las órdenes y salirnos con la nuestra, pero, primero los engañaremos con un teatro. Les diremos lo que quieren oír y esperaremos nuestra oportunidad. Con eso quizás logremos desmontar su coraza y neutralizar sus defensas.

Se había transformado. Tenía dos personalidades. David el normal y David el vendedor. Seguro que, al principio, cuando se enfrentó a los primeros clientes, era la versión normal, un cobarde más, pero, como casi todo en esta vida, con la práctica se llega a dominar la técnica. La pena es que nadie cercano le hubiera dicho que usara al vendedor con las mujeres y no al normal, porque, de haber sido así, el peor aspecto de su vida se hubiera arreglado mucho tiempo ha.

Toño se quedó desarmado, pero jodido.

Vuelvan a sus asientos. Tendré en cuenta sus palabras –dijo el comandante, justo antes de entrar de nuevo en la carlinga.

Vamos, que no les iba a hacer ni puto caso. De todas formas, poco le importaba eso a David. Él había ido allí a hacer lo mismo que había propuesto: un teatro. La función, en esta ocasión, tenía el objetivo de impresionar a Natalia. Volvió sobre sus pasos orgulloso y dedicándole una sonrisa a Natalia. Ella no se la devolvió.

–¿Qué le has dicho? –dijo ella en el momento que su compañero llegó a la fila veintidós.

–Les he propuesto como solucionar el problema. Creo que no lo están haciendo bien –contestó David orgulloso.

Mal. Muy mal. Fanfarrón. A cualquier mujer u hombre se le habría activado su detector de fantasmas. Ese tipo de carencias de sentido común era lo que abocaba a David a hacer el ridículo con las mujeres.

–Vaya. Le has echado huevos. Yo tengo tanto miedo que no puedo ni pensar –dijo Natalia, mostrando un semblante de temor.

Pues, a pesar de que pareciese imposible, aquel comentario fachendoso había cumplido su objetivo.

Una vez la deliberación hubo concluido y los parlamentarios ocuparon de nuevo sus asientos, el silencio y la calma virtual se instauraron una vez más dentro de la cabina del avión. El Boeing 737 de Air Atlantic sobrevolaba los cielos franceses en mitad de la noche escoltado por dos cazas, rumbo sur con destino incierto.

## **10:35:09 horas a bordo**

David tenía su vista clavada en la ventanilla. Miraba fijamente como la luz de estribor del caza que los escoltaba parpadeaba de forma incesante. No era el único que lo hacía, casi todas las cabezas que estaban cerca de una ventanilla se habían pegado a al vidrio como ventosas. Sonaba aburrido, pero aquello había sido la tónica de las últimas dos horas: silencio casi absoluto, solo roto por algún que otro cuchicheo, miradas perdidas y cabezas encaramadas a las ventanillas. Aunque la situación era tan desesperada y apestaba tanto a tragedia como un par de horas atrás, el hecho de que el avión tuviera que volar durante varias horas hacia un rumbo concreto, creó un ligero paréntesis dentro de la cabina. Algo así como un respiro fugaz en medio de la tempestad. Incluso logró que la atención de los pasajeros hacia la niña infectada por un hipotético virus se fuera diluyendo por momentos.

–¡Las luces! ¡Ya no las veo! –gritó una mujer con voz histérica.

–¡Se han ido! Yo los he visto. Los cazas se han ido –otra voz femenina secundó la afirmación previa.

–Eso solo puede significar una cosa –era Baker una vez más–. Hemos salido del espacio aéreo de la Unión Europea y ahora volamos sobre el Mar Mediterráneo. Confíemos en que los pilotos sepan aprovechar esta situación.

Las palabras las había dicho en voz alta, pero parecía más una nota mental para auto tranquilizarse que un mensaje para el resto de pasajeros. La calma percedera se esfumó de golpe y porrazo, haciendo que la tensión latente comenzara a adueñarse de la cabina de nuevo. El ojo del huracán, que les había brindado aquel ínfimo paréntesis, se estaba yendo por donde había vindo, dejándolos a merced de la tempestad una vez más.

### **Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**10:55:43**

Comandante José. P. Ramírez: Se van. ¿No nos dicen nada?

Oficial Andrés Pozo: Si, se han ido. ¿Por qué no nos dicen que ya estamos fuera de la Unión Europea?

Comandante: Fox 111, aquí AT 2031. ¿Se van? ¿Qué hemos de hacer ahora?

[Silencio durante treinta segundos]

**10:56:14**

Oficial: No contestan. Se han largado sin decir ni pío.



Comandante: Fox 111, Fox 112, aquí AT 2031. Repito. ¿Qué debemos hacer? Solicito instrucciones de vuelo. Acabamos de entrar en el espacio aéreo de otro país y se supone que no tenemos plan de vuelo.

Oficial: No van a contestar. De todos modos, creo que es mejor así. Vamos a lo nuestro.

Comandante: Vale. Nuestro objetivo prioritario es aterrizar, cueste lo que cueste, no te olvides.

Oficial: Soy el primero que quiere bajar de este puto avión.

Comandante: Espera. Hay algo raro. Ves aquellas luces. Eso debería ser la costa del norte de África.

Oficial: Sí, claro.

Comandante: Pero... no pued... ¿estás viendo lo mismo que yo?

Oficial: Algo tenemos que estar haciendo mal.

Comandante: Revisa la instrumentación de nuevo, por favor.

**10:57:54**

Oficial: Vaya, que extraño. ¿Seguro que no estamos mirando algo mal?

Comandante: Comprobemos otra vez.

**10:59:04**

Oficial: No puede ser. Ahí tendría que haber otra cosa.

Comandante: Después de que los cazas nos obligaran a variar el rumbo para no volar sobre Córcega y Cerdeña, se supone que deberíamos entrar en espacio aéreo de Argelia.

Oficial: Exacto. De hecho, ya estamos en cielo argelino.

Comandante: Vale. Entonces, eso que se ve ahí es la ciudad de Jijel, ¿verdad?

Oficial: Jijel. Sí. Según la instrumentación debería ser la ciudad de Jijel.

Comandante: Esa ciudad tiene más de cien mil habitantes. Tendríamos que estar viendo muchísimas más luces.

Oficial: Ya no solo por Jijel. La costa de Argelia es un puto árbol de navidad y esta superpoblada. Tendríamos que estar viendo una masa uniforme de luces hasta donde alcanza la vista. Lo que tenemos ahí delante parece una línea de costa casi desértica.

[Silencio durante veinte segundos]

**10:59:34**

Comandante: ¿Qué cojones está pasando ahí abajo?

Oficial: No sé qué pensar. Esto es una locura.

Comandante: Solo hay dos opciones. Que la instrumentación este fallando

y estemos en otro sitio o que las luces se hayan apagado por algún motivo.

Oficial: ¿Las luces de un país entero?

Comandante: Sí

[Respiración agitada en la cabina]

Oficial: ¿Algo así como una catástrofe a nivel mundial?

Comandante: No podemos descartarlo. Además, eso explicaría muchas cosas en relación a lo que le está ocurriendo a este avión.

Oficial: No estarás pensando que esa niña tiene algo que ver con todo esto, ¿no?

Comandante: No podemos descartar nada.

Oficial: ¿Qué haremos ahora?

Comandante: Lo mismo que íbamos a hacer antes de ver las luces. Buscar un puto sitio para aterrizar.

Oficial: Vale.

Comandante: Por ahora no le vamos a decir nada al pasaje. Necesito que peines todas las frecuencias de tierra. Tiene que haber alguien ahí abajo que aun conteste a la puta radio.

Oficial: Oído.

Comandante: Además, hay algo que me da mala espina. Llama a Alie y dile que venga a la carlinga. Necesito que haga algo por mí.

[Fin de la comunicación]

Alie respondió a la llamada a través el interfono, volviéndose el blanco de las miradas de los pasajeros por enésima vez aquel aciago día de octubre. La información que le estaban dando desde la carlinga era concisa, porque la sobrecargo se limitó a asentir con la cabeza varias veces con un gesto sumiso, para luego colgar el aparato. Con los ojos de los pasajeros aún anclados sobre ella, se dio media vuelta y rebuscó en uno de los compartimentos cercanos, hasta encontrar lo que buscaba; una carpeta de color azul. Con ella en la mano desanduvo los escasos pasos que había dado y agarró el comunicador de nuevo.

Diez segundos después el comandante se asomaba con cautela a través de la puerta entreabierto de la carlinga y lanzaba un brazo hacia afuera. Alie perdió el protagonismo en favor de la extremidad de Jose Pablo, que asumió el papel preponderante. Y como vino se fue, no sin antes recibir la misteriosa carpeta azul y su incógnito contenido. La sobrecargo ya se había preparado, esbozando una mueca hostil, para recibir el primer dardo envenenado a modo de pregunta, pero nadie quiso enfrentarse verbalmente con una mujer con cara

de asesina en serie, pues la pregunta nunca llegó a realizarse. Las miradas de los pasajeros fueron reubicándose en sitios aleatorios del interior de la aeronave de forma progresiva, hasta que Alie volvió a ser anónima de nuevo y pudo por fin respirar tranquila.

David y Natalia también habían seguido de cerca los acontecimientos que rodeaban a la popular carpeta azul.

–David, tengo un pequeño problema –dijo Natalia con tono afligido.

–¿Qué te pasa? –intentó poner voz de macho alfa de nuevo, pero no tenía aún el asunto dominado. Se notaba que lo estaba forzando.

–Es que tengo mucha sed, pero... pero... con todo esto que le pasa el avión me da un poco de miedo ir a pedir agua. Ahí detrás está esa niña y delante la azafata con cara de pocos amigos –aquel tono de indefensión... aquella cara de cordero degollado.

Bien. Por fin. Era su oportunidad. Había estado esperando algo así durante todo el viaje; ser el héroe y salvador de Natalia. Con aquel golpe maestro Toño quedaría defenestrado de una vez por todas, alzando a David como el ganador definitivo del corazón de la chica. En realidad, la idea de cruzar aquel pasillo, convertirse en centro de atención del resto de pasajeros y pedirle algo a Alie, era de todo menos atractiva, pero nada de eso importaba ahora. Era Natalia, por ella se hubiera subido a la barca de Caronte para cruzar el río Aqueronte y penetrar en el mismísimo inframundo. Cogió aire en silencio y trató de sacar la voz más paternalista que tenía en lo más profundo de sus adentros.

–Claro. No te preocupes. Te traeré todo lo que necesites. ¿Quieres algo además de agua? –David seguía con aquel teatro, que incluso acompañó con una media sonrisa falsa.

–No. Solo agua. Vuelve pronto –el tono de desamparo era tal que hasta daba pena dejarla allí sola.

David se levantó de su asiento y miró a los ojos de Natalia, solicitando paso hacia el pasillo, pero no se lo dio.

–Espera. No te vayas aún. Siéntate otra vez –la chica había dramatizado mucho más el tono que en la frase previa. Incluso, parecía que unas tímidas lágrimas se asomaban a través de sus ojos.

Él, sin saber muy bien lo que estaba pasando, acató las órdenes y se sentó de nuevo en su asiento. Natalia lo miró a los ojos, estiró su brazo izquierdo y rodeó el cuello de su compañero con extrema suavidad, hasta posar su sedosa mano sobre la espalda de David, justo por debajo de la nuca, para, acto

seguido, hacer lo mismo con su mano derecha. Él se quedó petrificado entre los cálidos brazos de Natalia, mientras su corazón comenzaba a latir como un martillo neumático. Con un pequeño gesto de sus manos, la chica propulsó el torso de David hacia ella, mientras adelantaba su cabeza en dirección opuesta, muy despacio. Y en medio de aquella maniobra perfecta, sus labios se encontraron en el punto intermedio, fundiéndose en un beso profundo y carnal. En medio de la vorágine pasional Natalia ladeó su cabeza ligeramente, a la vez que acariciaba la nuca de David con extrema exquisitez. Su compañero no logró imitar sus gestos, y se limitó a mantener sus brazos donde los había dejado en el instante previo a la inesperada reacción pasional. Menos de diez segundos después todo había acabado y Natalia alejaba la cara de los labios de su compañero con una sonrisa de satisfacción. Como era de esperar, David se convirtió en estatua una vez más, poniendo una expresión imposible de definir, algo así como el rostro de una persona después de sufrir una embolia cerebral.

–David, ¿te pasa algo? ¿he hecho algo que no debía? –la chica comenzó a preocuparse por la estatua.

Menos mal que aquello le metió algo de miedo en el cuerpo a David. Logró reaccionar ante aquellas palabras:

–Eh.. sí... cla... claro que me ha encantado. Yo... lleva... llevaba esperando este momento desde hace mucho tiempo, porque... es que... –David no lograba decir una frase completa.

Dios. Llevaba empeñándose todo el viaje en ser un macho alfa, pero cuando lo apartaban cinco centímetros del guion establecido se convertía en un completo tarugo. Alguien debería de haberle gritado en ese momento. –¡David! ¡Tío! Necesitamos que vuelva el vendedor, no el pringado. ¡Espabila!

Natalia se percató de la situación esperpéntica y le echó un capote. Volvió a extender su brazo y le acarició la mejilla derecha, mientras le decía:

–¿Por qué no vas a por agua y luego me cuentas que te ha pasado? Espero que te no haya parecido mal. Es que creí que... quizás...

David la interrumpió:

–Vale, pero quiero decirte... eh... quiero que sepas que me ha encantado – por fin dijo una frase completa.

De una vez por todas accedió al pasillo y, como era de esperar, las cabezas se tornaron hacia él. El bueno de David no pudo contenerse y su rostro esbozó una enorme sonrisa de satisfacción. Se sentía dios. El puto James Bond en persona. Que más daba que se estrellara el avión, ahora era

invencible, invulnerable.

Pues así estaba el panorama: un avión que llevaba más de diez horas en vuelo, porque había sido rechazado en un continente entero y que ahora sobrevolaba un país sumido en la oscuridad con un individuo caminando por el pasillo con una sonrisa de oreja a oreja, dirigiéndose directamente hacia la puerta de la carlinga.

Alie seguía de pie, pero su semblante aún no se había suavizado ni un ápice y el hecho de ver a un tipo con cara de chiflado andando hacia ella no ayudaba mucho a que eso ocurriera. A medida que David iba consumiendo los metros que separaban la fila veintidós de la puerta de la carlinga, la sobrecarga apretaba los dientes, preparándose para, lo que creía, un envite hostil.

–Disculpa, ¿podrías darme una botella de agua?

La cara de Alie pasó de la hostilidad al desconcierto en un abrir y cerrar de ojos.

–Perdón. ¿Cómo dice?

Tardó en catalogar sus palabras. No iba a por ella, pero la tensión acumulada la mantenía escéptica.

–Agua. Una botella de agua. Verás, tenemos sed, llevamos mucho tiempo en el avión. Ya sé que es un momento delicado, pero... –David no había perdido su sonrisa en ningún momento.

–Sí, sí. No hay problema. Te daré una botella de agua. Espera un segundo, por favor –al fin, la azafata se sacó la coraza de encima y desarmó sus defensas.

Alie se giró de nuevo hacia los armarios y abrió uno de ellos, pero no tuvo tiempo suficiente para buscar la botella. Fue algo parecido a una explosión, como un objeto contundente golpeando alguna parte del avión. Gracias a dios no había sido ningún agente externo golpeando el fuselaje. Era el comandante. José Pablo había pulverizado todos sus propios récords personales en cuanto a newtones utilizados para abrir la puerta de la carlinga y eso que ya había dejado el listón bastante alto en las ocasiones previas. Si el grado de violencia con el que el piloto abría la puerta tenía relación directa con si la situación del avión era peor o mejor, después de aquel trallazo el pasaje podía darse por jodido. El topetazo cogió a Alie de espaldas y el sobresalto hizo que casi se cayera al suelo. David tenía entradas de primera fila y vio la famosa apertura de puerta a poco más de un metro frente a él. De hecho, estaba tan cerca, que, instintivamente, dio un par de pasos hacia atrás, a la vez que se

engruñaba y ponía las manos delante de su cara. Tras los primeros instantes de desconcierto, logró recomponerse, bajar las manos y mirar con claridad al comandante. Ni que decir tiene que el resto del pasaje también centró su atención en el piloto, atraídos por el sonido de la puerta, algunos incluso levantándose de sus asientos. Le expectación era total. Si la manera de abrir la puerta ya no presagiaba nada bueno, la pinta de Jose Pablo en su nueva visita a la cabina de pasajeros era aún peor. Sudaba como un *runner* después de acabar una maratón a mediodía en el desierto del Sahara y su cara hablaba por sí sola. Decía algo así como –Vamos a morir todos–. En su mano derecha reposaba la enigmática carpeta azul. Después de varios instantes de duda e indecisión, logró reaccionar, pero no con palabras, sino con un gesto de su mano. Primero señaló a David, para luego invitarlo a acercarse a él con un nuevo ademán de sus dedos. La expectación general ante aquel hecho subió como la espuma, alcanzando niveles de curiosidad insólitos dentro de la cabina del vuelo AT 2031 durante todo su periplo particular. Ya no solo por el gesto en sí, sino porque aquello significaba que el comandante quería hablar en privado con un pasajero, con la inyección de intriga a la ecuación que eso implicaba. David primero dudó unos segundos y se auto señaló con cara de –¿Me dices a mí?–. Jose Pablo afirmó con la cabeza, repitiendo el gesto con sus dedos de nuevo. Ya no había dudas, el asunto iba con él y tenía que obedecer. En un primer momento pudo parecer que nadie hubiera podido borrar la sonrisa del rostro de David después del beso, ni siquiera soltándole una andanada de hostias, pero nada estaba más lejos de la realidad. Aquel gesto del comandante lo cambió todo. La sonrisa de satisfacción se metamorfoseó en cara de pavor. David recorrió los pasos que lo separaban de Jose Pablo y se paró ante él.

–He descubierto algo. Hay algo en este avión – el comandante susurraba apresurado.

–¿CÓ... cómo que algo? –David se estaba cagando en los pantalones.

–Si hay algo que no debería estar en este avión, joder –dijo, mientras intentaba abrir la carpeta azul con las manos temblorosas.

–¿Qué, qué es? ¿Por qué me di... por qué me dices esto a mí? –la voz de David estaba quebrada.

–Hay un pasajero a bordo que no debería de estar aquí. Una persona que no está en la lista. Es como si nunca se hubiera subido a este avión, como si nunca hubiera cruzado esa puerta a la hora de embarcar –el comandante había sacado varios papeles de la carpeta que contenía el nombre de todos los

pasajeros y sus respectivos asientos.

–Dios. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿por qué me dice esto a mí?

–Pavor, sus palabras desprendían verdadero pavor.

–Viajas sentado en el asiento 22 B, ¿verdad? –contestó Jose Pablo de forma tajante.

–Yo... yo... sí –David se había vuelto tartamudo.

–Te lo digo a ti porque la persona que no debería de estar en este avión viaja contigo, es el pasajero que vuela en el asiento 22 C. La chica que viaja a tu lado.

–No. No. No puede ser. Tienes que... eso es... tienes que volver a revisarlo... es imposible que –su voz sonaba como si le hubieran dado una patada en los testículos.

David se giró sobre sí mismo y miró hacia el asiento 22 C, apartándose del campo de visión del comandante y permitiendo que también lo viera. La situación estaba rozando lo surrealista. En el asiento donde un par de minutos antes los dos se había morreado con pasión adolescente no había nadie. Natalia había desaparecido, como si se cuerpo se hubiera volatilizado.

–¿Pero qué cojones está pasando aquí? ¿Es tu pareja? ¿Por qué no está en su asiento? –Jose Pablo se estaba poniendo furioso.

–No es nada mío. No tengo ninguna relación con ella, joder. Nos hemos conocido al subir al avión. No sé nada sobre ella. No... no ten... tengo ni puta idea de dónde ha ido –las palabras salían entrecortadas y su cara estaba desenchajada.

El silencio sepulcral se había adueñado de la cabina de pasajeros una vez más, mientras David y el comandante se susurraban entre sí, gesticulando de manera nerviosa. Los pasajeros sabían que se estaban intercambiando información confidencial y valiosa. Allí se estaba cocinando algo.

–¿No sabes por qué se ha movido de ahí? ¿Que te ha dicho antes de que te levantas? –Jose Pablo seguía encabronado.

–Na... nada... solo me ha dicho que tenía sed, que le pidiera una botella de agua a la azafata. Eso es lo que he hecho –contestó David.

El comandante se dio media vuelta, fijando la vista sobre Alie, absorta al lado del compartimento donde se guardaban las bebidas y que todavía estaba abierto. Aquella visión fue suficiente para dar por buena la versión de David, al menos en su parte final. Volvió de nuevo la vista sobre el asiento del pasajero desaparecido y dijo:

–¿A dónde cojones ha ido entonces?

No era lo habitual en él, pero cometió un error. El nivel de ofuscación que lo envolvía en aquel momento, lo hizo olvidarse por unos instantes del volumen de su voz. El despiste, unido a la extraordinaria expectación reinante en el interior del aparato, hizo que algunos pasajeros lo escucharan.

–Están hablando de alguien que va en el avión –un hombre que se sentaba en las primeras filas lanzó la primera piedra.

La frase causó una reacción en cadena que comenzó en la fila uno y terminó en la cola del avión, donde todavía seguían sentadas la niña y la madre, que escaso tiempo atrás habían sido *trending topic*, y que ahora acaban de perder de forma definitiva el papel de enemigas públicas. El silencio se desvaneció, dando paso a un murmullo que, poco a poco, fue subiendo en intensidad. Los pasajeros no tuvieron que preguntar quién era el pasajero, les bastó con ver la mirada del comandante anclada sobre el asiento de Natalia, ahora vacío, durante la desafortunada frase.

–Comandante, si un pasajero tiene relación con todo lo que le está pasando al avión, díganoslo. ¿Qué sentido tiene ocultarlo? –una voz destacó por encima del resto.

Era Toño desde su asiento y tenía toda la santa razón. Sus palabras calaron hondo en Jose Pablo, que por fin entró en razón. Puede que al principio tuviera sentido ocultar ciertas cosas por el bien de los pasajeros, pero llegados a este punto, y sin haber podido sacar ningún tipo de información útil a David, explicar al pasaje lo que estaba pasando y pedir su colaboración era lo más sensato.

–De acuerdo. Hay un pasajero que no debería de estar en este avión. Se trata de alguien que según los papeles de embarque nunca ha adquirido un billete y, en teoría, nunca ha cruzado esa puerta –dijo el comandante, señalando la puerta de acceso a la aeronave.

–¿Que pasajero? –preguntó Toño, conteniendo el bisbiseo que comenzaba a reavivarse.

Jose Pablo dejó de señalar la puerta de acceso a la entrada de la cabina y dirigió su dedo a la fila 22. Las cabezas de los viajeros se volvieron hacia allí al unísono.

–La chica que se sienta en el 22 C y que ahora no está en su sitio. ¿Alguien sabe dónde cojones ha ido? –su voz dejaba entrever nerviosismo y miedo

–Se ha levantado y ha caminado hacia la parte trasera de la cabina, justo después de que el hombre que se sentaba a su lado haya hecho lo mismo, pero en dirección opuesta. –Baker hablaba con seguridad, mientras miraba al



comandante a los ojos—. Luego ha salido usted y ha comenzado a hablar con él y me he quedado mirándolos. Me imagino que el resto de pasajeros habrán hecho lo mismo y centraron su atención la parte delantera del avión.

Jose Pablo comenzó a andar hacia la cola del avión a través del pasillo. Justo al rebasar la fila donde se sentaba Toño, este se levantó y accedió también al corredor para acompañar al comandante en su nueva excursión. Cuando llegó a la fila 22, se detuvo y la miró nervioso, luego alzó la vista de nuevo y la dirigió hacia el final de cabina.

—¿Nadie ha visto nada? ¿Ninguno de ustedes han visto hacia dónde ha ido? —entre sus palabras se notaba la respiración agitada.

Los viajeros se limitaron a negar de forma tímida con la cabeza.

—¿Ustedes? ¿Tampoco? Están en el último asiento.

Las cosas habían cambiado mucho en poco tiempo. Las dos personas que habían sido señaladas como las principales sospechosas de que el avión no pudiera aterrizar minutos atrás, ahora se habían convertido en aliadas.

—No lo sé. La chica caminó hacia la parte trasera con toda normalidad. No lo pensé mucho, pero di por hecho que iría al baño —la madre de la niña puso tono de indiferencia.

David se había quedado inmóvil en la parte delantera. Estaba tan acojonado y confundido que no podía mover ni un músculo. Su conciencia le decía que debía luchar por aquel nuevo amor, pero sus huevos no se lo permitían, obligándole a ver los toros desde la barrera. Alie lo acompañó en su estaticidad, disfrutando de los primeros minutos sin ser responsable principal de cabina. Ahora era el turno del comandante, al que no le había quedado más remedio que asumir el rol de líder y de Toño, que por voluntad propia iba a acompañar a Jose Pablo en primera línea de fuego.

—Vamos. No puede haber desaparecido por arte de magia. Esto es un avión, y además no es de los grandes. Si a eso sumamos que ha caminado hacia la cola del avión, solo hay dos sitios donde puede estar: en el baño o en la parte trasera, donde se almacena parte de la comida y la bebida —dijo Baker.

Frank no había tenido la suficiente valentía para levantarse de su asiento y trataba de ayudar con palabras. Por primera vez desde que el viaje empezó, parecía que todos los pasajeros estaban remando en la misma dirección. El objetivo cero ahora era encontrar a Natalia. El comandante y Toño miraron a Baker durante sus palabras, para luego seguir avanzando hacia la parte trasera. Casi todo el pasaje se había vuelto y miraban hacia la cola, siguiendo los movimientos de los dos intrépidos aventureros adentrándose en tierra hostil.

Caminaban a paso de tortuga y, los dos, habían fijado de forma férrea su vista sobre la puerta del lavabo, como un león sobre su presa.

La tensión que se respiraba dentro de la cabina en aquel momento estaba a punto de coronar la cumbre. Jose Pablo y Toño recorrieron los metros que los separaban de la parte trasera y se pararon justo frente a la puerta del lavabo.

–Est... está ocupado. Hay alguien dentro –José Pablo habló entre tartamudeos.

El asunto estaba pasando de castaño oscuro. Vale que el comandante no sabía artes marciales, pero con su metro ochenta, sus más o menos ochenta kilos y sus poco más de cincuenta años, tenía que ir sobrado en un cuerpo a cuerpo con una mujer como Natalia, y si a eso sumamos la compañía incondicional de Toño el mastodonte, la situación era ridícula. Con el puño tembloroso, Jose Pablo picó en la puerta dos veces.

–¿Hay alguien ahí dentro? –dijo, tratando de poner voz autoritaria.

No hubo respuesta. El comandante se volvió hacia Toño y este asintió con la cabeza para que repitiera la operación. Esta vez fueron tres los golpes sobre la puerta acompañados de un reclamo:

–Señorita, sabemos que está ahí dentro, ¡salga ahora! –seguía intentando poner aquel tono firme.

Silencio total. Ninguna respuesta.

–¿Podemos tirarla abajo? –Toño no se andaba con tonterías.

–No es necesario. Las puertas de los lavabos de los aviones no se pueden cerrar. Simplemente se pone el cartel de ocupado para que nadie entre –respondió el comandante.

No hay como estar con alguien que sepa. De no estar allí Jose Pablo, era muy probable que Toño se hubiera ensañado, intentado tirar abajo una puerta abierta.

–Abrámosla –añadió Toño con seguridad.

El comandante dio un paso al frente para acatar la sugerencia de su compañero, pero, de pronto, un sonido lo dejó congelado. El ruido metálico lo había producido la propia puerta; el cartel de ocupado acababa de cambiar por el de libre, alguien lo había hecho desde el interior. Jose Pablo y Toño dieron un paso atrás instintivamente.

La puerta se abrió muy despacio. Todos los pasajeros la miraban con desasosiego. Y de ella salió Natalia, haciendo que el comandante y su compinche dieran un nuevo paso atrás. Era ella, pero algo había cambiado. Ya no había ni minifalda, ni escote ni tacones de trepientos centímetros. Vestía

una especie de chándal de pieza única bastante ceñido, algo así como un mono. De su espalda colgaba una mochila con varios anclajes frontales, su melena suelta y salvaje ahora descansaba enrollada en una coleta y su cara, todavía maquillada a la perfección, estaba cubierta con unas gafas de aviador. Esa era la parte desconcertante, ahora viene la parte mala: su brazo derecho estaba extendido dirigiéndose directamente hacia el comandante, coronando su mano con una pistola de nueve milímetros.

–¡Todos atrás! Quiero a todo el mundo más allá de la fila veinte. Me importa una mierda si os tenéis que poner unos encima de otros. El que no obedezca en treinta segundos recibirá un disparo en el pecho –su voz sonaba incompasiva.

Aquella no era Natalia, puede que físicamente sí, pero su voz, su actitud y su mirada no tenían nada que ver con las de la persona que minutos atrás le había plantado un morreo a David. Actuaba como una mujer diferente. El pasaje, con el comandante a la cabeza, no pudo evitar un aullido seco de pánico, para, acto seguido, acatar las órdenes de la chica sin rechistar. Saltaron de sus asientos como un grupo de saltamontes despavoridos y se apretujaron en torno a la puerta de la carlinga, haciendo desaparecer a David y Alie entre la muchedumbre. El sentimiento reinante entre todos los ocupantes de la cabina era el mismo: contra más lejos de ella, mejor. Incluso se entremezclaron con la niña infectada con un supuesto virus y su madre sin apenas darse cuenta. Es preferible respirar un patógeno pernicioso que recibir un proyectil de nueve milímetros en el torso. La orden que había dado era no sobrepasar la fila veinte, pero el pánico era tal que el propio pasaje se había auto confinado cinco filas más allá, en torno a la quince, tratando, por todos modos, de no quedarse en primera línea, espacio que solo ocupaban de forma voluntaria el comandante y Toño.

–Bien. Comandante Jose Pablo, dígame al copiloto que descienda el avión a **10.000 pies**<sup>21</sup> ahora mismo –la supuesta Natalia hablaba con autoridad.

–Pero, ¿Qué va a hacer? ¿Por qué? –replicó Jose Pablo.

–No quiero que se haga el tonto conmigo. Si no baja a 10.000 pies ahora mismo mataré a uno de los pasajeros al azar, aparte de que expondrá a una **hipoxia**<sup>22</sup> a todos los ocupantes de este avión –contestó Natalia sin compasión.

–Vale, vale. Lo haremos. Descenderemos. ¡Alie! ¿Estás cerca del comunicador? –Jose Pablo colaboró.

–Sí, estoy cerca –la sobrecargo respondió entre el hato de personas.

–Dile al oficial de mi parte que tenemos una emergencia en la cabina y que

baje a 10.000 pies ya. Si no te hace caso, dile que es posible que el avión se esté despresurizando y que es una medida de seguridad.

–De acuerdo –respondió la azafata.

Alie se revolvió como pudo entre la manada atemorizada y agarró el interfono para hablar con la carlinga. En cuestión de segundos el Boeing 737 de Air Atlantic comenzaba su implacable descenso desde los 30.000 pies a los 10.000. El ángulo de inclinación era tan acusado que los pasajeros tuvieron que agarrarse a los asientos para no caer esparcidos sobre el suelo enmoquetado.

–Ya estamos bajando ¿Y ahora qué? ¿Qué más quiere que hagamos? –el comandante habló durante el descenso.

Natalia, sujetando la pistola con la mano derecha y agarrándose al asiento 25 C con la izquierda, dijo:

–Morir.

Después de decir la fatídica palabra incluso llegó a esbozar una ligera sonrisa. ¿A que venía aquello? ¿Era acaso una psicópata? David había cagado el kilo, sus ojos se habían cerrado con fuerza, acompañados por la piel de su frente, que, esta vez, había superado todos los récords de arrugamiento hasta la fecha. Había vuelto al estado catatónico de los despegues y aterrizajes, aunque ahora no era él solo el que se estaba cagando en los pantalones.

–¿Morir? ¿Qué cojones estás diciendo? ¿Por qué estás haciendo esto? –el comandante se estaba poniendo furioso.

Natalia miró su reloj de pulsera durante unos instantes.

–Todavía tenemos unos minutos. Es justo que sepáis de que va todo esto. Además, los muertos no hablan, ¿verdad? –la chica seguía esbozando aquella sonrisa tétrica.

–Espera, espera. No tiene por qué morir nadie. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? –dijo el comandante.

–Cállate de una puta vez gilipollas –gritó Natalia, mientras estiraba el brazo con el que sujetaba la pistola un poco más hacia adelante, en señal de amenaza–. Hagáis lo que hagáis y digáis lo que digáis vais morir dentro de este puto avión. No es nada personal contra vosotros, simplemente os habéis subido al avión equivocado el día equivocado. Sois las víctimas colaterales como consecuencia de un robo. Ayer, minutos antes de que yo me subiera en este aparato, comenzaron una serie de ataques telemáticos a cien bancos en treinta países diferentes. Hemos generado millones de transacciones fraudulentas que transferirán mil millones de euros a dos cuentas falsas en un

banco de China. La última de las transacciones estará finalizada en diez minutos, que es el tiempo que os queda de vida. Luego yo saltaré en paracaídas.

–Pero ¿Y el avión? ¿Por qué se va estrellar? –el comandante era escéptico a sus palabras. ¿Y si iba de farol?

–¿Su oficial está a los mandos del aparato ahora, ¿verdad? –preguntó la chica.

Jose Pablo asintió temeroso con la cabeza.

–Veamos –Natalia miró su reloj de nuevo y siguió hablando—. Ahora ya no. ¿Quiere comprobarlo?

–Alie, llámale de nuevo –dijo el comandante sin levantar la mirada de Natalia.

La sobrecargo obedeció.

–No contesta –respondió la azafata.

–Inténtelo de nuevo –Jose Pablo insistió.

–No es necesario –Natalia interrumpió a Alie cuando ya lo intentaba de nuevo—. Andrés tiene la costumbre de tomarse un café con leche a mitad de viaje. De hecho, se lo ha llevado Alie, ¿cierto?

La sobrecargo no contestó. Se limitó a aguantar la mirada desafiante de Natalia.

–Pues ahora mismo debería estar entrando en parada cardiorespiratoria, tirado encima de los controles del avión. ¡Bendito piloto automático! ¡Sin el ya estaríamos muertos! –la chica seguía con la sonrisa macabra sobre su rostro.

–¿Por qué no nos ha matado antes? ¿Por qué alargar esto diez horas? –Jose Pablo no era capaz de entender lo que estaba pasando.

–Es más sencillo de lo que pensáis. En este avión viaja una tal Natalia Cea, que es la titular de esas dos cuentas chinas, donde se han transferido mil millones de euros. La pobre ladrona se ha subido al avión equivocado. En él viajaba una niña infectada con un nuevo virus letal al que ningún gobierno permitió tratar en su país. Después de más de diez horas en el aire todos los ocupantes se fueron contagiando con el patógeno, muriendo a las pocas horas. La última persona con vida intentó aterrizar el avión en el desierto de Argelia, después de desviarse de su rumbo, porque los pilotos ya estaban incapacitados para pilotar el avión. Obviamente no lo consiguió y el intento de tomar tierra se convirtió en un accidente aéreo sin supervivientes. Ninguno, ni siquiera la persona a donde apuntarán todas las pistas sobre el robo de mil millones de euros sobrevivió –Natalia seguía con cara de psicópata.

–Maldita hija de puta. Estás completamente loca. Ese plan nunca va a funcionar. Cuando identifiquen a las víctimas faltará un cadáver –dijo el comandante.

–Mentira. En este avión viajan treinta y ocho pasajeros y seis tripulantes. Vosotros aportáis cuarenta y dos cuerpos a mi coartada y nos hemos encargado de que alguien suba uno más al avión. En la bodega viaja una caja con un cuerpo.

–Estás mintiendo. En los aeropuertos hay seguridad y controles. No se pueden subir cosas así por así a los aviones. Además, cuando lo identifiquen sabrán que no eres tú –Jose Pablo trataba de echar por tierra el plan de Natalia.

–Cuando tienes mil millones de euros en el banco o, los vas a tener en poco tiempo, se puede hacer absolutamente todo lo que te imagines. Parece mentira que con tu edad aún no sepa esas cosas, comandante. Todo hombre tiene un precio. ¿Sabes cuánto cobra un empleado de los que carga maletas en el aeropuerto? En el de Santiago, por ejemplo, rondan los mil euros al mes. Ese señor quizá tenga hipoteca, mujer en paro, hijo estudiante, padres cobrando una pensión de mierda. Es fácil saberlo, solo hay que preguntar. Antes de volver a preguntar una gilipollez tan obvia como esa, valora la posibilidad de que hayamos untado a alguien.

El comandante y todos los allí presentes estaban empezando a comprender que Natalia no era una delincuente cualquiera. Todo indicaba que aquel presunto robo estaba pensado hasta el más mínimo detalle.

–No. Seguro que hay muchas cosas que se te escapan. El cadáver tiene un ADN concreto, cuando lo identifiquen sabrán que no eres tú. Este tipo de accidentes se investigan por comisiones internacionales, no se deja nada al azar. –el comandante no se daba por vencido.

–¿Quién soy yo? ¿Quién es Natalia Cea? Sigues dando por hecho cosas que no sabes. Cuando investiguen el accidente encontrarán el cuerpo de Natalia Cea, una joven de veintinueve años que figura como el principal artífice del robo y la receptora oficial de todo ese dinero. Natalia compró su billete hace tres días y se subió al avión por la misma puerta que lo hizo usted y el resto de pasajeros.

–¡Pero eso no es verdad! –exclamó el comandante.

–Solo usted sabe que no es verdad. Bueno, usted y ahora el resto de ocupantes de este vuelo. Ninguno de los que viajan en este avión estará en predisposición de declarar cuando todo esto acabe. Cuando investiguen los

datos de embarque, la tarjeta de crédito con la que se compró el billete, todo estará correcto... No es necesario que le explique el tema de sobornar a las personas de nuevo, ¿verdad? Hay mucha gente implicada en esto. Robar tanto dinero no es cosas de una, dos, diez o veinte personas. Hemos conseguido que gente muy importante del ministerio de salud de todos los países europeos por donde volamos dieran personalmente la orden de no dejar aterrizar el avión bajo ningún concepto. Señor comandante, siento decirle que no hemos dejado nada al azar.

–Y mi hija ¿está infectada con algo? –la madre de la niña intervino.

Por fin alguien tuvo el suficiente valor para romper el monopolio que ostentaba Jose Pablo y Natalia. El motivo era poderoso: la salud de su propia hija.

–No. Solo se ha comido algo que le ha hecho vomitar, nada más. Su hija está totalmente sana. Que pena que vaya a morir de todos modos –la chica decía las palabras sin un ápice de empatía.

Por lo menos alguien había experimentado un alivio, por muy pequeño que fuera. A aquella madre, aun sabiendo que todos morirían en breves momentos, le reconfortó saber que su hija estaba bien. Jose Pablo miró a la niña con angustia, luego volvió la vista al frente y dijo:

–Pero, hay algo que no encaja en todo esto. Por mucho que los gobiernos europeos nos negaran el acceso a sus países, los controladores aéreos nos habrían dicho el motivo, evitando así que hiciéramos intentos desesperados por aterrizar. Nos hemos hartado de preguntar qué era lo que estaba pasando una y otra vez y nadie nos ha contestado ni ha hecho referencia al porqué de todo esto.

Jose Pablo se había agarrado a un clavo ardiendo. Seguía tratando de desmontar el plan de Natalia, buscando resquicios y grietas en él, pero por cada golpe desesperado que daba, recibía una respuesta que reafirmaba aún más que la confabulación había sido estudiada al milímetro.

–Parece mentira que aún no te hayas dado cuenta. Te tenía por una persona mucho más inteligente. ¿No te resulta bastante extraño que durante diez horas no hayas escuchado a ningún otro avión en la misma frecuencia que la tuya? –añadió la presunta Natalia.

El comandante cogió aire, preparándose para comenzar a hablar, pero las palabras no llegaron a salir de su boca. Se limitó a cerrar los ojos y asentir con timidez. Comenzaba a creerse aquella historia.

–Los controladores han hablado con vosotros en todo momento. Habéis

sido vosotros los que no han hablado con los controladores. Nunca, en ningún momento desde que estamos en el aire, este avión se ha comunicado con tierra.

–Pero, ¿cómo es eso posible? –preguntó el comandante confundido.

–Detalles técnicos aparte, básicamente vuestra radio no funciona. Intervenimos el sistema de comunicación del avión, por lo que escuchábamos tanto lo que vosotros decíais como lo que decían los controladores. La diferencia es que contestábamos nosotros haciéndonos pasar por vosotros a través de vuestra radio. Es decir, cuando tu preguntabas eso de –¿Por qué no nos dejan aterrizar?–. Lo que escuchaban en tierra era: –Cada vez tenemos más personas infectadas con ese virus–. Es lógico que no le contestaran a su pregunta, ¿me explico?

Fue en ese preciso momento, cuando todos los que viajaban en aquel avión, ahora apelotonados contra la puerta de la carlinga, comenzaron a asimilar la situación. No estaban ante una loca o una terrorista, si no contra alguien o algo mucho más grande y preciso. Les había dicho que iban a morir, pero era ahora cuando estaban perdiendo la pocas esperanzas de salir con vida.

Solo el comandante estaba dando la cara, el cual, al fin y al cabo, era el único con responsabilidad allí dentro. David seguía con los ojos cerrados y a presión y Baker había desaparecido entre la multitud, al igual que Alie. Tan solo Toño había permanecido en primera línea, eso sí, con la boca cerrada.

–¿Pero las luces? Ahí abajo hay menos luces de la que debería –Jose Pablo seguía preguntando.

Natalia esbozó aquella sonrisa diabólica una vez más y contestó:

–¿Qué te creías comandante, que había llegado el apocalipsis, el día del juicio final? Me parece que has visto muchas películas de serie B y leído muchos libros mediocres. Es mucho más sencillo de lo que piensas. Era una mentira, una cortina de humo. Nadie ha apagado ninguna luz ahí abajo y, tú, como piloto experimentado, deberías haberte dado cuenta. Hemos modificado el sistema de navegación del avión. Os habéis fiado más de la instrumentación que de vuestros propios ojos y eso os ha llevado a pensar en la posibilidad de una gran catástrofe internacional.

–¿Para qué cojones habéis hecho eso? –Jose Pablo mezclaba el miedo en sus ojos con el enfado en las palabras.

Natalia cambió su sonrisa por una mueca incomoda.

–Te lo acabo de decir, hostia. Como método de distracción. Si estás preocupado de que el mundo se está yendo a la mierda, no te preocuparás de si



la radio funciona mejor o peor. Además de todo eso, vuelas el avión hacia donde yo quiero que lo hagas, pero no lo sabes. Sigues pensando que estás en el rumbo correcto hacia tu maldito aeropuerto.

–Pero no se puede modificar la instrumentación de un avión comercial, así como así. Hay medidas de seguridad y se necesitan conocimientos técnico muy elevados –el comandante seguía en sus trece.

¿Y si quizás Jose Pablo ya no quería respuestas y lo que pretendía era ganar tiempo?

–Me parece que eres un poco estúpido. ¿Recuerdas lo del tipo que carga maletas en aviones por mil euros al mes? Pues ahora piensa en un trabajador de Boeing que trabaje en la sede principal en Chicago. Solo es cuestión de dinero y, nosotros, de eso vamos sobrados.

Toño intervino gritando con todas sus fuerzas:

–Eres una hija de puta. Te acabarán atrapando y te matarán. Cuando tengas ese puto dinero, tendrás que tener más cuidado con la gente que te cruces por la calle que con la policía. Mira todo lo que has montado tú por dinero. Espero que alguien te atrape y te lo saqué a hostia limpia.

Había permanecido callado hasta el momento, pero no tenía pinta de haberlo hecho por cobardía. Daba la sensación de que se había ido llenando de ira homicida poco a poco y, al llegar al nivel máximo soportado, lo había soltado en forma de berrido.

–Lo que me faltaba. Un chulo de mierda dándose las de héroe, tratando de darme una lección de moral. Me imagino que pensáis que no, pero me da cierta lástima que todos los que viajáis en este avión vayáis a morir, aunque bueno... mil millones de euros son mil millones, así que el fin justifica los medios, pero contigo voy a disfrutar sabiendo que la vas a palmar. Me has generado repulsa desde que te vi entrar en este puto avión. El chico guapo que hace el bien. Seguro que eres un pringado impotente que deja a las tías por la mitad en la cama. Una persona menos en el mundo como tú es una batalla ganada. Te dispararía en una pierna ahora mismo solo para escucharte gritar como una niña y dejar que veas como el avión se va cayendo poco a poco, mientras te desangras –la cara de Natalia detonaba odio, ira.

Toño no se había amilanado, no se había refugiado en el anonimato del grupo, al contrario. Según las frases de la chica iban subiendo en la escala “psicópata”, el rostro del aludido esbozaba una mueca de furia, a la vez que apretaba los dos puños hasta que los nudillos perdieron su color original.

–Os quedan tres minutos –dijo la chica, después de mirar su reloj–. Como

a alguno se le ocurra moverse un pelo, le disparo en un brazo o una pierna. No seáis estúpidos, tenéis la oportunidad de morir de forma inocua. Ya sé que suena mal palmar en un accidente aéreo, pero es una de las mejores muertes que existen. Cuando el Boeing se estrelló a setecientos kilómetros por hora contra el suelo, el aparato se desintegrará y vuestro sistema nervioso se volatilizará mucho antes de que pueda enviaros ninguna señal de dolor. Lo único malo es que seréis conscientes de que vais a morir, pero eso será cuestión de quince o veinte minutos. Podéis aprovechar para poner os en paz con dios o recordar a vuestros seres queridos.

La sonrisa macabra había vuelto a su rostro de nuevo. Parece que disfrutaba del sufrimiento ajeno, algo que chocaba de frente con el meticuloso plan. Puede ser que tuviera algo de perturbada y se divirtiera haciendo el mal, pero que fuera lo suficientemente responsable para no permitir que sus gustos personales interfirieran en el gran proyecto que estaba llevando a cabo. De ser así, debía de ser el mejor día de su retorcida vida.

—¿Por qué das por hecho que el avión se va a estrellar? El aparato vuela con normalidad —el comandante seguía en las suyas.

No aceptaba la muerte, era lógico. Quería ganar tiempo, hacer entrar en razón a Natalia, lo que fuera con tal de no resignarse. Todos sus envites desesperados parecían ser en vano.

—Porque no habrá nadie a bordo que sepa aterrizar este avión. El oficial debe de llevar muerto varios minutos y tú, Jose Pablo, eres el siguiente. Me has caído bien, no como el inútil de tu perro faldero y, por eso, no te voy a hacer sufrir. Vamos a hacerlo rápido e indoloro.

Natalia alzó unos centímetros la mano con la que empuñaba la pistola y dio dos pasos rápidos adelante, directamente hacia el comandante.

Los pulmones de Jose Pablo estaban dando sus últimas bocanadas de aire y él lo sabía. Era consciente de que su final estaba próximo. Aquellos dos pasos de la chica eran el preludio inequívoco a que su dedo apretase el gatillo, descerrajándole un manojo de disparos sobre el cuerpo. Su cerebro había reaccionado ante la situación de estrés dando orden de descargar un chorro de adrenalina en el torrente sanguíneo. Todos llevamos, por programación genética, este tipo de respuesta ante situaciones en las que se requiere una respuesta física importante. Es recíproca al agente externo que la provoca; contra mayor es la amenaza, mayor es la respuesta innata de nuestro cuerpo. Seguro que el comandante se había enfrentado a situaciones muy peliagudas a lo largo de su vida, pero nunca a que alguien le apuntase con una

pistola, asegurándole que iba morir. En aquel momento, las capacidades físicas de Jose Pablo tenían que haber alcanzado cotas inimaginables, quizá lo suficientemente altas como para luchar contra Natalia, pero nunca lo sabremos. Por más que sus reacciones innatas lo habían preparado para la ineludible batalla, su consciencia humana, forjada en un mundo sin peligros de tal calibre, lo había dejado paralizado. Sus músculos estaban atenazados aun viéndose con medio pie en la tumba. Entonces ocurrió. El comandante, ya resignado al inevitable final, estaba agarrado a uno de los asientos de la fila catorce y, justo detrás de él, casi rozando su pecho con la espalda de Jose Pablo, estaba Toño, todavía con cara de maníaco. Puede que el cambio de presión del descenso brusco influyera, puede que alguna de las azafatas no lo hubiera cerrado de forma correcta o que, sencillamente, se le había dado tanto uso, que el pestillo dejó de funcionar. El caso es que de los más de sesenta compartimentos porta equipajes que llevaba el Boeing 737, el que estaba inmediatamente encima de sus cabezas se abrió solo. Clic y pum. Así, sin más. El ruido que provocó fue suficiente para captar la atención momentánea de Natalia que desvió durante unos segundos la mirada de su presa. A aquel golpe aleatorio del azar también se sumó que algún impaciente había introducido su maleta a presión allí dentro. Con la puerta abierta ya no había nada que retuviera a la pequeña maleta amarilla, por lo que se precipitó con violencia sobre Toño y el comandante. Jose Pablo reaccionó de forma innata e intentó medio apartarse de la trayectoria del bulto. No hizo lo mismo su compañero de primera línea de batalla. Toño no se dejó llevar en ningún momento por la situación de pánico. Dejó que la fuerza de la gravedad hiciera su trabajo, esperando con paciencia a que la maleta descendiera algo más de un metro. Cuando la tuvo a la misma altura de sus codos, estiró sus brazos hacia delante con todas sus fuerzas, golpeando con las dos palmas abiertas el bulto, propulsándolo a toda velocidad hacia una Natalia todavía entretenida con el curioso juego de azar que el Boeing se había inventado. La maleta amarilla, que rondaba los diez kilogramos de peso, voló, recorriendo los escasos dos metros que la separaban de la chica, que ni siquiera tuvo tiempo a hacer un ademán innato para protegerse el objeto volante. El proyectil impactó contra su torso de forma tan inesperada y con tal violencia que la tiró al suelo como si fuera una muñeca de trapo. Durante el derribo incontrolado, su brazo derecho golpeó uno de los asientos, haciendo que la pistola saliera despedida de su mano, yendo a caer sobre el suelo enmoquetado del avión. En cuestión de segundos la situación había cambiado por completo, pero, aun así, el poder

no había variado de manos todavía. Ninguna de las dos facciones, los buenos, integrados por Toño y el comandante, y los malos, representados en exclusiva por Natalia, tenía ahora la hegemonía. Tomar el control de la situación pasaba por hacerse con la pistola, que ahora yacía, inerte, en tierra de nadie. Toño lo sabía. Natalia no había abierto los ojos aún, pero también lo sabía, además de eso era muy consciente de que, si no conseguía la pistola, los más de cuarenta ocupantes pasarían del pánico a la ira en menos de lo que canta un gallo. Toño arrancaba en mejor posición que ella, estaba de pie, lucido y con ganas. Por el contrario, Natalia todavía estaba tirada, aturdida y con su plan infalible hecho trizas.

El berrido fue atronador, como el de un soldado medieval en medio de una carga colina arriba. Toño se dejó todo lo que tenía dentro en aquel grito intimidatorio, para acto seguido comenzar a correr hacia la pistola como alma que lleva el diablo, pasando por encima del comandante. Natalia por fin reaccionó. Todavía desde el suelo consiguió reponerse y empezó a reptar con movimientos rápidos hacia el arma. La velocidad de Toño era muy superior a la de la chica, pero la mayor proximidad a la pistola la beneficiaba a ella. Luego de su última zancada, el héroe, saltó en plancha sobre el suelo, a la vez que Natalia estiraba la mano para alcanzar el arma. La sincronización fue perfecta, como si hubiera sido ensayada durante meses de trabajo. Sus dos manos alcanzaron su objetivo a la vez. Un nuevo sonido acompañó el rugido de Toño que aún retumbaba en la cabina. Fue un estallido potente y seco, una explosión ensordecedora, el arma se había disparado. En medio de la confusión comenzó un forcejeo por hacerse con la pistola. Por peso corporal y fuerza, Natalia no tuvo ninguna posibilidad. Luego de varios intentos inútiles por su parte, Toño se hizo con la pistola. Se la arrebató, pero no con la suficiente comodidad como para empuñarla, estirar el brazo e insertarle una bala a la chica. El hombre se agarró con la mano que le quedaba libre a uno de los asientos y después de revolverse en el suelo logró clavar sus pies sobre el costado derecho de Natalia, para, acto seguido, propulsarse con sus piernas, lanzando a la chica varios metros hacia la cola. Una vez estableció la distancia prudencial, se levantó con torpeza. Natalia hizo lo mismo, pero esta vez le ganó la partida. Cuando Toño logró por fin incorporarse por completo, la chica ya había hecho lo propio y había empezado a correr como una poseída hacia la cola del avión. El héroe alzó la pistola y apuntó al frente, mientras daba tímidos pasos hacia delante. Aquí sí que ya se hizo patente que algo no marchaba bien. Era fuerte, rápido, listo y le sobraban cojones, pero no había

cogido una pistola en su vida. Su muñeca, bailando arriba y abajo de forma descompasada, daba buena fe de ello. Dudó en el momento preciso en el que no se debe dudar. Toda la confianza que había derrochado minutos atrás se esfumó, desapareció, como si el arma en la mano lo hubiera transformado en un cobarde. Natalia dispuso de todo el tiempo que quiso y alcanzó la puerta trasera, quedando semi oculta tras un mamparo. Durante el tiempo que necesitó Toño en dar un par de pasos hacia adelante para tener de nuevo una visión clara de su objetivo, Natalia se dedicó a lo suyo, que era abrir la puerta. Y vaya si la abrió. La cabina de pasajeros se transformó en un túnel del viento al instante, haciendo que cientos de papeles y pequeños objetos salieran despedidos a toda velocidad hacia la puerta trasera y obligando a los pasajeros a agarrarse a los asientos. Toño también tuvo que ayudarse de su mano izquierda para no desequilibrarse, lo que le brindó a Natalia un par de valiosos segundos más. La chica dio varios pasos atrás, para coger carrerilla y lanzarse al vacío con fuerza, pero eso le costó caro. Quizá no hubiera sido necesario recular aquel metro y hubiera bastado con lanzarse a los cuatro vientos sin más, pero esa es una duda que nunca se podrá resolver. De todos modos, aquella simple acción había sido decisiva. De no haberla realizado, para bien o para mal, todo hubiera sido muy diferente. Toño recibió un par de instantes más en su haber, algo así como una segunda oportunidad para recomponerse de la tastabillada causada por la descompresión al abrirse la puerta. Alzó el brazo con el que empuñaba el arma, con mayor firmeza esta vez, y apretó el gatillo hacia la dirección en donde Natalia intentaba poner pies en polvorosa. Su habilidad con el arma distaba mucho de ser la de un profesional, pero, ayudado por la escasa distancia que lo separaba de su objetivo, no se defendió mal con ella. Oprimió el percutor hasta en cinco ocasiones, consiguiendo que dos de las balas alcanzaran su propósito. Lo hicieron justo en el momento en que la presunta ladrona alcanzaba la velocidad de crucero pre salto sobre la moqueta del avión. Uno de los proyectiles impactó a la altura de una de las nalgas y el otro en la parte superior del torso, en el centro del omóplato izquierdo. Obviamente era necesario un análisis médico para determinarlo, pero la herida de la espalda tenía implícito un cierto tufo a muerte. Los casquillos de nueve milímetros golpearon el cuerpo de forma escalonada, con una diferencia de varias fracciones de segundo entre ellos. Los impactos hicieron que Natalia se desviara de su rumbo en dos ocasiones, variando su trayectoria varios centímetros y provocando que el cuerpo no saliera limpiamente a través del

agujero de la puerta. La chica, mal herida, golpeó el marco con violencia y enseñó su rostro a los pasajeros de forma involuntaria durante unos instantes. Era un rostro vacío, muerto, inerte. El choque logró detener durante breves instantes la trepidante carrera de Natalia, pero la inercia de la galopada inicial impidió que el cuerpo permaneciera abordo, acabando por precipitarse a través de la puerta de una vez por todas. Eso sí, herida de muerte.

Toño abrió la mano y dejó que la pistola se precipitara contra el suelo. Tragó saliva y se frotó la cara con las dos manos repetidas veces. Era valiente, sí, pero se había cargado a una persona y ya notaba como comenzaba a pesar en su consciencia. Se dio media vuelta y miró al resto de ocupantes, todavía hacinados al lado de la puerta de la carlinga. El aire del exterior, que entraba a borbotones a través de la puerta trasera, producía el mismo efecto dentro de la cabina que el de un ventilador gigante girando a toda máquina, haciendo que las ropas y pelos de los pasajeros volaran en todas direcciones. Hacía frío, mucho frío, pero nadie se había dado cuenta todavía. Tenían algo mucho más importante en lo que centrarse ahora. Toño había pensado que todo había acabado ya. Dos disparos mortales a la asesina en potencia y dejar que se precipitara desde cuatro mil metros de altura olía a solución al problema, pero nada estaba más lejos de la realidad. Había alguien en el suelo. Un cuerpo yaciendo sobre un gran charco de sangre a la altura de la fila catorce, en frente al resto de ocupantes del avión. Era el comandante. No había muerto aún, se movía, pero estaba jodido. Cuando Toño y Natalia alcanzaron la pistola de forma sincronizada, se disparó de forma involuntaria con tan mala suerte que la bala perdida fue a impactar por debajo del hombro de Jose Pablo. La chica había logrado completar una parte de su plan por azar, aunque ahora ya no le valiera de nada.

–¿Qué le ha pasado?¿Está bien comandante? –gritó Toño, mientras caminaba de forma apresurada hacía el comandante.

–Me ha dado. Estoy herido –el comandante todavía hablaba con lucidez–. Noah, cierra la puerta trasera, necesitarás ayuda. Alie, abre la puerta de la carlinga y comprueba si es verdad que Andrés está muerto.

Por fin las azafatas harían causa común de una vez por todas. Las chicas obedecieron. Noah, acompañada por Toño, caminó a toda velocidad hacía la parte trasera y cerró la puerta, cortando el molesto chorro de aire gélido.

–Está muerto. Dios. Está tirado encima de los mandos. No puede ser –las palabras de Alie denotaban pánico.

Y no solo por ver a su compañero muerto, que ya era bastante, sino porque

si el balazo que había recibido Jose Pablo era mortal, no había ningún piloto que aterrizase el avión. En el mejor de los casos, un piloto incapacitado tendría que ponerse a los mandos del aparato, lo que sonaba muy, pero que muy mal.

–Volamos con el piloto automático. Por ahora estaremos seguros. Trae el botiquín y haz lo que puedas con mi hombro, tengo que volver a la cabina cuanto antes –Su voz se iba quebrando por momentos–. Y los pasajeros, que vuelvan a sus asientos, por favor.

El pasaje se sometió a los deseos de Jose Pablo con gusto. Ya estaban cansados de permanecer apelotonados en aquella turba. Pero antes de volver a sus asientos tuvieron un detalle con él. Dos de ellos le ayudaron a levantarse del suelo y lo llevaron como pudieron hasta la puerta de la carlinga, donde ya lo esperaba Alie con el botiquín. A decir verdad, no les quedaba más remedio que socorrerle, porque, si no, tendrían que pisotearlo para poder avanzar a través del pasillo. Se fueron sentando de forma progresiva. En contra de lo que se pudiera haber pensado luego de analizar la situación que iban a experimentar, sus caras irradiaban esperanza. Todos eran conscientes de que el presunto aterrizaje con medio piloto se antojaba muy complicado, pero sabían que nadie se lo impediría esta vez, al menos podrían intentarlo.

Allí estaban todos de nuevo. El desaparecido Baker, el presunto vendedor de biblias, la mujer con su hija sana y salva y, casi en última posición, con una cara sin expresión, rancia, caminaba David. Muchos de los pasajeros ya se habían sentado, por lo que tenían contacto visual directo con él. Nadie dijo nada con palabras, pero sí con sus rostros. Había recelo y dudas. Las expresiones de desconfianza y las miradas inquisitivas se iban sucediendo a su paso. Había viajado con Natalia durante todo el vuelo y eso lo hacía sospechoso de complot, por no hablar de si alguien había visto el apasionado morreo que Natalia le había plantado segundos antes de comenzar el motín. Lo único que lo eximía de cierta culpa y lo salvaba de un nuevo linchamiento popular era que el plan de la chica no le favorecía en nada. No tenía mucho sentido que estuviera compinchado con ella y fuera a morir como un ocupante más del avión. Además, ahora lo importante era aterrizar con éxito, no buscar nuevos culpables dentro del aparato.

Alie improvisó una especie de torniquete al comandante y le limpió la herida como pudo. Jose Pablo tenía la camisa blanca empapada en sangre y su rostro iba perdiendo su tonalidad original a pasos agigantados. Cada vez estaba más pálido. La escena recordaba bastante a una película de zombis,

solo faltaba que Alie recibiera un mordisco en el cuello en el momento menos pensado. Tras unos minutos de expectación máxima sobre los primeros auxilios que Alie estaba prestando, el comandante dijo:

–Vale. Estoy bien. Necesito a alguien que me ayude a sacar a Andrés de ahí dentro y se quede conmigo –la voz del piloto seguía lucida.

Nadie dijo nada durante cinco segundos. La gente ya estaba hasta la coronilla de sufrir aquel drama y para nada les apetecía ponerse a pilotar un Boeing 737 al lado de un piloto que se estaba desangrando. De hecho, la mayoría de las miradas se dirigieron al suelo para evitar cruces incómodos.

–¿Nadie? –el tono del comandante denotaba sorpresa.

–Yo te ayudo –contestó Toño.

Ni un minuto había estado sentado Toño. Si el asunto acababa bien, debería de recibir un diploma de héroe del año o incluso de la década. Había matado al malo, salvado al comandante, cerrado la puerta trasera y ahora iba a cargar con un muerto para, a continuación, ponerse a pilotar uno de los aviones más complejos existentes sobre la faz de la Tierra. Se levantó y recorrió el pasillo una vez más, mientras Alie lo miraba raro. Si alguien la estaba viendo en ese momento, hubiera jurado que le estaba poniendo ojitos. Cuando Toño llegó a la altura del comandante, este dijo:

–Toño va a sacar a Andrés de ahí, Alie, sujétanos la puerta, por favor –hablaba sin demasiados problemas, pero no estaba para cargar con ochenta kilogramos.

La sobrecargó obedeció y sujetó la puerta, mientras Toño entraba en la cabina de mando, ante la atenta supervisión de Jose Pablo. Agarró al piloto, desplomado sobre los instrumentos y lo arrastró con dificultad fuera de la carlinga. Una vez que Andrés descansaba inerte sobre la moqueta, Alie, en un gesto humano, tapó el cuerpo con una manta, dejando solo los zapatos a la vista. Toño primero, y el comandante después, con varios pasos torpes entraron en la carlinga y cerraron la puerta. Las tornas habían cambiado y un halo de esperanza había recorrido la cabina desde la parte frontal hasta la cola, pero el percal que Natalia había montado estaba muy lejos de solucionarse aún. Un avión volando sobre un lugar incierto, con la radio pirateada, gobernado por un piloto moribundo y uno de los pasajeros. Todo apuntaba a que le final sería catastrófico.

**Interior de la cabina de mando del vuelo AT 2031**

**11:45:22**



Comandante José. P. Ramírez: Bien. Ahora tienes que ponerte los cascos. Cuando los tengas, habla con normalidad a través del micrófono. Nos comunicaremos entre nosotros de esta manera y, si logramos contactar con tierra, la persona que hable se unirá a este canal y podremos comunicarnos los tres a la vez.

**11:47:19**

Pasajero en cabina: Vale. Listo. Te escucho. Pídeme lo que necesites.

Comandante: Por ahora nada. Intentaré hablar con tierra variando en diferentes frecuencias. Probaré con las más habituales.

Pasajero: De acuerdo.

Comandante: AT 2031 en emergencia declarada. ¿Me escucha alguien?

Control de tierra: Control de tierra de Trípoli. Buenas noches AT 2031. ¿Cuál es su emergencia? ¿Cómo podemos ayudarlo?

[Silencio de veinte segundos en la cabina]

**11:48:45**

Pasajero: Son ellos. ¿Nos escuchan a nosotros?

Comandante: Es increíble, han contestado a la primera. ¿Cómo es posible?

Pasajero: Puede que ya no les seamos útiles sin la chica y nos hayan dejado tranquilos.

Comandante: No sé, no... Además, han dicho que estábamos en Trípoli... A más de quinientos kilómetros de donde pensábamos

Control de tierra: AT 2031, ¿Me ha escuchado?

Comandante: AT 2031, alto y claro. Ha dicho control de Trípoli, ¿verdad? ¿Estamos en Libia?

Control: Claro, ¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿No han dicho que tienen una emergencia?

Comandante: En realidad tenemos muchas. Hemos sido atacados y sabotados. Nos hemos librado del atacante que llevábamos a bordo, neutralizándolo. Creemos que la radio puede estar dañada, los instrumentos de navegación nos dicen que estamos sobre Argelia. El oficial ha muerto. Yo soy el comandante de esta aeronave y estoy herido de bala. En la carlinga me acompaña uno de los pasajeros. Necesitamos aterrizar sea dónde sea ¿Podemos hacerlo?

Control: Por el amor de dios. Claro que pueden aterrizar, ¿por qué no iban a poder?

Comandante: De acuerdo. Solo guíenos al aeropuerto más cercano. Es preferible una **aproximación visual**<sup>23</sup>. No sé en qué estado está la

instrumentación y no me fío de ella.

Control: Yo les guiaré. Sobrevuelan una zona de desierto, a unos doscientos kilómetros al sur de Trípoli. El aeropuerto más cercano en él que pueden aterrizar con ese tipo de aeronave está a algo menos de ochenta kilómetros al suroeste de su posición, en medio del desierto. Los llevaré hasta allí. Comandante, me ha dicho que usted está herido, ¿hay alguien más que necesite asistencia médica a bordo del avión?

Comandante: El copiloto ha muerto. El resto de pasajeros están bien. El problema es que estoy perdiendo mucha sangre y no se en qué estado estaré cuando intentemos aterrizar. Lo mejor es que movilice a todo el personal que pueda, por si no realizamos un aterrizaje limpio.

Control: Entendido. Avisaré a las autoridades locales. Giren derecha, rumbo 015 y mantenga 10.000 pies. Están a unos veinte minutos del aeropuerto.

Comandante: AT2031, giramos derecha y mantenemos altura.

Control: ¿El pasajero que le acompaña tiene algún tipo de experiencia de vuelo?

Pasajero: Negativo. Lo único parecido a pilotar un avión que he hecho en mi vida es echar un par de partidas al Flight Simulator en el ordenador. Solo podré ayudar en las tareas que me pida el comandante. Si pierde el conocimiento, no creo que pueda hacer mucho.

**11:49:51**

Control: No se preocupe, eso no va a ocurrir y, si sucede, yo le ayudaré. Hemos contactado con un formador de pilotos para ese modelo específico de Boeing y estará aquí en unos diez minutos. Su ayuda será muy útil en caso de que la necesitemos.

Comandante: Gracias.

Pasajero: Gracias

Control: ¿El avión está bien más allá del tema de la instrumentación?

Comandante: Sí, que yo sepa, todo funciona perfecto y todavía tenemos mucho combustible.

Control: Recibido. Viren izquierda rumbo 275 y desciendan a 6000 pies.

Comandante: Virando y descendiendo. Toño, ¿te estás quedando en cómo se varia la altura y el rumbo en el panel del piloto automático verdad?

Pasajero: Sí, solo girar la rosca. Parece fácil.

Comandante: Intenta absorber lo máximo posible. Es posible que tengas que intervenir.

Pasajero: De acuerdo.

Control: AT2031, va un poco rápido. Reduzca a 240 nudos.

Comandante: Reduciendo

Pasajeros: No se ve nada ahí abajo.

Comandante: Control, no se ve casi ninguna luz, ¿es normal?

Control: Y tanto. Vuelan ustedes sobre el desierto. Todavía están algo lejos, pero ya deberían ver las luces del aeropuerto.

Comandante: ¿Dónde?

Control: Hacía el sur, a sus once en punto, más o menos. Confirman contacto visual, por favor.

Pasajero: ¿Lo ves?

Comandante: Sí, es aquella luz de allí. Control, confirmo. Vemos el aeropuerto.

Control: Bien, AT 2031 autorizado a aproximación visual en pista 11.

Comandante: Recibido. Comenzamos aproximación visual a pista 11.

Comandante: ¿Cómo se llama el aeropuerto?

Control: Habit Awlad Muhammad Airport. No es un aeropuerto donde operen líneas comerciales. Las instalaciones son muy pequeñas, pero la pista tiene el tamaño apropiado. Además, si el avión no frena a tiempo o se sale del asfalto, el terreno es duro y llano, minimizando los posibles daños.

**11:58:20**

Comandante: Control, en un par de minu... en un par de minutos entra... entraremos en la senda de planeo.

Pasajero: Jose Pablo, ¿te encuentras bien?

Comandante: Sí, sí. El dolor me está haciendo polvo, me cuesta pensar. Quizá me encuentre un poco débil, pero por ahora puedo. ¿Ves esas... ves... esas dos palancas, la que pone Flaps y la que pone **Landing Gear**<sup>25</sup>?

Pasajero: Sí.

Comandante: Cuando te lo diga, las tendrás que accionar. Landing Gear es... es muy sencillo: bajas la palanca y punto. Los flaps tiene varias posiciones... posi... están marcadas a la izquierda de la palanca. Yo te las especificaré y tú la colocarás en la posición correspondiente.

Pasajero: De acuerdo. No parece difícil.

Pasajero: ¿Seguro que puedes seguir?, cada vez te cuesta más hablar.

Comandante: Sí, ya queda poco. Lo conseguiremos.

Formador: Buenas noches. Soy el formador de pilotos. Me mantendré en la conversación en todo momento ¿Cómo se llama el pasajero?

Pasajero: Me llamo Toño.

Formador: Hola, Toño, mi nombre es Michael. Soy estadounidense, pero trabajo para Boeing en los países del norte de África. Mi trabajo es formar a pilotos para que aprendan a volar el modelo 737 en el que viajas ahora.

Pasajero: De acuerdo, muchas gracias.

Comandante: Gracias, Michael.

Formador: Bien, comandante. Siguen todavía en piloto automático, ¿verdad?

[Silencio de diez segundos]

**11:58:50**

Pasajero: ¡Jose Pablo! ¡Contesta!

Controlador: ¿El comandante está bien?

Pasajero: Dios, se ha desmayado, joder.

Controlador: Me encargaré de avisar al aeropuerto de la situación. Michael, el Boeing es todo suyo. Buena suerte.

Pasajero: Está inconsciente. Estamos muy jodidos. Necesito ayuda.

Formador: Toño. Estoy contigo. Tranquilo, lo conseguiremos. Concéntrate y sigue mis instrucciones al pie de la letra, ¿de acuerdo?

[Alguien resopla en la cabina]

Pasajero: Vale, vale.

Formador: Quiero que verifiques que el piloto automático este activado. Está en el panel de debajo de las ventanillas frontales. El interruptor tiene las silgas “A/T” y debería estar en “on”.

Pasajero: Está en “on”

Formador: Genial. Ahora dime la velocidad y la altitud. Compruébalo en la pantalla de horizonte artificial.

Pasajero: Altitud 6000 pies, velocidad 220 nudos.

Formador: Todo está perfecto. Haremos un cambio de rumbo. Tienes que girar la rosca que pone “course” en el panel del piloto automático, hasta que ponga el número 330.

Pasajero: Hecho.

Formador: Bien, ¿notas como el avión gira a la izquierda, ¿verdad? Cuando la aeronave haya completado el giro, la nariz del avión estará alineada con la pista y deberías ver las luces justo enfrente a ti.

Pasajero: Entendido, ya casi está.

Formador: Vale. Es hora de descender un poco más. Bajaremos a 5000 pies. En el mismo panel del piloto automático, gira la rosca que pone

“altitude”, hasta alcanzar dicho número. No te asustes si los mandos se mueven solos, es normal.

Pasajero: Listo, el avión desciende y ya veo las luces justo en frente.

Formador: Lo estás haciendo muy bien Toño. Reduzcamos un poco más, a 200 nudos esta vez. La ruedecilla también está en el panel. Además de eso, tira de la palanca de “speed brake”. Esta justo a la izquierda de las palancas de aceleración de los motores. Puedes jugar con ella, para que el avión reduzca a la velocidad que tú quieras.

Pasajero: Parece sencillo, reduciendo.

Formador: Vamos muy bien. Sigamos. Ahora bajemos a 2000 pies. En esto ya casi eres un experto.

Pasajero: Bajando.

Formador: Perfecto. La velocidad de aterrizaje optima de un 737 es entre 130 nudos y 150. Pero para poder volar a esa velocidad vamos a necesitar los Flaps.

Pasajero: Bien. Por ahora seguimos a 200. El comandante me explicó cuál es esa palanca y como funciona.

Formador: Perfecto. Debajo la palanca del tren de aterrizaje tienes una inscripción con la velocidad máxima a la cual puedes desplegar cada posición de los Flaps. Si lo hacemos yendo más rápido de lo que pone ahí, podríamos tener un problema estructural importante.

Pasajero: Entendido, lo he pillado. Para la posición uno necesitamos reducir un poco más.

Formador: Exacto. Reduce a 190 nudos y pon los Flaps a 15 grados.

Pasajero: Fácil. Hecho

Formador: ¿Te has ayudado de los aero frenos?

Pasajero: Sí, como me has dicho antes.

Formador: Vaya, eres un crack. Sigamos

Pasajero: Gracias. Cada vez se ve mejor la pista.

Formador: Ya casi estamos. Queda muy poco y lo estás haciendo muy bien. Reduzcamos a 160 nudos y pongamos los Flaps en la siguiente posición, 25 grados.

Pasajero: Hecho, Parece que somos algo más inestables. El avión se mueve más.

Formador: Es totalmente normal, no te preocupes.

Pasajero: Ya puedo ver el aeropuerto. Hay muchas luces de colores. Deben de ser vehículos de emergencias.

Formador: Ellos os ayudaran, pero todavía queda trabajo por hacer.

Pasajero: Entendido.

Formador: Hora de bajar el tren de aterrizaje. Sabes qué palanca es, ¿verdad?

Pasajero. Sí. Tren abajo.

Formador: Genial, gracias. Vamos a bajar a 1000 pies, reducir la velocidad a 150 nudos y poner Flaps en 30 grados.

Pasajero: Hecho.

**12:05:34**

Formador: Vamos muy bien. Ya casi estamos. Reduce a 140 y extiende los flaps por completo. Una vez lo hagas, el avión estará configurado para aterrizar.

Pasajero: Todo listo.

**12:07:44**

Formador: Bien. Ha llegado la peor parte. A partir de aquí tendrás que pilotar el avión manualmente. Todo está listo para el aterrizaje y el avión vuela directo hacia la pista, lo único que has de hacer es manejar el timón y los pedales. ¿Sabes cómo funciona? Me comentaron que habías jugado al “flight simulator” un par de veces.

Pasajero: Sí, sé cómo funciona, pero una cosa es la teoría y otra muy diferente la práctica.

Formador: Hasta ahora lo has hecho muy bien. Prácticamente sabías donde estaban todas las palancas y botones. No hay porque pensar lo contrario ahora. Ánimo y adelante con el piloto automático.

Pasajero: Desconectado.

[Alerta del piloto automático]

Formador: Bien, el avión es tuyo. Es muy fácil, mantén la pista enfilada y la velocidad entre 130 y 150 nudos. Para saber si vas a la altura correcta, a la izquierda de la pista tienes cuatro luces. Lo correcto es tener dos amarillas y dos rojas. Si tienes tres o cuatro rojas, vas muy bajo, y si tienes tres o cuatro amarillas, muy alto. ¿Comprendido?

Pasajero: Entendido

Formador: Una vez las ruedas toquen tierra, solo has de pisar el freno y activar la propulsión invertida. Tienes que tirar de...

Pasajero: Sé cómo funciona la propulsión invertida. No te preocupes por eso. Estoy teniendo muchos problemas para mantener la velocidad. Demasiadas palancas a la vez

Formador: Vamos, tú puedes. Sobre todo, no bajes de 130 nudos.

[Respiraciones profundas en la cabina]

Formador: Toño, ¿estás bien?

Pasajero: Sí, creo que sí.

[500 houndred]

Formador: Esa es la distancia con la pista. Cuando diga “fifty”, tira de la palanca hacia atrás y sube el morro, eso hará que el avión toque tierra en paralelo a la pista.

Pasajero: De acuerdo. ¿Puedes no hablarme más?

Formador: Lo siento, lo siento.

[400 houndred]

Pasajero: Estoy cerca, muy cerca.

[300 houndred]

[alguien resopla en la cabina]

[200 houndred]

Aquel aeropuerto no era comercial. Solo una pista larga y unas pequeñas instalaciones, pero era más que suficiente para que Toño consiguiera su objetivo: aterrizar. El avión surcaba los cielos siguiendo la senda de planeo. Viéndolo desde tierra nadie hubiera dudado que el aparato estaba siendo comandado por dos pilotos experimentados. Que lo siguieran pensando una vez tocase tierra ya era harina de otro costado. El controlador había avisado a las autoridades locales y estas habían acudido puntuales a su cita. El problema era que los destacamentos eran muy reducidos. Solo había tres coches de policía, dos ambulancias y un camión de bomberos con pinta de haber sido comprado en los años setenta. Aun así, las luces de colores palpitantes rompían de forma armónica la oscuridad imperante en aquel paraje desértico e inhóspito. El Boeing 737 de Air Atlantic se aproximaba implacable a la pista, iluminada como un árbol de navidad. Las ruedas traseras acariciaron el asfalto con extrema suavidad y la aeronave rodó de forma elegante sobre ellas unos ocho o nueve segundos, hasta que el tren delantero hizo lo propio. Acto seguido, los motores bufaron y emitieron un sonido ensordecedor, síntoma inequívoco de que alguien dentro de la cabina acababa de activar la propulsión invertida.

Los *spoilers* acompañaron al rugido de los propulsores, desplegándose por completo. El aparato comenzó a perder velocidad a pasos agigantados,

hasta detenerse mucho antes de alcanzar el final de la pista de aterrizaje. Contra todo pronóstico, el aterrizaje había sido perfecto.

David abrió los ojos y soltó una enorme bocanada de aire por la boca. Escuchaba algo que no lograba catalogar. ¿Aquello eran aplausos? ¿La gente estaba aplaudiendo? Sí, la cabina se había convertido en una fiesta. Sus ojos y sus oídos por fin empezaron a enviar señales certeras a su cerebro. La gente se abrazaba, gritaba de alegría. Sonrisas por todos lados. Giró la cabeza hacia la ventanilla, un par de vehículos con sirenas se acercaban a través de la pista. ¿Ya? ¿Todo se había acabado por fin? Tenía que ser el final, porque hasta Baker se estaba abrazando con otro pasajero. La hostilidad que se respiraba en el ambiente se había evaporado. Ya no había pasajeros culpando a otros para intentar salvar su pellejo, todos eran amigos ahora. En la cabeza de David seguía aquel conflicto inútil. El premio gordo para él hubiera sido salir con Natalia de aquel avión. Sí, la misma que no había dudado ni un segundo en acabar con su vida de la forma más vil para llevarse un puñado de euros. La parte racional de su cerebro era consciente de ello, pero había otra que no. Aquella chica había despertado algo en él, algo irracional, que no se apagaría como una bombilla después de pulsar el interruptor. Subjetividad y más subjetividad. Para cualquier pasajero salir con vida de aquel avión había sido volver a nacer, pero para David no era más que un premio de consolación. De hecho, era el único que no estaba participando en el fiestón que se habían montado allí dentro. La situación tenía muy buena pinta, pero estaban vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. Y cuando parecía que la juerga había alcanzado el clímax, apareció en escena el invitado de oro. Toño abrió la puerta de la carlinga y fue recibido por el clamor popular. Primero un aplauso atronador en el que cada pasajero competía para dar palmadas más fuertes que las del anterior. Y en medio del estruendo alguien gritó su nombre. La masa humana siguió a lo suyo, comportándose de manera unánime. Por lo que el grito pronto se convirtió en un coreo masivo del nombre del héroe que los había llevado a tierra sanos y salvos.

¡T-O-Ñ-O! ¡T-O-Ñ-O! ¡T-O-Ñ-O! ¡T-O-Ñ-O! ¡T-O-Ñ-O! ¡T-O-Ñ-O!  
O! ¡T-O-Ñ-O!

Él asentía con la cabeza sintiéndose dichoso, respetado y admirado.

La única persona que no daba la guerra por ganada aún era Alie. En medio de las expresiones de júbilo, se dedicó a decirle al resto de azafatas lo que



había que hacer. Esta vez la obedecieron. Abrieron las puertas y desplegaron las rampas de emergencia. Antes de decirle al pasaje que empezara a salir de allí dentro, asomó la cabeza y miró hacia los vehículos oficiales. Uno se había detenido y un individuo se había apeado. Miraba hacia la puerta con curiosidad. Justo cuando la sobrecarga se asomó, el hombre, le hizo un gesto con la mano, para que la gente desembarcara. Así que dicho y hecho.

—Tenemos que evacuar el avión ya. Las rampas hinchables han sido desplegadas. Caminen por el pasillo hacia la puerta más cercana y deslídense por ellas como si fuera un tobogán. Nada de equipaje de mano con ustedes. Déjenlo donde está —gritó Alie.

El grito de la chica destruyó de un plumazo la oda a Toño y la gente obedeció de inmediato. En cuestión de segundos los primeros pasajeros comenzaban a deslizarse a través de las rampas. David seguía siendo un autómatas. Se había levantado por inercia, caminado por el pasillo con cara de tonto, para finalmente lanzarse por la rampa empujado por la persona que iba detrás de él. Era como si la atmosfera de felicidad estuviera en un planeta y él en el lado contrario de la galaxia.

Menos de diez minutos después el avión había sido evacuado por completo y los pasajeros, junto a lo que quedaba del pasaje, comenzaban a alejarse de la pista con destino a las pequeñas instalaciones. Un par de hombres con pinta de ser personal del aeropuerto los conducían dándoles instrucciones en un inglés desastroso. Al mismo tiempo, las dotaciones de las ambulancias accedían a la aeronave para atender a los pilotos.

David caminaba entre la manada a paso ligero. Esta vez el que iba en piloto automático era él y no el avión. Por contrapartida, el resto de los ahora ya ex ocupantes del aparato, eran conscientes de la situación y disfrutaban de cada paso que daban lejos de su cautiverio.

Después de cruzar una zona de asfalto, alcanzaron el edificio. La estancia no era muy grande, una sala diáfana con un trozo de pared echa de cristal a través del cual se podía ver la pista de aterrizaje. En uno de los extremos había dos puertas que se presuponían oficinas. Olía a rancio y a cerrado allí dentro. Incluso se podía apreciar polvillo del desierto en ciertas zonas. El propósito de aquel aeropuerto era desconocido para los pasajeros del vuelo AT 2031, pero estaba claro que aquellas instalaciones no se utilizaban ni se las mantenía. La adrenalina y el júbilo inicial fueron disipándose poco a poco. Habían aterrizado y abandonado el avión, que era el objetivo cero desde el primer momento, pero, y ahora, ¿qué?

El silencio comenzó a reinar dentro del edificio, tan solo algún aliento todavía descontrolado lo rompía de forma tímida. Estaban en un país ajeno a su cultura y las personas que los ayudarían era muy distintos a ellos. La conciencia general del grupo estaba empezando a darse cuenta que no iban a irse de rositas con facilidad.

Uno de los trabajadores recibió una llamada a su teléfono móvil y, más que hablar, se limitó a escuchar. Asentía cada poco tiempo con un gesto sumiso. Después de un par de minutos colgó y se dirigió al público, que lo miraba expectante:

–No podemos dejar que se marchen, además, están en medio del desierto, así que irse por sus medios de aquí es inviable. La policía está investigando la situación. Están analizando la conversación de cabina y hablando con los diferentes países para esclarecer lo ocurrido. Además, han enviado a alguien desde Trípoli para que se encargue personalmente de este asunto. En un par de horas debería estar aquí.

Eso fue toda la información que recibieron. Las sonrisas empezaron a ser substituidas por las caras largas y los cuchicheos conspiranoicos. A medida que los minutos pasaban, la gente comenzó a acomodarse como pudo. Unos se sentaron en el suelo, otros directamente se acostaron. David se separó un poco del grupo y también se sentó, mientras miraba a través de la mampara de cristal. Allí seguía el Boeing, ahora con las luces apagadas. La imagen generaba desconfianza. Parecía un fantasma, un cascarón vacío abandonado en medio de la pista. A sus pies todavía seguían los vehículos de emergencias con las luces encendidas. Vio como los sanitarios accedían y sacaban a dos personas del interior en una camilla, los metían en las ambulancias y se los llevaban de allí. Luego fue el turno de los policías que también accedieron al interior. Y así durante horas. Un ir y venir de vehículos oficiales y figuras humanas accediendo al avión en medio de la oscuridad.

El tiempo pasaba lento dentro del edificio, dejando que a cada individuo solo con su conciencia. A Alie, a Frank Baker, a la madre y a su hija. Al presunto vendedor de enciclopedias. Todos estaban ensimismados en sus pensamientos. Ninguno de los rostros reflejaba ya felicidad, salvo el de Toño. A juzgar por su cara de satisfacción, estaba recreando su gesta heroica una y otra vez dentro de su cabeza. David llegó a perder la cuenta de las horas que habían pasado.

El sonido de una puerta abriéndose provocó que todas las cabezas se

girarán de forma unánime hacia ella. El acceso daba a la calle y por ella entraron siete hombres a tropel. Uno vestido de civil y seis militares armados con AKs-47. No tenían pinta de paramilitares ni nada por el estilo, sino que estaban vestidos con el uniforme oficial del ejército libio. Sus rostros denotaban seriedad, cabreo. Sus botas golpeaban el suelo con firmeza y determinación. No habían venido a ayudar, no al menos a los pasajeros. De la felicidad a la incertidumbre en un abrir y cerrar de ojos. El viaje en avión se había acabado, pero la montaña rusa emocional seguía su camino. El individuo vestido de civil comenzó a hablar:

–Buenas noches a todos. Mi nombre es Akish Bourguiba y soy comisario de la policía libia. Les explicaré un poco la situación. Me han mandado aquí para resolver este asunto, pero toda la información que tenemos por el momento es muy imprecisa y todavía se siguen cotejando datos. Hemos hablado con el responsable de la aerolínea, con autoridades de los diferentes países donde han intentado aterrizar o que han sobrevolado y todo lo que nos cuentan es muy contradictorio. No se alarmen, no tengo dudas de que el asunto se resolverá y acabarán volviendo a sus casas, pero no será de inmediato, no hasta que acabemos la investigación. Calculamos que nos llevará varios días y durante este periodo de tiempo se alojarán en un hotel de la localidad vecina de Zintan. Hemos hablado con sus embajadas y consulados sobre este asunto y hemos llegado a un acuerdo, no ha sido una decisión unilateral de las autoridades libias. También les tendré que pedir sus teléfonos móviles y cualquier equipo de comunicación que lleven encima.

El policía trataba de poner una sonrisa falsa durante sus palabras. Sabía que a los pasajeros no les iba a gustar lo que tenía que decirles, así que trataba de suavizarlo con un semblante amigable. Se esforzaba en darle veracidad a su expresión facial, pero estaba lejos de conseguirlo. Uno de los soldados dio un paso al frente y desplegó un saco de color negro.

–Ahora quiero que introduzcan todos sus teléfonos y dispositivos de comunicación que tengan dentro de esta bolsa. No se preocupen, se los devolveremos en el momento que vuelvan a su país junto al equipaje que estamos recuperando del avión.

–Esto me parece innecesario. ¿Podría hablar con la embajada de mi país para corroborar que lo que dice es verdad? –Toño seguía envalentonado y no dudó en enfrentarse al comisario.

Uno de los soldados lo miró con ira e hizo el gesto de comenzar a andar hacia él, pero el comisario Bourguiba lo impidió interponiendo su brazo

izquierdo en el camino.

–Entendemos su descontento, pero debemos seguir el protocolo establecido para este tipo de investigaciones. Aún no sabemos qué ha pasado dentro de ese avión, así que no puedo permitirles que hablen por teléfono con nadie. Estoy aquí para ayudarles y para coger a los malos. Confíen en mí. Todo esto es por su propio bien. Cuanto antes obedezcan, antes volverán a sus casas –el comisario seguía con aquella sonrisa falsa.

Toño, aunque a regañadientes acató. No es que confiara en las palabras de aquel tipo, pero sabía que no había otra opción. El soldado con el saco se dio un paseo por la estancia, invitando a todos los ex pasajeros a que depositaran los teléfonos dentro. El proceso duro unos cinco minutos en los que el silencio le ganó la partida a los cuchicheos.

–Bien. Muchas gracias por su colaboración. Hay varios autobuses esperándoles fuera. Diríjense hacia ellos de forma ordenada, por favor. Una vez dentro, emprenderemos el viaje y les llevaremos al sitio donde se alojarán. Les advierto que estarán en régimen de aislamiento y no podrán salir de la habitación en ningún momento. No vean el lado negativo de esto. Disfrutarán de aire acondicionado, comida típica libia y televisión por satélite. Vacaciones gratis en el desierto –el policía seguía en sus trece.

Sí, lo último era un chiste, pero no le hizo gracia a nadie. Los tipos armados eran los polis malos y Akish era el poli bueno, así que ejercía como tal. Uno de los militares caminó hacia la puerta que daba al exterior y la abrió, para acto seguido hacerse a un lado.

–Adelante damas y caballeros. Vayamos a los autobuses –añadió con cortesía el comisario.

El grupo obedeció y abandonó el edificio para dirigirse a paso ligero hacia los tres autobuses que las autoridades libias habían fletado.

Los tres vehículos arrancaron, cuando el sol despuntaba ya sobre el horizonte. Las primeras luces del alba iluminaban tenuemente el desierto y permitían ver al Boeing 737 aún sobre la pista de aterrizaje con las rampas hinchables desplegadas. Estaba rodeado de varios vehículos oficiales que se habían ido multiplicando a lo largo de la noche. Incluso se podía apreciar como varios policías subían y bajaban una y otra vez, llevando maletas en sus manos. Poco a poco la figura de la aeronave fue quedando atrás de una vez por todas. Solo la inmensidad del desierto se extendía ante ellos.

David tomó una enorme bocanada de aire y abrió los ojos de par en par. Seguía en el mismo sitio, sentado en la posición 22 B. A su derecha estaba

Natalia, en el mismo asiento donde había viajado durante todo el vuelo. Dormía como un bebe sobre su hombro. La observó. Parecía tan vulnerable y delicada. Volvió la vista al frente. ¿Todo había sido una pesadilla? Puede que sí. Miró hacia Baker para tratar de certificarlo. Allí estaba, en silencio, disfrutando del viaje. Toño también permanecía en su asiento, tranquilo, sereno. Alie hablaba con Noah al principio de cabina con una gran sonrisa en sus labios, como si nada hubiera ocurrido. De pronto, la megafonía del avión comenzó a sonar:

Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. En breves instantes iniciaremos la maniobra de descenso. El tiempo en Londres es inmejorable para esta época del año. El cielo está completamente despejado, el viento en calma y la temperatura en el aeropuerto de Gatwick es de 9°C. La llegada estaba prevista para las 13:00 hora local, pero parece que llegaremos varios minutos antes de lo esperado. En nombre de toda la tripulación, les doy las gracias por haber elegido *Air Atlantic*.

¿Un *déjà vu*? David ya había vivido aquello antes. Hubiera jurado que escuchó aquella maldita frase horas atrás. Palabra por palabra. Pero, ¿y si se había quedado dormido al poco de salir de Santiago?

–Hola David. El mensaje de los pilotos me ha despertado –dijo Natalia con una sonrisa–. ¿Queda mucho para llegar?

David no contestó.

–¿Qué te pasa? ¿Va todo bien? –preguntó la chica.

Sin dejar que David contestará se arrimó a él y le dio un corto pero apasionado beso.

Él la miró con cara de estarse volviendo tarumba.

¿David? –volvió a preguntar ella.

De pronto, un sonido atronador invadió la escena, como si un rayo acabará de golpear el avión con violencia.

## 2 días después, I parte

### Zintan, Libia. 2 días después

El sonido renqueante del aire acondicionado lo despertó. David abrió los ojos. Había sido un sueño. Un plácido y reconfortante sueño donde todo volvía a una realidad feliz. De manera inconsciente, su mente comenzó a procesar datos a toda velocidad, como si intentase buscar una explicación a todo lo que había ocurrido. Creó una especie de *timeline* dentro de su cabeza y fue reviviendo todos los sucesos acontecidos desde que se subió al avión, hasta que desembarcó en aquel *hostel* de mala muerte perdido en medio del desierto libio. Las piernas de Natalia, su perfume, su voz, los aterrizajes abortados, la niña, el presunto virus. Cuando alcanzó el final de la línea temporal, recordando el tortuoso viaje en autobús que lo había llevado hasta el lugar donde ahora estaba, por fin, se encendió una bombilla dentro de su cabeza. Era afortunado. Sí, pero ya lo era antes de ayer, instantes después de bajarse del avión. El problema es que ahora, en retrospectiva, era cuando empezaba a asimilarlo. Viajaba en un avión con una delincuente a bordo con el firme propósito de cargarse a todos sus ocupantes, que había fracasado por un portamaletas mal cerrado, para, a continuación, aterrizar con éxito después de que uno de los pasajeros asumiera el control del aparato, porque los dos pilotos estaban indispuestos. Eso tenía otro nombre, nada de fortuna, suerte o changa, esas no eran las palabras adecuadas en esta ocasión, más bien, hablábamos de volver a nacer.

Se incorporó. Llevaba confinado en aquella habitación dos noches y un día completo. La puerta estaba cerrada con llave desde fuera y un tipo con turbante, acompañado en todo momento de un soldado armado, le había traído un par de platos de algo que se suponía que era pollo con verduras. Comió, pero no mucho. No tenía hambre. Trasteó con la tele hasta que encontró lo que buscaba. Un canal de noticias internacional, la BBC. Seguro que decían algo de un avión. En efecto. Información confusa y mucho secretismo. Un avión desviado de su rumbo por una alerta sanitaria, que había aterrizado en el desierto de Libia. Al parecer, el asunto se seguía investigando. Dejó el canal durante horas con la esperanza de que dijeran algo más. No hubo suerte. Luego el cansancio lo venció y durmió toda la noche como un lirón.

Todavía se estaba desperezando, cuando un par de golpes sobre la puerta lo trajeron de vuelta de sus pensamientos.

–¿Podemos entrar? ¿Está usted visible?

David titubeó unos segundos.

–Sí, adelante –contestó.

Se escuchó el ruido de dos vueltas de llave, seguido del pomo girando. Un hombre con algo en la mano entró en la habitación. Cerró la puerta con llave de nuevo. Se giró. David lo reconoció. Era el comisario Akish Bourguiba.

–Buenos días, David. He venido a hablar con usted. ¿Nos sentamos? –preguntó, a la vez que dirigía la mirada hacia una mesa acompañada de dos sillas en una de las esquinas de la habitación.

David dudó de nuevo. No contestó con palabras, se limitó a asentir con la cabeza.

Los dos caminaron hasta el rincón donde estaba la mesa y se sentaron cada uno en una de las sillas.

–Verá señor... bueno, ¿podemos tutearnos? –preguntó el comisario.

David asintió.

–Perfecto. Mucho mejor así. Verás, David, te preguntarás que hago aquí, ¿verdad?

–Sí, me lo pregunto, pero no soy tonto. Yo iba en el mismo asiento que la presunta delincuente, así que seguro que quieres hacerme alguna pregunta. Me imagino que la investigación estará ya avanzada, ¿no? –David por fin arrancó

–Exacto. Estoy aquí precisamente por eso, porque la investigación está muy avanzada. Hemos hablado con todos los pasajeros y ahora mismo están viajando hacia Trípoli para ser repatriados a sus respectivos países. Tu eres la única persona con la que no hemos hablado aún –el semblante de Akish era incómodo.

–Pues hazme las preguntas rápido para que pueda volver a casa. Lo he pasado muy mal en ese avión –respondió David.

–Creo que no me entiendes. Te has quedado solamente tu aquí por una razón. –dijo el comisario.

–¿Por ir sentado al lado del delincuente? –David tartamudeó.

No. Por desgracia no es solo eso. Ya te he dicho que la investigación está muy avanzada y hay más cosas. –el rostro del policía se tornó rancio, serio.

–¿Qué quieres decir? –la voz de David se desencajó.

–Antes de nada, deja de hacer ese papel de los cojones. Deja de dártelas de mosquita muerta. ¿No me digas que esa es tu mejor baza ahora?

David notó un agujero en el estómago, como si le hubieran ensartado una barra de metal de un lado a otro. No contestó.

–Esa zorra murió y tú ahora estás jodido. De verdad creías que, cangándola de esa manera, podías irte de rositas haciéndote el tonto. Quizá en tu país a los delincuentes se les trata bien, pero no en el mío. Aquí quién la hace la tiene que pagar.

–Qué... qué es... qué es todo esto? –el rostro de David se tornó blanco, más incluso que en el aterrizaje final.

–Como veo que no vas a desistir en dejar de hacer ese puto papel de mierda, te voy a explicar toda la investigación –dijo el policía.

El comisario sacó varios documentos de una carpeta que llevaba consigo y los puso sobre la mesa:

–Aquí está. Esto es lo que le presentaremos al juez. No debería de contártelo, pero lo voy a hacer por una razón muy concreta. Necesito que sepas absolutamente cada detalle y qué consecuencias tendrá ante la justicia libia todo lo que tenemos en tu contra –el comisario se sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendió–. Como bien sabrás había muchos testigos en el lugar del delito, en concreto más de cuarenta. Si a eso sumamos que estabais dentro de un avión, el resultado es que los testigos vieron absolutamente todos los sucesos, desde que se cerró la puerta en España hasta que se abrió en el desierto. No tengo que decir que la historia que cuentan los cuarenta es unánime, sin dudas, sin fisuras. ¿Me sigues?

David se limitó a asentir como un autómatas.

–Bien. Todos los pasajeros que estuvieron a bordo dicen lo mismo: Natalia y tu sois pareja.

–No, no, no. Eso no es cierto –David intentaba defenderse.

–¿Ah, no? Mira esto –el comisario revolvió entre los documentos que había puesto sobre la mesa, cogió una hoja con su mano derecha y se la enseñó a David. Era un justificante de pago a través de internet–. Dos billetes comprados en la misma transferencia para el vuelo AT 2031, fila 22, asiento B y C. Se te ve cara de buena persona, pero tanto como para comprar billetes a desconocidos...

–Eso no es cierto. Yo solo compré un billete, nada más –la voz de David estaba entrecortada.

–Hemos hablado con el emisor de la tarjeta y con la compañía aérea. No hay ningún error o equivocación. Luego te subes al avión y te sientas con ella. Todos los pasajeros han dicho que vuestra actitud era la de una pareja sentimental.

–No. Eso no es cierto. Yo no lo conocía de nada. La vi por primera vez



cuando me subí a ese avión –protestó David.

–Ya, seguro. A la media hora os estabais abrazando y justo antes de que ella iniciara la parte final del plan te besa con pasión. La típica historia de dos desconocidos que se suben a un avión, no hay duda –añadió Bourguiba con ironía.

David no contestó. Era inútil tratar de defenderse o revocar sus palabras. Todo lo que decía eran puras verdades, respaldadas por el testimonio de más de cuarenta personas.

–Os subís al avión con todo preparado. La aeronave había sido sabotada. Por un lado, alguien modifica la radio para poder suplantar a los pilotos y hacerse pasar por ellos al enviar mensajes a tierra. Ha tenido que ser alguien con conocimientos técnicos muy elevados. Quizá un ex trabajador de Boeing o de alguna de sus subcontratas. Con esto os aseguráis que vosotros tenéis controlada la voz del avión en todo momento. Luego, con la radio pirateada desde dentro del avión, decís que es probable que a bordo haya varios pasajeros infectados con ébola. De alguna forma lográis que la gente de tierra se lo trague y unos cuantos altos funcionarios de las instituciones sanitaria de tres países se niegan a que aterricéis o, que si lo hacéis sea solo para repostar. Una vez el avión está en el aire e incomunicado del mundo exterior, alguien, en algún punto del mundo que todavía desconocemos, se inicia un proceso meticuloso de transferencias bancarias en cadena. El proceso es lento para no llamar la atención. Después de cotejar horas y declaraciones de pasajeros sacamos en conclusión que la última transferencia bancaria se realiza dos segundos antes de que Natalia te plante el beso, justo antes de iniciar la parte final del plan. En ese momento, todo el dinero robado, que asciende a la increíble cantidad de mil millones de euros ha ido a parar a donde solo tú y tu ya difunta novia sabréis. Esto no es una broma, David. Es el mayor robo de dinero de la historia de la humanidad con un entramado de personas implicadas de todo tipo. Desde trabajadores de Boeing, hasta alto cargos de la Unión Europea. Se están investigando varias personas, pero ahora mismo el objetivo número uno de toda la trama eres tú.

–Per... pero yo no tengo nada que ver –David no sabía por dónde le venían.

Sí, dile eso al juez que seguro que te creerá. Estás jodido –contestó el policía con ironía.

–Yo no conocía a esa mujer. Cuando investiguéis a fondo, encontrareis algo que no os coincida. Esa tía quería estrellar el avión con todos dentro,

para qué cojones quiero mil millones de euros, si ahora debería estar muerto – David se defendía de los zarpazos del policía sin ningún éxito.

El comisario miró la mesa y negó con la cabeza.

–Ya te he dicho que no me gusta que me traten de tonto. Sabemos cómo pretendías escapar. Hemos encontrado otro paracaídas escondido tras una mampara en el cuarto de baño y en la bodega había una caja negra con dos cadáveres manipulados para que fueran imposibles de reconocer tras un accidente aéreo. Tú y esa alimaña ibais a saltar en paracaídas, estrellar el avión y fingir vuestra muerte. Era el plan perfecto hasta que esa zorra la cagó. Si os hubiera salido bien, tardarían años en dar con los culpables del robo del dinero y para cuando lo hicieran, los investigadores se toparán con que los dos artífices habían muerto en un terrible accidente de avión años ha. Pero ya no solo la habéis cagado, lo peor es que esa tipa estaba tan segura de que su confabulación sería un éxito que empezó a dar un discurso delante del pasaje sobre lo estupendo que era su plan. Quizás, si se hubiera estado calladita y hubiera muerto sin más, tú habrías tenido al menos una oportunidad.

–La cara de David había perdido ya el poco color que le quedaba. Aquellas pruebas eran irrefutables. Logró soltar un último y tímido zarpazo de defensa:

–El paracaídas y esa caja... ¿qué los relaciona conmigo?

–Esto –contestó de forma tajante el comisario, a la vez que le mostraba un papel firmado.– Este papel es el albarán donde se solicita la entrega de la caja de los cadáveres en el aeropuerto de Santiago y está firmado por ti.

–Pero... yo... yo... no he firmado eso. ¿Han revisado la firma? Tienen que haberla falsificado –dijo David.

–Por supuesto, todas las firmas que se presentan como pruebas de juicio son revisadas por un grafólogo. Pues ese grafólogo ha dicho que tu firmaste este documento, utilizando un dispositivo digital dentro del periodo de los últimos cuatro días. Luego hemos hablado con la policía española y han descubierto al trabajador del aeropuerto de Santiago de Compostela que subió la caja al avión. Lo han apretado un poco y ha dicho que un tipo con tu descripción le había dado cinco mil euros solo por ir a buscar un paquete y subirlo al aparato –contestó el policía.

Fue en ese momento cuando las neuronas de David, después de trabajar como posesas durante varios segundos, dieron con la incógnita que estaban buscando. La última vez que había firmado algún documento de forma digital fue en la Tablet de Natalia dentro de aquel avión. No contestó.



## 2 días después, II parte

### **En algún punto del atolón Seenu, Maldivas, Pacífico Sur.**

El sol había alcanzado el zenit en el cielo e iluminaba la playa con todo su esplendor. La arena era blanca y fina, el mar, azul turquesa, se extendía hasta donde alcanzaba la vista y las palmeras copaban la primera línea de vegetación. Tan solo tres o cuatro hamacas diseminadas a lo largo del enorme arenal, cubiertas por sombrillas de paja, impedían que fuera una playa desértica. Tenía todas las características posibles para ser nombrado el paraíso terrenal perfecto: cielo azul, mar turquesa, arena blanca y fina, palmeras cocoteras. Pero lo mejor de todo era el silencio. Tan solo el suave vaivén de unas tímidas olas orilleras rompía de forma armónica la tranquilidad más absoluta.

Ella, cobijada bajo la agradable sombra de la sombrilla disfrutaba de una bebida helada, mientras miraba con atención la pantalla de una Tablet. Leía una noticia relacionada con un avión:

***Un Boeing 737 que volaba desde España a Inglaterra es secuestrado durante horas***

*La compañía aérea Air Atlantic ha hecho público en un comunicado que uno de sus aviones sufrió un ataque y se mantuvo en el aire durante más de veinte horas. El vuelo salió de Santiago de Compostela con rumbo a Londres y debía haber llegado a su destino en dos horas escasas. Durante el trayecto fue secuestrado y su radio suplantada, haciendo que sus captores hablaran con los aeropuertos, haciéndose pasar por los pilotos. La cabecilla del asalto, una joven española de 29 años y sin historial delictivo, ha muerto durante el secuestro. Aunque hay mucho secretismo por parte de las autoridades en cuanto a las investigaciones que se están llevando a cabo, varias fuentes han dicho que se trata de una trama criminal organizada con numerosos integrantes, que intentaba perpetrar un robo a gran escala. El plan de esta presunta trama criminal, que implicaba la destrucción del avión con todos los ocupantes en el interior, fue truncado gracias al comportamiento heroico de uno de los pasajeros, que mató a la asaltante y logró aterrizar el avión con sus propias manos, ya que los pilotos habían sido heridos. Además de la muerte de la joven, cuyo nombre aún no se ha hecho público, ya ha habido varias detenciones. En total, son siete las*

*personas detenidas, entre las que hay varios altos cargos públicos de diferentes países de la UE, un operario del aeropuerto de Santiago de Compostela, dos ex trabajadores de la propia compañía Boeing y la pareja sentimental de la chica, que viajaba con ella en el avión. Se esperan más detenciones en las próximas horas.*

*Al parecer el cadáver de la joven salió despedido de la aeronave justo cuando intentaba huir en paracaídas después de recibir varios disparos. Las autoridades libias, país en el que se encontraba el avión en ese momento, siguen buscando el cuerpo de la secuestradora y aseguran que las labores se prolongarán durante varios días, ya que la zona es de difícil acceso. A pesar del fracaso de la operación, la policía cree que los criminales habrían conseguido robar una gran cantidad de dinero a través de múltiples ataques informáticos, aunque se desconoce la cantidad y el paradero de este.*

*El nombre de la mujer que perdió la vida en el avión no se ha hecho pública todavía, aunque varios de los pasajeros que iban en el avión aseguran que se llamaba Natalia y que era española. Los mismos testigos también han expresado su infinita gratitud al héroe anónimo que evitó la tragedia. Según la versión de los pasajeros, Antonio Ramos, de 32 años, habría logrado reducir a la agresora, aun cuando está empuñaba una pistola, para, acto seguido, hacerse con el arma y realizar varios disparos sobre el cuerpo de la mujer. Minutos después, con los pilotos indispuestos para aterrizar, porque habían sido heridos, logró que el Boeing 737 tomase tierra de forma magistral. Este diario ha intentado ponerse en contacto con él, pero no ha sido posible. Parece que nadie sabe dónde se encuentre o como localizar al héroe del vuelo AT2031 de Air Atlantic. La investigación policial sigue abierta y España ha solicitado la extradición de la pareja sentimental de la líder del grupo, que ahora mismo se encuentra detenido por las autoridades libias. En este momento dicha persona estaría considerado por las autoridades como el colíder de la trama, por lo que sus declaraciones podrían arrojar luz sobre toda la operación.*

La mujer miró hacia el mar, mientras daba un largo trago a su bebida. Se quedó inmóvil, con la mirada perdida durante varios segundos, hasta que una sombra muy cerca de su posición le llamó la atención. Giró el cuello lentamente. Era él. Saltó de la hamaca como si hubiera sido propulsada por un resorte y se colgó del cuello de aquel hombre, para fundirse en un cálido beso.

–Si estás aquí es que todo ha salido perfecto. Lo hemos conseguido –dijo

ella con entusiasmo.

–Sí, todo ha ido según lo planeado. Ni imprevistos. Ni errores. –le contestó él.

–Ya no tendremos que hacer algo como esto nunca más, pero prométeme que si alguna vez te tienes que inventar un nombre de nuevo, que no sea Toño. ¿Qué te crees, qué tienes veinte años? –dijo ella, alejándose de él con una sonrisa.

–Pues a mí Natalia me gustaba mucho. Puede que siga llamándotelo a partir de ahora –el hombre soltó una carcajada después de decir sus palabras.

La chica volvió a sentarse sobre la hamaca de nuevo, dejando un hueco para él –siéntate–. Le dijo.

Él obedeció. Miró con detenimiento toda la playa. Entrecerró los ojos para sentir más la atmosfera que lo rodeaba.

–Parece un sueño. Tu y yo en Maldivas con cien millones de euros en el banco.

–Y que lo digas –le contestó ella sin perder la sonrisa del rostro.

– ¿Y el reparto de los otros novecientos? ¿Está en marcha?

–Sí. En menos de 24 horas todo debería de estar entregado. Los principales medios de comunicación recibirán el comunicado cuando sea efectivo. Un personaje anónimo dona 850 millones de dólares a las principales organizaciones mundiales de ayuda humanitaria –contestó ella.

–Gracias, Robin Hood –añadió él con una sonora carcajada.

–De nada héroe anónimo. Parece ser que aterrizaste un avión tu solo de chiripa. Es una pena que no sepan que tienes más de mil horas volando un 737, a lo mejor no te llevabas tantos méritos –ella le devolvió el comentario divertido.

– ¿Has leído algo acerca de que la radio volvió a funcionar bien de repente? –él preguntó de nuevo.

–Nada. No creo que se hayan dado cuenta que el sistema estaba instalado en la cabina y que lo desactivaste cuando te sentaste en el asiento del copiloto –contestó ella.

– ¿Y el equipo? ¿Todo según lo previsto? –él preguntó de nuevo.

–Sí. Hemos robado mil millones de euros a los principales grupos de inversión especuladores sin que nadie haya muerto. La niña estará un par de días con el estómago revuelto. Uno de los pilotos se despertó bien del somnífero y el otro se recupera en el hospital de la herida de bala. Me sabe mal no haberlo hecho sin herir a nadie, pero bueno, ya lo habíamos comentado,

era inevitable –contestó ella, borrando momentáneamente la sonrisa de su rostro.

–Ya, bueno. Se pondrá bien. Sabes que esa era la única forma que teníamos para entrar en la cabina y desactivar el sistema de suplantación ¿El resto? –él seguía preguntando.

–Todo controlado. Al hacer los dos equipos, todo quedo bien atado. El equipo A, es decir, los que no tenía antecedentes y sabían que estaban robando a especuladores, ya han recibido su parte de los 50 millones y los del equipo B, es decir, los que solo hacían esto por dinero y tenían un largo historial de corrupción previo, están siendo detenidos por la policía, gracias a las pistas en su contra que dejamos –dijo ella.

–Lo que más miedo me daba era el temporizador del resorte de apertura del portamaletas, necesitábamos precisión de cirujano y funcionó perfecto. El tío que lo instaló es un crack, debería de llevarse unos miles de euros más –el hombre sonrió.

–Ya te dije que te fiaras de ese tipo. No era la primera vez que se inventaba artilugios como ese –respondió ella.

– ¿Y el señuelo humano? –añadió él.

–Ahora mismo detenido, el plan sigue en marcha. Al final nos lo agradecerá. Ese tío había perdido todo –contestó ella.

–Todo ha acabado ya. Es hora de que nos tomemos un daiquirí mirando el azul del mar. Nos lo merecemos –dijo él con tono cómplice, mientras le deslizaba la mano suavemente por la espalda.

## 2 días después, III parte

### **Zintan, Libia en ese mismo momento.**

–Pero verás, David, puede que hoy sea tu día de suerte. No sé cómo lo has hecho, pero lo has conseguido. Te hemos investigado un poco y nos hemos encontrado con tu cuenta bancaria en las Islas Caimán –añadió el policía con cierto rin tintín

– ¿Mi qué? –pregunto David entre balbuceos.

–Es increíble la capacidad que tienes para hacer el tonto aun a sabiendas de que no te valdrá para nada, menos mal que has tenido suerte –el policía cambio el tono por uno un poco más agradable–. Tienes una cuenta bancaria a tu nombre en las Islas Caimán, donde hace apenas diez horas te han ingresado veinticinco millones de euros, lo que sin duda es tu parte proporcional del botín del robo. Has perdido a tu novia, pero por lo menos ahora eres millonario.

David no articuló palabra alguna. Demasiadas emociones juntas.

–Entiendo que te ha quedado claro que no te vamos a entregar a las autoridades de tu país y que serás juzgado por un tribunal libio. ¿Cuántos años tienes? ¿Sobre cuarenta? –dijo el comisario.

David se limitó a asentir.

–Bien. Pues haciendo una cuenta rápida, me sale que te pasarás el resto de tu vida en una cárcel libia. ¿Has comprendido la gravedad del asunto? –el policía hizo énfasis en las últimas palabras.

David volvió a asentir sin articular palabra.

–Perfecto. Tu suerte parte de mi desgracia. Aquí en Libia los sueldos son muy bajos. Además, las mujeres no suelen trabajar y con lo que gano como policía tengo que sostener a una familia de siete personas. A parte de todo eso, me han surgido un par de problemas en referencia a un préstamo, así que no me queda más remedio que buscarme la vida como sea –el policía hizo una pausa, miró el techo unos segundos y siguió hablando–. No soy una persona codiciosa, David. Lo que te voy a proponer es un trato muy justo para los dos. Un cincuenta, cincuenta. Si tú me transfieres doce millones y medio a mi cuenta ahora mismo, el tipo armado que está detrás de esa puerta y yo, nos vamos por donde hemos venido y ponemos en el acta que cuando llegamos a la habitación te habías fugado. Ya sabes, esto no es una cárcel, tu eres un delincuente peligroso, estamos en el medio de la nada. Cuando tu país



pregunte donde estás, tendremos hasta una explicación para contarles.

–Vale. De acuerdo. Estoy de acuerdo –David no dudo ni un microsegundo.

–Sabía que tomarías la decisión más sensata. La codicia es la enemiga del hombre. Ya me he encargado del papeleo. He hablado con el banco y solo tienes que firmarme unas cuantas hojas –el comisario puso un bolígrafo y varias hojas sobre la mesa.

David hojeó los papeles durante unos cuantos segundos para, a continuación, firmar todo.

–Muy bien. Has hecho lo correcto –el policía recogió lo que había sobre la mesa, se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta. David se quedó bloqueado, paralizado sobre la silla. El comisario alcanzó la puerta, se giró de nuevo hacia él y le dijo:

–Eres libre. La gran mayoría de los seres humanos de este planeta desearían tu situación actual. Vas empezar una nueva vida desde cero con doce millones y medio en el bolsillo. Hazlo bien esta vez.

## **Boeing 737 – 800**

Cuando el 11 de mayo de 1964 el gigante norteamericano Boeing comenzó las tareas de diseño de un nuevo avión para operar distancias cortas, estoy completamente seguro de que absolutamente nadie de sus directivos podría imaginar que aquel rechonchete birreactor iba a convertirse, cincuenta años después, en el reactor de pasajeros más vendido de la historia: el Boeing 737. Cualquier aeropuerto del mundo opera con este modelo y casi que se pueden contar con los dedos de una mano las personas que aún no ha viajado en él (quién no haya “disfrutado” de las atenciones de las lowcost, de origen irlandés incluidas, que tire la primera piedra).

Y es que cincuenta años son una barbaridad en un programa aeronáutico. La evolución de la tecnología, los cambios en las necesidades de las aerolíneas y de los pasajeros (que a fin de cuentas son los que pagan) hacen que un modelo se vuelva estructuralmente obsoleto tras, digamos, tres décadas de producción.

Por supuesto que el fabricante hace lo posible por mantenerlo competitivo, añadiendo motores mejorados, componentes más ligeros, aviónica más perfeccionada y además, un mejor precio de catálogo. Pero el 737, además de eso, sigue siendo un concepto nuevo. ¿Maravillas del marketing o tecnología evolutiva?

Por eso, este barril con alas merece un recuerdo en este rincón aeronáutico. Un fugaz recorrido por esos cincuenta años de historia por este éxito rotundo de la gran empresa de Seattle. Quizás el nuevo Boeing 737 MAX, aún en fase de desarrollo, no tenga nada que ver con el primer 737 que voló, pero, a la vez, es en esencia el mismo. Quizá ahí esté la clave.

### **Gestación y desarrollo del Boeing 737**

El proyecto de este bimotor, iniciado como hemos dicho, en 1964, tuvo un desarrollo muy rápido. Para ahorrar costes y tiempo, Boeing eligió una configuración bastante semejante, en muchos componentes estructurales, a la del trirreactor Boeing 727, de mayor tamaño, que ya estaba en producción, que ya era de por sí un avión exitoso y que a su vez heredaba el fuselaje del patriarca de los reactores de la historia de la aviación: el mítico Boeing 707. Así que esta fórmula de comunalidad que tan buenos resultados le había dado al constructor de Seattle fue de nuevo puesta en práctica. Gran parte del fuselaje, compuertas, paneles y distribuciones eran idénticos a los del 727 e incluso la planta motriz era igual (los entonces modernísimos y potentes

turborreactores Pratt & Whitney JT8D), aunque abandonando la cola del avión y situándose bajo las alas. Para configurar lo que habría de ser el nuevo modelo, Boeing contó con la activa participación de Lufthansa, que en febrero de 1965 se iba a convertir en el cliente de lanzamiento, al efectuar un pedido de 22 aparatos.

El 9 de abril de 1967, el prototipo efectuó su primer vuelo y poco tiempo después volaba el primer ejemplar de serie (737-100). United se había interesado también por el modelo pero demandaba más capacidad. Así que añadiendo dos cuernas delante y detrás del ala, el fuselaje se alargó casi dos metros y el número de plazas disponibles se elevó a 130. Surgió así la versión 737-200, de la que se fabricaron más de mil cien ejemplares y que tras solventar ciertas dificultades aerodinámicas y otras mejoras tales como hacer más eficaces las reversas de los motores, se convirtió, ya definitivamente en un rotundo éxito.

La versión 737-200 Advanced, que voló por primera vez en abril de 1971 (identificados como 200Adv) llevaba los motores JT8D-9, JT8D-15 o los JT8D-17, aún más potentes, que mejoraron el peso máximo al despegue y la capacidad de combustible del avión, así como flaps y frenos más eficaces. El avión era cada vez más versátil, transportando, más, mejor y más rápido. Las nuevas legislaciones de liberalización del mercado norteamericano, donde podrían surgir rápidamente nuevas compañías aéreas, supusieron su definitivo éxito para un avión tan adaptable como aquel. Surgieron además versiones militares de entrenamiento para la navegación (T-43A), VIPS y carga/combi (200C y 200QC), con suelo reforzado y una enorme puerta delantera practicada a estribor (SCD). Incluso podían instalarse kits para poder operar el avión en pistas no preparadas. En 1988 salió de la cadena de montaje el último 737-200Adv, para la aerolínea estatal china CAAC. Pero ya en esos momentos el modelo estaba dejando de ser competitivo. Sus motores JT8D eran demasiado glotones y demasiado ruidosos para ser competitivos. La economía y la contaminación se estaba convirtiendo en un elemento a tener muy en cuenta y, desde principios de los 80, Boeing planteaba modernizar su modelo.

#### Evolución y Consolidación: Boeing 737 Classic

En febrero de 1984 efectuaba su primer vuelo el primer ejemplar del Boeing 737-300. Sobre la serie original, y entre otras mejoras, el nuevo

modelo montaba el nuevo motor turbofan de alta relación de derivación CFM56 proyectado conjuntamente por el consorcio franco-norteamericano CFM International. Este motor, ya probado en los Douglas DC-8, a los que se les remotorizó para insuflarles nueva vida, ha sido uno de los propulsores más exitosos de la aviación actual, ya que acercó al mercado civil la tecnología de la alta relación de derivación y la aplicó a aviones más pequeños. La versión elegida era la CFM56-3, que, según versiones, era capaz de dar de 9.000 a más de 11.000 kilos de empuje, siendo en esas circunstancias, un 20 por ciento más eficiente en su consumo de combustible y además mucho más silencioso. La única pega estaba en que el nuevo motor, muy compacto pero con mucho mayor diámetro de turbina, no cabía bajo las alas del avión sin tocar el suelo. CFM movió los accesorios de debajo del motor hacia los lados y le adaptó una góndola achatada por abajo. Con aquel propulsor, Boeing ofrecía un producto más moderno que sus rivales, que aún no podían disponer de turbofans tan eficientes. Y no solo era eso, porque los pilotos disponían de lo más novedoso en cuanto a sistemas de vuelo y aviónica. El Boeing 737-300 llevaba por primera vez tecnología EFIS (Electronic Flight Instrument System), con pantallas CRT en vez de los instrumentos tradicionales, e incorporaba novedosos sistemas de navegación inercial. Sobre el 737-300 surgieron las versiones alargadas 737-400, con motores más potentes y tren de aterrizaje reforzado, y el 737-500, de fuselaje acortado y cabida para 108-132 pasajeros, pero una sensacional autonomía de 5.552 kilómetros.

Estas tres series dominaron el mercado en los años ochenta y mediados de los noventa, hasta que los Airbus A320 se convirtieron en una alternativa, debido al gran salto tecnológico que ofrecía (y ofrece). Durante todo ese tiempo, compañías importantes de todo el mundo hicieron grandes pedidos del 737, como las norteamericanas Southwest Airlines o Delta, o las europeas Lufthansa o British Airways. Muchos ejemplares recibieron a posteriori winglets para rebajar el consumo en un 4,5 %, con un kit fabricado por Aviation Partners (737-300SP 737-400SP y 737-500SP). En total se fabricaron 1.936 unidades de los Classic 737-300, 400 y 500, incluyendo las versiones cargueras puras 300F/400F, 300SF/400SF y combi 300QC desarrolladas por la norteamericana Pemco o la israelí Israel Aircraft Industries (IAI). Sin embargo, cuando el último de los Classic fue entregado (un 737-400 con número de fabricación 3132) a CSA Czech Airlines el 25 febrero del 2000, ya tenía el gigante americano una nueva familia en

desarrollo.

### Renovación en la continuación: Boeing 737 Next Generation

La tercera generación del Boeing 737 se lanzó en noviembre de 1993 para ofrecer a las aerolíneas lo que cada vez más insistentemente estaban pidiendo: menor consumo y mayor velocidad de crucero. El consorcio europeo Airbus ofrecía un producto muy competitivo con la familia de los A320, con refinamientos tecnológicos muy efectivos y Boeing decidió que en vez de enfrascarse en un nuevo proyecto, la mejor forma de competir con la amenaza que venía del otro lado del Atlántico era revisar a fondo el modelo y hacerlo más eficaz y flexible para su futuro operador, aplicando los nuevos materiales y tecnologías de los últimos años. El fuselaje fue, una vez más, alargado. Los ingenieros abandonaron el ala hasta ahora utilizada, implementando una nueva derivada y reducida del 757, aumentando la envergadura hasta superar los 34 metros, y contando ya desde fábrica (a partir de 2001) con los nuevos y efectivos winglets que reducen consumo, aumentan la eficacia y limitan el ruido. Además, se aumentó el tamaño de las superficies estabilizadoras y de control de cola. Aparte de la velocidad, mejoró también la autonomía, ya que dicha ala es capaz de contener más combustible y además es más aerodinámica. La aviónica también fue ampliamente mejorada, instalando pantallas LCD en lugar de las CRT, así como los interiores, con refinamientos y soluciones procedentes del mayor Boeing 777.

La familia Next Generation se configuró originalmente en tres versiones, herederas de los Classic: 737-600 (110/132 PAX), 737-700 (126/149 PAX) y 737-800 (162/189 PAX). En 1997 se añadió la versión 737-900 (177/189 PAX) y finalmente, en 2005, la versión 737-900ER, diseñada para sustituir al exitoso 757 y que, con una capacidad máxima de 215 pasajeros, prácticamente doblaba la capacidad de los 737 de 1967. En estas versiones solo quedaron un 33 % de elementos del modelo original, lo que demuestra que se trata de una generación prácticamente nueva.

La versión 737-800 es la más exitosa de todas, heredera de la 737-400 de los Classic, y es la que en los cielos de medio mundo podemos ver con las libreas de las compañías más usadas por el pasajero medio. No en vano, es el modelo que compone en exclusiva la enorme flota de la agresiva, controvertida y archifamosa aerolínea irlandesa de bajo coste Ryanair. Pocos

habrá que, por tanto, no hayan volado en este superventas. Otras grandes compañías de todo el mundo operan estas versiones con éxito y satisfacción, como la norteamericana Southwest Airlines, la indonesia Lion Air (cliente de lanzamiento del 737-900ER) o la alemana Air Berlin. la lista es casi interminable...

No olvidemos las versiones especiales desarrolladas a partir de este modelo, siendo muy significativas las BBJ1 y BBJ2 (Boeing Business Jet), utilizando los fuselajes del 737-700 y 737-800 respectivamente, con interiores ejecutivos y especialmente lujosos, destinados a operadores privados y chárteres premium, millonarios, empresas poderosas y gobiernos. Para la USAF, la US Navy y la Guardia Nacional se desarrollaron las versiones militarizadas C-40, de soporte logístico y transporte VIP. Mención aparte merecen las versiones AEW&C (Airborne Early Warning and Control) desarrolladas para las fuerzas armadas de Australia, Corea del Sur y Turquía, así como la P-8A Poseidón, versión de patrulla marítima multimisión (MMA) para la Armada Norteamericana y que a estas alturas empieza a entrar en servicio, sustituyendo a los míticos P-3 Orion.

En abril de 2009, Boeing anunció un paquete de cambios en el programa, con el fin de reducir un 2% el consumo de combustible y mejorar el rendimiento y el confort de los pasajeros. El software de control de vuelo fue mejorado, se implantó una lista de modificaciones en los motores CFM56-7BE y se instalaron nuevos interiores para la cabina de pasajeros, denominados Sky Interior, con iluminaciones suaves a base de LED's, materiales más ergonómicos y agradables, seguridad operacional mejorada y menor nivel sonoro. Todas estas modificaciones se fueron incorporando en las unidades entregadas a partir de 2010.

En el pasado año de 2013, Boeing obtuvo 1.046 pedidos netos para este avión, siendo de 440 la cifra de aviones entregados. Es significativo hacer constar que en el pasado año, el gigante norteamericano entregó el 737 número 7.500 salido de sus cadenas de montaje. Unas cadenas de montaje que por cierto distan mucho de ser las de hace cincuenta años. En vez de una línea de montaje fija, el avión se mueve imperceptiblemente dentro de la fábrica, fluyendo hacia él todos los componentes, equipos, herramientas y documentación necesarias hasta su completo ensamblaje.

El futuro ya está aquí: Boeing 737MAX

Impresión del futuro Boeing 737 MAX 8, con fuselaje estándar (fuente: Boeing)

El proyecto para desarrollar un nuevo producto que sustituyera al 737 NG parte ya en 2005, aunque es el 30 de agosto de 2011, poco después de la noticia por parte de Airbus de que lanzaba el A320neo, cuando el consejo de administración de Boeing da el visto bueno al lanzamiento de una nueva familia de aviones, compuesta por el 737 MAX 7 (versión corta), el 737 MAX 8 (intermedia) y el 737 MAX 9 (alargada). El nuevo MAX se basa en las experiencias aplicadas en el 737 Next Generation en los últimos 10 años.

Sin embargo, podemos decir que esta nueva familia es un NG con la nueva cabina de pasajeros denominada Sky Interior que antes mencionábamos, así como una remotorización absoluta de la aeronave. La sustitución del motor CFM56-7 por los nuevos CFM LEAP-X1B permitiría al nuevo avión reducir los consumos (según el propio fabricante) un 12 por ciento e incluso un 8 por ciento respecto a su competidor A320neo de Airbus. La longitud y la envergadura permanecerían, en todo caso, invariadas respecto a las versiones NG. También según el fabricante se espera que el primer vuelo sea en 2016 y que las primeras entregas a clientes comiencen en el cuarto trimestre de 2017.

Se supone que este producto se mantendrá vigente al menos hasta el horizonte de 2020, fecha en que se diseñará un nuevo avión basado en la tecnología del 787 Dreamliner. Sin embargo, con un avión como éste, ¿quien sabe si el 737 acabará su carrera? Cincuenta años han demostrado que para sustituir un Boeing 737, que mejor que otro nuevo 737...

Especificaciones Boeing 737-200Advanced

Origen: Boeing Commercial Airplanes (division of The Boeing Company).

Planta motriz: Dos turborreactores de doble flujo Pratt & Whitney JT8D-15A de 7.030 kg de empuje unitario al despegue.

Dimensiones: Envergadura: 28,35 m. Longitud: 30,53 m. Altura: 11,23 m.

Pesos: Vacío operativo: 29.620 kg. Máximo al despegue (MTOW): 58.105 kg. Capacidad de combustible: 19.500 litros.

Prestaciones: Velocidad máxima: 876 km/h (Mach 0.82). Velocidad de crucero: 780 km/h (Mach 0.74). Carrera de Despegue MTOW: 1.990 m. Techo de servicio: 10.700 m. Alcance máximo: variable según configuraciones, entre 3.500 y 4.300 km.

Tripulación: 2.

Pasajeros: Configuración típica en clase única: 136. Configuración típica en dos clases: 102.

#### Especificaciones Boeing 737–400

Origen: Boeing Commercial Airplanes (division of The Boeing Company).

Planta motriz: Dos turbofán de alta relación de derivación CFM International CFM56–3C de 10.659 kg de empuje unitario al despegue.

Dimensiones: Envergadura: 28,88 m. Longitud: 36,45 m. Altura: 11,13 m.

Pesos: Vacío operativo: 33.643 kg. Máximo al despegue (MTOW): 68.039 kg. Capacidad de combustible: 23.827 litros. Carga útil: 19.427 kg.

Prestaciones: Velocidad máxima: 876 km/h (Mach 0.82). Velocidad de crucero: 780 km/h (Mach 0.74). Carrera de Despegue MTOW: 2.540 m. Techo de servicio: 11.300 m. Alcance máximo: 4005 km.

Tripulación: 2

Pasajeros: Configuración típica en clase única: 170. Configuración típica en dos clases: 146. Capacidad máxima FAA: 188.

#### Especificaciones Boeing 737–800

Origen: Boeing Commercial Airplanes (division of The Boeing Company).

Planta motriz: Dos turbofán de alta relación de derivación CFM International CFM56–7B de 10.976 kg de empuje unitario al despegue.

Dimensiones: Envergadura: 34,32 m. Longitud: 39,50 m. Altura: 12,6 m.

Pesos: Vacío operativo: 41.415 kg. Máximo al despegue (MTOW): 79.002 kg. Capacidad de combustible: 26.020 litros. Carga útil: 20.540 kg.

Prestaciones: Velocidad máxima: 876 km/h (Mach 0.82). Velocidad de crucero: 828 km/h (Mach 0.785). Carrera de Despegue MTOW: 2.450 m. Techo de servicio: 12.500 m. Alcance máximo: 5.665 km.

Tripulación: 2.

Pasajeros: Configuración típica en clase única: 180. Configuración típica en dos clases: 162. Capacidad máxima FAA: 189.

Fuente: <http://www.aerohispanoblog.com/boeing-737/>



## Glosario de Términos

1 – Caja negra: Se denomina caja negra o registrador de vuelo al dispositivo que, principalmente en las [aeronaves](#) y coches motores o [locomotoras](#) de trenes, registra la actividad de los instrumentos y las conversaciones en la cabina. Su función es almacenar datos que, en caso de un accidente, permitan analizar lo ocurrido en los momentos previos. Según las normas de aviación internacionales, estos aparatos hoy son obligatorios en todos los vuelos comerciales ya que graban los datos del viaje y son clave en las investigaciones sobre accidentes de avión. Gracias a ellos, nueve de cada diez accidentes, se pueden explicar.

2 – Número de vuelo: Un número de vuelo, cuando se combina con el nombre de la [aerolínea](#) y la fecha, identifica un vuelo particular. Este [indicativo](#) no se debe confundir con la [matrícula](#) de una [aeronave](#), aunque ambos se pueden usar como indicativo en la [aviación general](#). Una aeronave en particular puede volar en varios vuelos diferentes en un día, y varias aeronaves pueden participar en el mismo vuelo durante diferentes días.

3 – El pie —abreviatura: ft, del [inglés](#) feet— es una [unidad de longitud](#) de origen natural, basada en el [pie humano](#), ya utilizada por las civilizaciones antiguas.

4 – Rumbo: En navegación se define el rumbo como el ángulo medido en el plano horizontal entre el norte y la dirección de avance del avión, medido en círculo, es decir, de 0° a 360°. El rumbo se expresa siempre con tres dígitos y, si es necesario, se añaden ceros a la izquierda. Así, al decir "rumbo 028°" se evitan errores de interpretación, evitando la confusión con rumbo 128° o 228°.

5 – ILS: El sistema de aterrizaje instrumental (o ILS, del [inglés](#): Instrument Landing System) es el sistema de ayuda a la aproximación y el aterrizaje establecido por OACI ([Organización de Aviación Civil Internacional](#)) como sistema normalizado en todo el mundo. Este sistema de control permite que un avión sea guiado con precisión durante la aproximación a la pista de aterrizaje y, en algunos casos, a lo largo de la misma.

6 – Kn: Es la abreviatura de [nudo](#), (del inglés knot, nudo.) 7 – Flaps: Situado en el borde de salida del ala. Aumenta el coeficiente de sustentación del ala mediante el aumento de superficie o el aumento de coeficiente de sustentación del [perfil](#), entrando en acción en momentos adecuados, cuando este vuela a velocidades inferiores a aquellas para las cuales se ha diseñado

el ala, replegándose a posteriori y quedando inactivo 8 – Piloto automático: Un piloto automático es un sistema mecánico, eléctrico o hidráulico usado para guiar un vehículo sin la ayuda de un ser humano. El término se usa mayoritariamente para aludir al de un [avión](#), pero también existen para [barcos](#) y [automóviles](#).

9 – Banda aeronáutica o Airband es el nombre asignado a un grupo de [frecuencias](#) en el VHF el [espectro radiofónico](#) destinado a la comunicación radiofónica en [aviación](#) civil, a veces también referido a tan [VHF](#), o fonéticamente cuando "Victor". Las secciones diferentes de la banda están utilizadas para [radioayuda](#) y para [control de tráfico aéreo](#).

10 – El tren de aterrizaje, es la parte de cualquier [aeronave](#) encargada de absorber la [energía cinética](#) producida por el contacto entre la aeronave y la [pista](#) durante la fase de [aterrizaje](#) y [despegue](#).

11 – Recordatorio de la distancia con la pista a los pilotos para retraer la palanca de empuje en IDLE durante la maniobra de aterrizaje justo antes de tocar tierra.

12 – Carretear: Fase previa al despegue. Se basa en que se requiere [carretear](#) o [rodar](#) hacia la pista usando las [calles de rodaje](#) con la autorización y guía del [control del tráfico aéreo](#)

13 – El alfabeto radiofónico es un lenguaje de desambiguación alfabética utilizado internacionalmente en [radiocomunicaciones](#) de transmisión de voz en la marina y la aviación, tanto por los servicios civiles como militares. Fue establecido por la [Organización de Aviación Civil Internacional](#) (OACI, ICAO en inglés), agencia de la [ONU](#) creada en [1944](#). También es conocido como Inteco y como [alfabeto fonético](#) OACI.

Es un sistema creado para poder dar mayor certeza a las radiocomunicaciones aeronáuticas. Su empleo es clave para deletrear códigos, como pueden ser el número de identificación de un contenedor de carga, de una aeronave o similares.

14 – Cessna Aircraft Company, ubicada en [Wichita, Kansas, Estados Unidos](#), es un fabricante de [aviones](#), que van de pequeños modelos de cuatro plazas hasta reactores de negocios.

15 – En el mundo anglosajón, y en ámbitos tanto militares como de aviación, también se utiliza la palabra Roger en el sentido de "recibido" (received), para confirmar que se ha recibido la última transmisión.

16 – Back-track: cambiar de dirección 180 grados sobre la misma pista 17 – ATC: El control del tráfico aéreo, también conocido como ATC (del inglés

Air Traffic Control), es un servicio proporcionado por controladores situados en tierra, que guían a las aeronaves en los espacios aéreos controlados y ofrecen información y apoyo a los pilotos en los espacios aéreos no controlados.

18 – Nivel de vuelo: Se denomina nivel de vuelo (FL por sus siglas en [inglés](#)) a la altitud que vuela una aeronave calculada con respecto a la isobara 29.92 pulgadas de mercurio (101325 Newton/m<sup>2</sup> ó Pa –1013,25 hectopascales), medida por el altímetro de a bordo, y que es la presión al nivel medio del mar en la atmósfera tipo. Sin embargo, dada la presión atmosférica variable, a causa de la cantidad de radiación solar sobre la superficie de la tierra, frecuentemente esta isobara no se encuentra realmente al nivel del mar.

Este valor se toma en cientos de pies redondeando de 500 en 500 y se usa por el control de tráfico aéreo para organizar el tráfico en cada [aerovía](#). Por ejemplo, un avión volando a 33650 pies se encuentra en el nivel de vuelo 335.

19 – El Eurofighter Typhoon es un [caza polivalente](#), bimotor y de gran maniobrabilidad, diseñado y construido por el [consorcio](#) de empresas europeas [Eurofighter GmbH](#), creado en [1983](#) y compuesto por las compañías [Airbus](#), [BAE Systems](#) y [Alenia Aeronautica](#).

20 – El timón de profundidad es una [superficie estabilizadora](#), por lo general situado en la parte trasera de una [aeronave](#), que controla la orientación de la aeronave cambiando el cabeceo, y también el [ángulo de ataque](#) del ala. En otras palabras, el timón de profundidad hace ascender o descender la aeronave.<sup>1</sup> Un aumento del ángulo de ataque causará una [sustentación](#) mayor, al ser producida por el perfil del [ala](#), y una disminución de la velocidad de la aeronave. Una disminución en el ángulo de ataque, producirá un aumento en la velocidad. Los timones de profundidad pueden ser las únicas superficies de control del cabeceo de la aeronave ([stabilator](#)), o puede ser móvil con respecto a una superficie fija o ajustable llamada [estabilizador](#).

21 – 10.000 pies: Altura máxima para volar sin un sistema de presurización de aire. La presurización de la cabina aérea es el bombeo activo de [aire](#) comprimido en la cabina de una [aeronave](#) para garantizar la seguridad y confort de los ocupantes. Es necesario cuando un avión alcanza una [presión atmosférica](#)an altitud, ya que la natural es demasiado baja como para suministrar el suficiente [oxígeno](#) a los ocupantes. Sin la presurización se puede sufrir [mal de montaña](#) o incluso una [hipoxia](#).

22 – Hipoxia: En [medicina](#), la hipoxia (del [griego antiguo](#) ὑπό hypó

'debajo de', ὀξύς oxys '[oxígeno](#)', ἰὰ 'cualidad')<sup>1</sup> es un estado de deficiencia de oxígeno en la sangre, células y tejidos del organismo, con compromiso de la función de los mismos. Esta deficiencia de oxígeno puede ser debida a muchas causas, como el tabaquismo, la inhalación de gases o la exposición a grandes alturas ([mal de montaña](#)).

23 – Las reglas de vuelo visual, más conocidas por sus siglas en inglés VFR (Visual Flight Rules), son el conjunto de [normas](#) contenidas en el [Reglamento de Circulación Aérea](#) que establecen las condiciones suficientes para que el [piloto](#) pueda dirigir su [aeronave](#), navegar y mantener la separación de seguridad con cualquier obstáculo con la única ayuda de la observación visual.

Bajo reglas VFR, el piloto dirige su aeronave manteniendo en todo momento contacto visual con el terreno, aunque le está permitido utilizar los [instrumentos de vuelo](#) a bordo como ayuda suplementaria.

24 – Las reglas de vuelo instrumental o reglas de vuelo por instrumentos —más conocidas por las siglas en inglés IFR, Instrumental Flight Rules— son el conjunto de normas y procedimientos recogidos en el [Reglamento de Circulación Aérea](#) que regulan el vuelo de [aeronaves](#) con base en el uso de instrumentos para la navegación, lo cual implica que no es necesario tener contacto visual con el terreno, como ocurre en el método de navegación bajo [reglas de vuelo visual](#) (o VFR, del inglés Visual Flight Rules).

25 –Landing Gear (En español tren de aterrizaje), es la parte de cualquier [aeronave](#) encargada de absorber la [energía cinética](#) producida por el contacto entre la aeronave y la [pista](#) durante la fase de [aterrizaje](#) y [despegue](#).

26– V1: Velocidad de decisión. Es la velocidad máxima a la cual el piloto todavía puede detener la aeronave y abortar el despegue sin dejar la pista. Es también la velocidad mínima que permite al piloto continuar de manera segura hacia V2 aunque ocurriera un fallo crítico de motor (entre V1 y V2). Es el paso previo a tirar del timón hacia atrás para comenzar el ascenso.

27– CFM56: Los motores de la serie CFM International CFM56 (la designación militar de EE.UU. es F108) es una familia de motores [turbofán](#) de [alto índice de derivación](#) construido por [CFM International](#) con un rango de [empuje](#) de 8.400 a 15.400 kgf (82 kN a 151 kN). [CFM International](#) es una unión de empresas entre [Snecma](#), Francia y [GE Aviation](#), EE.UU. Ambas compañías son responsables de producir varios componentes, con líneas de ensamblaje propias. GE es responsable del [compresor](#) de alta presión, cámara de combustión y la [turbina](#) de alta presión, mientras que Snecma es

responsable del [fan](#), la turbina de baja presión, la [caja de accesorios](#) y el estrangulador. Los motores son ensamblados por GE en [Evendale, Ohio, Estados Unidos](#) y por Snecma en Villaroche, Francia.

28– Cockpit o cabina de vuelo: La cabina de vuelo o cabina de pilotaje es un área o un habitáculo que la [tripulación](#) técnica de una [aeronave](#) o de una [nave espacial](#) ([piloto](#) y [copiloto](#), principalmente) utiliza para controlar y dirigir el vehículo.

La cabina de una aeronave contiene el [instrumental](#) y los controles que permiten al piloto hacer volar, dirigir y aterrizar el aparato. En la mayoría de las aeronaves comerciales, una puerta separa la cabina de vuelo de la cabina de pasajeros. Después de los [Atentados del 11 de septiembre de 2001](#), las principales aerolíneas han tomado medidas para fortificar la cabina con el objetivo de evitar cualquier posible [secuestro](#).

La mayoría de las cabinas de vuelo tienen vidrios protectores de los rayos de sol y una o más ventanillas que pueden ser abiertas mientras el avión está en tierra.

## ÍNDICE

[Motor y al aire \(Definición Wikipedia\)](#)

[La caja](#)

[Embarque](#)

[00:15:01 Horas a bordo](#)

[01:58:30 horas a bordo.](#)

[05:43:32 horas a bordo.](#)

[10:35:09 horas a bordo](#)

[2 días después, I parte](#)

[2 días después, II parte](#)

[2 días después, III parte](#)

[Boeing 737 – 800](#)

[Glosario de Términos](#)